





# **Tropa vieja**

Fco. L. Urquiza

- © José Juan Manuel Urquizo Pérez de Tejada
- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
- © Secretaría de Cultura
- © Secretaría de Cultura de Coahuila  
Juárez 319, Zona Centro  
C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza

Edición: Alejandro Beltrán  
Diseño editorial: [www.amonite.com.mx](http://www.amonite.com.mx)  
ISBN: En trámite  
Impreso y hecho en México

Saltillo, Coahuila de Zaragoza  
Diciembre, 2019  
Este libro es de distribución gratuita y sin fines de lucro.

## Primera parte

### I

Mi compadre Celedonio era el carnicero más conocido en todo aquel rumbo de la comarca lagunera. En su carnicería de la hacienda de Lequeitio, en donde vivíamos los dos, siempre tenía por lo menos un chivo destazado y, los domingos, tenía además una buena pierna de res y un costillar de marrano aparte de los chicharrones que freía en la puerta del jacal, cada ocho días. Buenas ventas lograba los domingos entre la gente de la hacienda y entre los que llegaban aquel día allí, de los ranchos cercanos.

Entre semana, ensillaba su caballito colorado cuatralbo, amarraba en los tientos de la montura un chivo destazado y una balanza vieja, y se largaba a los ranchitos a menudear la carne, a hacer cambalaches o a comprar animales para el abasto.

Buenos centavos hacía mi compadre Celedonio en su negocio y buen agujero le hacía también a la tienda de raya de la hacienda, por lo menos en el ramo de carne. Los gachupines de la casa grande no lo querían y hacían todo lo posible por correrlo de allí. Tampoco a mí me querían, de seguro, por la amistad que teníamos y porque yo nunca me dejé, de ninguno de ellos, cintarear ni babosear, y también porque yo les llevaba sus cuentas a los peones para que no se los tantearan los sábados, días de raya. Buenas alegatas les hacía yo, cada vez que querían mangonearle algunos pesos a algunos de mis conocidos y amigos, que me buscaban para que les ayudara yo en lo que podía y que había logrado aprender en el poco tiempo que pude ir a la

escuela de San Pedro de los Colonias, cuando mi padre podía darnos a mi hermano y a mí alguna comodidad. Aquella tarde mi compadre había vuelto de por el rumbo de la Vega Larga con un morralito retacado de pesos. Estaba muy contento y con ganas de divertirse un rato.

Apenas me encontró, me dijo:

—Ándele, compadrito, véngase; vamos a echar un trago de mezcal y a comer unos chicharroncitos. Mire nomás hasta dónde me llegó l'agua.

Nos fuimos a su casa y entre taco y taco y trago y trago, nos acabamos una canasta de tortillas, dos libras de chicharrones y tres botellas de mezcal de Pinos.

Al pardear la tarde ya estábamos bien borrachos. Comenzó por contarme todas sus andanzas por los ranchos y haciendas, y acabó por abrazarme queriendo llorar. Era muy amoroso mi compadre en la borrachera, a diferencia mía, que me daba siempre por querer pelear. En una cosa estábamos siempre de acuerdo: en hablar mal de los gachupines dueños de la hacienda. No podíamos ver a don Julián Ibargüengoitia el administrador, ni a los dependientes don Salusiano Millares y don Agapito Solares.

En la borrachera nos daba, como a todos los peones de La Laguna, por cantar tragedias y canciones rancheras con sus correspondientes gritos y maldiciones. Ése es el consuelo de los hombres de trabajo cuando se sienten aliviados por un trago que les raspe el gañote.

Decía Macario Romero  
Oiga mi general Plata,  
concédame una licencia,  
para ir a ver a mi chata.

.....

O si no aquello de:

Tolentino, hombre valiente,  
valiente y muy afamado,  
aquí encontró a su padre  
que es Toribio Regalado.

O la tragedia de don Juan García y Luis Banderas:

También Octavio Meraz,  
también era hombre capaz,  
y al mentado Luis Banderas  
le dio un tiro por detrás.

Ya de noche y con más tragos y acostados los dos en el montón de la semilla de algodón, cerca del despepitador, y acompañados de otros tres o cuatro peones que se divertían oyéndonos, acabamos con la canción alborotadora que dice:

No tiene tierra la mata  
ni barranco el paredón,  
ni chinches tenía la rata  
¿con qué se criaría el ratón?

En esa canción estábamos muy animados, cuando llegó el mayordomo a reconvenirnos.

—Que dice el amo que a ver si ya se callan. Que ya es buena hora para que se vayan a sus casas y dejen dormir a la gente.

—Dígale al amo que no nos dan ganas de callarnos —contesté yo.

—Mira, Espiridión, no seas bozalón. Tú ya sabes que a ti y a tu compadre los traen los españoles entre ojos. No vaya a ser que les echen a la patrulla encima.

—Dígale, don Amado, a su patrón, que vaya y vuelva a la tarde.  
¡Ajajay! ¡Viva México, gachupines hijos...!

El mayordomo se fue asustado porque ya me conocía cómo era yo de lebrón con dos o tres tragos en el estómago.

A poquito rato, de veras llegaron los dos de la patrulla con sus machetes viejos, a meternos al orden. Uno de ellos era también el juez y llevaba como siempre la vara de la justicia en la mano. Apenas lo mandaba el amo a cualquier diligencia, luego, luego agarraba una vara que decía que era el respeto de la justicia.

—Amigos, váyanse a acostar y ya cállense la boca.

Mi compadre, muy sumiso, se levantó para irse. Los peones que nos acompañaban se fueron yendo despacito para su jacal, pero yo, que ya traía al diablo metido, agarré una piedra y le sorrajé un trancazo al mero juez, arriba del estómago. Nomás dio un pujido y cayó sentado. El otro corrió y no paró hasta la casa grande.

—Compadre, ora lo van a usted a perjudicar. Mire nomás qué pedrada le dio a la autoridad.

—Usted tiene la culpa.

—¿Yo?, ¿por qué?

—Pa qué me dio tanto mezcal si ya me conoce.

—Véngase; vámonos por ai, antes que esto se ponga pior.

Nos fuimos yendo los dos muy seriecitos por entre los jacales con la intención de ganar el tajo del Cuije para ir a caer hasta el rancho de La Pinta. El juez se quedó sentado agarrándose la barriga y echando habladas:

—Ya verán, desgraciados, dentro de un rato que llegue Nájera con la Acordada de San Pedro.

—¿Usted cree, compadre, que vaya a venir Nájera?

—Bien pudiera ser; vámonos yendo por las dudas; véngase, vámonos por adentro del tajo y salimos a La Pinta, allí pasamos la noche en casa de Eladio López.



Pronto pasamos por los jacales y agarramos la alameda del tajo. La luna se andaba escondiendo, por entre una nubecitas negras. Nos ladraron los perros y se quedó Lequeitio atrás.

Caminamos como un cuarto de legua y nos sentamos en un bordo a chupar un cigarro de hoja. Nos agarró el sueño y nos quedamos allí dormidos con la borrachera, sin acordarnos ya más de Nájera, del juez, ni de los gachupines de Lequeitio.

Cuando despertamos al tropel de los caballos, ya teníamos encima a la Acordada de Marcos Nájera. Nos echaron los animales encima y nos agarraron a cintarazos. Nomás veíamos brillar con la luna las hojas de los sables y sentíamos los fajazos en la espalda y en el pecho. En un instantito más nos tiraron al suelo y cayeron con nosotros hasta la cárcel de la hacienda.

Ya era bien entrada la mañana cuando desperté. Con la borrachera y la mala pasada que nos dieron los montados, había caído yo redondo como un tronco. Mi compadre Celedonio estaba tirado en un rincón, y yo en otro, de la galera que servía de cárcel en la hacienda.

Me puse a reflexionar: buena se me esperaba de allí en adelante. Con la mala voluntad que me tenían los españoles y la trifulca de la noche anterior, de seguro que tanto yo, como mi compadre, íbamos a dar a la cárcel de San Pedro de las Colonias por una larga temporada.

Mi compadre estaba roncando; tenía un machetazo en la cara que casi le había partido la oreja. Yo también tenía un golpe por la frente, una descalabrada en la cabeza y todo el cuerpo dolorido por la cintareada.

Desperté a mi compadre.

—¿Quiubo, qué pasó compadre?

—Pues ya lo ve, aquí estamos encerrados y en espera de que nos lleven presos a San Pedro.

—¿Qué no estará ya bueno con la cintareada que nos dieron?

—¡Qué va a estar! Ya verá cómo nos vamos a pasar unos meses en la sombrita. Si no se le hubiera a usted ocurrido sacar la primera botella aquella de mezcal, otra cosa hubiera sido.

—Y si usted no hubiera tenido la ocurrencia de ponérsele “josco” al mayordomo y de apedrear al juez, otra cosa sería también.

—Bueno; pues ahora ya ni remedio.

—¿Usted cree que nos vayan a fregar mucho?

—¡Ah!, eso ni duda tiene. Ya lo verá; acuérdesse de lo que le digo.

—¿Y si nos juyéramos de aquí? Está fácil; mire, nomas con meterle un fierro de esos que están ai tirados, al candado, podemos pelarnos.

—¿Usted se arriesga a perder lo que tiene y a perder la tierra nomás por la borracherita de anoche?

—Pues sí; la verdad, no merece la pena. Pué que conviniera mejor sobajarnos a don Julián, el patrón, y pedirle que nos perdone.

—Ese gachupín no perdona. Acuérdesse de Pánfilo Reyes. Lo sambutió en la chirona por cerca de medio año.

—Vamos a probarlo; nada se pierde.

—Yo no espero nada; pero en fin, hágale la lucha antes de que sea más tarde.

Mi compadre se asomó por la ventanita de barrotes que daba al patio grande y llamó al mozo que casualmente andaba por allí barriendo. Se acercó un poco temeroso.

—Oye, Manuel, haznos un favor.

—Pos según de lo que se trate, ya que ustedes están presos.

—No tengas miedo; se trata nomás de que le digas a don Julián que nos deje hablar con él. Que por lo que más quiera nos haga ese favor.

—¡Hum!, ni crea que va a querer. Está rete enojado. Y a más, orita está almorzando con todos los españoles y con Marcos Nájera. Ustedes la van a pasar mal, según yo he oído.

—Anda, anda; dile que nos deje hablar. Dile que no tenga el corazón tan duro, que venga.

—¿Y si no quiere venir?

—Hazle la lucha, anda. No creas que me voy a dar por bien servido contigo. Ya me conoces.

—No, si por mí, que más quisiera sino que a ustedes los echaran libres, pero, la verdad, la veo muy difícil. Quién sabe cuántas pedradas le sorrajaron al juez y crio que, según dicen, hasta se les pusieron ustedes de fierro malo a los de la Acordada.

—Ahí'stá, ¿ya ves? Eso que crees tú, a lo mejor lo cree también don Julián y no es cierto; con verdad de Dios. Una piedrita cualquiera que le tiró mi compadre al juez y ni siquiera le pegó. Y con la Acordada, rete mansitos, nos pegaron hasta que se les dio la gana y ni las manos metimos.

—Ustedes dos han sido muy lebrones. Eso se sacan por andar de buscapleitos y altaneros.

—Bueno, oye, pero nos vas a hacer el favor o nos vas a regañar?

—No le digo que de nada sirve, que está muy enojado don Julián.

—A ti qué te importa; anda. Después nos arreglamos yo y tú.

—Yo le estoy debiendo a usted doce reales de carne y...

—Bueno, pues ya no me debes nada, pero hazle la lucha a don Julián que venga.

—Iré a ver qué me dice; está muy enojado.

Allá como a la media hora vimos venir a don Julián acompañado por Marcos Nájera y dos de la montada.

Abrieron la puerta y se nos quedaron viendo. Por la cara que les vi, yo nada esperaba de ellos.

Mi compadre, buen comerciante, se adelantó muy meloso.

—Señor don Julián: anoche mi compadre Espiridión Sifuentes y yo tomamos unos tragos de más de los que es costumbre y la verdad, pos, se nos subieron a la cabeza. Fui a vender unos marranitos y traía mucho gusto por los centavos que gané. Nos fuimos a comer mi compadre y yo unos chicharroncitos y...

—Shi, shi; ya lo sé, ¡remoño!, os emborrachasteis y después de dar lata, y de desobedecer al mayordomo, habéis faltado a la autoridad con vías de hecho, y ya tenéis pa rato, ¡rediez!

—Pero señor don Julián, yo creo que con la cintareada que nos dieron ya es bastante. Mire nomás cómo estamos. Yo le pido a usted por lo que más quiera que nos dé su perdón y nos deje salir a seguir luchando. Está usted seguro de que no volverá a suceder esto.

—¡Cá! ¡Cualquier día os dejo! Ya que ha dado la casualidad que llegó oportunamente el comandante Nájera, os entrego a él para ver lo que hace con vosotros. Ya sabrá él, ya, lo que deberá de hacer. Yo me lavo las manos como Poncio Pilatos.

—Pero señor, ¿qué piensa usted hacer por tan poquita cosa?

—¡Poquita cosa!, ¿eh? Ya lo veréis. Ahí los tiene usted, don Marcos.

—Yo ya tengo resuelto ese asunto. Ya tomé toda la información debida —dijo Nájera—. A usted —dijo dirigiéndose a mi compadre Celedonio— le doy hasta el día de mañana a estas horas para que salga de esta hacienda y no vuelva a poner los pies más aquí. Entendido de que si la próxima vez que vuelva con mi gente, me lo encuentro por aquí, lo enjuicio y le va a pesar por toda su vida.

Y a ti —dijo dirigiéndose a mí— como estás muchachón y pareces medio atrabancado, te voy a meter de soldado. Están haciendo falta hombres de tu pelo en el ejército.

Fue en vano que rogáramos y suplicáramos mi compadre y yo . Él por tener que perder la comodidad de su negocio de carnicería y yo por perder mi libertad. ¡Cinco años de soldado a fuerzas! ¡Como si hubiera hecho una muerte, como si hubiera robado una fortuna! Nada conseguimos; aquellos hombres, los de la Acordada y los españoles, tenían un corazón de piedra. Acostumbrados a tratar a golpes a la peonada de las fincas, se les revolvía el alma cuando se encontraban con alguno que se levantara tantito, siquiera para verlos cara a cara. Bien sabía yo que aquello no tenía remedio ni apelación en nada. Mi compadre en la ruina y desterrado; a batallar por ahí en otros ranchos lejanos, sin crédito y de paso con malas recomendaciones. Cuando llegara con sus chivas a otro lugar distante a querer establecerse o a pedir trabajo, luegoito habrías de pedirle sus cartas de recomendación y lo sujetarían a miles de preguntas:

¿De dónde viene? ¿Porqué salió de allí? A lo mejor tiene cuentas con la justicia o con sus patrones anteriores. Una batalla grandísima para poder conseguir o ganar un taco de frijoles. Y yo, a cargar el máuser como Lucas Pérez, que también se lo llevaron de soldado y perdió la tierra para siempre; se lo llevaron hasta el fin del mundo, hasta más allá de Yucatán, y por allá estaba enfermo de fríos o creo que se había muerto. Nadie tuvo nunca razón de lo que fue de él. Soldado y muerto era decir lo mismo.

A mi compadre lo dejaron desde luego. Fue y me trajo mi co-bija y me echó veinte reales en la bolsa del pantalón.

—Ya le dije a su mamá que tenga resignación, que se lo van a llevar a usted de soldado. Pobrecita señora; viera nomás como se puso; se le rodaron las lágrimas entre la masa que estaba en el metate, pero siguió torteando, ahora de seguro para hacerle a usted su último itacate pal camino. Pobre de Asuncioncita, cómo lo va a extrañar a usted, compadre, porque lo que es su otro hijo José, ése, con esto que nos ha pasado, no va a parar aquí; ése, acuérdeselo que le digo, pierde la tierra. Pero váyase sin cuidado, compadre; a su mamá nada ha de faltarle conmigo. La tortilla que yo me busque la he de repartir con ella. Y ojalá y tuviera yo dinero bastante para buscarle a usted un remplazo y salvarlo de ser mocho, pero pos, ¿dónde?

Yo nada decía, dejaba hablar a mi compadre, que al fin y al cabo tenía humor para hacerlo. ¡Qué me ganaba yo con decir algo!, ¡qué remedio tenía aquel mal ruedo!

La gente de Nájera ya estaba acabando de ensillar. Estaban todos ellos contentos; habían comido bien y de seguro llevaban su buena propina en plata y en géneros de la tienda de raya.

A poquito llegó mi mamá de prisa, temerosa seguro de no ir a encontrarme ya. Iba muy arropadita con su rebozo como si fuera a rezar el rosario y al velorio de un difunto. Llevaba el morral colorado de estambre, aquel que había sido de mi papá y que guardábamos como reliquia, lleno de gordas recién salidas del comal.

Como la puerta se había quedado abierta, ya que los montados estaban allí enfrente, se metió ella hasta donde estaba yo.

—¡Mira nomás, hijito, cómo nos trata Dios!

—Qué le vamos a hacer, mamá.

—¡Qué voy a hacer yo sin ti!

—Ai está José, mi hermano; aquí está mi compadre, que ya me prometió que la cuidará a usted cuanto pueda.

—¿Pero crees que será igual? ¡Cuándo te volveré a ver! Si no hubieras crecido, si te hubieras quedado chiquito, no me darías esta pena que se me figura que no voy a resistir.

—Así es la vida, mamá; ¡qué remedio tiene!

—Aquí en este morral de tu papá te puse unos tacos; cómetelos, hijito, aunque los sientas húmedos; es que se me salieron las lágrimas y fueron a dar a la masa.

—No llore, mamá; váyase. Déjeme aquí solo mejor. ¿Qué se gana con llorar y que se rían esas gentes de nosotros? Váyase, mamacita, ándele; écheme la bendición y váyase con mi compadre.

—No; déjame hacer la última lucha, a ver si les ablando el corazón.

—¿Qué quiere hacer?

—Déjame, voy a ver a don Julián.

—¡No mamá!, por lo que más quiera, no lo haga. No se rebaje a esa gente. Cómase sus lágrimas; rece por mí y écheme su bendición, que ya vienen a llevarme.

—¡Hijo!...

—¡Bendígame!

—¡Ay, Dios mío! Híncate pues, así; como cuando eras chiquito; hincadito así. Reza conmigo: Padre nuestro que estás en los cielos... Se acercaron dos de los montados; uno de ellos llevaba un mecate.

—¿Lo amarramos, mi comandante?

—¡Claro!, ¿no ves que es pollo de cuenta? Mientras esté por su tierra hay peligro de que se nos pele.

Me amarraron las manos en la espalda mientras mi madre hacía sobre mi frente el signo de la cruz. Después sus lágrimas me mojaron la cara y se revolvieron con las mías.

—¡Vámonos! —gritó Nájera.

—¡Vámonos! —grité yo, enronquecido y con ganas de dejar cuanto antes a la viejita, que me conmovió y que parecía que me quitaba lo hombre que llevaba dentro.

Don Julián, rodeado de los dependientes, fumaba satisfecho en el poyuelo del zaguán de la hacienda.

Me sacaron de la galera. Colgado del sobaco llevaba yo el morral de las gordas y el sarape terciado en el hombro.

Los caballos se pusieron a caminar y yo iba entre los dos de adelante.

Todavía tuve tiempo de ver cómo mi madrecita se fue corriendo a arrodillarse y a besarle las manos a don Julián, pidiéndole mi libertad.

Un nudo se me hizo en la garganta y le grité casi ahogado:

—¡Levántese, mamá, no le ruegue a ese hijo de la tiznada!

El caballo de uno de los de la Acordada se me echó encima y me hizo rodar por el suelo sin poder siquiera meter las manos que llevaba atadas. Varios sablazos cayeron sobre mis espaldas.

Me levanté como pude y salimos todos al trote de la hacienda por le borde del tajo, camino de Santa Teresa.

## II

El camino iba al lado de una acequia grande. Un vientecito suave movía las hojas de los álamos y las urracas revoloteaban alegres, volando de la copa de un árbol al otro. El sol, a media mañana, hacía reverberar las tablas de laborío anegadas por el riego y las hojas verdenebras de las matas de algodón. La peonada, sembrada por



entre el campo, se enderezaba curiosa al paso de la tropa; muchos de aquellos hombres me conocían bien, pero ninguno de ellos se atrevió a decirme siquiera alguna palabra de despedida.

Había llovido en la madrugada y el suelo estaba mojado y resbaloso.

Adelante, en su caballo retinto de sobrepaso, iba Marcos Nájera; detrás iba yo, pie a tierra; a mis dos lados y atrás de mí, los doce hombres montados de la Acordada de San Pedro.

El camino era malo para andar a pie. A veces tropezaba, resbalaba y casi siempre caía. Me levantaba a cintarazos y seguía caminando adolorido, callado; pero con la resignación que tiene el pobre cuando le llega la de malas. Las caídas al suelo y los cintarazos me dolían, pero más le temía yo a las patas de los caballos cuando resbalaban en el lodo. Una pisada o una coz me podían dejar cojo y eso sí había de ser terrible: caminar cojeando entre los caballos, en el suelo malo y a punta de golpes. ¡Qué falta hacen las manos para caminar seguro!, hasta entonces lo sentí.

Ya para salir de los linderos de la hacienda, encontramos al rayador Juan Lorenzana; de seguro nos había divisado y fue a hacerse el contradizo, a curiosear. Era un gachupín como todos: coloradote y güero; sombrero de jipi, buena pistola, pantalón de pana; caballo inquieto y una buena espada toledana de funda niquelada que brillaba con el sol, en la montura charra.

Me conocía bien porque en una ocasión había querido golpearme y no me dejó. ¡Cuánto gusto le dio verme maniatado en medio de los gendarmes!

—¡Hola, don Marcos! ¿Qué tal? Por fin nos quita usted esta alhaja de encima.

—Sí, mi amigo, éste no para hasta ser soldado de la federación y eso si no da guerra en el camino, porque también se puede quedar por ahí colgado si intenta huirse.

—A ver si ahora vas a ser tan valiente como lo eras aquí, ¡cabrón! Sino se lo lleva usted tan a tiempo, don Marcos, un día de estos la iba a pasar muy mal. ¡Vaya una alhaja!

—¿Usted gusta seguir hasta Santa Teresa?

—Que les vaya bien; allí creo que también tienen a algún recomendado. A ver cuándo vuelven por acá. Mucho gusto de verlos. Adiós.

Más adelante nos paramos un ratito para que mearan los caballos. Miré para atrás, apenas se distinguía ya, por entre los álamos, la chimenea del despepitador de Lequeitio. Allí estaría la pobre viejita llorando y mi compadre arreglando sus triques para largarse a otra parte. Se veía blanquear a los peones agachados sobre las matas de algodón, dándoles tapapié a las matas con el azadón, bien escarmentados con mi ejemplo y pensando seguro que aquella vida no había de tener remedio nunca, deudas de abuelos que pasaban a los padres y después a los hijos; única herencia de los mexicanos pobres; de sol a sol; día con día y año con año hasta acabar con la vida, hasta que Dios quisiera, y Dios estaba muy alto y no veía para abajo nunca.

El cura Hidalgo dejó las cosas a medias, seguían los gachupines mandando en nuestra tierra quién sabe hasta cuándo.

Vuelta a caminar; el sol caliente y la cobija y el morral pesados lo mismo que los pies que se arrastraban ya por entre el lodo del camino y las piedras y los hoyos.

Los gendarmes platicaban fumando sus cigarros de hoja; ya casi no hacían caso de mí, que seguía como un perrito detrás del amo Marcos. Hablaban de sus cosas.

—¿Te acuerdas de aquel “endevido” que tronamos por aquí mero?

—Un pelotazo nomás fue menester. Le entró aquí ansina nomás.

—¿Y aquel otro que colgamos? ¿Te acuerdas que cara puso cuando le echamos la reata en el pescuezo?

—¡Que ojotes nos pelaba! Si los ojos hubieran sido cuchillos, allí mismo nos mataba.

—Qué duró para morirse, ¡cómo pataleaba!

—¡Hombre!, y si vieras; después pude indagar que era inocente, que el asesino había sido otro que logró escaparse.

—Pues sí, si no era seguro lo que decían de él, pero ya viste cómo lo “criminaron” los españoles y el juez.

—Bueno, él no mataría a aquel dijunto, pero ya debía otras muertes, de suerte que de cualquier modo pagó lo que debía.

—Y, ¿cómo ves? ¿Este que llevamos aquí, llegará a San Pedro?

—Pues ya oíste lo que dijo el comandante; si se porta bien, llega; si no, se queda columpiando en el camino.

—Parece lebroncito.

—No sé que haiga matado a ninguno, pero tiene la pinta de macho.

—¿De macho?, de mocho dirás. Qué bien le va a caer el chacó y el máuser.

—Cinco añitos nomás.

Yo nomás metía oreja y seguía caminando muy sumiso, no fuera a ser que les diera por meterme un balazo por la espalda como a tantos otros que salían de la hacienda presos y nunca llegaban a la cárcel de San Pedro. Era la Ley Fuga que manejaba a su antojo el juez de la Acordada.

Como a las tres o cuatro de la tarde llegamos a Santa Teresa. Ya los españoles nos estaban esperando en el zaguán de la casa grande, pues les habían avisado de Lequeitio que llegaríamos allí ese mismo día.

La tienda de raya se veía llena de gente que, al sentirnos llegar, se puso a observarnos desde lejos. Siempre que llegaba la Acordada a cualquier rancho, se le veía con recelo y temor.

Nos paramos enfrente de la casa y un español gordo y con barba se acercó a saludar a Nájera y habló con él en secreto. Se entendieron muy pronto, pues apoco rato tres peones armados de garrotes sacaron de una galera a dos infelices muchachos, que de seguro estaban presos allí.

Apenas los vio Nájera, sacó su machete, les echó el caballo encima y les dio una cintareada como nunca lo había visto hacer. Pobres muchachos, ¡cómo gritaban a cada golpe que recibían en la cabeza, en las costillas o en la espalda! Tuvieron que meterlos a la galera casi en peso, pues no podían ni andar.

La gente que nos veía, estaba azorada.

A mí me metieron a aquella misma galera; me desataron las manos, echaron llave a la puerta y se fueron todos los de la Acordada a comer con los españoles, dejándonos al cuidado de la patrulla de la hacienda.

¡Qué feliz me sentí cuando pude tirarme en el suelo y estirar los brazos libres de las cuerdas!

En un rincón estaban acurrucados los dos muchachos quejándose de sus golpes. Yo ni caso les hice; tan cansado así estaba que más preferí dormir que platicar o comer lo que llevaba en mi itacate.

Desperté cuando ya estaba cayendo el sol. Apenas me vieron despierto se acercaron a platicar conmigo los dos compañeros. Eran más jóvenes que yo; apenas les pintaba un bocito en los labios. En un momento me contaron su historia:

Los dos eran hermanos; se llamaban Jesús y Eulalio Villegas. El mayor y el único que hablaba, pues el otro era muy callado, era Jesús. Sólo le sacaba un año de diferencia a su hermano.

—Venimos desde el Real del Sombrerete, Zacatecas. Allí ya no se podía vivir, no había trabajo ni en qué ganarse la vida. A más, nuestra madre se murió y nuestro padre se fue con otra mujer para el interior. El día menos pensado agarramos, mi hermano y yo, el camino de fierro y nos venimos contando durmientes hasta Torreón.

“Mucho se hablaba por allá de que en Torreón había bonanza y una porción de gente hizo camino con este rumbo. No traíamos nada que comer y ni siquiera una cobija. ¡Viera nomás qué hambreadas y qué frillazos pasamos en el camino! En las noches dormíamos acurrucados cerca de la lumbrita que hacíamos. ¡Qué noches tan largas y tan frías! Qué envidia les teníamos a los coyotes que llevan su buen pellejo cubierto de pelo caliente, mucho más caliente y abrigador que nuestras camisas y calzones desgarrados. A veces nos daban un taco los peones de la vía; en las estaciones alguna tortilla dura. Trabajo, nada; ¡qué trabajo va a haber en ese desierto!

“Camine y camine días y días. Parecía que no se acababan nunca aquellas rayas derechas de fierro brillante y aquellos alambres de los postes del telégrafo. Tierra colorada, después tierra amarilla, después tierra gris; remolinos de polvo allá a lo lejos y cerros lejanos que primero eran azules, después, ya más cerquita, cafeses, después se volvían a hacer azules allá atrás, con rumbo a nuestra tierra.

“Por fin llegamos al mentado Torreón. Tampoco había trabajo allí para nosotros; el quehacer estaba, según decían, aquí en los ranchos. Otra vez a caminar y a recorrer las rancherías y las haciendas. A veces trabajamos un día, a veces una semana. Parece que nuestra facha no les daba confianza a los patrones. Ayer ya nos andaba de hambre y nos comimos unos elotes de un maizal. Nos cayó un dependiente, nos golpeó y cargó con nosotros hasta

esta galera. Ora creo que nos achacan todas las gallinas que se han perdido; dicen que semos rateros y vagabundos; que nadie nos conoce y que hace falta ponernos en buen recaudo”.

Yo también les conté lo que me había pasado. Éramos compañeros desde allí hasta quién sabe cuándo. Les convidé de mis gordas; ellos tenían más hambre que yo. Nos comimos aquellas tortillas amasadas con las lágrimas de mi viejita.

Era ya de noche; afuera ladraban los perros, brillaban las luces en los jacales y parpadeaban las estrellitas en el cielo. Nos abrigamos los tres con la cobija mía como si fuéramos hermanos.

A la madrugada nos levantaron a puntapiés. Querían los de la Acordada caminar con la fresca para llegar a buena hora a San Pedro de las Colonias. Nos amarraron las manos a los tres y nos sacaron a empujones. Todavía estaba oscuro; apenas se veía el camino; en uno que otro jacal había lumbre prendida, de seguro eran aquellas casas en que los hombres eran muy madrugadores y querían agarrar los mejores troncos de mulas para el trabajo del día.

Se alborotaron todos los perros con el tropel de los caballos; había unos muy bravos que nos llegaban hasta las pantorrillas, teníamos que quitárnoslos de encima a puras patadas.

Nos fue a amanecer ya cerca de La Concordia. Allí, paramos un rato para que los del gobierno tomaran café. La gente ensarapada nos miraba con curiosidad y con lástima. ¿Qué pensarían de nosotros?, ¿que éramos ladrones, que éramos asesinos?

La curiosidad de la gente de aquella hacienda les sirvió a los de la Acordada para lucirse dándonos delante de todos ellos la primera cintareada de aquel día. Ya no recibí yo tantos golpes; como éramos tres, me tocaron menos.

De allí para adelante el camino era bueno; seco y amplio. Me sentía yo más consolado yendo con los otros dos, que bien dicen que mal de muchos, consuelo de tontos.

El camino fue más corto. Cerca del mediodía llegamos a Bolívar, el rancho aquel de los alemanes que tienen un papalote de viento, que se ve desde muy lejos. Desde allí ya se veían las casas aterradas de San Pedro, de mi pueblo. Un cuarto de legua más y entramos a las calles llenas de tierra suelta; aquellas calles en donde se mete uno hasta las rodillas como si fuera atascadero; aquellas calles que recorría yo cuando era chiquillo y que iba a la escuela oficial en los buenos tiempos de mi padre.

Entramos por el barrio del Mezquite Charro, por el mismo barrio en que yo había nacido en un año en que decía mi abuelita que había habido muchas calabazas de agua.

Un cilindrero tocaba en una esquina El abandonado. Don Cleofas, el de El Pílon de Oro, estaba despachando en su tendajo a una mujer enrebozada. Un melcochero con su tabla de dulces en la cabeza iba gritando por una banqueta, a grito abierto: “¡Las correosas! ¿quién compra correosas?”

En un momento llegamos a la plaza de armas, fresca bajo las ramas de las lilas tupidas de hojas y alegres con el canto de los pájaros. Allí estaba don Cristóbal, el viejito de la barba blanca, sentado en la misma banca de siempre; aquella que decía que era de él y que la reclamaba cuando la veía ocupada por alguna otra gente. Allí, por la banqueta de la casa de los Madero, iba atravesando de prisa el doctor Meave con su saco de dril blanco muy holgado y su sombrero de paja.

Una pipa con agua, arrastrada por la calle por una mulilla flaca desde la vega grande, hacía los “entregos” en las casas ricas. El reloj público de la Escuela de Niñas, la Presidencia Municipal pintada

de amarillo, la iglesia pintada de blanco, la cárcel con su reja de madera de mezquite. El mismo San Pedro de cuando tenía yo siete años, el mismo de ahora, el mismo de cuando llegara a viejo.

Cuando nos avistó el policía que hacía de centinela en la puerta de la cárcel, gritó con toda la fuerza que más pudo:

—¡Guardia, tropa armada!

Como si hubiera por allí más hombres armados como acostumbra haber en los cuarteles. El único que salió fue el alcaide a recibirnos.

Nos metieron a la alcaidía y nos soltaron las manos. Estaba fresco el cuartito, recién regados los ladrillos del suelo. Allí había una mesa llena de papeles, dos sillas, un retrato de Morelos y otros de don Porfirio Díaz. Nos preguntaron el nombre, la edad y una porción de cosas y querían que firmáramos; los muchachos no sabían escribir y yo no quise hacerlo.

—¿Usted no sabe escribir?

—Sí se.

—Pues firme.

—¿Firmo qué?

—Aquí. Firme que está conforme.

—¿Conforme con qué?

—Con lo que no le importa. Firme, con una tiznada.

—No firmo.

—¡Ah!, ¿no firma?

—No, señor.

—¿Y cree que con eso se escapa? Firme o no firme, cinco años de mocho no se los quita ni Dios Padre.

Nos esculcaron y me quitaron lo único que llevaba: los veinte reales que me había dado mi compadre. El morral y la cobija, me los dejaron.



Se abrió la puerta de adentro y nos empujaron al galerón de los presos.

Apenas entramos se alborotó la gallera. Eran como unos diez o doce, pero gritaban como si hubieran sido cincuenta.

—¡Ya parió la leona! ¡Ya parió la leona! ¡Llegaron tres gorrudos!  
¡Ese de las greñas, rápenlo! Ora tú de los calzones ajustados.  
Gritos, chiflidos y pedradas fue nuestro recibimiento.

Nosotros estábamos azorados, parados junto a la puerta sin atrevernos a entrar más adentro. Cuando se cansaron de insultarnos y de tirarnos cuanto tenían a la mano, se acercaron a saludarnos como si nada hubiera pasado.

—¿Quiubo, amigos? ¿Ustedes por qué cayeron? ¿De dónde los traen? Dequen un cigarro.

A la media hora ya éramos todos amigos.

Yo encontré una tranquilidad muy grande dentro de aquel galerón fresco. Nos dieron un cigarro; nos dieron a escondidas un trago de mezcal y nos consolaron en nuestro infortunio.

—Ese carbón de Nájera, algún día ha de pagar todas las que debe.

—Algún día, algún día.

La tarde se fue de prisa; llevaron el perol del rancho y nos dieron a cada uno un cucharón de frijoles aguados y un par de tortillas. Después, ya oscurecido, vimos pasar por delante de la puerta, con destino a sus bocacalles, a los diez o doce serenos del pueblo con sus linternas encendidas; parecían luciérnagas volando por entre los troncos de los árboles de la plazuela oscura. En el galerón encendieron una linterna de petróleo.

Allá como a las diez de la noche se oyeron los pitos de los serenos repartidos en las calles.

A la madrugada metieron a un borracho que fue dando traspies por entre todos los que estábamos acostados y que hacíamos por dormir.

Cuando me venció el sueño, se me figuró que estaba en mi casa durmiendo muy tranquilo.

En la mañana me levantó a escobazos uno de los presos. Era el encargado de regar y barrer el galerón aquel; tenía una cicatriz muy grande desde cerca de un ojo hasta la boca; era muy mal hablado y parece que le temían todos allí.

A poco rato nos dieron el rancho: un cucharón de atole y dos tortillas. Unos de los compañeros nos prestaron unas tazas de hojalata para que tomáramos aquel alimento.

El preso que andaba barriendo y que parecía ser el capataz, me dijo:

—Ahora les hubiera tocado a ustedes por derecho tirar el caballo, pero el alcaide me dijo que ustedes son de cuidado, que no pueden salir a la calle si no es amarrados. Quién sabe lo que deberán ustedes tan grande, que les tienen tanta desconfianza.

—Nada debemos, pero dígame, ¿qué cosa es el caballo ese de que me está hablando?

—¿El caballo? Orita lo va a ver; mire, ai lo llevan para la calle.

Se acercaba una pestilencia atroz; era de una barrica llena de suciedad que llevaban dos presos cargando en una especie de parihuela. Era allí donde hacían sus necesidades los detenidos y su lugar acostumbrado era en el fondo del galerón; todos los días, dos presos al cuidado de un policía, salían con el contenido de aquella barrica hasta las afueras del pueblo.

—Pues mire, amigo —le dije al capataz—, nada más por eso me alegro de que me tengan desconfianza; primero me dejo matar que hacer un trabajo de esos.

—Ni diga eso, amigo, no diga eso. Ya verá allá en el cuartel cómo lo van a tratar.

Cerca del mediodía, llegaron los de la Acordada y el policía que cuidaba la puerta nos llamó a gritos:

—¡Ese Espiridión Sifuentes, ese Jesús Villegas, ese Eulalio Villegas, a la reja con todo y cueros!

Nos llamaban a nosotros, a los tres que habíamos llegado el día anterior.

Nos acercamos a la puerta. Nuestros compañeros de prisión se dieron cuenta de lo que pasaba.

—Ya se los van a llevar; los van a entregar a los soldados federales para que se los lleven hasta Monterrey.

—Adiós, amigos, adiós, adiós.

Nos amarraron otra vez las manos, pero esta vez no por la espalda, sino por delante; así podríamos sentarnos en los asientos del tren. Se abrió la puerta y salimos a la calle. ¡Cuántas veces no saldrían por allí mismo los hombres ya libres! ¡Con qué gusto verían el sol de la calle! Nosotros salíamos tristes, amarrados; salíamos de una cárcel que puede que fuera buena en comparación con la que nos esperaba en Monterrey.

Nos llevaron por toda la calle larga hasta la estación, había mucha gente: vendedores, pasajeros curiosos nada más; todos nos miraban con lástima; los policías que nos llevaban custodiados parecían complacerse de su trabajo. ¡De qué triste manera iba a salir yo de mi pueblo!

Al merito mediodía llegó el tren de pasajeros de Torreón. Apenas acabaron de bajar los que llegaban, el comandante Nájera se acercó al carro de segunda en que iba una escolta de soldados de la federación; habló largamente con el oficial y nos señaló a nosotros. Había llega-

do nuestra hora; de allí para adelante nos soltaban los gendarmes y nos agarraban los soldados. El oficial bajó y nos miró de arriba abajo como quien tantea a unos animales que va a comprar; leyó el papel lleno de sellos que le dio Nájera y nos mandó subir.

Llevaba un kepi negro con una cinta dorada; en la cintura colgaba una espada reluciente; parecía muy joven todavía y era casi lampiño. Los soldados que estaban en el carro nos miraron con curiosidad, parecía que tenían lástima de nosotros; nos dieron acomodo entre ellos; todos llevaban chacó de cuero con bolita colorada y estaban vestidos de dril; tenían sus mochilas y sus cartucheras y empuñaban los máuseres. Nadie hablaba ni palabra.

A los pocos momentos comenzó el tren a caminar; poco a poco se fue quedando atrás la vega con sus álamos verdes, la estación llena de gente y de fruteros, los de la Acordada de Nájera, las casas de San Pedro, terregosas; todo lo que yo quería u odiaba, todo: Lequeitio, mi compadre Celedonio, los gachupines, mi viejita; todo junto y revuelto, lo bueno con lo malo. Allí se quedaba todo: el pueblo en que nací y la hacienda en que me crié; me parecía como si me hubiera muerto y como si hubiera vuelto a nacer otra vez. De allí para adelante otra vida, un puño de tierra a lo pasado, al camposanto del pueblo y un aliento nuevo para la vida que iba a comenzar allí mismo, a bordo de aquel tren.

Eran diez soldados los que iban allí; uno de ellos llevaba en las mangas dos cintas coloradas, pues era el sargento; otro había que era el cabo que nomás llevaba una sola. Fuera de aquello, todos ellos parecían enteramente iguales; las mismas caras de indios requemados; todos enjutos, pelones al rape; uniformados hasta con el mismo gesto de resignación. El oficial entraba y salía, parecía que más le gustaba sentarse en los asientos del carro de primera.

Aparte de nosotros, cuatro o cinco gentes apenas viajaban allí; en la puerta del carro el agente de publicaciones acomodaba su mercancía.

El sol caía a plomo sobre el arenal de la desierta Laguna de Mayrán. Ni un huisachito, ni un mezquite, ni una res, ni una labor, ni un rancho; tierra, polvo y remolinos a lo lejos y de vez en cuando, cada cinco leguas, una estación pelona metida en un carro sin ruedas de ferrocarril y una casa de piedra, como fortaleza para los trabajadores de la vía: Benavides, Minerva, Talia, Ceres... todas enteramente iguales con la sola diferencia de un letrero. El camino derecho, largo, largo y tendido sobre un arenal que allí a lo lejos parecía un espejo de agua clara y cristalina. Ni pájaros, ni bueyes, ni conejos; de seguro nomás allí vivían las víboras revueltas en la tierra de su mismo color. Tierra abandonada de la mano de Dios, sin agua ni verdor; tierra suelta hecha polvo, como para cobijar de un solo soplo de aire a los viandantes hambrientos y cansados que por allí pasaran. Tierra maldita, castrada, infecunda como las mulas que nunca han de parir. Tierra sin consuelo, tierra triste y sedienta como el pobre, como el gañán que vive y que vegeta y que no espera nada porque nada han de darle. Tierra blanca, pardusca y sucia como los calzones de manta de los hombres del campo; tierra que se adelantó a la muerte y que se hizo polvo antes de morir.

Aquel camino largo y pesado terminó en Hipólito, estación de importancia con restaurante de chinos, agua para las máquinas y dos docenas de casas con paredes de palosgatuño enjarradas con zoquete. Eran como las cuatro de la tarde. No habíamos hablado ni palabra en el camino.

El tren se detuvo largo rato y las gentes bajaron a comer; la máquina hizo movimiento; ya se desenganchaba, ya se volvía a

enganchar. Qué cosa tan misteriosa son los trenes; van, vienen; se pegan, se despegan, se vuelven a pegar y al final parece que quedan siempre igual. Sólo los ferrocarrileros saben lo que hacen con sus carros. Las máquinas de patio parece que andan jugando, tantito para adelante, tantito para atrás; de prisa, despacio, solas o con carros; bonito juego para los ferrocarrileros que parece que juegan al ferrocarril.

Más de una hora de parada y ya casi al meterse el sol partimos de Hipólito. Al poco caminar oscureció; en el techo prendieron las lamparitas de petróleo para dar sombras al carro y hacer más duras las caras de los soldados y más grandes los chacós.

Jesús Villegas me dijo casi en secreto:

—Primera vez que ando en tren sin boleto.

—Yo también.

—Siquiera eso salimos ganando.

El movimiento del tren nos hacía cabecear; el ruido adormecía; trac, tratrás, trac; siempre igual.

—¿De qué cuerpo serán estos soldados?

Hasta entonces me fijé en los chacós. Eran del nueve. Nove-no de Monterrey; bonito número, non, tres veces tres, día de mi cumpleaños.

Traca, tratraca, tratraca; el campo negro por las ventanillas; sombras en el carro, ruido de fierros; cada vez más tirantes los lazos de las manos ya amoratadas.

—Señores, aflójennos las manos tantito para poder dormir. Así, gracias amigos, compañeros de aquí para adelante, gracias.

Traca, tratraca, tratraca, las sombras se crecen, los ojos se cierran.

Con aquel cansancio los palos tan duros parecen colchones.

¡Monterrey!

### III

Era pasada la medianoche cuando se detuvo el tren en la estación. El andén estaba bien iluminado y casi vacío de gente, apenas uno que otro cargador que se ofrecía a los de primera para llevarles sus maletas. Bajamos en medio de los soldados y nos formamos hasta que llegó el oficial; dio las voces de mando y salimos todos de la estación con rumbo al cuartel; íbamos los tres presos encajonados dentro de las dos hileras de soldados.

Allí comencé a darme cuenta de la instrucción de los soldados; ¡qué parejos en todos sus movimientos! Los pasos acompasados; un solo golpe de las armas al cambiarlas de posición; parecían soldados de juguete hechos en un mismo molde y movidos por un solo mecanismo.

Ni quien hablara media palabra; nomás se oía por la calle desierta el paso acompasado de la tropa. Allá de cuando en cuando encontrábamos en alguna esquina la linternita de un sereno y al policía embozado cerca de ella.

Recorrimos una calzada muy larga, llena de árboles; salimos al descampado y dimos vista al cuartel, un caserón negro y pesado; se me figuró que íbamos al casco de alguna hacienda como aquellas de La Laguna. El portón muy grande y abierto de par en par; una luz alumbraba apenas a un soldado que con su arma en el hombro daba vueltas de un lado al otro como si lo tuvieran amarrado y no pudiera separarse de allí.

De pronto, cuando se dio cuenta de que nos acercábamos, se detuvo y gritó con toda su alma:

—¡Alto ahí!, ¿quién vive?

—¡México! —contestó el oficial. Nos detuvimos.

—¿Qué regimiento?

—¡Noveno batallón!

—¡Guardia, tropa armada!

Se formó una línea de soldados adentro del zaguán y entramos nosotros hasta enfrente de ellos. Un oficial como el que nos llevaba estaba allí alineado también. Otro oficial de más mando, después supe que era el capitán de cuartel, recibió a nuestra fuerza. Era hombre ya maduro y con bigote espeso.

—Presente, mi capitán, procedente del destacamento de Torreón, con cinco hileras de tropa y tres reemplazos —dijo cuadrándose nuestro oficial.

—Gracias, compañero; que descanse la fuerza en su cuadra y que los reemplazos pasen la noche aquí en la prevención.

Nos metieron al cuarto de prevención; los soldados que nos traían se fueron por allá adentro; los de la guardia dejaron sus fusiles en el banco de armas y entraron también junto con nosotros.

—Sargento, quítele los mecates a esa pobre gente —ordenó el capitán.

El sargento y dos soldados más prontamente nos desataron las manos. El sargento parecía conmovido.

—¡Pobres amigos!, miren nomás qué bien amarrados los traen; como si hubieran asesinado a alguno; como si fueran ladrones del camino real. Tú, Juan, apúrate.

—Está muy apretado el ñudo, mi sargento.

—Métele el marrazo. Ya están, ahora duérmanse amigos, todavía falta mucho para de aquí a la “diana”. Hasta que no venga el mayor no los filiarán. Voy a llevarme estos mecates con que venían amarrados, dicen que son de buen agüero en las mochilas. Duérmanse por ai como puedan.



Nos acostamos los tres juntos en un rincón, envueltos en mi misma cobija como la noche anterior. Afuera el silencio de la noche se rompía de cuando en cuando según lo ordenaba el oficial de guardia, que, arropado en su capote detrás de una mesa, mandaba al cabo de cuarto:

—¡Cabo, que corran la palabra!

El cabo ordenaba a su vez al centinela de la puerta y éste gritaba:

—¡Uno, alerta!

Seguía, detrás de él, una letanía de voces; unas más cerca y otras más alejadas, pero todas en el mismo tono:

—¡Dos, alerta!

—¡Tres, aalerta!

—¡Cuatro, aalerta!

—¡Primer rondín, aalerta! ¡Segundo rondín, aalerta!

—¡Primera compañía, aalerta! ¡Segunda compañía, aalerta!  
¡Plana mayor, aalerta!

Pasaba un cuarto de hora; a veces sólo diez minutos y volvía la misma grita:

—¡Cabo, que corran la palabra!

—¡Uno, alerta! ¡Dos, aalerta! ¡Tres, aalerta!...

Y no podía conciliar el sueño; apenas me estaba queriendo quedar dormido, me despertaba la gritería de los centinelas.

Mi compañero Jesús tampoco podía dormir; sólo su hermano dormía como un bendito.

—¿Para qué gritarán tanto?

—Sabrá Dios.

—A lo mejor pasa alguna cosa por allá afuera.

—Fíjate cómo los últimos hacen el grito muy largo: ¡aaalerta! Un soldado de los que estaban acostados en el camastro de madera,

que estaba impaciente con nuestra conversación, nos gritó en las orejas.

—¡Cállense l'ocico; dejen dormir!

—Oiga amigo, ¿por qué son tantos gritos allá afuera?

—Así es siempre; ya tendrán tiempo de saborearlo en cinco años que tienen por delante.

Cada dos horas entraba el cabo y levantaba a algunos de los soldados que dormitaban en la tarima y salía con ellos; iban a relevar centinelas. Los que salían de su servicio, entraban a dormir.

Así toda la noche, hasta que cantaron los gallos. Una corneta tocó en la puerta del cuartel y a los pocos momentos se oyó el paso acompasado de una tropa que pasaba por el patio y que salía a la calle. Era la banda de guerra; unos veinte hombres entre cornetas y tambores.

Nunca había yo oído “la diana” tan de cerca, ¡qué cosa más bonita es ese toque! Es tan alegre como el canto del gallo; son las mañanitas del cuartel. ¡Qué bien redoblan los doce tambores, qué fuerte y alegre suenan las cornetas!

Recorren todo el cuartel, cuadra por cuadra, ensordeciendo a todos; al acabar el toque que se alarga un buen rato, todo mundo está en pie.

Después se oye por allá adentro que están pasando lista:

—¡Presente!

—¡Preesente!

—¡Presente!

Un toque muy conocido sigue después, el único que yo sabía desde chiquillo con su letra y todo:

A comer, a comer,  
sinvergüenzas del cuartel.

.....

A poco rato el sargento de la guardia nos mandó con un soldado nuestro rancho; en tres botes de hojalata nos llevaron atole blanco y frijoles; también nos dieron una pieza de pan.

Mientras la tropa comía su rancho, y obedeciendo seguramente a un toque que dio el corneta de la guardia, salieron de las cuadras para la calle un chorro de viejas; seguramente se habían quedado allí adentro a pasar la noche con sus hombres.

A poco rato toda la banda de cornetas y tambores tocó un aire muy alegre; supe después que aquello era la “llamada de instrucción”. Unos minutos más tarde se oyó el paso acompasado de mucha gente.

—¡Guardia, tropa armada! —gritó el centinela de la puerta.

Pasaron por delante de nosotros muchos soldados armados; iban de a cuatro en cuatro, uniformados de dril y con chacó de cuero negro con bolita de estambre colorado. La banda iba por delante; a los lados, de trecho en trecho, los oficiales con las espadas desnudas. Iban tocando las cornetas y redoblando los tambores como si fueran de camino. Se perdió el ruido allá a lo lejos en el campo.

Un soldado de los que estaban de guardia nos regaló unos cigarrillos y conversó con nosotros. Nos confesó de cabo a rabo y algo nos contó de aquella nueva vida que comenzaba para nosotros.

—Esa tropa que salió, era todo el batallón; estarán como unas dos horas por ai haciendo instrucción; luego han de volver con la lengua de fuera. Y esto es todos los días, a mañana y tarde. Después aquí adentro no falta que hacer; ya lo verán ustedes y todo siempre se hace en medio de golpes y de malas razones. A punta de trancazos los hacen a uno soldado. Aquí han caído gente como ustedes, agarrados de leva o que han traído de las cárceles porque

ya no los aguantaban por lebrones o asesinos y aquí son corderitos mansos. Ni quien chiste entre las filas del ejército: malas palabras por cualquier cosa, que es lo de menos, o chicotazos, procesos y hasta fusiladas.

“Aquí se acabó todo lo de afuera: los tenates se quedaron allí en el campo. De cabo arriba, todos mandan y ¡qué modo de mandar!

¡Pobres de ustedes que apenas van a comenzar!

“A mí me faltan dos años para cumplir el tiempo de mi enganche; llevo tres años de cargar el máuser y de aguantar esta vida como los hombres; ¡bueno!, como los hombres no; aquí no hay hombres; de la puerta del cuartel para adentro se acabaron los hombres, todos semos borregos atemorizados delante de las cintas coloradas de las clases o de las espiguillas o de los galones de los oficiales o de los jefes”.

—¿Y, de dónde es usted, amigo?

—¿De dónde he de ser?, de Guanajuato.

Guanajuato, tierra de León,  
donde se forma la federación.

“Así dice la canción y es lo cierto; de allá de mi tierra salemos miles y miles a formar batallones y regimientos; si no fuera por el Bajío, ¿de dónde sacaban tanta gente? A ustedes, por acá, siquiera los consignan por malas voluntades o porque deberán algo, pero allá no batallan tanto; nomás llegan patrullas de soldados y echan realada; nomás cortan a un lado como a rebaños de cabras”.

—¿De modo que esto es duro?

—¿Duro?, pior que la cárcel más mala. Ya lo verán. Por lo pronto ustedes lo van a pasar muy mal el primer año, el segundo ya se van acostumbrando; después, después es lo mismo.

Volvió la tropa sudorosa, cansada.

Más toques de banda y relevo de guardias. Salieron escoltas para hacer seguro servicios allá en la ciudad.

Comenzaron a llegar los jefes: el mayor, el teniente coronel, el coronel; a todos ellos se les formaba la guardia y les daban novedades.

A media mañana nos llamaron.

—¡Esos que llegaron anoche, a filiarse al detall!

Allá vamos detrás de un cabo chaparrito atravesando los patios del cuartel; los soldados que andaban por allí, nos miraban y se reían.

—¡Ora sombrero! ¡Ora greñudos, se acabaron las mechas de aquí pal real!

Se conoce que se sentían contentos de que llegaran otros desgraciados al montón.

En la oficina a que nos llevaron, enfrente de un escritorio, estaba un jefe bigotón y entrecano, muy uniformado de negro y con galones en las mangas. Dos o tres clases estaban manejando papeles en otras mesas cercanas. Había en la pared un retrato grande de don Porfirio Díaz. Aquel jefe era el mayor. Se nos quedó mirando de arriba abajo un buen rato con sus ojillos saltones como si nos quisiera comer con la vista.

—Quítense el sombrero, tarugos, ¿no ven que están en una oficina? ¡Sombreros anchos para el sol!, aquí le van a salir al sol a cuerno limpio.

Nos quitamos los sombreros, avergonzados.

—¡Tú!, ¿cómo te llamas?

—Espiridión Sifuentes, para servir a su merced.

—¿A mí?, de cabo arriba vas a servir a todo el mundo. ¿De dónde eres?

—De San Pedro de las Colonias.

—¿Cuándo naciste?

—No me acuerdo.

—¡Con una tall!, ya te refrescaré la memoria.

—No lo sé, señor.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

Uno de los escribientes estaba apuntando cuanto yo iba diciendo, los nombres de mis padres, las señas que me encontraron y la estatura que me midieron.

—Si sabes firmar, pon ahí tu nombre, si no, lo mismo da.

Después les tocó a los muchachos que iban conmigo; también los regañó, los puso verdes.

—Bueno, ya están listos, ¡sargento!

—Ordene, mi mayor.

—Causan alta los tres con esta fecha en la Segunda Compañía; rápalos, unifórmalos de reclutas y llévalos al capitán Sales. Recomiéndole a ese lagunero que parece medio levantado.

El sargento nos hizo entrar en otro cuarto lleno de monturas y de correaes. Allí, en un banquito nos hizo sentar a uno por uno y con una máquina nos peló al rape en un momento.

Nunca me habían pelado a mí tan de prisa y tan de mala forma. Como siempre había yo usado el pelo largo, se enredaba en la máquina y me tironeaba.

—Cuánto piojero traerán ustedes en esas greñas; así siquiera van a andar frescos. Ya están listos los tres de la cabeza; ahora encuérense.

Teníamos una poca de vergüenza.

—¡Encuérense, con una tiznada! Quedamos en pelota.

—Ai tiene cada cual una camisa, unos calzones, huaraches, un chacó de cuero y una manta de cama; ése es el uniforme de los reclutas hasta que lleguen a ser soldados. Cuidado y se pongan otras cosas y vayan a estropear lo que les entrego. Ahí dejen todo lo que train; síganme.

—¿Puedo llevar mi morral y mi cobija?

—El morral no; la cobija, bueno, te dejaré que la lleves, a ver cuánto te va a durar.

—El morralito es un recuerdo de mi padre.

—Aquí se acabaron los recuerdos. ¡Vámonos!

Atravesamos otra vez el patio siguiendo al sargento. Sentía yo los huaraches broncos y el chacó me bailaba en la cabeza. Parecíamos changos los tres, de esos de los circos.

En un galerón muy grande estaba la cuadra de la Segunda Compañía a que íbamos destinados. El capitán nos recibió con indiferencia. Era un hombre alto y delgado, de mirada tranquila. Me dio la impresión de que había de ser mejor que el mayor.

El capitán nos llevó con el oficial de semana; éste nos entregó al sargento primero de la compañía para que anotara nuestros nombres para la hora de la lista. El sargento primero nos puso en manos del sargento de semana para que nos leyera las leyes penales militares.

Se sentó tranquilamente en un banco, nos pasó enfrente de él y comenzó a leer en un libro, hojas y más hojas:

Comete el delito de insubordinación, el militar o asimilado que con palabras, ademanes, gestos o señas, falte al respeto o sujeción debidas a un superior en categoría o mando, que porte sus insignias, a quien conozca o deba conocer.

Cometen el delito de deserción los que faltaren durante tres días consecutivos a las listas del día.

Cometen el delito de traición... Cometen el delito de pillaje...  
Violencia contra las personas...

Veinte años de prisión; pena de muerte; veinte años de prisión;  
pena de muerte; veinte años de prisión; pena de muerte, pena de  
muerte, pena de muerte...

El soldado no tiene más obligación que sufrir ni más derecho  
que a que le den cinco tiros.

Cuando se cansó de leernos el sargento, nos llevó con el cabo  
de cuartel; el cabo nos llevó con el soldado cuartelero, último es-  
labón en la cadena del servicio interior; el encargado de cuidar las  
cosas en la cuadra, de barrer y regar aquello.

—Aquí tienen su lugar, compañeros; cada uno de ustedes tiene  
derecho a un metro de terreno. Igual que una sepultura: un metro  
nomás. Ai pueden dejar sus cobijas; fíjense bien en el número de  
las matrículas para que no se les pierdan. Cuando lleguen a jun-  
tar algunos centavos, podrán comprar un petate, porque el suelo  
siempre no deja de ser frío.

Nos sentamos un momento en el suelo; estábamos en la mera  
orilla del galerón. Por unas ventanas altas con rejas, entraba apenas  
la luz del día, como si ya hubiera oscurecido. Allá en la puerta, al  
otro extremo de nosotros, sentado en una mesa estaba el oficial de  
semana; cerca de él, el sargento; a media cuadra el cabo junto al  
banco de las armas y el cuartelero por allí barriendo.

Afuera se oía la corneta de cuando en cuando y casi siempre de di-  
ferente manera; ya conoceríamos más delante todos aquellos toques.

En el patio se oían cubetazos de agua y ruido de escobas. El  
oficial de semana le gritó al cuartelero:

—¡Tú, cuartelero!; échame afuera a esos nuevos, que vayan por  
ahí a ayudar en algo.



Salimos escabullidos, sin saber cómo se tendría que hacer para pasar por delante del oficial y del sargento.

El patio estaba lleno de soldados con chacó y en calzoncillos como nosotros, atareados en echar agua en el suelo, que sacaban de unos barriles que traían otros desde una fuente, o barriendo con unas escobas largas de ramas que arrastraban de un lado a otro.

Apenas nos estábamos dando cuenta de aquello, cuando al mismo tiempo recibimos los tres un baño helado. Nos habían agarrado de sorpresa por detrás los soldados aguadores y nos habían empapado con sus baldes de arriba a abajo. Quedamos hechos una sopa; los chacós se fueron rodando y una carcajada salió de todas las bocas. Nos dimos cuenta de que estábamos pagando el noviciado; quién sabe qué más vendría después.

Un cabo, con un chirrión en la mano, nos mandó que nos pusiéramos a acarrear agua de la fuente.

Jesús llenaba el barril y Eulalio y yo lo cargábamos, llevándolo hasta el centro del patio para allí regarlo. Seguía la broma; a Jesús lo acostaron a la fuerza entre el agua de la pila; a Eulalio y a mí nos volvieron a bañar cuando llevábamos el barril al hombro.

Consideré yo que de nada valía enojarse y agarré las cosas por el lado bueno; le eché el ojo al que me pareció más travieso y le sorrajé un cubetazo de agua por el pecho. ¡Nunca lo hubiera hecho! Se me echó encima el cabo del chirrión y me agarró a golpes sin consideración; en donde caía el chicote: en la cara, en la cabeza, en la espalda. Después supe que aquel a quien había yo bañado era también un cabo. Yo no le vi ninguna cinta, andaba vestido igual que todos; yo no lo conocía.

Cuando se acabó el aseo del patio, nos dejaron entrar a todos en las cuadras; íbamos los tres con ganas de quitarnos la ropa para exprimirla y secarnos el cuerpo con nuestras cobijas.

Me quité la ropa y busqué mi cobija, aquella que traía del rancho, y no la encontré por ninguna parte; le pregunté por ella al cuartelero.

—Oiga, amigo: ¿a dónde fue a dar mi cobija colorada?

—¿Cuál cobija? Aquí no hay ninguna cobija colorada; toditas son plomas.

—¿Cómo cuál? La que traiba yo del rancho; ya sé que las ralas que dan aquí son plomas, pero la mía es colorada y es de pura lana. Aquí la dejé cuando andaba usted barriendo, ¿no se acuerda, pues?

—Por ai estará; búsquela.

—Ya la busqué. Usted es el que cuida aquí; usted me responde de ella.

—¿Yo?, ¿pues qué soy su mozo?

—Usted la ha de haber escondido. Démela o le va a pesar.

—A poco es usted la lumbre, ¡carbón!

Me tiró un manazo por la cara y allá fue a dar por el suelo otra vez el chacó de cuero. Le tiré una guantada que le alcanzó a una oreja.

Se puso furioso y nos agarramos a golpes. Los que estaban por allí cerca empezaron a chiflar y a gritarnos. Llegó al instante el cabo de cuartel hecho una fiera. Nos dijo un mil de malas razones y con una vara que agarró por allí, me zumbó fuerte por la espalda.

—Yo te voy a quitar lo lebrón, hijo de la tal. Los tenates se quedan allá afuera; aquí nomás los míos mandan.

—Pero mire usted señor; aquí dejé mi cobija colorada.

—Aquí no hay ninguna cobija colorada. ¡Enrédate en esa otra y vente para acá, para que aprendas, tal!

Me sacó para el patio a punta de golpes, envuelto en la cobija rala que me habían dado; me llevó para un rincón del patio. Echaba lumbre por los ojos.

—Parado aquí, ¡firme!, hasta que yo lo ordene. Si te mueves, te va a costar más caro.

Era un cabo, un superior; había que aguantar todo y obedecer. Me quedé parado donde me lo ordenó; sumiso, caído, agorzmado.

No me quedaba ya nada de lo mío: primero los veinte reales en la cárcel de San Pedro; después el sombrero, la ropa y el morral; por último la cobija. Nada me quedaba de lo que tenía: el pelo, el ánimo, la esperanza; todo perdido para siempre. Un chacó de cuero negro con una bolita colorada, una camisa y unos calzones de manta; una cobija rala y unos huaraches. Eso era yo: una piltrafa de hombre sambutido en una cárcel; una especie de animal indefenso y acorralado.

A cada rato sonaba la corneta de la guardia diversos toques. Al mediodía toda la banda de cornetas y tambores tocó llamada y lista.

Me llevó para la cuadra el cabo que me tenía de plantón y me formé junto con los que éramos los de la Segunda Compañía.

El sargento pasaba lista; cada uno iba respondiendo “presente” cuando decían su nombre.

Después tocaron “parte” y el sargento fue a dar las novedades al oficial de semana; el oficial, al capitán de cuartel.

A poco rato, “rancho”. De a dos en dos fuimos pasando delante de unos peroles que echaban humo y que olían sabroso. Cada quien aprontaba sus trastes de hojalata y los rancheros les servían un cucharón de frijoles y otro de atole con chile; les daban también una pieza de pan y tres tortillas.

Mis dos compañeros y yo estábamos ya provistos de los mismos trastes que nos dio un sargento para nuestro uso.

A la voz de “rompan filas” nos desperdigamos todos a comer nuestro alimento. El corneta de la puerta tocó “atención” y entraron las viejas con las canastas ya bien revisadas.

Mis compañeros y yo estábamos juntos, sentados en un rincón, comiendo aquello que nos habían dado. Era bien poco.

—Tendremos que buscarnos viejas que nos traigan algo más de comer —dijo el mayor de los Villegas.

—¿Y con qué fierros? —preguntó el menor.

—¡Adiós!, con lo que nos paguen, igual que los otros. Creo que les dan dos o tres reales diarios todas las mañanas; así oí decir allá a algunos.

—¡Ah!, ¿luego nos van a pagar?

—¡Claro!, todos los días, y dicen también que cuando pierda uno algo de lo que le dan de ropa o de otras cosas, que se lo descuentan. Creo que hay algunos muy lanzas que le roban a uno lo que pueden y luego lo negocian; hay que andar águilas.

Ya que pasó el rato de la comida, el corneta de la puerta tocó “media vuelta” y salieron para la calle las soldaderas; la tropa fue a la pileta del agua a lavar los trastes. Nosotros hacíamos lo que los demás.

Otra vez a las cuerdas a sentarse un rato y a ponerse los uniformes de dril, los que eran ya tropa vieja. A poco rato “llamada de instrucción” por toda la banda; nuevamente “lista”; a ponerse el correaje, a armarse y a marchar. A nosotros, los nuevos, que éramos seis en la Segunda Compañía, nos sacó un cabo al patio a darnos instrucción sin armas; no nos darían uniformes, ni correaje, ni máuser, hasta que no supiéramos marchar.

Mi ropa ya estaba seca y hasta bien me caía fresquecita como estaba, con el calor que hacía.

Estábamos los seis alineados enfrente del cabo. No paraba de hablar como si fuera un fonógrafo; siempre lo mismo, lo mismo. Sabía lo que nos estaba enseñando de memoria; ¡cuántas veces lo había dicho a tardes y a mañanas a los reclutas primerizos! A veces paraba de hablar; nos corregía las posturas a patadas o a guantadas; cuando no le entendíamos se ponía hecho una furia y nos ponía del asco.

Él nomás hablaba; hablaba sin parar, como un disco:

—Fíjense bien; destápanse las orejas. Cuidado y no me hagan caso porque nos arreglamos de otro modo. Las voces de mando son de tres clases: de advertencia, preventivas y ejecutivas. Cuando yo mande ¡atención!, toman ustedes la posición militar, es decir: los talones juntos, las puntas de los pies separadas; el cuerpo derecho, el pecho echado para adelante; los hombros retirados para atrás; las manos caídas naturalmente de manera que el dedo chiquito de cada mano esté en la línea de la costura del pantalón... bueno, del pantalón cuando lo tengan puesto. Los dedos juntos; la cabeza derecha, la barba recogida y la vista al frente.

“Cuando yo ordene: ¡En su lugar, descanso!, adelantan el pie izquierdo unos veinte centímetros; es decir, una cuarta; y se carga todo el peso del cuerpo sobre la pierna derecha.

“Cuando mande yo: ¡Firmes!, vuelven todos a tomar la posición que tenían. ¿Me entendieron? Vamos a ver:

“¡Atención! ¡En su lugar, descanso! ¡Firmes! Muy mal, ¡qué atajo de animales son ustedes! Voy a repetir otra vez, pónganse aguzados”.

Repetía exactamente lo mismo; volvía a mandar y volvía a salir defectuoso el movimiento. Se enfurecía; gritaba y nos hacía ponernos firmes a patadas.

Vuelta a repetir y vuelta a mandar.

Después de mucho rato de corajes del cabo y de paciencia y resignación de nosotros, pasábamos a otra cosa.

—Estando firmes, se manda: ¡Saludo! A esta voz se levantará el brazo derecho con la mano extendida, los dedos juntos y la palma vuelta al frente, de manera que el dedo índice toque el extremo derecho de la visera del chacó; la cabeza levantada y la vista al frente. Así. ¿Lo vieron? Como lo hago yo, háganlo ustedes. ¡A ver! ¡Firmes!

“¡Saludo! Mal; muy mal. Cómo serán atascados; ¿no saben cuál es el dedo índice? El que sigue al dedo gordo, carbonos. ¡A ver!

“¡Saludo! ¡Firmes! ¡Saludo! ¡Firmes!... Así se saluda de cabo arriba, a todo el mundo; ya lo saben.

“Ahora, vamos a marchar; fijense bien cómo lo hago yo para que así lo hagan ustedes. La voz de mando preventiva es: ¡De frente! A esta voz, se carga el peso del cuerpo sobre la pierna derecha, inclinándose tantito adelante y doblando la rodilla izquierda. A la voz de ¡marchen!, se adelanta el pie izquierdo con la punta ligeramente vuelta para afuera; el paso ha de ser de setenta y cinco centímetros. Después se levanta el talón derecho y se cargará el peso del cuerpo sobre el pie izquierdo; en seguida se llevará la pierna derecha para adelante y se sentará en el suelo, adelante del pie izquierdo. Luego, después, otra vez el izquierdo y luego el otro. El cuerpo sin inclinarlo ni a la derecha ni a la izquierda, sin voltear los hombros ni cruzar las piernas; los brazos sueltos; la cabeza derecha y la vista al frente. ¿Entendieron?”

Todos estábamos azorados con aquella explicación. Seguro que ninguno habíamos entendido; así lo comprendió el cabo.

—Bueno, en pocas palabras; se trata de caminar para adelante; cuando yo mande alto, se paran de un golpe. A ver: ¡De frente!, ¡marchen! Paso largo: uno, dos; uno, dos. Uno para el pie izquierdo, dos para el derecho. Uno, dos; uno, dos. No se vean las patas; levanten la cabeza. Muevan también los brazos, no sean agüitados. “Uno, dos. ¡Alto! ¡Párense!, ¿qué no oyen? Ni siquiera saben caminar, ¡qué brutos son! Los voy a tener toda la noche caminando a ver si se enseñan. Prefiero tratar con animales, Dios me dé paciencia. Vamos a ver: ¡De frente!, ¡marchen! Uno, dos; uno, dos...

¡Alto!, con un tal; ¿no entienden?

Zarandeo a uno, le dio una cachetada a otro y una patada al de más allá.

—¡Me lleva el tren! ¡De frente!, ¡marchen! Uno para el pie izquierdo, dos para el derecho: un... do... un... do. ¡Alto! A ver, tú, ¿cuál es tu pierna derecha?

—Ésta, señor.

—¿No les digo? ¡Me lleva!... Has de ser tú zurdo de las pezuñas. La pierna derecha es ésta; mírala bien, ésta, ésta. ¡De frente!, ¡marchen! Uno, dos... No miren al suelo, babosos. La cabeza levantada; los brazos sueltos; el paso largo. Parecen changos, merecían andar en cuatro patas. Uno, dos; uno, dos...

Toda la tarde estuvimos caminando por el patio del cuartel, hasta que llegó la tropa que había salido. Eran ya las seis de la tarde. Tocó la banda y nos pasaron lista. Allí estaba todo el batallón en el patio; desde el coronel hasta el último soldado. Los sargentos primeros iban leyendo la lista y cada uno iba contestando presente, cuando le llegaba su turno.

La banda tocó “parte” y los sargentos le dieron las novedades a los subtenientes, los subtenientes a los tenientes, los tenientes a

los capitanes segundos y los segundos a los primeros. Después al mayor, el mayor al teniente coronel y el teniente coronel al coronel. Una escalera de abajo para arriba hasta llegar a las estrellas.

El capitán ayudante leyó la Orden del Día, que todos oímos haciendo un saludo.

Después tocaron “rancho”; la tropa se fue a desarmar y a buscar sus ánforas de hojalata para la comida. Lo mismo del mediodía: atole y frijoles; una pieza de pan y un trago de café. Entraron las viejas con las canastas.

Había oscurecido y cada quien estaba ya en su lugar, en la cuadra; unos foquitos chicos y empañados medio alumbraban el galerón lleno de gente apestosa a sudor. El tiempo se hizo pesado; largo como la cadena de un condenado. Conversaban en grupitos los soldados y las viejas; nosotros tres teníamos nuestro mundo aparte; estábamos como apestados sin tener cabida entre los demás.

—A dónde hemos venido a caer.

—Y son cinco años, mano.

—¡Cinco años!, ¡quién los verá acabar!

—Aquí todo lo arreglan a golpes.

—A golpes y a mentadas.

El corneta de la puerta tocó “media vuelta” y algunas de las mujeres salieron de la cuadra; eran las que no iban a pasar la noche allí; la mayoría se iba a quedar a dormir con sus hombres.

Ya entrada la noche tocó toda la banda “retreta” y otra vez nos volvieron a formar para pasar lista. ¡Cuánta lista!, ¡como si pudiera alguien faltar allí, donde todos estábamos encerrados!

Otro tirón de aburrimiento y “silencio”; un toque largo, largo como el quejido de un agonizante; un toque triste, cansado, que parece que no se acaba nunca.



Comienza la gritería de los centinelas, de los rondines y de los cuarteros. Todos los demás se acuestan a dormir mientras llega la “diana”, para volver a empezar.

Los foquitos no se apagan, curiosean los bultos envueltos en los sarapes plomos de la tropa; oyen los ronquidos, los besos de las parejas entrepiernadas; ven, oyen y huelen lo que en otra parte daría vergüenza ver, oír y oler.

Allá, en la puerta de la cuadra, el oficial y el sargento de semana platican; el cabo de cuartel cabecea y el cuartero ronca. Los bultos plomos de soldados y soldaderas se revuelcan por el suelo.

Mi compañero me dice:

—Fíjate nomás, parecemos marranos.

—Peor, porque los marranos no tienen cabos ni sargentos y pueden revolcarse entre ellos a mordidas y a trompadas.

#### IV

El primer día de mi vida de soldado, fue malo; los demás fueron peores. Fui conociendo todo aquello en medio de golpes y de regañadas; los pobres reclutas teníamos siempre encima a los cabos, a los sargentos y a los oficiales; malas palabras siempre, guantadas y cintarazos por el menor motivo. Parecía como si quisieran amansarnos o curtirnos a malas pasadas; ya ni fuerza nos hacían las malas palabras, apenas los golpes lograban lastimarnos el cuerpo; con el tiempo, seguro que tampoco los golpes nos harían ya daño en fuerza de la costumbre de recibirlos a cada momento.

Fui conociendo aquella vida por lo que veía y por lo que me contaban; siempre era lo mismo, siempre había sido así y así seguiría siendo

quién sabe hasta cuándo. Desde el tiempo de Santa Anna, me decían, había habido siempre leva y golpes y malas pasadas. El recluta sufría cuando llegaba y seguía sufriendo cuando era soldado hasta que lograba ascender a cabo; allí comenzaba a desquitarse, con los de abajo, de los golpes que antes recibió, aporreando a los nuevos o a los antiguos compañeros. De sargento era peor; más se le subía y más duro era; si llegaba a ser oficial, era como si hubiera llegado hasta la gloria.

Había muchos que le agarraban cariño a aquella vida; se les olvidaba o se acostumbraban a todo aquello; cumplían dócilmente los cinco años de su enganche y en lugar de salir escapados para su tierra, volvían a rengancharse; otros se daban de alta en los cuerpos rurales o en los batallones de “carnitas” de los estados, o aunque fuera, se metían de policías en los pueblos; los seguía jalando el máuser y la vida militar. ¡Qué bien dice el dicho que todos semos hijos de la mala vida!

Muchos que parecían tener un rencor muy hondo, decían en sus malos ratos:

—Cuando yo llegue a ascender a cabo, qué gusto me voy a dar agarrándome a golpes con el cabo López.

Y ascendían, llegaban a ponerse en las mangas la cinta colorada; todos los que seguían de soldados creían que iban a tener la ocasión de ver un pleito bueno y de gozar viendo cómo el compañero ascendido iba a desquitarse con el cabo López, y nada; de allí para adelante eran ya muy amigos. Eran ya de la misma camada; eran ya otros muy diferentes de cuando eran soldados rasos. Lo mismo eran los sargentos y los oficiales. Una escalera en la que el de más arriba pisaba al de más abajo.

Fui conociendo aquello: primero el cuartel, la casa en que mal vivíamos los ochocientos cincuenta hombres de tropa, los treinta

y seis oficiales y los tres jefes de batallón, sin contar las soldaderas, los chamacos, las mulas de la impedimenta y los perros de los pelotones. Era un caserón hecho de piedra y de ladrillo, tan grande como una manzana de casas; en medio, un zaguán enorme con un garitón a cada lado; en toda la fachada ventanas altas con rejas de fierro; arriba, en la azotea, el astabandera, almenas y garitones. Todo lo demás: tapias muy altas de piedra para que nadie pudiera escaparse; cuatro cuadras muy espaciosas para las compañías; una chica para la plana mayor; cuartos para las oficinas y para que vivieran los oficiales y un patio enorme, grandísimo; atrás un corralón para las bestias, unos lavaderos de piedra y una ringla de barriles junto a la pared para el excusado de la tropa. A aquéllos les decían “los caballos” y había que sacarlos a tirar hasta el campo, todos los días, antes de la “diana”.

Afuera, encima del portón, estaba pintada un águila parada sobre un nopal y comiéndose una víbora; arriba de ella había un letrero que decía: “9º Batallón de Infantería”. La tropa mal intencionada decía que el águila representaba al general y la víbora a la tropa bien apergollada.

Adentro, en el cuerpo de guardia, había un letrero muy grande; decía así: “Todo servicio de armas o económico, en paz y en guerra, se hará con igual puntualidad y esmero que al frente del enemigo. Artículo 527 de la Ordenanza General del Ejército”.

En el interior de las cuadras también había letreros por el mismo estilo: “Todo militar se manifestará siempre conforme con el sueldo que goce y con el empleo que ejerza”. “Todo inferior que se exprese mal de su superior, en cualquier forma, será castigado severamente”. “El que tuviere orden de conservar un puesto, a toda costa lo hará, hasta perder la vida”.

Cada cuadra con su letrero enseñando qué compañía estaba allí; letreros también en la plana mayor, en el detall, comandancia, la ayudantía, la música, el depósito, la sala de banderas y la prevención.

Así como estaba de bien dividido el cuartel, así también lo estaba el batallón: un cabo y diez soldados, una escuadra; tres escuadras más un sargento segundo, un pelotón; dos pelotones con un teniente y un subteniente, una sección; tres secciones con un sargento primero, un capitán primero y un segundo, una compañía; cuatro compañías, la plana mayor; jefes, banda, música, impedimenta, el batallón: novecientos hombres, más o menos, entre jefes, oficiales y tropa. Novecientas armas para echar bala en caso de guerra o de trifulca entre extranjeros o contra paisanos, en defensa y apoyo de don Porfirio Díaz.

Todo se hacía al toque de corneta:

Al amanecer, “diana” por toda la banda de cornetas y tambores. Un toque largo y alegre como el comienzo del día. Los banderos viejos decían que aquel toque, que duraba cerca de diez minutos, en otros tiempos, allá muy lejanos, duraba cerca de media hora y se componía aquella “diana” antigua de treinta y seis partes.

Todo el mundo arriba, a sacudir las cobijas. Después lista, que la pasaba siempre el sargento de semana en cada compañía y con el toque que le seguía que era el de “parte”, daban las novedades que hubieran ocurrido, a los superiores. El sargento primero socorría a la tropa dándole en mano a cada uno sus treinta y cinco centavos de haber. Cuando terminaba, preguntaba siempre:

—¿Quién falta de haber? Y todos respondíamos a una voz:

—¡Satisfechos!

El sargento de semana se armaba y se iba a dar el parte de las novedades al comandante de la guardia de prevención.

El corneta de guardia tocaba “media vuelta” y era entonces cuando salían para la calle todas las viejas que habían pasado la noche con los soldados.

Después, un toque alegre: “rancho”, para repartir la comida de siempre.

El oficial de semana pasaba una revista a la tropa para que estuviera lista a salir al campo, al toque de “llamada de instrucción”.

A las ocho de la mañana “asamblea” para relevar las guardias.

Seguía después el aseo del cuartel con todos los arrestados y con fajinas cuando no alcanzaban los castigados; el cabo de policía de cuartel, o como le decían mejor, el cabo de presos, chirrión en mano, traía a la gente al trote, haciendo limpieza.

Acabado el aseo, la banda tocaba “fajina”, y cada uno iba a ocuparse de arreglar su equipo, remendar uniformes y pegar y limpiar botones.

A las diez de la mañana “llamada de sargentos”, para darle academias el capitán ayudante. “Llamada de banda para hacer escoleta”.

A las once, “orden”. De once a doce, limpiar el armamento. El médico veía a los enfermos al toque de “hospital”.

A las doce, “llamada de banda”, “llamada de tropa” y “lista”. Otra vez a formar y pasar lista. “Parte”; “rancho”; “atención”, para la entrada de las viejas con las canastas y completar, con lo que ellas llevaban, la comida escasa que daba el batallón. Al poco rato “media vuelta”; salida de viejas a la calle.

Desde esa hora hasta las tres de la tarde, los oficiales leían a la tropa sus obligaciones, la Ley Penal Militar y las Órdenes Generales. A aquellas horas oíamos siempre aquello de: “Cometen el delito de insubordinación, el militar o asimilado que con palabras,

ademanes, gestos o señas, falte al respeto y sujeción debidas a un superior en categoría o mando que porte sus insignias o a quien conozca o deba conocer... pena de muerte, pena de muerte; veinte años de prisión; pena de muerte”.

A las tres “llamadas de instrucción”, hasta las seis de la tarde, en que toda la banda tocaba otra vez “llamada de tropa, lista, parte y fajina”. Ésta era la lista más importante; allí estábamos presentes todos, desde el más infeliz recluta, hasta el coronel. El capitán ayudante leía la Orden del Día, de la plaza y la del cuerpo, así como daba noticia de los castigos que se habían impuesto a la tropa aquel día. “Rancho” otra vez. “Retreta” a las ocho de la noche, para pasar la última lista del día; “atención”, para la entrada de las viejas a pasar la noche y por último, “silencio” a las nueve, para descansar.

Los martes y los sábados eran días de revista; toda la banda tocaba a la una de la tarde de esos días, “paso redoblado”; era el primer toque para la revista; a las dos volvían a tocar “asamblea”, segundo toque para la revista y a las tres de la tarde, el tercero y último toque: “llamada de tropa y reunión”. La tropa salía a formarse al patio, armada si eran tardes de día martes, para pasar revista de armamento, correa y municiones; sin armas, pero con todo el equipo, si eran las tardes de los sábados. Cada uno extendía su manta de cama en el suelo y encima ponía todas las prendas de equipo: el kepí de paño negro, la funda blanca con el paño azul, el par de zapatos, el cuello y los puños de celuloide, la muda de ropa interior, el capote, la mochila de cuero; la pala-pico, el ánfora; el pedazo de lona para la tienda de campaña, el maletín, el saco de ración; el saco de avías con sus correspondientes agujas, hilo, botones, trapitos, grasas para los zapatos, cepillos, guantes de hilo blanco y los palos emplomados para armar la tienda en campamento.

Cada quien procuraba que no le faltara nada de lo que debía tener, porque inmediatamente se ordenaba el descuento del valor de la prenda. Durante toda la semana unos se robaban las cosas para venderlas a buen precio a la hora de la hora. Nomás volaban por el aire, a escondidas de los oficiales, las cajas de grasa, los cepillos y los sacos de avío. El que era más águila, cuidaba mejor sus cosas; los cabos y los sargentos siempre hacían los sábados su negocito. En las revistas de armamento y municiones, casi nunca había novedad; todo estaba completo, los máuseres al corriente y las doce paradas de cartuchos en la cartuchera. Aquellos días, a la hora de las revistas, mientras el capitán y los oficiales revisaban las armas y municiones o mientras pedían una a una las prendas del equipo: “¡Kepí de paño, en revista!... ¡Maletín de lona, en revista!... ¡Par de puños, en revista!”, y cada soldado iba mostrando la prenda pedida y poniéndola, después de revisada, detrás de él; en un lado del patio tocaba la música del batallón piezas alegres.

Los días domingos había tranquilidad, la tropa vieja salía franca. Desde muy temprano se habían bañado todos en la pileta y uniformados de dril, si era tiempo de calor o de paño en tiempo de frío, salían formados y sin armas a pasear a la calle, acompañados de sus viejas y al cuidado de los oficiales y sargentos. En la guardia de prevención contaban las hileras a la salida y volvían a contarlas al regreso.

—¡Salen tantas hileras de tropa franca! —gritaba el oficial de guardia.

—¡Conforme! —respondía el oficial encargado de la custodia. Toda la mañana se andaban fuera por las calles y las plazas de Monterrey y volvían hasta la lista de doce, cargados de cañas, naranjas y cacahuates. Aquél era el único fato alegre de la

juanada; iban por las calles contentos, agarrados de las manos de sus viejas, curioseando todo: las gentes, las casas, los carruajes; contentos, sin llevar el paso igual ni el fusil en el hombro, ni la mochila en la espalda. Los pobres reclutas los veíamos salir y teníamos la esperanza de que allá algún día, cuando pasaran siquiera unos tres años o quien sabe si antes, cuando ya nos tuvieran más confianza, podríamos salir también a la calle a pasear un rato.

A veces, cuando había funciones de circo o de toros, la tropa vieja franca pedía que la llevaran allí; soltaba el oficial los centavitos que había juntado y todos se iban a meter a la función. Siempre decían los programas: “Niños y tropa formada, media paga”.

Cuando llegaba a desertarse alguno, aprovechándose de cualquier barullo, el oficial que los cuidaba pagaba el pato: le levantaban acta y lo metían en un proceso.

A todas horas, durante todo el santo día, instrucción y lectura de la ordenanza, del reglamento o de las leyes penales, especialmente para los reclutas. Lectura a gritos, instrucción a golpes; era de urgencia hacer soldados pronto; meterles en la cabeza aquellos libros para que no pensarán más que en aquello; volverlos locos a fuerza de amenazas grandes y de maltratadas. El soldado no tiene que pensar más que en lo suyo, no tiene que hacer más que lo que le manden; es como si llevara la cabeza metida en un costal y no viera, ni oyera ni pensara en nada que no fuera lo que allí mismo llevara metido adentro. Había que ir a donde estirara la cuerda, siempre tirante.

En dos meses había que ser soldado ya completo y listo para montar guardia, y en un mes estar ya pronto para manejar el arma y formar con el batallón en la revista de comisario.



Los cabos no descansaban, nos traían al remolque. Si alguno de nosotros no entendía por las buenas, tenía que entender a la fuerza, por las malas. Parecíamos animales amaestrados a la voz de mando y siempre con un chicote enfrente o un puño cerrado que no amenazaba, sino que se iba de veras al bulto.

Uno, dos; uno, dos...; pena de muerte... uno, dos; uno, dos ...; veinte años de prisión... un... do...

Nos dieron a los reclutas el equipo completo. Teníamos que estar listos y arreglados para la revista. De allí para adelante muy águilas para que no se perdiera nada o en caso contrario, sufrir el descuento de los veinticinco centavos del haber diario; pues aunque parecía ser de treinta y siete centavos, doce se quedaban para nuestro rancho. El día dos del primer mes de mi enganche, fue la revista de comisario. Era por cierto el mes de julio.

A las ocho de la mañana tocó la banda “paso redoblado” y a las nueve “asamblea”, segundo toque para la revista. Toda la tropa embetunaba sus chacós, su corraje y sus zapatos; el uniforme era el de paño azul.

Desfilaron las compañías armadas afuera del cuartel y allí enfrente se formó todo el batallón en línea desplegada. ¡Cuántos hombres estábamos allí!; nos perdíamos de vista; negreaba la calle y relucían los fusiles con el sol mañanero.

A un lado del cuerpo de guardia, estaba una mesa con un tapete colorado y unas tres sillas enfrente de ella. Allí estaban entre nosotros el coronel, los otros jefes, la banda de guerra, la música; los oficiales en sus puestos con la espada desnuda.

¡Qué bien se veía el Noveno Batallón! Con razón a los muchachos les gustan los soldados: todos iguales, limpios y relucientes.

Qué bien luce por fuera la tropa y qué poco saben lo que toda esta apariencia cuesta, puerta adentro del cuartel. Pomponcitos colorados, guantes blancos, marrazos como espejos, ¡qué bien luce la tropa en la calle!

Nosotros, los reclutas, estábamos emocionados; un soldado viejo nos había prevenido que en esa primera revista de comisario, tendríamos que jurar la bandera, los nuevos. ¡La bandera nacional, la que se defiende a tiros en los combates y por la que se mata tanta gente!

Sentía curiosidad por ver aquello y el corazón me golpeaba adentro, como si quisiera salirseme.

El corneta de órdenes del coronel tocó “atención” y dos puntos agudos más. A este toque uno de los subtenientes subayudantes, - fue a buscar la bandera al cuerpo de guardia; el capitán primero ayudante se hizo cargo de la primera sección de la Primera Compañía y la hizo desfilar por el flanco derecho doblando, seguida de la música y de la banda de guerra. Al paso redoblado, marcharon hasta el cuerpo de guardia; allí hicieron alto.

El coronel, con voz clara y muy fuerte, que todos le oímos, gritó:

—¡Batallón!, ¡armen... armas!

Un solo golpe de fierros se oyó y todos los marrazos quedaron afianzados en las bocas de los fusiles. La escolta también había armado sus armas y después las presentó a la voz de mando del capitán ayudante; la banda de guerra tocó Marcha de Honor y la de música el Himno Nacional. El subteniente subayudante fue saliendo lentamente del cuerpo de guardia, llevando en su mano derecha la bandera tricolor. Flameaba la bandera y latían los corazones.

El abanderado se colocó entre las cuatro primeras hileras de la sección; la escolta terció las armas y al toque de “reunión” por toda la banda, fueron a incorporarse al batallón.

El coronel mandó:

—¡Presenten... armas!

Un solo golpe de ochocientos hombres y todos los fusiles verticales. El corneta de órdenes tocaba Marcha de Honor; la escolta hizo alto enfrente de la cabeza de la Tercera Compañía y mientras toda la banda de guerra tocaba Marcha de Honor y la de música el Himno Nacional, el subayudante abanderado fue a tomar su lugar en medio del batallón.

Ya la bandera estaba entre nosotros y la música seguía tocando:

Piensa ¡oh patria! querida que el cielo,  
un soldado en cada hijo te dio,

.....

un soldado en cada hijo te dio.

Aquella bandera, verde, blanca y colorada, era la de México; la nuestra. Pero era algo más; no era sólo la bandera de la patria, no; era la del Noveno Batallón de Infantería; era como nuestra madre, como nuestra mujer, como nuestra hija; por ella habíamos de morir uno por uno y habíamos de matar y habíamos de sufrir. Aquel trapito viejo y de tres colores era nuestra honra; nuestro honor estaba allí y nuestras vidas habían de defenderla antes que todo y por encima de todo.

Terciamos las armas a la voz de mando de nuestro coronel y al paso redoblado volvieron a sus lugares las bandas de guerra y música, así como la sección de la Primera Compañía.

Ahora nos tocaba el turno a nosotros. Me golpeaba el corazón. Los tres jefes del batallón fueron a colocarse a la derecha del ofi-

cial abanderado, que había dado cuatro pasos al frente del batallón formado. El capitán ayudante sacó a todos los reclutas de las compañías y nos llevó a la izquierda de nuestro pabellón.

El coronel mandó de nuevo presentar las armas y el mayor, clavándonos los ojos, como queriendo vernos hasta mero adentro, nos preguntó solemne:

—¡Soldados!: ¿protestáis seguir con constancia y fidelidad esta bandera, representación de nuestra patria, para la que todo mexicano tiene deberes y obligaciones que cumplir? —¡Sí, protestamos! —contestamos los reclutas.

—¿Protestáis defenderla a riesgo de vuestra vida, en acción de guerra o circunstancias de peligro y fatigas del servicio?

—Sí, protestamos.

—Si así lo hicierais, que la nación os lo premie, y si no, que os lo demande.

Los ojos nos brillaban de emoción. El capitán ayudante nos hizo desfilar por debajo de la bandera que tenía el subayudante y que levantaba apenas con la punta de su espada el coronel. Al pasar por abajo, el trapo tricolor nos rozaba el chacó como si acariciara en la cabeza a cada uno de sus hijos.

En aquellos momentos se me olvidaron los golpes y las patadas; las malas razones de los cabos y de los sargentos. Se me olvidó mi rancho, mi madre, Marcos Nájera, mi compadre Celedonio y sólo tenía en mi cabeza la bandera tricolor.

¡Con qué ganas hubiera gritado con toda mi alma un viva México! ¡Con qué rabia hubiera peleado contra un invasor!

Allí estaba toda la peonada; todos los pelones uniformados, hermanados por el sufrimiento y por el hambre; huérfanos desamparados de todos, con una sola madre, con una sola cobija tricolor...

Llegaron los interventores: el de Hacienda y el de Guerra, y juntos con el coronel y el pagador fueron a sentarse frente de la mesa.

El teniente coronel mandó:

—¡Señores oficiales, sargentos, cabos y banda, a la cabeza de sus compañías!

El batallón, de dos a dos en fondo, comenzó a desfilar poco a poco por delante de la mesa. El comisario iba llamando en voz alta a cada oficial y el nombrado pasaba delante de él y lo saludaba con su espada. Cuando pasaron los oficiales siguió la tropa; el sargento primero de cada compañía iba leyendo en la lista de revista el nombre de cada uno y el llamado pasaba por delante de la mesa y respondía con su apellido.

—Sargento segundo Pedro...

—¡Gutiérrez!

—Cabo Joaquín...

—¡López!

—Cabo Arnulfo...

—¡Guzmán!

—Soldado Juan...

—¡Martínez!

—Soldado Evaristo ...

—¡González!

Así todos los ochocientos hombres.

Los jefes todos estaban en la mesa y la bandera junto con ellos.

Cuando acabó la revista, ya cerca del mediodía, se le volvieron a hacer honores a la bandera para volverla a llevar a la guardia de prevención. Se fueron los interventores y el batallón desfiló para el cuartel al paso redoblado; las gentes curiosas que se habían amontonado se fueron retirando poco a poco también.

Allí adentro otra vez a lo mismo. Todo había pasado como en un sueño; se acabó el relumbrón, el aparato y de nuevo a sufrir, colocar las armas, guardar el uniforme, los zapatos y quedar otra vez en calzones y en huaraches como siempre.

El rancho: tantita carne una vez al mes y el mismo atole y los frijoles sin guisar de todos los días.

Un soldado más viejo que yo, uno que después supe que se llamaba Jacobo Otamendi y que había sido consignado por andar de periodista revoltoso, al verme contento, se me acercó y me dijo:

—Ora sí, compañero; ya eres soldado de veras, dejaste de ser recluta, así como antes también dejaste de ser libre. Te arrancaron como a mí, la libertad; te cerraron la boca, te sacaron los sesos y ahora te embadurnaron el corazón también. Te atontaron a golpes y a mentadas; te castraron y ya estás listo, ya eres un soldado. Ya puedes matar gente y defender a los tiranos. Ya eres un instrumento de homicidio, ya eres otro.

Para que no faltara nada en aquel día, cuando dieron el toque de “atención” después de la “retreta” y entraron las viejas a pasar la noche, una de ellas, que ya la conocía yo bien porque dormía con el compañero de junto a mí, se acercó cuando no la veía su hombre y repegándose mucho, como para que la sintiera yo muy bien, me dijo:

—Si me das un par de pesos, paso media noche contigo. No estaba mala y yo estaba muy muchachón.

—¿Y tu hombre?

—Lo dejo dormido; es muy dormilón de la media noche para delante.

—No te puedo dar más que un peso.

—Para que veas que te tengo ganas, dame nomás uno cincuenta.

—Bueno; arreglado.

Era un día domingo en la tarde cuando me entregaron una carta de mi madre. Casi me hizo llorar. La pobre debió haber batallado mucho para hacer aquellas letras; alguna alma caritativa le ayudó seguro para escribirme; era una carta con una letra muy grande y llena de faltas, pero que me llegaba muy adentro:

Orisonte, Cuaguila 15 de mallo de 1910. Señor Espiridion Si-fuentes.

Cuartel del Nobeno Batallan en Monterrey. N. L.

Cerido igo: Le pido a Dios yala birgen santicima que te aigan alludado y te cigan alludando en ese infierno en que as de estar tu. Llame afiguro los asotes que estaras resibiendo alla y las malas pasadas que tendras que sufrir igo asta quando te bolbere aber seme afigura que primero me muero lla estoi bieja i abandonada i enferma. Todas las nochis meda un dolor en un costado i por mas que me pongo llerbas i tomo perlas deter nada no seme quita i tengo que aguantarme callada la boca para no quejarme i dejar dormir ala probecita gente con quien bibo i que tanto trabaja en el dia i tanta falta lease descansar en la nochi.

Estoi aqui bibiendo de la carida que mease tu compadre Cele-donio el me da de comer i arrimo en su jacal llo precuro desquitar en lo que puedo i me acomido en todo el pobre de tu compadre tubo que benirse con todos nosotros para aca en una carreta de buelles que le enprestaron para trair todos los triquis. Estamos aqui en el Orisonte tu compadre esta de pion i como el nos taba acostumbrado aeso pues se fatiga mucho. dice que no pierde laesperansa de bolber a bender carne.

Tuermano Jase se jullo desde queteagarraron ati de leva por ai andara quen sabe en donde llo no tengo noticias del ni para un remedio los amos de aqui tambien son gachupines i les gusta sintariar alas piones. Igo se me afigura que lla no te buelbo a ber stoi como si se me ubieran muerto mis dos igos. lla nada me queda en este mundo siempnre stoi resando por ustedes dos i inbiandoles mis bendiciones.

Que dios nos allude a todos.

Tu madre que te ciere. Amada Cifuentes.

Se me rodaron las lágrimas. Pobrecita de mi mamá; tan lejos, tan pobre y tan abandonada. ¿Cuándo podría yo verla y ayudarla?, ¿cuándo? Tanto como había sufrido para criarnos a nosotros y ahora que ya éramos hombres sus dos hijos, ora que ya estábamos fuertes para mantenerla y para darle un bienestar, siquiera lo necesario, ganado a fuerza de trabajo, nada; un hijo, de soldado por cinco años, el otro huyendo y ella arrimada de limosna, trabajando y enferma. ¿Qué podía hacer yo?, ¿qué podía hacer nadie como no fuera Dios?

Un soldado que me vio tan triste, acurrucado en un rincón con la carta entre las manos, se me acercó a darme algún consuelo. Yo lo conocía de vista; sabía que se llamaba Juan Carmo-  
na, que era nativo de Pachuca y que formaba parte de la misma sección.

—¿Qué te pasa compañero, por qué tan triste? Le enseñé la carta y le conté lo que me sucedía.

—Tienes razón, no es para menos. Y ni remedio tiene eso, compañero, ¿qué le vaste hacer? Aquí se acabó todito y ni llorar es bueno. Yo también tengo mi pena y me la como y me la bebo a tragos, como si fuera rancho de todos los días.

—¿También tienes tu madre abandonada por allá en tu tierra?



—No; yo perdí a mis viejos desde hace muchos años, desde que era yo escuincle. Mi pesar es otro que puede que sea peor. Te voy a contar lo mío; a veces hace falta contarle a alguien lo que uno lleva adentro, siquiera para tener el consuelo de que otra gente lo sepa también y lo compadezca a uno. Tú, como eres nuevo, comprenderás lo que sufro, pareces buena gente y todavía no te han maleado los golpes y las malas pasadas.

“Yo soy de Pachuca, tú ya lo sabes; de allá de un mineral muy lejos de estas tierras, cerca de México, de la mera capital de la República. Allí era yo minero como casi toda la gente pobre de la población. Mi padre era barretero, mi abuelo también lo fue; tenía yo que ser a fuerza del mismo oficio que aprendí con ellos desde chico. También aquella vida es dura; es dura y peligrosa; cientos de metros abajo de la tierra, poniendo barrenos y tirando piedras; a veces con el agua hasta la rodilla, a veces hasta el pecho; sudando a chorros y respirando polvo; lejos del sol y aluzándose apenas con las lamparitas de mano que no llegan a romper nunca la negrura de las piedras. Son las minas infiernos por lo caliente y por lo lóbregas que están. Los hombres parecen condenados; desnudos, bañados en sudor y en agua, gastando el alma con el pico y con la pala, como si fueran a acabar con todas las piedras de los cerros y llegar hasta el fondo de la tierra; salir a flor de ella quién sabe hasta dónde. Se acaban los hombres, se gastan los pulmones y se hacen piedras adentro en fuerza de respirar puro polvo, y adelante, adelante, detrás de las vetas, que se ensanchan y se angostan y se vuelven a ensanchar; piedras y más piedras; oro y plata revueltas con el sudor y con sangre de la pobre gente que vive como topos en la tierra lejos, muy lejos de la luz del sol. Allí en lo hondo se va quedando la vida entre las piedras, allí se quedan los cuerpos

enterrados cuando ya no pueden más. Piedras que después son pesos y onzas de oro; pesos que ruedan por el mundo y que sirven para todo y onzas de oro que se guardan en las cajas fuertes como reliquias, quién sabe para qué.

En una de aquellas minas quedó enterrado mi abuelo el día que menos lo esperaba. Quedó en la raya como buen minero, un trueno acabó con él y le echó encima todo el tiro de una mina. Tiene allí una sepultura de oro y plata de mucha ley, que no han de tener seguro ni los reyes. Un sepulcro que tiene encima a un cerro lleno de árboles, que se mira desde muchas leguas antes de llegar a Pachuca. Allí ha de estar mi abuelo, dormido en una cama de plata.

“Mi padre también cayó en las mismas andanzas; estaba ya viejo, la mina le había acabado los pulmones, su salud se había quedado regada en los tiros, en los socavones y entre las piedras ricas del mineral de la Compañía del Real del Monte. El día menos pensado le quitaron el trabajo sin más razón que la de estar viejo y enfermo de silicosis. ¿Qué iba a hacer el pobre viejo fuera de la mina? Toda su vida se la había pasado allí, nunca supo hacer otra cosa que escarbar las piedras y poner barrenos; ni modo que fuera a comenzar a aprender otro oficio ya a sus años, ¿qué iba a hacer? Hizo lo que todo minero viejo y desahuciado: bajar a la mina dándole una vuelta al camino derecho; bajar por donde se pudiera y como hubiere lugar; por las buenas o por las malas. Era necesario comer y habría comida en la casa mientras hubiera fuerzas en los brazos y empuje en el alma. Fue lo que allí le dicen, un metalero, un trabajador de las minas que se roba los metales de la compañía. Bueno; robar, es como le dicen a eso, pero mi padre, que en paz descansa, y yo que le acompañaba desde entonces, nunca robamos nada; nuestro buen trabajo nos costaba arrancar las piedras y sa-

carlas para afuera. ¿A quién le robábamos el metal?, ¿a la tierra? La tierra es de todos, es de quien la trabaja. Es nuestra madre grande, la única; de donde hemos salido y a donde hemos de volver tarde o temprano.

“Nuestro trabajo nos costaba arrancar el metal ¡y qué trabajo! Mi madre nos echaba tacos de tortillas con carne y con frijoles que nos aguantaran cinco o hasta diez días; salíamos con el itacate bien relleno y con nuestras herramientas, mi padre y yo; nos juntábamos con otros compañeros iguales a nosotros y todos juntos, con la oscuridad de la noche, nos metíamos por los tiros olvidados de las minas. No nos faltaba a cada quien nuestro cuchillo por si salía algún guarda que se nos pusiera enfrente. Bajábamos los tiros por escaleras viejas que a cada momento se podían romper y matarnos a todos; tiros como el de San Rafael, como el de El Bordo, como el de San Juan Pachuca, como los de Dos Carlos; de más de seiscientos metros de hondo. Una pasada mala, una resbalada o un escalón podrido que se rompe y hasta el otro mundo. A veces ni siquiera había escalera y teníamos que bajar por los cables o pisando en las mismas piedras del ademe.

“Así que lográbamos bajar, había que buscar en medio de la oscuridad, con nuestras linternas, las vetas buenas para trabajar allí y arrancar el metal.

“El trabajo del minero es duro y peligroso, peor, mil veces peor es el que tiene que hacer el metalero: para él no hay seguridades, ni luz eléctrica, ni ventilación, ni jornal; por su cuenta ha de hacer todo y lleva el riesgo en el trabajo y en que lo puedan sorprender y meterlo en la cárcel por mucho tiempo.

“Allí adentro, a seiscientos o setecientos metros de hondo, con el agua a la cintura, sudando a chorros, duro y duro con los picos,

para arrancar las piedras buenas. Durábamos a veces hasta una semana sin salir a flor de tierra; hasta que se acababan los tacos y también hasta que completábamos los treinta o cuarenta kilos que podíamos cargar en el espinazo. Algunas veces, con nuestro costal al hombro, salíamos de la mina, deslumbrados con la luz del sol y no era raro encontrarnos de pronto con que nos cerraban el paso un guarda o dos; íbamos decididos a todo y cuchillo en mano nos abríamos paso. En una ocasión mi padre tuvo que matar a uno que se puso de fierros malos; en otra vez nos tirotearon.

“El metal lo vendíamos a escondidas a un señor que nos lo compraba a buen precio. Teníamos siempre encima a los guardas de la compañía y a todos los policías del pueblo; en muchas ocasiones fuimos a dar a la cárcel, enredados en un proceso largo de meses y de meses.

“La última vez, la tengo metida en la cabeza como si fuera ahorita mismo: habíamos estado trabajando mi padre y yo tres días seguidos en un tiro viejo de la mina de Santa Gertrudis; la carga estaba lista y ya íbamos a salir. Iba yo por delante, subiendo por una escalera carcomida; mi señor padre iba detrás. De pronto tronó la escalera vieja y se desprendió del muro la parte por la que iba subiendo mi padre. Sentí el frío de la muerte. Mi padre se balanceaba agarrado con una mano de un barrote y tratando con la otra de buscar un apoyo en las piedras del tiro. Con el susto se me cayó el costal de las piedras.

“—¡Súbele aprisa y búscate una reata pa que me vengas a sacar!  
—gritó mi padre.

“En un instantito traspuse el tramo que me faltaba para salir; estábamos a unos cincuenta metros distantes del boquete y como a unos ciento y pico del fondo de la mina.

“Ni un alma había por allí afuera; tendría yo que ir a buscar la reata hasta las casas del pueblo o ir a pedir auxilio a la misma gente de la compañía. Me asomé para decírselo a mi padre:

—No voy a tardar; aguántese lo más que pueda. Aguántese tantito; voy a buscar la reata.

“Apenas pude oír las últimas palabras de mi padre; salían por el boquete de la mina como si fueran de una sepultura:

—No te dilates mucho, que miro a esto muy feo; voy a tratar de bajarme otra vez.

“Después oí un traquidazo de palos que se quiebran y de piedras desprendidas. Todo quedó en silencio.

“Grité, lloré, recé las oraciones que sabía, a toda prisa: “¡Virgen Santísima, que no le haiga pasado nada a mi padre, que no le haiga pasado nada; que no le haiga pasado nada!”

“Iba yo desesperado buscando a alguien; a quien fuera: minero, gringo o policía; alguien que tuviera una reata y me ayudara a sacar a mi padre, aunque después nos sambutieran a los dos en la cárcel. “Di con un guarda y me llevó con uno de los ingenieros de la mina. ¡Cómo se rió el gringo aquel de mi dolor! ¡Cuánto batallé para convencerlo que salvara a mi padre!

“Yo mismo bajé por la reata hasta el fondo del tiro. Allí estaba el pobrecito viejo hecho pedazos; cerquitas de él, estaban regadas las piedras del metal que habíamos desprendido.

“Después fui a dar a la cárcel una temporada larga y cuando ya pensaba yo que iba a salir, para seguir batallando, me metieron de soldado; primero me llevaron a México, al Depósito de Reemplazos y después me vine a dar hasta aquí, hasta Monterrey. Mi pobre viejita se murió a los dos meses justos de mi padre; se juntaron los dos allá en la eternidad”.

—Si ya no tienes padres, ¿qué te aflige, pues? ¿tu libertad?

—¡Libertá!, ¿quién sabe nunca lo que es eso? Yo creo que los únicos libres sólo son los muertos, que ya se libertaron de sus mismos cuerpos. Nadie es libre en este mundo; a unos hombres, los mandan otros hombres y los que aparecen más libres, los mandan sus mujeres, o sus dolencias, o sus vicios, o sus necesidades. El estómago manda, la cabeza manda, cada cosa del cuerpo manda. ¡Qué más da estar aquí o en otra parte!

—¿Pos entonces, pues?

—Tengo un hijo que acaba de nacer; uno más que viene a sufrir y que ni conozco siquiera. Conmigo se vino una muchacha de Pachuca que me tenía ley; me ha seguido desde entonces y acaba de salir de su cuidado en esta mañana. Ella sola por ai, sin un doctor siquiera, y yo aquí apergollado, sin poderle arrimar siquiera un jarro de agua; si no fuera por una vieja también soldadera, puede que hasta se hubiera muerto y puede que hubiera sido mejor, ¿no te parece?

—¿Y qué piensas hacer?

—Aguantar. ¡Pobre criatura con un padre tan infeliz como yo!

—De veras que los hijos debieran ser nomás para los ricos, para los que les puedan dar de comer y vestir, ¿qué se ganará Dios con mandar muchachos a los pobres?

—Pobre criatura, ojalá y se muriera mejor, antes de que crezca.

—Hombre, no; ha de ser un consuelo siempre, tener un hijo.

—¿Un hijo, un soldado como nosotros? ¿Para qué? ¿Para que venga a dormir en estos chiqueros apestosos llenos de piojos, para que aprenda en lugar de buenas cosas, puritas maldiciones; para que vea, cuando pueda darse cuenta, cómo aporrean a su padre y cómo manosean a su madre y cómo rola ella entre toda la tropa?

¿Para que coma rancho y siga al batallón como los perritos languicientos de los pelotones? ¿Para que sirva nomás de risa a todos y para que les meta de contrabando la mariguana? ¿Para eso nomás? ¡No! Mejor que se lo lleve el sarampión o la escarlatina, o lo que salga más pronto; que se vaya el angelito, asina como vino. Mejor; ojalá y mejor se vaya.

—¿Pero cómo han de servir las criaturas para contrabandear la mariguana?

—¡Uf!; como eres nuevo, no sabes de estas triquiñuelas de la tropa vieja. Mira, cuando son de pecho y los traen cargados en la espalda sus madres, les meten entre los pañales las tripas de aguardiente o de mezcal o los manojitos de yerba. A ellos no los esculcan los cabos y los sargentos, nomás a las viejas. Cuando ya son mayorcitos y pueden caminar, no les faltan argucias para hacer lo mismo, ¿no te has fijado en un escuinclillo mugriento que trae un kepí viejo y que casi siempre anda jugando montado en un carrizo, que le sirve de caballito? Pues allí, entre los cañutos del carrizo, siempre mete la yerba y hasta también buenos tragos de mezcal y ni quien se las espante. Ya más grandecillos se juntan con los de la banda, cuando hacen escaleta lejos del batallón y con el pretexto de que les enseñen a tocar las cajas, les meten debajo de los parches las hojas o las tripas. Pronto aprenden también a emborracharse; las viejas soldaderas les enseñan a robarse las gallinas, y de robar volátiles a robar otra cosa, no hay más que un pasito. Al fin de cuentas, ya de muchachones acaban como nosotros, de soldados; soldados veteranos desde que comienzan la carrera, porque ya antes pasaron por todo; ya están curtidos en el cuartel y saben todas las mañas de la tropa vieja; son como los gatos que se aquerencian, no con los que son sus amos, sino con las casas en donde se criaron. ¿Tú crees que a los que así

crecieron les importan los golpes y las maltratadas? Ni mella les hacen; si nunca oyeron hablar palabras buenas, ni vieron otra cosa que las cuadras cuarteleras. Les gusta el uniforme; el ruido de la banda y las mochilas; conocen mejor los toques que muchos de los viejos y pueden corregir hasta a los oficiales. Y como son rete águilas, pronto ascienden a clases, y ¡qué clases!; son los peores, los que más maltratan a los reclutas y los que más pegan. El cabo de presos, ese del chirrión que ya te ha aporreado a ti, que se llama el cabo Reynaldo Aguirre, ése es de éstos. Tiene una alma negra y una mano pesada; goza el hombre golpiando a la gente y mentándoles la madre. Es tan duro, tan duro, que ya pronto lo han de ir a hacer sargento; algún día puede que llegue hasta oficial también. Dicen que nació aquí en el cuartel y que nunca llegó a saber, bien a bien, quién fue su padre; su madre rolaba por todo el batallón. Presume de veterano porque cuando apenas tenía unos siete u ocho años le tocó aquella acción del Tomochic, allá en Chihuahua; ¿sabes de eso?

—Nada.

—Pues allá por el año del 93 se sublevaron unos indios chihuahuenses en un pueblo que se llama Tomochic; que dizque había entre ellos una muchacha india que decían que era la Virgen de Cabora y que predicaba a todos ellos que habían de acabar con todas las gentes que no la adoraran. Aquellos indios dicen que eran muy bravos y muy buenos tiradores; que nomás agarraban la carabina y se la ponían en la cintura, como si tuvieran los ojos en el ombligo, y sin apuntar nunca, no fallaban los tiros; siempre atinaban a la pura cabeza de las gentes. Al grito de ¡Viva la Virgen de Cabora y arriba el Gran Poder! mataron mucha gente pacífica y tuvo que ir la federación a meterlos al orden. Le tocó al Noveno, a este mismo batallón en que ahora estamos,



ir a aquella campaña; también fueron unas compañías del Once, que estaban en Sonora. Aquellos doscientos indios bravos casi acabaron con toda la juanada que les echaron.

“El Noveno se acabó. Mataron al teniente coronel Pablo Yépez, a muchos oficiales, y de tropa, ni se diga. Sobraron muchos chacós y dicen que todos los tiros dieron sólo en la cabeza o en el pecho. Nada de heridos; muertos todos. Acabaron por fin con la indiada; no quedó ni uno, pero ellos también casi barrieron con la federación. El cabo Aguirre, cuando está de buenas, cuenta unas cosas de entonces que se queda uno con la boca abierta.

—¿De modo que el Noveno tuvo ya su agarrón?

—Se acabó entonces casi todo y nuestra bandera tiene una porción de agujeritos, de las balas de los indios, desde aquella vez.

—Compañeros, aquí huele a tortilla tostada.

Era Otamendi, el que había sido periodista, que llegó entre nosotros.

—Tú serás el que vienes oliendo; aquí, este nuevo, ni siquiera conoce la yerba.

—¡Cómo!, ¿qué es eso de tortilla tostada? —pregunté yo curioso.

—Es este periodista que ha de querer chupar mariguana.

—Traigo aquí tres cigarros de los buenos, que les saqué a los muchachos de la banda, y si mañana me dan ustedes sus dos reales del haber, les doy uno a cada uno.

—¡Zas! Yo con la pena que tengo, para olvidarla aunque sea un rato nomás, hago el trato contigo. Tú también ¿cómo te llamas?

¿Sifuentes? Conoce lo que es bueno, ora que hay modo.

—Bueno, probaré de eso a ver si se me borra la carta de mi madre. A falta de vino...

—El vino es nada junto con la yerba. Ora verás.

Se sentó Otamendi a nuestro lado; sacó los tres cigarros del fondo del chacó, prendió un cerillo y a poco las tres brasas brillaban en lo oscuro del rincón de la cuadra.

Yo nunca había fumado más que cigarros de hoja con tabaco del Tigre, pero aquel de papel de estraza y yerba humedecida, no me supo mal.

El oficial de semana, el sargento y el cabo de cuartel estaban muy distraídos jugando a la baraja en la puerta de la cuadra; el soldado cuartelero se ocupaba en remendar un pantalón, sólo nosotros estábamos en el rincón, entretenidos con nuestros recuerdos.

Otamendi tenía la palabra, se conoce que la yerba le soltaba la lengua, parecía un poeta.

—¡Yerbita libertaria!, consuelo del agobiado, del triste y del afligido. Has de ser pariente de la muerte cuando tienes el don de hacer olvidar las miserias de la vida, la tiranía del cuerpo y el malestar del alma... Sacudes la pesadez del tiempo; haces volar y soñar en lo que puede ser el bien supremo. Eres el consuelo del infeliz encarcelado; bálsamo del corazón y de las ideas. Humo blanco que se eleva como la ilusión; música del corazón que canta la canción de la vida del hombre inmensamente libre; libre de los demás hombres, libre del cuerpo, absolutamente libre. ¡Yerbita santa que crea Dios en los campos para alimentar a las almas y elevarlas hasta él! ¡Yerbita que tienes el don de darnos alivio y de hacernos olvidar, quisiera decirte un verso...!

Otamendi seguía hablando, pero su voz ya no llegaba a mis oídos; me había yo vuelto sordo y ciego para las cosas mundanas. Primero fue una especie de estupor, después una ceguera; un zumbido en la cabeza muy fuerte y al ratito algo como si fuera un despertar, pero un despertar muy raro y muy bonito; sin cuerpo y sin ganas de nada, como si todito lo tuviera yo. Andar por el aire

sin ruido alguno; volar por encima del cuartel, de los pueblos, al través de las paredes. Y un sol, ¡qué sol! Un sol de todos colores: azul, verde, amarillo, colorado, carmesí. Pajaritos cantadores; música en todas las cosas, sones alegres, canciones. Así ha de ser la gloria, suavécita; de todos colores y de todos sonidos. Ahorita, si me dieran un balazo, si me mataran, ni fuerza me haría: seguir volando, seguir oyendo, seguir mirando, ¿qué puede haber mejor?

¡Y yo que pensaba, tan triste, en mi madre; creyendo que estaba afligida y sufriendo! Está muy feliz, llena de gusto, contenta, bien vestida y llena de salud. ¡Qué bien le ha sentado el cambio de rancho!, ya ni canas tiene; está muy derecha y hasta con sus chapitas coloradas. Compadre, compadre; qué buen cuaco trai asté ora;

aquel coloradito no le sirve a éste ni para el arranque, ¿cuándo vamos a San Pedro a darnos un resbalón con las muchachas? ¿Se acuerda de aquella chata, caderoncita? Viéndolo bien, los gachupines de Lequeitio no eran tan peores; a veces pegaban y eran mal hablados, pero también soltaban la fierrada, cuando se hacía necesario. Don Julián, por cada mentada de madre que echaba a los peones, les soltaba un peso; así hasta ganas dan de ser maltratado.

¡Cuatro o cinco pesos diarios!... ¡ai nomás!

Bonitas gringotas con sus piernas blancas y su pelo güero. Ni falta que les hace la ropa, bien a bien, ¿pa qué sirve la ropa?, nomás pa embrollar a las gentes y para estorbar. Me abrazan con sus brazos, me aprietan con sus piernas blancas y lisitas; ¡qué bien huelen!, ¡qué sabroso besan!... La vida, la vida, la vida es un beso...

¿De dónde serán estas gringas? Yo nunca las había vicentiado antes. ¡Qué cosas hace Dios para nosotros!

El dinero, ¿pa qué sirve?, ¿qué gana el rico con sus pesos? Nada. Junta y junta dinero en el lodazal en que vive, montones de plata

que se vuelven humo; humo que se lleva el viento, como el humo de este cigarrito, que siquiera emborracha, y hace ver y oír y sentir como ninguno.

Tengo todo lo que quiero y como todo tengo, no quiero nada.

Parece como si fuera bajando de un globo. Oigo allá abajo la voz de Otamendi, que sigue recitando:

—¡...Indio infeliz!, ¡levántate y golpea! El tirano caerá cuando tu brazo quiera. Hay aves que cruzan el pantano y no se manchan; mi plumaje es de esos... Gañán soldado, empuña tu fusil y apunta; apunta a los tiranos. Sacude el yugo, pueblo infeliz, envilecido y hambriento; yérguete y mata. En un charco de sangre, allí estaba tendida; para siempre callada, para siempre dormida... Pueblo: ¿qué le debes a Hidalgo?, ¿qué le debes a Juárez? Nada le debes a nadie, porque sigues sumido en la ignominia. Nada te mereces y por eso nada tienes, ¿qué se puede esperar de un pueblo que le debe su independencia a un cura? De noche cuando pongo mis sienes en la almohada y tu recuerdo vuelve a mi alma a aparecer, camino mucho, mucho, y al fin de la jornada. Ya nunca volveréis, noches de plata...

Bajé de mi globo completamente y me paré en el suelo. Allí estaban enfrente de nosotros el oficial de semana, el sargento, y el mentado cabo Reynaldo Aguirre con su chirrión en la mano.

—Ya se enmariguanaron estos hijos de la tiznada; métales duro cabo.

—Orita verá nomás, mi teniente.

Nos llovían los zurriagazos por el pecho y por la espalda en medio de los insultos del cabo enfurecido.

A punta de golpes nos sacaron hasta el patio a los tres; nos bañaron a cubetazos y nos hicieron tragar, a viva fuerza, una carañola de agua a cada uno.

—¡Hasta que revienten, alrededor del patio! ¡Paso veloz!  
¡Marchen!

Y ahí estamos corre y corre con la lengua de fuera y empapados. Duro con los chirrionazos, duro, duro. Cuando ya íbamos a azotar de cansancio, otra caramañola de agua, como si nos estuviéramos muriendo de sed, y a correr, a correr otra vez por todo el patio, a punta de chicote y de malas razones.

Quién sabe cuántas horas corrimos y quién sabe también cuántos golpes nos dieron esa noche.

Por primera vez en mi vida había probado un cigarro de yerba y había sabido, también, cómo se corta la borrachera a fuerza de agua, de correr y de golpes.

## VI

Ya habían pasado dos meses y medio desde que comencé la carrera de las armas y me encontraba en condiciones de dejar de ser un recluta y ser ya un soldado raso, como todos los demás. Sabía manejar el máuser y hasta en dos ocasiones ya me había tocado asistir a los ejercicios de tiro al blanco, por el rumbo de las lomas del Topo Chico. No era ya tan malo; la primera vez, de los cinco cartuchos de la parada, metí dos en el centro y la segunda, logré acertar otros dos.

La instrucción estaba muy fuerte a tardes y mañanas, porque se acercaba el 16 de septiembre del año del Centenario de la Independencia y decían que iba a haber un gran desfile.

Yo y mis otros dos compañeros de leva, aquellos muchachos Jesús y Eulalio Villegas y todos los demás reclutas estábamos ya en condiciones de formar y de hacer todo el servicio. Buenos golpes

habíamos recibido de todos los superiores y habíamos soportado también un chorro diario de insolencias. Habíamos llegado a acostumbrarnos a todo aquello, y recibíamos los golpes con resignación, y oíamos las malas razones como quien oye llover y no se moja. El periodista opinaba que a eso se le dice filosofía. Cuestión de no sulfurarse y de pensar tantito. “¡Tizna a tu madre!”, grita un sargento. Digo yo en mi interior: ¿qué culpa tiene mi madre del coraje de este tal?, y además, no porque él ordene una cosa como esa, la vaya cumplir yo. “¡Carbón!”, grita enojado un cabo. Y yo me digo: no porque éste me diga eso lo soy yo, pues en tal caso todos lo seríamos en el cuartel, ya que las mujeres que viven entre nosotros rolan entre todos; o lo semos todos, y entonces todos somos iguales, o no lo es ninguno. Las demás malas razones son de menos categoría y casi ni vale la pena pensar en ellas.

Es tan cierto esto que digo, que el mismo cabo Reynaldo Aguirre, que es tan mal hablado, viendo que ya nadie se pica con su palabrería insolente, ha tenido que inventar algo más nuevo y enredado: él no dice nomás: “Tizna a su madre”, sino que dice: “Anda y retizna a tu rejijo de un tiznado madre, tal por cual”. Hasta bonito se oye la retajila de insolencias; algunos a quienes se las mienta, hasta se ríen en sus meritas barbas.

El chicote es el único que logra conmovier a veces.

Si toda la gente que está fuera de los cuarteles pensara como nosotros, el mundo andaría mejor. Si nadie se ofendiera por las habladas, no habría nunca pleitos, ni cuchilladas, ni balazos, ni muertos o heridos en riña. Menos carrascalosos y valientes, y más tranquilidad en la vida. De algo ha de servir el cuartel, aunque sea para pensar tantito y hacer la vida llevadera, como la hacen los burros que no se pican por las malas razones que siempre les están

diciendo y que apenas voltean el pescuezo para un lado, cuando les dan un garrotazo. Mala o buena la comparación, los soldados de leva semos igualitos.

Al levantarse la tropa, al toque de “diana” y después de per-signarse los que tenían esa costumbre, en lugar de decir: “En el nombre sea de Dios”, pensando en las mentadas y en los golpes, decían mejor: “Veinte más por todas las que vengan”.

Me tocó hacer la primera fatiga de guardia en prevención. Entramos al servicio, un pelotón completo: el oficial, el sargento segundo, dos cabos y cuatro soldados por cada puesto de centinela.

Yo siempre había tenido curiosidad por saber lo que se decían en secreto los centinelas cuando eran relevados; me parecía como si estuvieran rezando una oración muy larga; me tocó el turno de aprenderla y guardarla en la memoria; es así:

—Con permiso de usted, mi cabo, recibo el puesto —dice el entrante.

Y el saliente dice:

—Con permiso de usted, mi cabo, entrego mi puesto.

Y luego dice el soldado que entra, muy despacio y con voz queda:

—Mi estimado compañero: delante de mi cabo de cuarto que presente está, le entrego a usted este puesto sin ninguna novedad. Vigilará usted al frente, a derecha y a izquierda. No se dejará relevar si no es con la presencia del cabo de cuarto. Si viere venir tropa armada o pelotón de gente, llamará a la guardia. Si oyere tiros, mirase incendio u observase pendencia, llamará a la guardia. Sólo recibirá usted órdenes del cabo de cuarto o del comandante de la guardia. No podrá sentarse, dormir, comer, beber, fumar, ni hacer cosa alguna que pueda distraerle; sí puede pasarse hasta a diez pasos de este puesto sin dejar de echar ojo para todos lados. Cuan-

do vea venir a los jefes del batallón, al jefe de día o a los capitanes de vigilancia, llamará a la guardia. Hará respetar su persona por encima de todo; el centinela es sagrado y ha de morir en su puesto si llega la ocasión. También hay orden de esto, de lo otro y de lo de más allá. ¡Cualquier cosa nomás, es el rezo de los centinelas!

Todo aquello no era más que una parte de las obligaciones que marcaba la ordenanza que siempre estaba leyendo y repitiendo el sargento de guardia a los soldados de descanso, para que lo tuvieran bien presente.

A las horas de la entrada de las viejas al cuartel, el sargento y los cabos revisaban las canastas y esculcaban a todas para que no metieran el chinguere o la mariguana; ¡buenas aprovechadas que se daban! Eran muy minuciosos en el registro, pero con todo, siempre entraba el contrabando, pues las mujeres y los juanes se daban siempre mañas para meter el licor o la yerba: a veces, eran tripas como chorizos, rellenas de aguardiente o de mezcal, metidas entre los corpiños, en las naguas o entre los pañales de las criaturas de pecho; en otras ocasiones, lo que parecía que era caldo en una olla, no era sino alcohol; la ollita del café era sólo aguardiente pintado de negro y entre las tortillas o entre el pan, iba la yerba.

Supe allí que un chiquillo de siete años que siempre andaba jugando, montado en un carrizo como si fuera un caballito, lo llevaba relleno de mezcal. Que los de la banda metían la yerba en los pabellones de las cornetas o debajo de los parches de las cajas, cuando volvían de la escoleta; que muchos soldados llevaban la mariguana en el forro del chacó, en el elevador del máuser o en la cartuchera. Supe todas las triquiñuelas y artimañas de la tropa y de las soldaderas para burlar la vigilancia de la guardia.



Teníamos la obligación de conocer por sus nombres a los jefes del batallón; a todos los oficiales y a las clases de nuestra compañía; pero eran tantos, que unos cuantos podía yo retener en la memoria; aquellos que me caían más bien y de quienes los compañeros me daban buenas referencias, o los que nos molestaban más con sus malos tratos; puede que conociera más a éstos que a los otros.

El coronel, jefe del batallón, era un hombre ya entrado en años; no muy alto, de bigote grueso y entrecano; de apellido Villarreal, y los soldados decían que no era mala gente; que tenía un rancho y unas casas, y que los soldados eran sus peones y sus albañiles cuando le hacía falta. Algunos llegaban a asegurar que no sólo agarraba a la tropa para sus quehaceres, sino que la rentaba también a quien se lo pedía. A mí nunca me tocó ir a ninguna de aquellas fajinas.

El teniente coronel Rodríguez López era un güero de bigotes alacranados y retorcidos con goma, como si fueran de alambre; decían que no se llevaba bien con el coronel y que a cada rato se peleaban por cualquier cosa.

Al mayor, jefe del detall, ya lo había conocido cuando causé alta.

Malos hígados y hiel desparramada.

El capitán primero de mi compañía se llamaba Agustín J. Salas. Hombre de unos cuarenta y tantos años; un poco cargado de hombros, medio canoso y muy buena persona. Tenía tres hijos chicos en la escuela y una señora que parecía tan buena como él. A mí me parecía que hubiera estado mejor en una tienda vendiendo algo detrás de un mostrador, que mandando soldados como nosotros. Yo adivinaba que aquella persona sufría cuando tenía que pegar o regañar. Era un hombre cansado, con ganas seguro mejor de reposar en una buena casa, que de estar en el cuartel.

En cambio el capitán segundo, Rogelio Orduñuela, flacucho y medio picado de viruelas, con un bigotito al estilo chino, tenía mala alma, traía del rabo a los oficiales y a los sargentos y no paraba regañando todo el día. Todos le tenían temor y mala voluntad en la compañía; era del sur de la República y decían que tenía buenas agarraderas en la Secretaría de Guerra.

El teniente de mi sección se llamaba Bruno Gloria y era nativo de mi mismo estado, de Coahuila; de algún pueblo de la orilla del río Bravo. Comenzó por ser oficial reservista y después entró a las filas. Moreno y alto; serio, reposado y de buen corazón hasta donde era posible, en medio de aquel infierno. Su asistente nos contaba que era buenísimo.

El subteniente era otra cosa; había ascendido desde tropa y tenía todas las mañas y los malos modos del cabo Reynaldo; se llamaba Pedro Rodríguez, pero todos los conocíamos con el apoyo de el Chicote. Feo como él solo; prieto, bigotón, chaparro y barrigudo. Siempre estaba con una insolencia en la boca y sus ojos colorados decían muy claro que le gustaba el trago a todas horas.

Los sargentos López y Lira y los cabos Astorga, Bañuelos y Perales, todos iguales; cortados por la misma tijera, uniformados con los mismos trapos, con parecidas caras y con iguales modos; imposible diferenciar a uno de los otros. Se entendían todos muy bien y obraban siempre todos ellos de la misma manera.

Los demás oficiales y clases del batallón me parecían todos iguales; uno que otro de los oficiales blanco y güero, la mayoría prietitos; algunos habían salido del Colegio Militar de Chapultepec, otros de Aspirantes; los más viejos eran ascendidos de la clase de tropa. Todos éramos como la maquinaria de un reloj, como ruedas engranadas que

se movían a un tiempo sin perder el compás; las ruedas más grandes eran los jefes y los oficiales, las más chicas la tropa.

El Noveno Batallón era uno solo, pero dentro del mismo, la Primera Compañía era rival de la Segunda y los de la Tercera no podían ver a los retaguardias de la Cuarta. Dentro de cada compañía, la primera sección era la buena y siempre estaba de puntas con las otras dos y dentro de cada sección, el primer pelotón tenía siempre pique con el segundo. Todos con malas querencias, unos contra los otros, y todos al mismo tiempo juntos. Atizaban aquellas malas voluntades los mismos oficiales; decían que aquello se llamaba espíritu de pelotón, espíritu de sección, espíritu de compañía o espíritu de batallón, pues los del Noveno considerábamos puro mulaje a los del Veintitrés de Infantería, también de guarnición en la misma plaza.

Llegaron las fiestas patrias. El batallón estaba como navaja de barba, filoso y listo. Todo el día quince nos lo pasamos en el aseo: baño, corte de pelo al rape, embetunada del chacó, de todo el correaje y del calzado; limpieza de las armas; todo bien dispuesto para el desfile del día dieciséis.

A las cuatro de la mañana, tocaron “levante”; a poco rato “rancho”, a las cinco el primer toque de marcha, a las seis el segundo y a las siete el último.

Los jefes y los oficiales estrenaban ese día sus uniformes nuevos de estilo alemán; estaban desconocidos y muy fachosos con sus cascos de charol y sus penachos negros; sus charreteras o caponas doradas y sus cinturones y bandoleras del mismo color; una hilera de botones nada más en la guerrera negra, y cuello, marruecos y franjas color rojo chillón. Parecían otros, todos ellos con aquel porte extranjero. ¡Qué diferencia de sus

levitas largas hasta las rodillas con dos hileras de botones, kepí achaparrado y su pantalón con dos vivitos rojos! Hasta los charritos se veían grandotes con los penachos de cerda negra. Parecían gallos de pelea.

Sólo la pobre tropa seguía con la misma pelambre de siempre; la misma del tiempo del general Santa Anna, del señor Juárez y ahora de don Porfirio Díaz: chacó de cuero negro; vestido azul con vivos colorados y diez botones amarillos aplanados en el chaquetín cruzado. Deberíamos de andar todos iguales; o todos hijos o todos entenados.

Se formó el batallón, se incorporó la bandera y en columna de pelotones, al paso redoblado y al compás de la música, fuimos a formarnos en línea desplegada en la Calzada Unión.

Casi al mismo tiempo que nosotros, llegó también allí a formarse el Veintitrés Batallón. El jefe de ellos era más que el nuestro, era un general, el general Juvencio Robles. Iba marchando bien la primera compañía, la de atrás ya no tanto. Ya sentía el “espíritu de cuerpo” y realmente consideré que estaba mejor en todo el Noveno que el Veintitrés.

Llegaron detrás de ellos los del Quinto Regimiento de Caballería. Los jefes y los oficiales con uniformes también nuevos, iguales a los de infantería pero con sus arreos plateados. Delante iba la banda de trompetas tocando la “marcha dragona”, acompañada por su música y atrás los cuatro escuadrones de caballos todos retintos.

Sables relucientes, carabinas a la granadera; ruidos de estribos, relinchos de caballos y peste de estiércol fresco.

Me dio envidia ver a los montados; más me hubiera gustado ser de aquéllos que no sardo de a pie. Después supe que los de caba-

llería no querían a los infantes, que los veían con desprecio y que les decían “patas rajadas”; también me convencí con el tiempo de que no era tan envidiable su situación. Aquéllos, además de todo lo malo nuestro, tenían la monserga del caballo y la montura: dar agua, dar forraje, limpiar al animal y a la montura; darle en todo el primer lugar al caballo antes que a ellos mismos. En la caballería, lo primero eran los animales, lo último las gentes.

También llegaron los de la policía de Monterrey con uniformes nuevos de vivos verdes y con cordones blancos. Esos sí eran reclutones de a tiro. ¡Qué buena falta les hubieran hecho nuestros cabos y sargentos para darles una entrada de golpes y hacerlos marchar bien! Tecolotada dispareja con macanas, pistolas viejas y vivos verdes, ¡puf! Querían presumir marchando, pero, ¿de dónde junto a la federación?

Era un gentío de paisanos en toda la Calzada Unión, admirando a las tropas. Nosotros éramos el punto de vista de todos los ojos, los que más les llamaba la atención. Hubiera yo querido que estuviera allí mi compadre Celedonio, todos los del rancho y la gachupinada de La Laguna.

Un pelotón a pie firme hasta las diez de la mañana; el sol ya calentaba más de la cuenta y las mochilas se encajaban en los hombros.

Por fin, allá en la cabeza de las tropas formadas, tocó el corneta de órdenes un punto de atención.

El general comandante de las fuerzas dio la voz de mando:

—¡Batallones y escuadrones!: ¡Por pelotones a la derecha, para marchar en columna!

Cada corneta de órdenes de los cuerpos repitió el toque de atención y cada coronel repitió también la voz de mando del general.

A poco rato, la voz ejecutiva:

—¡Marchen!

Después el corneta de órdenes mandó “vanguardia de frente y columna de frente al paso redoblado”.

Comenzó el desfile.

Calzada Unión, calle de Zaragoza, Plaza Principal. En el balcón central del Palacio de Gobierno estaba el general de división don Gerónimo Treviño, jefe de la Tercera Zona Militar: un viejito arrugadito ya, lleno de condecoraciones; junto a él, el gobernador del estado, el presidente municipal y una bola de señores vestidos de negro con sombreros de seda relucientes. Todas las calles llenas de gente y de banderas; las campanas de todas las iglesias echadas a vuelo; cohetes en el aire y muchos aplausos.

La juanada contenta, garbosa; redobles de tambores, paso redoblado y “marcha dragona”, músicas y espadas, sables y bayonetas brillando con el sol. Día de fiesta para todos, cien años de Independencia y en todas partes retratos del general Porfirio Díaz, cuajado de medallas. Fatiga y cansancio revueltos con alegría y satisfacción.

A la una, al cuartel.

La sociedad de Monterrey había costeadado un banquete para la tropa federal: caldo, arroz, mole de guajalote, enchiladas y frijoles. Una cerveza de botella para cada Juan; naranjas, cañas, cacahuates y hasta una buena caja de cigarrillos de papel, marca Canela Pura.

Día feliz; uno cada Centenario de la Independencia.

La tarde fue de descanso completo; casi todos los oficiales, menos los de servicio, se fueron a la calle; también dejaron salir a muchos cabos y sargentos de los de más confianza. A todas las viejas las dejaron entrar desde el mediodía y les dieron el toque de “media vuelta” hasta después de la “retreta”.

Toda la tropa y las mujeres estaban en el patio formando grupitos, platicando y comiéndose, todos contentos y satisfechos, los

muchos cacahuates y naranjas que nos habían regalado los de la Junta Patriótica.

Otamendi, Juan Carmona, los muchachos Villegas y yo, teníamos nuestro rancho aparte. Juan Carmona estaba con su mujer, Juanita, y con la criatura de ellos, que ya tenía cerca de unos dos meses de edad.

Todos estábamos contentos; hasta el cabo Reynaldo había dejado su chicote y andaba platicando por allí, en todos los grupos.

—¿Y qué nombre le vas a poner, hermano, a tu criatura?

—Pues si yo me llamo Juan y su madre es Juana, tiene él, por fuerza, que llamarse Juanito.

—¿Cuándo lo vas a bautizar?

—Ai'stá la dificultad. No hay modo de que entre un cura al cuartel ni mucho menos de que yo pueda ir a buscarlo; tendrá que ir la vieja sola a la iglesia o de otro modo que se quede judío hasta que yo salga y pueda volver a mi tierra, Pachuca, y bautizarlo en la misma iglesia de San Francisco, en que me cristianaron a mí. Aparte del cura, me faltaría también buscar a un compadre.

—¿Quieres que yo sea tu compadre, compañero? —gritó entusiasmado Otamendi.

—¡Con toda mi alma!, ¿quién mejor que tú que eres gente de letras y que un día u otro, cuando salgas de soldado, serás algo en la vida?

—Bueno; pues ahorita mismo hacemos el bautizo. Y mira no más en qué día va a ser la fiesta; el mero dieciséis de septiembre del año del Centenario de la Independencia de México. ¿Qué tal?

—Bonito día, ¿pero cómo?

—A lo militar, aquí con tantita agua.

—¡Zas!, ¡zas! —gritamos todos.

Uno corrió y se trajo una caramañola llena de agua; otro trajo una vela encendida; yo llevé una cobija.

Todos los que estaban por allí, no muy distantes, que se dieron cuenta de la ocurrencia, se acercaron a nosotros; el cabo Reynaldo también se acercó a inquirir qué era aquel mitote.

Los muchachos Villegas cogieron al niño entre los dos, yo tenía la vela prendida en la mano y Otamendi hacía de cura con la caramañola del agua.

El periodista tomó en serio su papel.

—Compatriotas, compañeros de infortunio, hermanos de armas: Hay aquí un niño que tuvo la desgracia de venir al mundo; son culpables convictos y confesos de este delito, el soldado Juan Carmona y la soldadera Juana Torres; nadie los puede castigar por lo que hicieron, dándole vida a un ser predestinado al sufrimiento, sólo su conciencia será la que los llame a cuentas allá en lo más hondo de su ser. Ha sido costumbre que un sacerdote eche el agua bautismal a los infantes y les imponga el nombre que han de llevar a cuestras en la vida; no siéndonos posible asistir a una iglesia, ni que esté entre nosotros un oficiante, invoquemos en este día inolvidable la memoria de aquel anciano cura que dio, hace cien años justos, el Grito de Independencia, en Dolores, Guanajuato; que su espíritu descienda hasta nosotros, pobres soldados mexicanos reclutados de leva, y que por mi despreciable conducto se pose en la cabeza de este infante; de esta criatura inocente, nacida en mala hora, y que me inspire estas palabras finales.

“En nombre de la nación mexicana, que quise yo hacer libre e independiente, sin que hasta ahora todavía logre serlo, yo te bautizo, compatriota recién llegado, nacido entre la tropa del Noveno Batallón de infantería. Eres de la juanada y Juan te has de llamar.



Si llegas a ser hombre cabal, procura ser libre, y si tus manos empuñan un fusil, que no sea para matar a tus hermanos en defensa de tiranos; que sólo sepa dispararse contra el enemigo extranjero que se atreva a hollar tu suelo patrio; ten presente, que piensa la patria, que un soldado en cada hijo le dio. Amén”.

A algunas mujeres se les salían las lágrimas; los hombres estaban serios; parecía como si todos nos sintiéramos responsables de aquella criatura.

Uno de los de la banda que tenía su corneta en la mano, se puso a tocar de pronto, con toda su alma, “diana de combate”.

Hubo gritos de entusiasmo, risas y abrazos para los compadres.

Carmona, emocionado, rodándosele una lágrima en la cara, les dijo a todos:

—Compañeros: aquí, por derecho, de ahora para adelante, Otamendi es mi compadre, pero yo aquí, delante de Dios que nos mira y de nuestro padre Hidalgo, digo que este niño es también ahijado de todos mis compañeros de armas; todos ustedes son mis compadres de aquí para adelante.

Más gritos, más dianas y más abrazos.

El cabo Reynaldo se puso a platicar con Otamendi.

—Por ahí andan diciendo que ha salido un tal Madero; quiere ser presidente de la República y tumbar a don Porfirio.

—No me diga, ¿de veras?

—Eso dicen; falta que sea cierto; no creo yo que haya ninguno que pueda con el viejo. Ha de estar loco ese Madero, si es que es cierto lo que cuentan.

—Hace falta valor.

—Eso no es valor, eso es pura tarugada y ganas de morirse pronto.

—¡Algún día tenía que ser!

—¿Qué?

—No, nada. Juanita me dijo:

—Y usted, compadre Sifuentes, ¿no piensa enredarse con alguna mujer?

—¿Yo?, ¡pero si todas tienen a su hombre!

—Ya le enseñaré por ahí a alguna.

—Pues mire; la verdad yo creo que ni falta hace en el relajó que veo aquí todas las noches.

—Claro que lo hay; ni quien diga otra cosa, pero no todas somos iguales.

—¡Ah!, pues si yo encontrara a alguna como usted; pero igualita a usted, de modo de ser, de cuerpo y de carita...

Y me puse a considerar el vuelo que se daría Carmona con su chaparrita apiñonada.

## VII

Con las fiestas de septiembre pasó lo más duro de la instrucción; ya no eran tantas las marchas de formación en pelotones, secciones y compañías. Del orden cerrado pasamos al orden disperso, como decían que se llamaban los ejercicios de combate. Me gustó más esta parte de la instrucción que la primera; eran menos las regañadas aunque a veces era mayor la fatiga, pues casi todos los movimientos eran al paso veloz.

Los llanos cercanos al Topo Chico se prestaban muy bien para los ejercicios; daba gusto ver a todo el batallón desparramado en tiradores con sus sostenes y con sus reservas; parecía de veras que fuéramos a entrar en combate real.

Cuando maniobraba todo el cuerpo, el teniente coronel llevaba el mando, pero más bien los ejercicios se hacían por compañías, bajo el mando, cada una, de su capitán primero. Todo se hacía al toque de corneta.

Casi siempre era lo mismo: íbamos marchando por el flanco, es decir de a cuatro en fondo, y de allí pasábamos a formar en línea desplegada; el corneta de órdenes tocaba “línea de columnas de compañía” y en cada una de ellas se formaban las tres secciones, una detrás de la otra. Después venía siempre el toque de “atención, fajina y marcha”, que quería decir: orden de combate al frente. Las primeras secciones de las compañías avanzaban abriéndose en cadena de tiradores, las segundas secciones se agrupaban en las alas como sostenes y las terceras quedaban como reservas.

El corneta de órdenes iba llamando a cada uno de los tres elementos, con un toque de atención para la cadena de tiradores, dos toques de atención para los sostenes y tres para las reservas.

La cadena avanzaba casi siempre haciendo fuego simulado, al toque de fuego: “...¡Tuturú, tuturú, tuturú!...”. Los marrazos guardados en sus vainas y cada soldado simulando que cargaba, apuntaba y disparaba al enemigo que estaría por allá, en las lomas del rumbo de San Nicolás de los Garza.

Después, pecho a tierra; fuego a discreción. Los sostenes que avancen a reforzar la cadena, a cubrir las bajas que ya pueda haber. La reserva que avance también a reforzar la cadena. Que avance toda la línea al frente por escalones: las primeras secciones avanzan un tramo al paso veloz y se tienden pecho a tierra; las segundas también avanzan y rebasan a las primeras y después las terceras siguen avanzando y rebasando a las demás. Cada sección, pecho

a tierra, no deja de hacer fuego hasta que los demás compañeros avancen y a su vez sostienen a los demás.

El enemigo ya debía de estar casi derrotado con tanto avance y tanto fuego; una carga a la bayoneta y se acabó.

—¡Reunión!

—¡Armen... armas!

Toda la banda de guerra tocaba “ataque” y los oficiales gritaban:

—¡A ellos!

En estos casos cada soldado tenía libertad de gritar lo que quisiera y había que oír a la juanada llena de gusto, echando maldiciones y corriendo todos desaforados, para acabar a cuchilladas de marrazo con el enemigo.

Otras veces nos ejercitábamos también para la derrota: la cadena de tiradores cambiando de frente; los sostenes reforzando a la cadena y las reservas cubriendo las alas del combate. Después, suponiendo que el combate era muy fuerte, se emprendía la retirada por escalones, protegiéndose unos a otros. Cuando ya se suponía muy perdida la acción, se formaban los cuadros contra la caballería: adentro del cuadro, los jefes, los oficiales, la banda y la impedimenta, y los cuatro lados cubiertos por la tropa apiñada en dos filas con los fusiles armados de marrazos y listos para defendernos a la bayoneta de los sablazos de la caballería.

Siempre resultaban muy entretenidos estos ejercicios de combate, que les decían “de orden disperso”. Todo al toque de corneta; toques combinados que eran en número de treinta y cinco, esto nada más para las maniobras de combate, pues todos los toques de corneta del Regimiento llegaban hasta sesenta y nueve, sin contar dieciséis toques diferentes del tambor y diez toques más que podían los jefes y oficiales dar con el silbato. Sólo los de la banda o la tropa muy viejos tenían en la cabeza tanta música.

A las pocas semanas estábamos retruchas, todos los nuevos, en los ejercicios de combate.

Como para terminar toda la instrucción, nos hacían hacer, también por compañías, cada una al mando de su capitán, ejercicios de la esgrima del marrazo, que resultaban también muy entretenidos. La tropa quedaba formada en cuatro filas espaciadas de manera que cada soldado pudiera hacer sus movimientos sin estorbar al compañero de junto. Todos en guardia, con las piernas abiertas y el fusil armado, embrazado con las dos manos. Todo era a la voz de mando y los movimientos que se ejecutaban resultaban parejitos, como si fuera un solo hombre y no ciento cincuenta los que los estaban haciendo.

—¡En guardia!

—¡Doble paso al frente y golpe libre! ¡Marchen! Al mismo tiempo dábamos todos los pasos cortos al frente y aventábamos la cuchillada con el fusil.

—¡Protejan la cabeza!

Todos los fusiles quedaban levantados con las dos manos, encima de los chacós.

—¡Parada a la izquierda! ¡Parada a la derecha!

A veces, cuando ya estábamos muy diestros, el capitán mandaba una retahila de órdenes seguiditas, que había que retenerlas todas en la cabeza y hacer todo cuanto pedía, en su debido orden. Decía por ejemplo:

—¡Un paso al frente y golpe; parada a la derecha; un paso a la izquierda; protejan la cabeza y doble paso al frente y golpe libre!

¡Marchen! O si no:

—¡Doble paso a retaguardia y golpe; parada baja a la izquierda; parada a la derecha y golpe. Frente a retaguardia; protejan la cabeza y doble paso al frente y golpe libre! ¡Marchen!

Con la práctica salía todo redondito; toda la gente que nos veía hacer instrucción se entusiasmaba y ya mero hasta nos aplaudía. Sólo Otamendi, que siempre andaba refunfuñando, nos decía cuando llegábamos al cuartel:

—Todo eso son puras tarugadas. El día que lleguemos a entrar a un combate, no va a haber ningún oficial que a la hora de la hora ande allí entre la trifulca mandando: doble paso al frente y golpe libre o protejan la cabeza. Cada uno tirará por donde pueda y se protegerá la cabeza, o lo que pueda, como Dios le dé a entender.

Todos los que le oíamos pensábamos que aquello era muy cierto: las marchas, los tiradores y el tiro al blanco, eso sí era efectivo de veras.

En el cuartel seguíamos con nuestra vida acostumbrada, pero parece que afuera las cosas se ponían mal. El chaparro Madero seguía con su cuento de hacerle contra a don Porfirio; primero lo juzgaron loco, pero después parece que siempre le tenían algún recelo, pues lo metieron preso en San Luis Potosí, y de allí logró pelárseles y pasó el río Bravo, metiéndose en los Estados Unidos. Las cosas se iban poniendo color de hormiga; una vez que salimos francos a la calle, custodiados como era costumbre por los oficiales y por las clases, nos dieron unos chiquillos unos papeles de propaganda y en varias ocasiones aventaron pedradas al interior del cuartel, envueltas con papeles de imprenta; los oficiales y los sargentos no se daban abasto en recogerlos todo aquel papelerío, pero algunos de ellos siempre se quedaron entre la tropa.

Otamendi era el que más se interesaba por todo aquello y a veces iba a juntarse con nosotros, con Carmona, con los muchachos Villegas y conmigo, a platicar sobre aquel negocio.

—Yo estoy segurísimo de que va a haber carbonazos —nos decía—; ese chaparro Madero va a armar la bola.

—¿Pero qué tamaño va a tener ese hombre para pararle bola al general don Porfirio Díaz?

—El cuerpo es lo de menos; lo que hace falta son tompiates y parece que él los tiene.

—Bueno, ¿pero qué pelea?, ¿qué quiere?

—¿Cómo que qué quiere? Que haya cambio de presidente, que ya basta del mismo. Treinta años del mismo mandón, ya hace falta otro.

—¿Y qué más nos da uno que otro? ¿Cómo va a ser posible que se le pare enfrente uno cualquiera a un general tan ameritado y tan lleno de condecoraciones como el viejo don Porfirio?

—Pues por lo mismo; porque ya está viejo y ya hace falta otro. Hace falta que el sufragio sea efectivo y que ya no haya reelección; que repartan tierras, que ya no haya tanto pobre.

—¡Hum!; eso nunca lo ha sido ni lo será.

—Estos papeles que reparten dicen que va a haber revolución; el día menos pensado comienzan los trancazos; ya lo verán, compañeros. Ése va a ser mi día; mis anhelos desde 1906 se van a realizar. Todo lo que yo decía en mi periódico se ha de realizar. Ése será mi día. El pueblo entero se levantará contra el tirano, las tropas que él cree que son suyas, irán en contra de él. Se derrumbará el castillo de su poderío y nacerá la democracia.

—Tú estás tan loco como Madero, compadre —le contestaba Carmona—, la juanada le tiene miedo a la pena de muerte; admira a don Porfirio cuajado de medallas y no espera nada de nadie. ¿Tú crees que toda esa indiada de la tercera y de la cuarta compañías, que apenas saben hablar en nuestro idioma, son capaces de pensar en algo más que en el rancho y en sus viejas? Esos no entienden de

nada ni les importa nada. Si les llegan a dar a más del rancho, un buen trago de mezcal, son capaces de morirse en la raya matando a los otros indios que se atrevan a sublevarse. ¿Tú crees que los que ya son clases y que ya están mejor, van a perder sus cintas coloradas porque sí nomás? ¿Y los jefes y los oficiales, a poco van a dejar su carrera nomás porque los convide un cualquiera, que ni siquiera es general? ¿Y los ricos van a exponer su dinero y su bienestar y los pobres sus familias? No, compadre; el que se levante aquí, fracasa como fracasaron los Flores Magón en Las Vacas y en Viesca. Aquí en México no hay más tompiates que los de don Porfirio, con sus diez mil bayonetas.

—Así es la apariencia, pero no puedes llegar a leer en el fondo del alma de los de abajo, de los del verdadero pueblo que sufre.

—¿A poco yo soy, pues, de la aristocracia?

—Tú eres un infeliz esclavizado que primero fue un indolente y después un buey uncido; como tú habrá muchos, pueden llegar tal vez a los diez mil que tú mencionas, pero contra esos diez mil castrados, hay varios millones de hombres adormecidos que algún día han de despertar por su propia conveniencia. Son como animales mansos, inofensivos, mientras están dormidos, pero leones de pelea cuando se les despierta. No hace falta ser un general para despertar a un rebaño; un niño de buena voluntad y con buen modo, lo puede hacer muy bien.

—Una criatura puede desatar a un perro bravo para “cuchiliárselo” a alguien, pero puede suceder que el mismo perro lo muerda a él primero, y que el otro, más listo, le meta una bala al animal y lo deje allí mismo tirado.

—Es posible que el perro muerda al niño, pero ten la seguridad que el animal libertado primero se va sobre el que lo amarró.



—Pero el que lo amarró, por algo lo hizo; seguramente porque era bravo y perjuicioso. Por algo lo tiene apergollado, porque ya lo conoce.

—¿Es decir que entonces, el que nació perro tiene que soportar constantemente a sus verdugos? No; todos los hombres somos iguales; todos somos hijos de Dios y todos tenemos derecho a la vida. Los mismos animales, los verdaderos animales, un día llegará en que se revuelvan justicieramente contra nosotros los hombres; un día llegará en que digan: ya basta de esa mentida superioridad del género humano. “¿Por qué hemos de ser siempre nosotros el alimento del hombre?”, dirán los borregos y los bueyes, las vacas y las aves de corral. “¿Por qué hemos de ser nosotros los guardianes del hombre?”, dirán los perros. Y los caballos, las mulas y los burros protestarán por ser bestias de carga; y embestirán todos a topes, a mordidas, a picotazos o a coces a los hombres y se irán al monte a ser libres, como los otros animales que tuvieron la entereza de no dejarse dominar por los enanos de dos patas.

—Se irán al monte, está bueno, a sacudirse el yugo del hombre, ¿pero allí van a ser libres de veras? ¿De dónde? Allí en el monte van a comerse unos a otros para poder vivir; el perro no va a comer yerbas, ni el gato va a dejar de comer ratones. Allí en el monte sigue la matanza y puede que les vaya peor allá, que encadenados como estaban cerca del hombre.

—No te ofendas compadre, pero hablas como si fueras de veras un buey; es decir, como si estuvieras castrado, como si no tuvieras hijo ni mujer y como si tu misión sobre la tierra fuera nomás comer y trabajar. No te atreves a sacudir la coyunda y a ver más allá de la labor, más allá del cuartel en que te tienen encerrado. Si tienes una cabeza aunque sea pelada al rape, no es sólo para que te pongas un chacó, y si tienes un arma no es para defender a un tirano, sino para conseguir tu libertad. Piensa tantito, no ya para ti mismo, sino para los demás, para

tu hijo, para tu vieja, para los que han tenido todavía la suerte de no caer de leva, pero que viven de idéntica manera a todos nosotros. El hombre no nada más ha de recibir, también tiene que dar lo que pueda y lo que tenga, y si no tiene nada, puede dar aunque sea su sangre y su vida para los demás.

—Compadre, acuérdate de la ordenanza; acuérdate de las leyes penales: pena de muerte y pena de muerte para todo. El día que metas la pata, te fusilamos tus mismos compañeros, si nos lo mandan los que pueden; lo sentiremos mucho, pero la vida es como es y no la tuerce cualquiera. Eres un eslabón de la cadena y no te vas a poder zafar de ella, tenlo por seguro.

—Me zafaré llegada la ocasión, tenlo por seguro. Soy un eslabón rebelde y mal unido que no encaja en este afianzamiento.

Yo y mis compañeros pensábamos en aquellas pláticas y encontrábamos que era aquello una balanza muy pareja, en que se volvía loco el fiel y en que los dos platillos parecían tener el mismo peso.

Mientras tanto, el cabo Reynaldo seguía golpeando o insultando; los oficiales seguían cintareando y el sargento Gutiérrez, en fuerza de buscar palabras duras, hasta había inventado una maldición muy enredada que decía: “Vayan y retiznen a su rejijo de un tiznado madre”.

## VIII

El día 20 de noviembre estalló la bola formal. Ya desde el día 18 decían que había habido en Puebla una trifulca en que unos pronunciados maderistas, encabezados por un Aquiles Serdán, habían resistido a las fuerzas federales y a la policía matando a mucha gente. Sofocaron aquel motín, pero en Ciudad Guerrero,

Chihuahua, y en Gómez Palacio, cerca de Torreón, salieron otros rebeldes atacando a los del gobierno al grito de 2¡Viva Madero!”.

En el cuartel todo era barullo entre los jefes y los oficiales; caras pálidas y pláticas acaloradas leyendo los periódicos. Los de tropa nomás los veíamos y nos dábamos cuenta de que la cosa se ponía color de hormiga y pensábamos que se acercaba una zorra de golpes en los que seguramente iban a sobrar muchos chacós. El servicio de vigilancia se redobló y todos los superiores se pusieron más pesados de como ya lo eran.

A los dos días llegó la orden de marcha: todo el Noveno Batallón salía para Torreón, dos compañías del Veintitrés se iban también hasta Chihuahua y el regimiento de caballería iba a repartirse en destacamentos en los pueblos cercanos.

Toda una noche trajinamos las fajinas acarreado la impedimenta del cuartel a los carros del tren en la estación; los asistentes estuvieron también llevando las chivas de sus oficiales y todo el viejerío andaba alborotado previniéndose con bastimento para llevarles a sus juanes “la de adentro”.

Nos municionaron a ciento veinte cartuchos por plaza, dándonos una carrillera además de la cartuchera y a las seis de la mañana, sin hacer mucho ruido, fuimos desfilando del cuartel por compañías a tomar acomodo en los carros de segunda de los trenes preparados. En poco rato quedamos embarcados los del Noveno y los del Veintitres en los tres largos trenes. Cada coche con sus centinelas en las puertas y sus oficiales de guardia, y en un carro de primera los jefes y los capitanes acompañados de sus familias. Las soldaderas iban con sus hombres y hasta los perritos de los pelotones iban también allí. Cada carro tenía la semejanza de una lata de sardinas por lo apretados que íbamos, pero también como

si al mismo tiempo aquella lata estuviera en descomposición, por lo mal que olía; peste de sudor de sobacos, de pies, de correaes, de ventosidades, de eructos y ruidos del traquetear del tren; revuelto con maldiciones, con risotadas, con llantos de chiquillos y con ladridos de perros. Aquélla era la fuerza del gobierno que iba a sofocar a los revoltosos. Íbamos juntos, como siempre, los de la misma escuadra: el cabo Pánfilo Ruiz que nos mandaba, y Otamendi, Carmona, los muchachos Villegas, un indio de Oaxaca que le decían Calequi, y yo. Junto con Carmona iba mi comadre Juanita y al chamaco lo llevaban acostado entre ellos dos.

Junto a mi asiento iba parada una vieja no tan pior que yo no había visto antes. Iba recargada de a tiro junto a mí y en cada golpe del tren, se me acomodaba más; acabó por sentarse en mis rodillas.

—¡Vaya!, así sí estará cómoda; como si fuera en asiento de primera, con cojín de pana, blandito y todo.

—¿A poco se creasté muy blandito? Puros huesos y nervios.

—Pero forraditos con carne sabrosa.

—¡A poco!...

—¡Pos luego! Ya tendrá usted ocasión de probarla.

—A mí no me gusta probar. O me dan todo o nada.

—¡Ah!, pues todo; para qué batallamos.

—¿Y si se pone de fierros malos mi viejo?

—¿Cuál viejo?

—El sargento con quien vivo.

—¡Ah, canijo! Yo con sargentos no quiero enredos, mejor levántese y no me esté ai nomás calentando.

—No tenga miedo, mi sargento no es del Noveno, es del Veintitrés.

—¿Y entonces usted qué anda haciendo aquí?

—Me equivoqué de tren. Bueno, no es que me haiga equivocado, sino que yo no tengo ganas de ir a Chihuahua y me quiero mejor quedar en Torreón nomás. Los del Veintitrés se van a ir derechito a Chihuahua y ustedes los del Noveno se van a quedar allí, en Torreón.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo una palomita que me lo cuenta todo. Por eso vine a dar aquí, conque aprovéchese, ora que hay modo.

—Ándale compadre, no te rajes —me dijo Carmona.

—Ai tiene lo que necesita —me dijo Juanita.

—Agárrale la palabra —dijo Otamendi—, y así tendremos mujer los que estamos solteros. Teniendo mujer tú, tenemos los demás, porque mi comadre Juana no cuenta, porque ella tiene su chamaco a quien cuidar.

—Conmigo tampoco cuentan, yo soy fiel a un solo hombre.

—Yo no quiero decir más que siendo usted mujer de Sifuentes, nos podrá convidar lo que consiga de comer.

—¡Ah!, eso sí, porque si es por otro lado, no hay nada.

Yo la estaba mirando y tentando, y me pareció muy pasaderita. Carne dura, güerejilla, con una cicatriz en la boca, como si siempre se estuviera riendo, y un poco chata. Además, había de tener ya mucha experiencia en la vida militar.

—¿Cómo te llamas, Chata?

—Micaela Chávez, ¿y tú?

—Espiridión Sifuentes.

—¿Arreglados?

—Arreglados.

—Venga esa mano.

—Ai está.  
Matrimonio arreglado a lo puro militar.  
Carmona le hacía cariños a su chamaco que iba dormido. Otamendi trataba de platicar con el indio Calequi y apenas se entendían.

—¿Por qué te dicen a ti Calequi?  
—¿Qué?  
—¿Que por qué te dicen Calequi?  
—¡Quién sabe!  
—¿De dónde eres?  
—De un rancho.  
—¿Qué tan grande?  
—Chiquito nomás.  
—¿Tú qué clase de indio eres?  
—Yo no soy indio, no seas hablador.  
—¿Pues entonces?  
—Soy de la sierra de Ixtlán, estado de Oaxaca, de la merita miel en penca.  
—Eres de la tierra de Juárez.  
—¿Cuál Juárez?  
—Don Benito.  
—No lo conozco.  
—¿Cómo se dice en indio “qué bruto eres”?  
—¿No te digo que no soy indio?  
—Entonces qué, ¿eres español?  
—Soy nomás tu padre, pa que te lo sepas, tal.  
—No, no; no te salgas por la tangente.  
—¿Qué gente?  
—¡No te digo!, eres un animal.  
—Ya te dije que soy tu padre.

—Nomás eso sabes decir.

—Y tú nomás sabes preguntar. Pregunta y pregunta como si fueras cabo, como si fueras sargento, como si fueras coronel.

Los muchachos Villegas se reían. Otamendi, aburrido, comenzó a bostezar y Calequi seguía refunfuñando.

—Éste nomás sabe preguntar; pregunta y pregunta y pregunta, nada sabe y todo lo pregunta.

Los trenes llevaban vía libre; había prisa por llegar al destino. Pasaban los postes del telégrafo, los árboles y los cerros; de los jacales y de las estaciones salían las gentes curiosas y miraban llenas de asombro a los convoyes militares, haciéndose seguramente miles de conjeturas.

Al mediodía se detuvieron las máquinas en Paredón, para tomar agua y carbón. Nos bajaron a todos y nos formaron para repartir el rancho: dos pambazos, un chicharrón de chivo de los que les dicen en el norte “de matanza” y un cucharón de café ralo. A la media hora seguimos el viaje por el camino desierto, lleno de polvo y de calor. Otra vez las estaciones que antes recorrí, cuando me llevaron de San Pedro de las Colonias a Monterrey, maniatado, a causar alta en el Noveno; entonces iba apesadumbrado, lleno de pena y ahora me sentía yo otro, a pesar de que seguramente nos llevaban a la muerte, a matar gente o a buscar un balazo.

Con el traqueteo del tren y con el bochorno del amontonamiento de gente, la vieja se me había dormido, recostada en mi pecho. Casi todos bostezaban de aburrimiento.

El cabo Pánfilo Ruiz era ahora el que tenía la voz de la conversación en la escuadra; le oíamos como quien oye llover, puede que allá en su interior se arrepintiera de los golpes que nos había dado en el cuartel y como si quisiera congratularse con nosotros por remordimiento de conciencia o por temor a una bala nuestra en la primera trifulca.

—Dicen que esos pronunciados andan al grito de ¡Viva Madero y mueran los mochos, mueran los Pelones! Pelones está bien porque así nos han dejado, pero mochos, ¿de dónde? A ninguno nos falla nada, ni un brazo, ni una pata. Yo no sabía de dónde encontraban eso de mochos, hasta ayer que oía que contaba el teniente Gloria que eso viene de que no traemos sombrero sino chacó, y que el chacó no es otra cosa que un sombrero mocho, al que le cortaron la copa y lo dejaron chato, y le cortaron también la falda por detrás y nomás le dejaron una viserita por delante.

Otamendi, bromeador, le preguntó al cabo:

—Oiga usted mi cabo. ¿Por qué a usted cuando está de guardia, le dicen cabo de cuarto?

—Hombre, pues porque es un cuarto.

—Un cuarto de qué, ¿un cuarto de cabo?

—No; un cuarto de día.

—¿Y los jefes de día por qué andan de noche?

Calequi encontró el modo de meter su baza y salir con su canción.

—No te digo que tú no sabes nada y nomás estás pregunta y pregunta.

—Cuando tú seas clase —continuaba Pánfilo Ruiz— ya verás las cosas de otro modo diferente a como las ves de soldado; a veces tiene uno la necesidad de dar un manazo o echar una mala razón, pero es porque eso hace falta para la disciplina. Tú eres hombre inteligente y pronto has de ascender.

—¿Pero usted cree que yo pueda ser cabo?

—Hasta sargento.

—¿Usted cree que yo pueda pegarle a un hombre, así como acostumbran hacerlo las clases?



—Es porque hace falta la disciplina y también para desquitarse con alguien de lo que antes se recibió. ¿No te gustaría mejor pegar en lugar de que te pegaran?

—Me gustaría ser algo más que eso.

—¿A poco quisieras ser oficial?

—Más todavía: quisiera ser libre.

—El que es pobre nunca es libre; son puros cuentos eso de la libertad, pero en fin, si tú eso piensas, te voy a dar nomás un consejo y tenlo muy presente: procura ser libre por el buen camino; cumpliendo el tiempo de tu enganche o buscando un relevo, no se te vaya a ocurrir la deserción y menos ahora que estamos en tiempo de guerra, acuérdate siempre de las leyes penales que son muy duras.

—¿Y no cree usted que la mejor libertad también pudiera ser la muerte?

—Déjate de cuentos de periódicos y libros; los difuntos son los difuntos y nomás.

Comenzaba a atardecer y en la otra punta del carro unos compañeros empezaron a cantar el corrido, aquel de “Juan soldado”.

De edad de quince años me agarran de leva  
Y me hacen soldado del Quince de Puebla...

.....

A las seis de la tarde llegamos a Torreón. Nuestros trenes se pararon enfrente del Hotel de los Chinos y nos hicieron bajar y formar a todos los del Noveno; el tren del Veintitrés siguió su viaje para Chihuahua.

Desfilamos por las calles en columna de viaje desde la estación hasta el cuartel del barrio de la Paloma Azul; las calles estaban llenas de gente viéndonos marchar; nos esperaban las

autoridades y el jefe de las armas de la plaza, teniente coronel Enrique Sardaneta, que hacía dos días se había agarrado a balazos con los revoltosos en Gómez Palacio. Apenas entramos al cuartel, nuestra música se fue a dar serenata a la Plaza de Armas y los oficiales que no estaban de servicio se fueron a parrandear a la casa de la mentada María Ortega.

Allí en el cuartel había unos cuantos compañeros del Octavo Regimiento de Caballería, que había tomado parte en la acción del día 21 y nos contaron cómo fueron las cosas: en la madrugada de ese día unos cincuenta rebeldes, al grito de ¡Viva Madero!, habían dado el golpe en Gómez Palacio atacando y tomando el cuartel de la policía de allí; habían matado al comandante y a algunos policías y rurales. Muy tempranito, apenas lo supieron, salieron los federales de Torreón a atacar a los rebeldes; eran apenas veinte hombres del Octavo Regimiento, al mando del teniente Juan Zorrilla Guerrero y veinte del destacamento del Veintitrés Batallón a las órdenes del capitán primero Arnulfo Ortiz. Se dieron su agarrón y los rebeldes se fueron en corrida por toda la alameda del camino por donde iban antes los tranvías de mulitas; dejaron seis muertos en el campo y mataron a dos rurales de la federación, uno de ellos oficial y también hirieron a dos cabos del Octavo y a un rural más.

Los pronunciados eran gente conocida de por allí: Jesús Agustín Castro, inspector de los tranvías de Torreón a Lerdo; Orestes Pereyra hojalatero de Torreón; Martín Triana, carnicero de los ranchos; Sixto Ugalde, mayordomo de por allí de las haciendas algodonerías; Mariano y Manuel López Ortiz, Gregorio García, Adame Macías, los hijos de Pereyra y unos treinta o cuarenta más. Después de la trifulca se remontaron al

cerro y ya andaban detrás de ellos los del Octavo de Caballería y los del Quinto de Rurales.

Nosotros seguramente íbamos a salir pronto para Chihuahua en donde andaba un tal Pascual Orozco, o para Durango en donde también decían que había pronunciados. El asunto comenzaba apenas, con brotes en varias partes al mismo tiempo.

El servicio se hizo riguroso y mandaron avanzadas a las orillas del pueblo. Me tocó la suerte de quedarme en el cuartel, sin ningún servicio, y pude celebrar a gusto mi primera noche de bodas.

La Chata Micaela me salió buena. Mejoró “la de adentro”; ya no era nomás el rancho malo del cuartel lo que yo saboreaba; ella se daba habilidad con los tres reales para conseguirse buenas cosas en la calle; la canasta siempre la traía con guisitos sabrosos y de cuando en cuando metía un trago de vino bien escondido entre el jarro del caldo o en alguna tripa entre sus enaguas. Tenía mucha experiencia en la vida del cuartel y en la calle siempre andaba por ahí husmeando noticias de lo que pasaba afuera. Otamendi le había puesto por sobrenombre La Prensa, dizque porque así se denomina a los periódicos de las noticias diarias. Era ella todo lo contrario de mi comadre Juana, la de Carmona, que nomás estaba dedicada a su hijo y a su hombre. La mía se conoce que había ya rolado mucho, en muchos cuerpos y con muchos hombres. Por ella supimos muchas cosas de las que estaban pasando afuera del cuartel y hasta de la vida de los jefes y de los oficiales, que hasta entonces ignoraba por lo menos yo. Siempre que llegaba al cuartel la acorralábamos a preguntas, sobre todo Otamendi, que era el que más curiosidad tenía por saber cómo andaban las cosas.

—Parece que donde de veras anda la cosa fea es por Chihuahua; han salido muchos pronunciados y el primer golpe se lo dieron a

un destacamento del Tercero de Caballería, en un punto que se llama Guerrero; dicen que se los acabaron y que a dos compañías del Doce Batallón, que las mandaron de auxilio desde Chihuahua, que cayeron en un emboscada en un lugar que le nombran San Andrés, en donde mataron al teniente coronel Pablo Yépez, y que a los que quedaron les dieron el mate en otro punto que le dicen Pedernales. Están mandando muchas tropas para Chihuahua; casi no hay día que no pasen trenes militares por la estación, con rumbo al norte. El segundo cuadro de regimiento, que estaba en Cuencamé, pasó antes de ayer; el Trece Regimiento de Caballería del coronel Trucy Aubert pasó ayer todo completo, apenas se detuvieron para darle agua a la caballada; orita mismo en la mañana acaban de pasar los trenes del Veinte Batallón que viene al mando del general Navarro, de México; llevan hasta cañones de montaña.

—¿Y tú cómo le haces, Chata, para enterarte de tanto?

—Me pongo changa; nomás me ando por ai por la estación husmeando y preguntándoles a los ferrocarrileros, que son los que más saben; les digo que tengo a mi viejo en Chihuahua y que ando viendo el modo de irme con él, y me lo cuentan todo. Uno me dice tantito, otro más y así me informo de todo.

—Y de nosotros, del Noveno, ¿qué has sabido?

—Estoy casi segura que de un rato a otro mandan lo menos la mitad del batallón también para Chihuahua, de modo que si a ti te toca, no cuentes conmigo; yo no me voy de aquí porque Chihuahua “me cai muy gordá”; bastante me malpasé cuando anduve en el Doce. Tendrás que buscarte otra por ai. Dicen que viene de México un general Lojero a hacerse cargo de esta plaza, que es uno de los viejos compañeros de don Porfirio. Por aquí no hay nada; los revoltosos de Gómez Palacio se fueron pal monte y ni

quien los encuentre con pesar de toda la gente que no quiere a los mochos, sin pensar que los mochos les tenemos que dar en la madre a todos cuantos salgan. Después de todo es bonito que aiga trancazos, siquiera así se sacude la modorra y se cambia de aires; ya estaba yo harta de pura instrucción y de encierro. ¡Ahora es cuando, Pelones, le han de dar sabor al caldo!

Se entusiasmaba la vieja y después seguía diciendo:

—A mí el que me da lástima es el capitán primero de la compañía, el capitán Salas; ¡parece tan buena gente! Ai anda el pobre asistente cargando con el colchón de la familia, casa por casa, buscando acomodo barato para que alcance el sueldo del capitán para pagar la casa y comida para él, su señora y sus dos criaturas. ¡Y con la mala voluntad que le tienen aquí a la federación! Este pobre señor debía estar mejor en alguna otra ocupación. ¡Qué ganas ha de tener de pelear con tanta familia! El coronel, el teniente coronel y el mayor, están en un hotel y se dan buena vida; si acaso tienen familia, la han de haber dejado por allá, en Monterrey. Los demás oficiales, los oficialitos, de pura parranda cuando no están en servicio; nomás padroteando en los burdeles; se traían de la cola a todas las güilas que se mueren por el uniforme. Cuando no están ellos por allá abajo, son ellas las que suben a buscarlos en coche. Hacen bien todos; están muchachos y hay que darle a la vida antes de que le acomoden a uno un plumazo. La única amolada aquí es la tropa, para eso es tropa.

Al día siguiente de esta plática, nos convencimos de que la Chata Micaela tenía razón; mandaron para Chihuahua a dos compañías de nuestro batallón; les tocó a la tercera, a la cuarta y a unos cuantos de la banda. Se fue con ellos el teniente coronel. Ésos sí iban a entrar al combate pronto.

—¡Adiós compañeros, adiós! —nos decían—; ¡a ver si volvemos a juntarnos más adelante!

¡Quién sabe cuántos no irían a volver, o quién sabe también si a lo mejor nos iba a reventar el cohete primero a los que nos quedáramos allí en Torreón!

Estaba yo como quien dicen en mi tierra, allí en el centro de la región lagunera, pero era igual como si no estuviera, encerrado como estaba en el cuartel o haciendo el servicio en guardias o retenes. Si no hubiera sido por mi vieja, nada sabría siquiera de lo que pasaba afuera.

Le puse una carta a mi compadre Celedonio a la hacienda del Horizonte, le decía: “Compadre: Aquí me tienes en Torreón; estoy cerca de ustedes, pero casi es lo mismo que si estuviera lejos; ni modo de verlo. Nomás le pido me dé noticias de mi madre y si es posible de mi hermano también. No le digo que haga la lucha por venir a verme porque no lo han de dejar y puede comprometerse o comprometerme, tampoco le pido que me consiga un reemplazo porque, ¡quién ha de querer meterse en esta vida, menos ahora que las cosas andan mal y que no me han de soltar de ningún modo! Si me puede conseguir algo de dinero, se lo he de agradecer, pero más quiero que me dé las noticias que le pido. Escríbame a lista de correos a la señora Micaela Chávez, que es mi vieja, y ella me hará conocer lo que me diga usted. Al cuartel no me escriba porque así me conviene. Su compadre que lo quiere y estima. —Espiridión Sifuentes, soldado del 9º Batallón”.

A los pocos días llegó muy puntual la contestación a la lista de Correos; venía un billetito de a cinco pesos, que sólo Dios sabe con qué trabajos lo conseguiría mi compadre. Me decía que él estaba bien de salud y trabajando mucho; que mi madre

estaba enferma la pobre y llena de achaques, y que mi hermano José había ido a verlo unos días antes para decirle que lo andaban convidando a meterse en la bola. Decía mi compadre que aun cuando él lo había convencido de que no se fuera a meter, tenía cierto recelo porque ya conocía lo atravesado que era y porque muchos conocidos ya andaban levantados, corriendo por el monte y viendo el modo de revolucionar. Me aconsejaba que si veía yo el modo, que procurara irme, porque él veía la cosa mal. ¡Qué bien me daba cuenta yo de que mi compadre no conocía ni de oídas las leyes militares!

Cuando me dio la carta la Chata Micaela, me informó de que el segundo cuadro del regimiento que apenas acababa de salir de Cuencamé para Chihuahua, lo habían devuelto otra vez a su matriz porque habían salido también los rebeldes en el estado de Durango. Me dijo también que se sabía que el teniente Zorrilla, del Octavo Regimiento, que siempre andaba de partida por los ranchos de la región, a cada rato se agarraba con alzados y que siempre los echaba en corrida. Todos los ferrocarrileros parecían estar de parte de los rebeldes maderistas.

Otamendi estaba al tanto de todo y una vez nos dijo misteriosamente a Carmona y a mí:

—Hermanos, en la primera oportunidad que se me presente, me voy con los rebeldes; si ustedes quieren seguirme, bien, si no cada quien por su camino, el mío es el del otro lado. Yo tengo que ser consecuente con mis ideas y con mis sentimientos que expresé en los periódicos y por lo que me metieron de soldado; yo no puedo disparar un solo tiro sobre los de la Revolución.

## IX

La Revolución iba creciendo. Habían traído desde Tlalnepantla, cerca de México, al Séptimo Regimiento de Caballería para que fuera a batir a las partidas rebeldes que andaban por Durango; su matriz la habían radicado en Cuencamé.

Durango ya andaba mal; los hermanos Arrieta, Calixto Contreras y Martín Triana traían revuelto aquello, y cada día juntaban más gente. El día que se descompusiera La Laguna, lo íbamos a pasar mal nosotros, con lo endemoniado de la gente de la región.

Mi comadre Juanita nos llevó un día unos escapularios de lana color café, con la imagen del Divino Rostro.

—Aquí les traigo esto a los cinco, para que los cuide Dios; están benditos: me los bendijo el cura de la parroquia y dicen que son rete milagrosísimos; pónganselos debajo de las camisas, en el cuero vivo han de ir.

—Me han dicho que los revolucionarios andan también llenos de santos. Uno de los del Diecisiete me contó que a unos que mataron iban con imágenes de la Virgen de Guadalupe en los sombreros y que en el pecho llevaban también cuadros de santos y muchas medallas.

—Vaya usted a saber, comadrita, a quién van a ayudar los santos en esta guerra. Se van a volver locos Dios y todos los santos en este enredo en que los metemos unos y otros, si todos les pedimos lo mismo y con su ayuda les pedimos que nos salve y que nos deje matar a los del otro lado. ¿Qué van a hacer?

Nada me supo contestar mi comadre, ni el mismo cura hubiera podido resolver aquella confusión. Así ha de andar Dios por allá arriba, sin saber a veces qué hacer cuando le piden cosas tan con-



trarias: los enfermos le piden salud, los médicos enfermedades; los pobres dinero, los ricos no perder lo que tienen; los moribundos vida y los de las agencias funerarias muertos, para ganarse la vida y que no les falte lo necesario. Con alguno tiene por fuerza que quedar mal.

—Dios ha de oír a todos, le dará a cada uno lo que sea justo.

—¿Y cuál es lo justo?

—¡Sólo Dios!

Una tarde llegó el teniente Zorrilla con su partida del Octavo de Caballería al cuartel; llevaba a un prisionero, un rancharo como todos los de La Laguna, con sombrero de palma ribeteado de negro, en camisa, con pantalones ajustados de casimir azul marino y con huaraches reforzados. Decían que lo habían agarrado con las armas en la mano en uno de los ranchos del Tlahualilo, después de un tiroteo.

Lo metieron en la comandancia y allí estuvo hablando mucho con el coronel, jefe de las armas. ¡Quién sabe cuánto contaría! Cuando acabó la plática, era ya entrada la noche; el coronel salió preocupado y estuvo platicando en voz baja con los oficiales; al reo lo pusieron en la sala de banderas con centinela de vista.

El hombre estaba indiferente; en su cara renegrida no se adivinaba nada, ni siquiera podría uno saber la edad que tuviera; lo mismo podían ser treinta años que cuarenta. Estaba serio, recogido; sentado en cuclillas y chupando cigarros de hoja, uno detrás de otro.

Le metieron de cenar y no probó bocado; el oficial de guardia y el sargento quisieron platicar con él y no le sacaron ni una sola palabra, nomás se les quedaba viendo y escupía en el suelo fumando su cigarro. Parecía mudo o como si estuviera enojado o muy triste allá en su pecho, porque su cara nada decía.

La noche refrescó y el hombre aquel se envolvió en su cobija colorada; era un bulto chaparro nomás, como si fuera un costal bien lleno, cubierto con una cobija colorada y con un sombrero de palma encima. Estaría despierto o estaría dormido; adentro de aquel bulto un hombre pensaba quién sabe en cuántas cosas.

La noche de diciembre se hizo larga y se hizo fría; las estrellitas en el cielo parpadeaban como si temblaran y quisieran apagarse con el sople del viento.

Después del toque de “diana” se armó la tropa y nos formaron en el patio del cuartel. Era la primera vez que hacíamos un cuadro de fusilamiento: tres lados nomás de soldados en línea desplegada y el cuarto era el paredón para que lo ocupara el reo. Una escuadra con su cabo está lista y un subteniente a su lado.

La cosa fue de prisa: los de imaginaria trajeron al ensarapado embozado hasta los ojos y con el sombrero charro encasquetado hasta las orejas; era una raya unida la falda del sombrero de palma y la punta del sarape colorado. Iba caminando el reo despacio, lo mismo que si en lugar de ir a la muerte hubiera ido detrás de un tronco de mulas, pegado a un arado barbechando tierra. Él solito se fue a poner en el lugar desocupado.

Quisieron vendarle los ojos y echó una maldición.

La tropa terció las armas. Seguramente que sentíamos más emoción todos nosotros que él mismo, que iba a ser ajusticiado.

El subteniente de la escuadra ejecutora levantó la espada y los cinco fusiles apuntaron; enfrente estaba, sin moverse, un sarape colorado y un sombrero de palma, como si estuvieran en una percha colgados. Bajó la espada el oficial y salió la descarga; el sombrero botó por un lado y el sarape cayó al suelo; una cabeza melenuda manaba sangre más colorada que la cobija.

El sargento se acercó al caído; meneó el cerrojo del máuser y pegó el cañón en la sien; un disparo apagado y se acabó un rebelde. La primera salida a campaña la hicimos un día domingo. Le tocó a nuestra sección; corrió el rumor entre nosotros que íbamos a pelear contra una partida de rebeldes que se habían acercado hasta el rancho de Las Huertas. Salimos municionados a doscientos cartuchos por plaza.

Columna de viaje con uniformes de dril y chacó enfundado con paños de sol; los marrazos envainados. Adelante iban tres rancheiros voluntarios en buenos caballos; atrás los cincuenta hombres de la sección, con sus dos oficiales y con sus clases; las viejas al trote por los lados, listas para conseguir que comer en los ranchos.

Salimos por la Casa Colorada; atravesamos el arenal del río Nazas y agarramos por uno de los bordos de un tajo sin agua. Apenas salimos del poblado nos mandaron llevar las armas a discreción y caminar cada quien a su gusto, sin llevar el paso acompasado. La mañana estaba fresca y el airecito movía las hojas amarillentas de los álamos; en el campo blanqueaban los capullos de algodón ya buenos para la pizza. Íbamos de a dos en fondo y los oficiales adelante.

A la hora de descansar hicimos un alto y nos dejaron estarnos en el suelo un rato y platicar. Las mujeres se arrimaron.

Juanita, la Chata Micaela y una muchachona a la que le decían Trompitas, iban juntas.

—Tú debías de haberte quedado, ¿a dónde vas con el muchacho en la espalda? —le reconvino Carmona a su mujer.

—¡Cómo me había de quedar!, tengo que ir a donde tú vayas.

—Seguro —arguyó Micaela—, si es soldadera tiene que seguir a su hombre, sea donde sea.

—¿Y si hay trifulca?

—No le aunque; es la obligación. Es la diferencia que hay entre las otras mujeres y nosotras.

—Paso por las mujeres, pero el pobre chamaco, ¿qué culpa tiene?

—Es hijo de soldado y es su sino.

—No vuelvas a salir; no por ti, sino por la criatura. Me dejas solo y si me toca, qué le vamos a hacer.

—Tiene razón mi compadre —dijo Otamendi—, tú no debes de salir; al fin y al cabo para conseguir una gorda en el camino, lo hace la Chata Micaela para todos nosotros los compadres, y puede que mejor que tú, ella tiene más experiencia. ¿Verdad, Chata?

—¡Clarín! Conmigo sobra para todos y si no, aquí tengo una ayudante que recluté y que me ha de ayudar bien.

—¡Ah!, ¿la Trompitas es tu ayudanta?

—¡Simón!, ¿verdad, tú?

—Claro que sí, nomás me dices con cuál de todos éstos te he de ayudar, o si se vale escoger, escojo al periodista.

—Mira, Trompitas —le contestó Otamendi— yo no pienso hacer huesos viejos; fíjate mejor en otro. Me gusta ser libre y mejor me los voy revoleando con las mujeres de los demás.

—Serás de los otros.

—No; soy de éstos, pero no me gustan querencias ni enredos. El teniente dio la voz de marcha y seguimos el camino. Otamendi nos dijo en voz baja a Carmona y a mí, sin quitarle el ojo al cabo:

—No se les olvide, muchachos, que en la primera ocasión que se presente, me pelo. Échenme una mano nomás.

—Estamos en lo dicho; pero fíjate bien antes de la huida y no te vaya a alcanzar un tiro del cabo o de cualquiera otro.

El sol comenzaba a calentar y las mochilas se iban haciendo más pesadas.

A media mañana avistamos el rancho de Las Huertas. Hicimos alto y se mandó una exploración. Reinaba entre nosotros un cierto recelito en espera de los primeros tiros. Las mujeres se habían metido en el fondo del tajo en donde estaban bien seguras. Si había rebeldes habían de estar en las casas afortunados y seguro iban a hacer buenos blancos en nuestros uniformes.

Pasó un buen rato y nada de tiros. Los de la exploración hicieron señas con un pañuelo de que podíamos entrar. Las primeras en llegar a las casas fueron las viejas; cuando llegamos nosotros, las soldaderas andaban ya todas desparramadas por entre los jacales, comprando tortillas y también viendo el modo de ratearse las gallinas o aunque fuera los huevos de los nidales.

Los oficiales hablaron con los dueños del rancho. Nada sabían por allí de rebeldes.

Después de comer un taco, seguimos para la hacienda de Las Leocadias, distante unas dos leguas de Las Huertas; tampoco allí había gente levantada, sólo los peones que como era día domingo, estaban todos en la plazuela jugando a la rayuela o al rebote.

Los españoles de la hacienda nos recibieron llenos de gusto; a los dos oficiales los convidaron a tomar cerveza y a nosotros, a la tropa, nos mandaron repartir unos tercios de cañas de azúcar que vendían en la placita. Se agarraron a la plática con nuestros jefes y comenzó a meterse el sol. Toda la gente de la hacienda estaba allí reunida, admirando a la tropa como si fuéramos animales raros. Los cabos y los sargentos aprovecharon aquella ocasión para presumir delante de la gente, insultándonos y repartiendo una que otra guantada.

Aquella misma tarde hubo allí la primera trifulca: los perros del rancho, más sinceros que las gentes, desconocieron a nuestros perros

y se agarraron a las mordidas. La gente paisana se alarmó y ante el temor seguro de que aquella demostración de mala voluntad nos fuera a caer mal a los soldados, repartieron pedradas y palos sólo entre sus perros; los nuestros, pues, fueron los de la victoria.

Como ya se había hecho de noche, allí nos quedamos. Nos dieron una galera de las destinadas al algodón para hacer cuartel. Se pasó lista; se estableció el servicio y nos desparramamos adentro de la galera a descansar.

Los españoles estaban rete contentos con los oficiales y a nosotros también nos atendieron bien: mandaron darnos una lata de sardinas a cada uno, hartas galletas, un piloncillo de dulce, café y carne asada de una res que mandaron matar. Todos estábamos muy contentos y nuestras viejas almacenaron cuanto pudieron para el otro día. Micaela le consiguió al chamaco de Carmona un buen jarro de atole y unas botellas de leche.

Cuando llegó la noche, llevaron linternas a la galera; comenzó el ladrerío de los perros del rancho y caímos rendidos. Si esa noche hubiera habido combate, de seguro que hubiéramos peleado con muchas ganas, bien comidos y contentos como estábamos.

Parece que en la noche aquella se arreglaron Eulalio Villegas y la Trompitas; amanecieron muy amartelados.

Con qué tristeza tuvimos que dejar aquella comodidad al otro día, temprano.

Volvimos a Torreón sin ninguna novedad, con ganas de seguir saliendo a excursionar a los ranchos, en donde se podía comer mejor y en donde nuestras viejas encontraban el modo de cogerse alguna cosa de las que estaban mal paradas. Parecían húngaras de esas que dicen la buena ventura, metiéndose en todas partes. Si así iba a ser la campaña, no podía pedirse nada mejor.

Otros compañeros también habían salido de partida por diferentes partes de la región. Unos fueron en tren hasta Jimulco y anduvieron allí por los ranchos; otros salieron en el tren rancharo con rumbo a San Pedro de las Colonias y recorrieron, pie a tierra, algunas de las haciendas cercanas a la estación de La Concordia. En ninguna parte hubo novedad; podía asegurarse que no había todavía ningún rebelde por aquellas tierras.

Los días pasaban tranquilos y parecía como si nada más la bola estuviera allá lejos en Chihuahua. Empezaba el frío fuerte de diciembre y las noches se hacían muy largas, sobre todo cuando eran de servicio, que se había redoblado con la alarma que había en todas partes.

Así como los soldados que éramos de la misma escuadra éramos buenos amigos y hasta nos decíamos compadres, así nuestras mujeres también habían hecho muy buena amistad; Juanita la de Carmona, mi Chata Micaela y la Trompitas que ya era compromiso de Eulalio Villegas, siempre andaban juntas y las tres habían simpatizado con una veterana, que era mujer del asistente del capitán Salas. Era ella una mujer como de cuarenta años, gorda y morena; era muy ocurrente y entretenía a las mujeres con sus dicharachos.

Un día supimos que había pasado en varios trenes todo el Sexto Batallón, que iba desde Querétaro a Chihuahua, en donde los golpes seguían duros.

A los tres días llegó a Torreón el coronel Manuel Gordillo Escudero con el Diecisiete Batallón y con una compañía de ametralladoras que procedía de Monclova. El Diecisiete Batallón nos relevó y salimos todos los del Noveno a Cuencamé a relevar a nuestra vez al Séptimo Regimiento de Caballería del coronel Téllez, para que se fueran ellos también a Chihuahua.

En aquellos días hubo mucho movimiento de fuerzas, todas con rumbo a Chihuahua. Cuando nosotros nos embarcábamos en nuestro tren, pasaron los convoyes del general Luque con el Décimo Batallón, con el Décimo Regimiento, con cañones de grueso calibre y con ametralladoras. Detrás pasó el coronel Antonio Rábago con la matriz del Décimo Regimiento y con el Tercer Cuerpo Rural de la federación.

En otros trenes pasaron también el Catorce Regimiento; el Dieciocho Batallón con su jefe, el coronel Valdés; el Segundo Regimiento de Caballería del coronel Dorantes; mucha artillería, municiones y ambulancias. La guerra estaba en toda su fuerza en el norte.

Parecía que la cosa también empezaba a arder en el estado de Durango. Antes de que llegáramos a Velardeña, se tuvo que detener nuestro tren, porque había un puente quemado y hubo que repararlo, haciendo huacales con durmientes de los que íbamos provistos en una plataforma. Los peones ferrocarrileros sudaron la gota gorda y lo mismo la fajina de soldados que les ayudó en su trabajo. Una parte de la tropa tomó posiciones a los lados para protegerlos en caso de que saliera enemigo. Tres largas horas demoramos reparando el puente.

Desembarcamos en Velardeña y desde luego se dispuso la marcha, pie a tierra, para Cuencamé. Sabíamos de cierto que por allí podría haber enemigo y se tomaron precauciones; un pelotón por delante para exploración, como a un kilómetro de distancia el grueso, y atrás la impedimenta y el viejerío. Nuestra escuadra formaba parte de la descubierta, y el teniente Gloria, que mandaba el pelotón, dispuso que nosotros fuéramos todavía más adelante.

El cabo Pánfilo nos dijo:



—Muy águilas, muchachos, parece que ahora sí va a haber algo. Estaba medio receloso y no nos quitaba el ojo de encima; más nos veía a nosotros que al camino y al monte. Íbamos los seis soldados abiertos en tiradores y atrás el cabo.

El camino era pedregoso y el campo estaba cubierto de chaparral, de mezquite y de gobernadora. Era más de mediodía y el sol caía parejo y tendido; en el cielo no había ni una nubecita y a lo lejos se veían de vez en cuando remolinos de polvo que se alejaban como sacándonos la vuelta. Atrás la polvareda aplanada de la infantería en marcha.

Pasó una hora; pasaron dos. Traspusimos una lomita después de registrarla bien y seguimos por el camino, que se retorcía como culebra por entre los chaparros. Íbamos con el ojo y con el oído atentos y con el fusil embrazado, listos para hacer fuego. Entre Carmona y yo iba Otamendi; al otro lado los Villegas y el indio Calequi. Ya me estaba yo acostumbrando a aquellas precauciones y creía que no iba a pasar nada, cuando de pronto, de entre un matorral, sonó un disparo y una bala pasó silbando por encima de nosotros.

—¡Pecho a tierra y fuego! —gritó el cabo.

Sonaron otros tiros entre el monte y al mismo tiempo oímos muy claro los gritos de los revoltosos de ¡Viva Madero, Pelones hijos de la tal!

Rompimos el fuego nosotros tirando a la buena de Dios, pues no se veía a ningún cristiano y sólo aventábamos allí donde se oían los disparos de las armas enemigas.

Otamendi nos dijo de prisa a Carmona y a mí.

—Hermanos, ésta es la mía. Me voy a ir arrastrando hasta meterme en el chaparral, para luego juntarme con los otros. Cuídenme la espalda. Ya saben que no los olvido y los he de buscar.

Estaba emocionado y considero que tuvo ganas de abrazarnos antes de irse. Todo fue en un momento.

—Que Dios te ayude y date la maña de avisarnos algo —le dije yo.

—Adiós, compadre; no se olvide de nosotros —le dijo Carmona.

Se fue arrastrando de prisa por entre el chaparral por el rumbo contrario de la balacera.

—¡Hijo de la tal! ¡Orita se va a morir, por traidor!

Volteamos azorados Carmona y yo; era el cabo que se había dado cuenta de todo. Apuntó el máuser sobre el fugitivo y disparó; erró el tiro y Otamendi tuvo tiempo de alcanzar el matorral de gobernadora y ocultarse.

El cabo echaba lumbre por los ojos. Cargó otra vez el fusil y se dejó ir detrás del desertor. Más le interesaba matar al desertor que contestar el fuego del enemigo emboscado.

Carmona y yo nos miramos y sin decirnos ni una palabra nos pusimos inmediatamente de acuerdo.

El cabo había llegado cerca del matorral y se había detenido a apuntar con mucho cuidado; se conocía que había escuadrado a Otamendi y que tenía la seguridad de clarearlo. Sabíamos nosotros que tiraba bien al blanco y no parecía que estuviera nada nervioso; de seguro que iba a hacer blanco en Otamendi sin remedio.

Carmona apuntó también con cuidado, pero más de prisa y disparó. El cabo cayó redondo con un balazo en la cabeza; su chacó rebotó por entre las piedras y su fusil se disparó solo cuando se le zafó de las manos extendidas; cayó con los pies muy juntos. Estaba bien muerto.

Los demás soldados de la escuadra no se habían dado cuenta de nada y seguían disparando. A los pocos momentos llegó el teniente Gloria con el grueso de la vanguardia, al paso veloz y nos mandó avanzar haciendo fuego nutrido.

El corneta de órdenes de nuestra compañía tocó “enemigo al frente” y después “atención, fajina y marcha”.

No les vimos la cara a los rebeldes; pelearon un rato más, agazapados seguro en buenos escondites y después se retiraron en silencio. El silbido de las balas se dejó de oír y poco después se suspendió el fuego entre nosotros.

El corneta tocó “alto el fuego” y “reunión”.

Se levantó el campo en un momento. El cabo Pánfilo Ruiz muerto y un rebelde herido en una pierna, que estaba todavía agazapado detrás de una piedra y que no había podido huir o que lo abandonaron sus compañeros. Sin más ni más, el sargento Gutiérrez le dio un tiro en la cabeza; le recogió la carabina 30-30 que tenía en las manos y, por último, lo bolseó y se quedó con los pocos centavos que logró encontrarle.

En una parihuela cargamos al cabo Ruiz y se siguió la marcha, ya sin ninguna novedad. Todavía nadie se daba cuenta de la desaparición de Otamendi; hasta que no se pasó lista a la llegada al pueblo, fue cuando se percataron de su desertión; entonces cayeron en la cuenta también los jefes, que bien pudo el mismo Otamendi haber matado al cabo Pánfilo Ruiz porque éste se le hubiera opuesto a su huida. Desertión frente al enemigo, revuelta con insubordinación con vías de hecho, causando la muerte de un superior. Pena de muerte de esas que no tienen escapatoria ninguna.

Pobre Otamendi si le echaban mano. Por fortuna él debería estar ya muy tranquilo entre sus gentes, sin chacó ya y sin uniforme; libre como él quería ser; como el aire o como los pájaros del monte. Puede que a lo mejor fuera ya hasta cabecilla y que en lugar de agarrarlo a él, fuera él mismo quien agarrara a alguno de nuestros jefes u oficiales.

Carmona y yo, por las dudas, no cruzábamos palabra sobre todo lo pasado. Nos entendíamos bien con la mirada nomás y no le teníamos confianza ni a los muchachos Villegas, ni a nuestras viejas siquiera. Lugar tendríamos para hablar cuando pasara el tiempo.

En la noche velaron al cabo. Cuatro velas ardieron en la cuadra, junto a su cadáver, hasta que amaneció. A nosotros, a los de su escuadra, nos tocó enterrarlo en el camposanto del pueblo de Cuencamé, Durango. ¡Quién le iba a decir a él que iría a quedar tan lejos de su tierra, Guanajuato!

Ni vieja tenía siquiera que lo extrañara y entre todas las mujeres de la tropa rezaron un rosario y le soltaron unas cuantas lagrimitas, como por obligación.

## X

El día siguiente de nuestra llegada a Cuencamé salió el Séptimo Regimiento de Caballería para Parral, Chihuahua; ellos se fueron por un camino diferente al que habíamos traído nosotros, que de Torreón habíamos ido por ferrocarril hasta la estación de Velardeña y allí, por tierra, hasta aquel pueblo. Los del Séptimo se fueron por el camino más largo de Cuencamé al Mineral de Descubridora y allí se iban a embarcar en los trenes que ya los esperaban para sacarlos hasta la estación de Conejos, para de allí seguir hasta el estado de Chihuahua.

Nos dejaban un hueso duro; estaba aquello infestado de partidas de rebeldes que recorrían toda la región duranguense dando golpes en donde podían y asaltando los pueblos desguarnecidos. Calixto Contreras y Martín Triana eran los cabecillas más cono-

cidos y decían que por Indé y por Santiago Papasquiario andaban también dando mucha guerra los hermanos Arrieta, con mucha gente de la sierra.

Quedábamos allí en Cuencamé los del Noveno Batallón y una parte del Segundo Cuadro del Regimiento de Caballería, que eran los que más se tallaban saliendo diariamente en partidas por los alrededores. Casi siempre se agarraban con los alzados y a veces volvían con heridos y hasta con muertos. Toda la gente del rumbo estaba de parte de los revoltosos y bien claro notábamos sus simpatías por ellos.

Dos o tres días habían pasado apenas de nuestra llegada cuando le tocó salir a expedicionar a nuestra sección. Íbamos por el mismo camino que habíamos traído y se trataba de proteger la llegada de un pagador que iba de Torreón con haberes para las fuerzas del Segundo Cuadro.

Seguramente que todos nosotros, al volver a pasar por aquellos terrenos, íbamos pensando en la escaramuza última y más especialmente en la muerte del cabo Ruiz y en la huida de Otamendi. Cuando pasamos otra vez por el mogote en que fue la emboscada, apretamos con más fuerza el máuser y nos pusimos todos más aguzados como si a fuerza hubiera de haber enemigo en aquel mismo lugar. La vanguardia caminó más despacio ojeando para todos lados, y los demás esperábamos que en cualquier momento volvieran a silbar las balas.

Dicen que no hay camino más seguro que el que acaban de robar y ese dicho es muy cierto; no tuvimos novedad por lo que hace a balazos, pero sí nos llegó un olor insoportable de cuerpos descompuestos. De seguro que con la prisa no levantamos bien el campo y se quedaron por allí regados algunos difuntos.

Nuestro teniente mandó hacer alto y nos ordenó a algunos a explorar a uno y otro lado del camino.

Recorrimos los comisionados todos aquellos breñales y fuimos encontrando regados, primero dos caballos muertos, ya con las barrigas infladas y a punto de reventar; después a un rebelde, también ya hinchado y con la boca abierta y llena de moscas; más adelante al rebelde a quien remató el sargento y al último, en un lugar despejado de matorral, encontramos la sorpresa más grande que podíamos esperar. Allí estaba el pobre de Otamendi, fusilado; una bola de tiros tenía en el cuerpo y en la cabeza; se habían ensañado con él y lo habían hecho una criba a punta de balazos.

Todos estábamos perplejos sin podernos explicar aquello. Y era él, no tenía la menor duda; allí estaba su chaquetín ensangrentado con el número de su matrícula. Claro que los rebeldes se habían llevado su fusil y su correa con las municiones y hasta el chacó, seguro para ir a presumir de su victoria; pero las prendas de ropa, aquellos ojos claros, abiertos y espantados, eran de Otamendi, de aquel soldado de leva que antes había sido periodista, de aquel que pensaba que su lugar estaba del lado de la contra al gobierno.

Estoy seguro que todos comprendíamos aquello aun cuando nadie dijo una sola palabra. El difunto no había tenido tiempo de darse a conocer a los rebeldes, lo habían tomado por un mocho cualquiera y en el calor de la refriega lo habían achicharrado sin más ni más, muy ajenos de que él, en su interior, era más rebelde que todos, que todos los que allí estaban juntos. ¡Qué tristes han de haber sido los últimos momentos de aquel hombre! ¡Cuánto ha de haber pensado el pobre, si es que le dieron tiempo, en lo inútil de su vida y de su sacrificio!

Nadie de nosotros decía una palabra, como si a todos nos hubieran de pronto atravesado un palo en la boca. Era aquel un ejemplo con el que no contábamos ninguno.

Arriba de nuestras cabezas revoloteaban media docena de zopilotes impacientes, esperando que nos fuéramos para bajar a picotearles la barriga a los muertos. El sol, como una brasa ardiendo, tatemaba la carne prieta sin vida; las hormigas habían hecho un camino desde el arenalito de su hormiguero hasta los pies del cuerpo; las moscas entraban y salían zumbando por los agujeros de las balas, y al derredor, un enjambre de chicharras cantaban en todos los tonos la canción de todos los días. Catuche, el perrito de nuestro pelotón, se acercó hasta el muerto, lo olió primero; reconoció al difunto; lo lamió y después meneó la colita como cuando en vida se acercaba a Otamendi para pedirle un taco de las sobras del rancho.

El primero en hablar fue el sargento:

—Miren nomás lo que es la vida. A éste debíamos de haberlo fusilado nosotros y nos ganaron la delantera los rebeldes; primera cosa buena que les reconozco.

Me dieron ganas de haberle metido una bala allí mismo al sargento. Carmona nomás me miró y apretó las manos.

El teniente veía al muerto con lástima, apretándose las narices con un pañuelo.

Jesús Villegas se atrevió a solicitar:

—Mi cabo, ¿nos permite que sepultemos a este compañero? El sargento respondió por todos los superiores allí presentes:

—Los desertores no merecen nada.

El teniente hizo la señal de marcha y seguimos nuestro camino para Velardeña. Atrás se quedaron los hombres y los caballos muertos, tirados en la tierra, y las chicharras, las moscas, las hor-

migas, los zopilotes y los gusanos también, peleándose todos ellos por los despojos de los que tuvieron vida y que parecían antes poder más que todos los animales chicos.

Dentro de poco tiempo se acabaría el mal olor, se comerían la carne muerta los animales en venganza de la carne de los animales que nos comemos los hombres cuando vivimos. Las calaveras, los huesos todos, quedarían blanqueando por mucho tiempo en el campo y después, poco a poco, se irían haciendo polvo blanco como la misma tierra y al fin se irían en cualquier remolino a recorrer el desierto, dando vueltas a toda prisa, con el ánimo de llegar hasta las nubes, o más alto todavía: hasta el cielo.

Volvimos de la partida sin novedad. Pronto corrió la noticia por el cuartel de la muerte de Otamendi; las viejas de nuestra escuadra le rezaron su rosario y nosotros, los soldados que habíamos sido sus amigos y sus compadres, nos echamos un buen trago de mezcal en el estómago y entre cigarro y cigarro, hicimos recuerdos de aquel amigo bueno que estaba allá en el campo tirado a flor de tierra, con los ojos abiertos, apagados, mirando para arriba como si quisiera enterarse de todo lo que existe detrás del cielo azul.

Mi vieja Micaela ya no nos traía tantas noticias; no había allí, en Cuencamé, ferrocarrileros que la informaran como en Torreón. Llegaban nada más los periódicos y los leían sólo los oficiales o la gente acomodada del pueblo; era ahora Gregorio Pérez, el asistente del capitán Salas, el que husmeaba algo en la casa del capitán, el que nos contaba lo que oía decir a su jefe cuando conversaba él con los oficiales o con su señora. Logró saber que en Chihuahua la cosa seguía mal, que el Sexto Batallón casi se lo habían acabado los rebeldes en un punto que se llamaba Malpaso, por donde tenían que pasar sus trenes en su viaje a Pedernales en auxilio de la



columna del general Navarro. Decían que había sido aquella una sorpresa, aprovechando el enemigo el paso forzoso de los federales por aquel cañón angosto y rodeado de buenas posiciones en los cerros; que había muerto mucha tropa y que el Cuerpo en un momento se quedó sin jefes, pues habían matado al coronel Martín L. Guzmán y habían herido de gravedad al teniente coronel Ángel Vallejo y al mayor Vito Alessio Robles. Que dondequiera pegaban duro los rancheros rebeldes de Chihuahua y que ya se contaban por cientos los muertos y los heridos en los combates. Que un tal Pascual Orozco era el mero jefe y que con él andaban el mismo don Pancho Madero y otros muchos cabecillas más.

De nuestro batallón comenzaron a sacar destacamentos para los pueblos cercanos y para algunas estaciones del ferrocarril. En el pueblo sólo quedamos una parte de nuestra Compañía. La caballería del Segundo Cuadro siempre andaba de excursión.

A cada rato había alarmas y el cuartel todas las noches se quedaba casi solo, pues la mayor parte de la tropa nos tenían en los puestos avanzados, afuera del pueblo. La gente de allí tenía la seguridad de que un día con otro los rebeldes nos atacarían y que tenían que ganarnos.

Una tarde, por fin, nos agarramos: las mujeres nos fueron a decir que la gente pacífica estaba asustada y que andaba comprando provisiones a toda carrera, pues se decía que Calixto Contreras había pedido la plaza y que la iba a tomar ese mismo día a sangre y fuego; que las tiendas estaban cerrando sus puertas y que los ricachones, con sus mozos de confianza armados de carabinas, se estaban subiendo a las azoteas para ayudarnos en la defensa.

La cosa había de andar mal de veras, porque el capitán Salas nos mandó que a toda prisa hiciéramos unas fortificaciones de

tierra como Dios nos diera a entender, ya que no contábamos con herramienta alguna.

Con sus anteojos no dejaba de observar el campo y las polvaredas que hacían allá a lo lejos.

Mandamos a las mujeres que se fueran para el pueblo, y el capitán mandó a su asistente que fuera a hacerle compañía a su familia; el pobre capitán tenía un ojo en lo que pudiera haber de enemigo y otro en la gente de su casa.

Un pelotón de caballería del Segundo Cuadro, al mando de un subteniente, salió a explorar: los vimos pasar al paso de sus caballos, con la carabina en guardia y medio preocupados con los ojos pendientes a lo lejos del campo. Vimos cómo se iban haciendo chiquitos entre el polvo que formaban sus caballos al andar. Más a lo lejos veíamos otra polvareda más grande que parecía acercarse a darle encuentro a los del Segundo Cuadro. A poco, la polvareda grande se extendió y oímos tiroteo muy apenitas, por la distancia.

El capitán no dejaba de observar con sus anteojos; los oficiales y las clases nos comenzaron a hacer recomendaciones amistosas:

—Cuando se mande romper el fuego, háganlo con precisión, como cuando iban a tirar al blanco. Nada de nervios; procuren aprovechar bien los tiros.

Se seguía oyendo el tiroteo ya más cerca y las polvaredas también parecía que se acercaban.

El capitán dejó de ver en sus gemelos; estaba pálido. Nos vio a todos agazapados en las loberas y ya listos para la pelea y nos dijo con voz suave:

—Muchachos: se viene retirando la caballería de nosotros; apenas hayan entrado al pueblo, vamos a romper el fuego por des-

cargas cerradas. Pongan las alzas de sus fusiles a dos mil metros; aprovechen bien los cartuchos y junten los cascos vacíos. El enemigo, si acaso, estará armado con rifles de 30-30; y éstos no alcanzan más que a unos doscientos metros; nuestras armas tienen más alcance y podemos no dejarlos llegar.

Atrás de nosotros, el pueblo parecía un cementerio triste y callado. La caballería de nosotros venía al galope tendido; se podían ver ya los soldados volteándose de vez en cuando para hacer fuego y se veían también algunos caballos sin jinete que seguían corriendo con sus compañeros.

En pocos minutos pasaron por delante de nosotros llenos de polvo y se metieron entre las casas del pueblo sofrenando sus caballos; algunos habían largado sus sables y otros parecía que iban heridos. Apenas nos fijamos, nuestra vista estaba en la otra polvareda, que se iba acercando a toda prisa.

Los oficiales sacaron las espadas como si fueran a mandar una ejecución.

El capitán ordenó:

—¡A mil quinientos metros!, ¡fuego por descargas cerradas!,  
¡apunten!...

Todos arreglamos las alzas y apuntamos a la polvareda que se acercaba.

—¡Fuego!

Repercutió en el aire un estruendo; después otro y otro, y otro más. Todo un cargador de cinco cartuchos gastamos en las descargas cerradas.

La polvareda se detuvo y se extendió a lo ancho de todo nuestro frente.

—Se van a dejar venir en tiradores —dijo uno, junto a mí.

—Puede que vayan a encadenar su caballada —dije yo. Comenzaron a sonar los tiros del lado del enemigo, pero no oíamos silbar sus balas. Se adivinaba al enemigo, pero no lográbamos verlo; habían de venir seguramente agazapándose por entre los chaparros para acercarse más y tenernos más a tiro. ¿Cuántos serían?

El capitán buscaba atento con sus anteojos. La polvareda se había acabado y sólo quedaba el monte al parecer tranquilo y una que otra nubecita en el cielo.

Venían avanzando ocultándose entre los matorrales.

Comenzó de pronto el fuego de ellos muy nutrido; entonces sí oíamos el silbido de las balas como si fueran alambres del telégrafo bien tirantes que de pronto se rompieran.

Todos estábamos agazapados, temerosos, y los mismos oficiales habían envainado sus espadas y rodilla en tierra, empuñaban sus pistolas.

—¡A discreción!, ¡rompan el fuego! —ordenó el capitán. Se hizo el fuego graneado.

Muchos de los compañeros seguían escondidos detrás del bordo de tierra y hacían fuego con sus fusiles al aire sin apuntar a nadie.

—¡Apunten al enemigo, con una tiznada! —gritaban las clases.

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el Noveno Batallón! —gritaba el capitán.

—¡Viva Madero, Pelones hijos de tales! —gritaban los del enemigo.

El capitán seguía gritando para levantarles el ánimo a los temerosos. Las balas zumbaban por todos lados.

Pasado el primer momento se fue acabando el miedo que todos teníamos en un principio. Los soldados atemorizados comenzaron a sacar la cabeza y a apuntar con cuidado; otros

más animosos gritaban mentadas de madre para los revoltosos y vivas para el gobierno. El teniente Gloria recorría la línea nuestra haciendo recomendaciones.

—Apunten bien; no desperdicien cartuchos. No les tengan miedo a las balas que chiflan ni se encojan de hombros, porque esas ya se fueron; ténganles miedo a las balas que no han salido, que ésas son las malas. Duro, muchachos; ¡duro con ellos!

Poco a poco íbamos teniendo más confianza y peleando mejor; el tiroteo era más suave y espaciado, pero más preciso.

El enemigo también parecía estar tranquilo, disparando despacio, desde sus escondrijos. El sol comenzaba ya a querer meterse. Si se nos venía la noche encima, la cosa se iba a poner fea con aquel enemigo que conocía el terreno y que había de aprovechar la oscuridad para hacernos una mala jugada entre las casas mismas del pueblo, a donde podría entrar sin que nadie lo sintiera y agarrarnos por la retaguardia.

Nuestro teniente de seguro comprendió aquello, porque le dijo al capitán.

—Mi capitán, permítame con mi sección darles una carga a la bayoneta; en un momento nos los quitamos de encima.

—Podemos perder muchos soldados.

—Yo le garantizo que el efecto es decisivo; nuestra tropa ya está animada y lo va a hacer bien; no hemos tenido todavía ninguna baja y verá usted que tampoco hemos de tener ninguna en el choque.

¿Me autoriza usted?

—¡Bueno, hágalo! A ver los de la banda, listos aquí con sus instrumentos para tocar ataque a la hora que se les mande.

El teniente nos mandó:

—¡Segunda sección!, ¡retiren, armas!; ¡armen, armas! Metan un cargador en la recámara y prevénganse para dar una carga.

El capitán Salas ordenó a los demás:

—¡Fuego muy nutrido para preparar la salida de los que van a cargar a la bayoneta! Suspendan el fuego en el momento en que la banda toque ataque.

El fuego arreció y nosotros, los de la segunda sección, seguimos agazapados, pero con los fusiles armados y prontos para avanzar al paso veloz.

—¿Listos?

—¡Listos, mi capitán!

—Adelante, muchachos; buena suerte.

La banda de guerra rompió a tocar “ataque” y al grito de ¡A ellos!, nos les echamos encima a los rebeldes.

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el Noveno Batallón, hijos de la tal! ¡Aquí van sus padres!

Y saltábamos disparando por entre las piedras con ganas de llegar cuanto antes hasta el enemigo y agarrarlo a cuchilladas.

Junto a mí vi caer a un compañero redondito; al otro lado comenzó uno a renguear con una pata herida seguramente.

La balacera atrás de nosotros se había acabado y la del enemigo ya casi no se oía.

Nosotros seguíamos avanzando a toda carrera.

Me zumbaban los oídos y sentía que el sudor me corría por la cara. No llegábamos nunca a donde estaban los rebeldes y el chaparral. Se me nublaba la vista y se me agarrotaban los dedos de tanto tener apretado el máuser.

Allá a lo lejos oí a una corneta que tocaba “alto” y a poco rato después “diana de combate”, toda la banda junta.

Habíamos ganado.

Me detuve y apenas me paré, se me doblaron las piernas y me caí sentado en el suelo; el fusil se me salió de las manos y me quedé como si estuviera dormido; a mi lado ladraba contento el perrito Catuche.

## XI

Me habían herido.

Cuando volví en mí, estaba acostado sobre una cama de madera, en un cuarto del cuartel, que habían habilitado como hospital. En el mismo cuarto había tres o cuatro camas con compañeros también heridos en la misma acción.

Me pareció como si hubiera despertado de un sueño largo. ¿Qué cuarto es éste que no reconozco?, ¿por qué ahora estoy acostado en una cama y no en el vil suelo de la cuadra? Quise levantarme y me dolió la pierna derecha, que sentí muy apretada en el vendaje.

“Éste es un trancazo que atinaron —pensé—. Menos mal que fue en una pierna; tengo otra de refacción; si me ha tocado en la cabeza entonces sí me amuelan, a estas horas estaría platicando en el otro barrio con el difunto Otamendi”.

Estaba yo medio ido; no pensaba bien, algo me acordaba del combate, pero no muy claro; las ideas pasaban a la carrera y no se detenían siquiera un ratito para precisarlas mejor.

Mi Chata Micaela llegó al poco rato y se puso muy animosa a platicar conmigo.

—¿Quiúbole?

—¿Quiubo?

—¿Ya despertaste?

—¿Pos qué estaba yo dormido?

—¿No te acuerdas de nada?

—¿Dónde andabas tú?

—¿Cómo te sientes?, ¿ya mejor?

—¿Tú cómo me ves, quedaré chueco?

—¿Cómo te sientes por dentro?

—¿Por dentro?

—¿Estás bien?

—¿Por dentro de dónde?

—¿De dónde quieres que sea?, de la pierna.

—¿De la pierna?

—Contéstame algo; no me preguntes tú también porque asina no nos entendemos.

—Tú también contesta y no preguntes tanto. Vamos con orden. ¿Cómo dice por ai el médico, o el curandero, o el que sea, que estoy yo?, ¿qué tengo?

—Estás herido de un tiro en una pierna. Dice el médico que el balazo no te llegó al hueso y dentro de un mes a lo más, ya estás listo para seguir cargando la mochila y el máuser.

—¿Y con qué me han estado curando?

—Con puro yodo; te pusieron algodones y te vendaron. Te van a tener a dieta.

—¡Qué novedad! Siempre ha estado toda la tropa a dieta, casi igual que los caballos de los regimientos.

—Perdiste mucha sangre y por eso estabas amodorrado como si te las hubieras tronado muy fuerte. Te trajeron en camilla desde allí donde caíste.

—¿A quién más le dieron?



—El teniente Gloria sacó un rozón en una mano; al cabo Pedro de la Cruz, aquel chaparrito, le tocó un pelotazo en la maceta y allí se quedó; a aquel soldado muy picado de viruelas, alto y seco, también le tocó y a otros dos más. Heridos, aparte del teniente, salieron ustedes cinco que están aquí. Tú eres el que está mejor, pues dicen que vas a quedar bueno pronto; aquel del rincón tiene un tiro cerca de la boca y en cualquier rato se va de este cochino mundo; aquel del otro rincón tiene un balazo en el estómago y todo el día se está quejando, puede que también se vaya; los otros dos tienen tiros en las piernas como tú, pero parece que van a quedar cojos porque les llegaron a los huesos.

—¿Y del enemigo?

—¡Uf!, daba gusto ver aquel campo sembrado de muertos. No hubo heridos, puros muertos. Dejaron como veinte. ¡Pero no train nada!, andan a la quinta pregunta como nosotros. Aquí les dan tres reales a cada soldado, pues a ellos creo que ni eso. Unos cuantos santos en el pecho y nomás.

—¿Pero cómo acabó aquello? Porque yo no me doy cuenta de lo que pasó a lo último.

—Pos dicen que ustedes, los de la segunda sección, dieron una carga al marrazo, pero que los otros no los esperaron, que pelaron gallo, agarraron sus caballos y se fueron al monte.

—¿Y no los persiguieron?

—¿Quién, los de la caballería? Estaban muertos de miedo con la pela que les dieron en la tarde. De los quince que fueron a explorar, volvieron cinco heridos y dejaron tirados a dos muertos.

—¿De manera que los rebeldes huyeron?

—¡Qué va! Se fueron de momento, pero allí están casi en donde mismo y ora andan más enchilados que antes.

—¿Y por qué no salen los de la caballería a perseguirlos?

—Pos por eso, porque... bueno, yo no sé por qué.

—¿Y los nuestros?

—Porque si salimos de aquí se meten al pueblo.

—¿De modo que estamos lo mismo que antes?

—Pior, porque tuvimos muertos y heridos y se gastó mucho parque.

—¿Y entonces?

—Dicen que ya viene el Once Regimiento completo, a hacer campaña.

—¿Viene el Once?

—Ésos tienen que ser buenos, ¿no has oído mentar a los lebrones del Once? A ver si el número no falla.

—¿Los demás compañeros como están?

—Buenos. El cabo Reynaldo Aguirre echando habladas como siempre. Carmona apesadumbrado porque su chamaco tiene tosferina; la pescó con estos friazos; Eulalio Villegas empelotado con la Trompitas; el capitán Salas, ¡lo hubieras visto cuando volvió a su casa después del combate! Su mujer lloraba del contento al verlo sano y salvo y sus criaturas lo abrazaban de las piernas. Debíó haber dejado a sus gentes en Torreón o en Monterrey. Ese pobre señor ha de sufrir mucho, allá en su interior, Dios quiera y que no le toque un trancazo. El servicio sigue igual: guardia y puestos avanzados; desveladas todas las noches y frío hasta para aventar para arriba. Tú te puedes dar de santos mientras dure lo de tu herida; buena cama y reposo completo. ¡Quién te iba a decir que te habías de acostar en buen colchón!

—Ésa ha de ser la única ventaja de que le acierten a uno, lástima que no me puedas acompañar.

—Mejor, así vas a descansar de todo. Ojalá y nos manden otra vez a Torreón, ya me cayó mal este desgraciado pueblo; aquí no sabe uno de nada y ni se puede conseguir nada.

La corneta tocó “media vuelta” y la Chata tuvo que irse junto con las otras mujeres, para volver hasta el otro día.

Era tanta la diferencia que sentía entre el suelo duro de la cuadra y aquel colchón en que estaba acostado, que se me espantó el sueño. Toda la noche, desde el “silencio” hasta la madrugada, estuve oyendo el quejido del compañero herido en el estómago; se conocía que ha de haber sufrido mucho el pobre amigo con su dolor, pues no paraba su lamento. Era un ¡ay!, largo, largo, que no se acababa nunca. Me dolía que aquel hombre se quejara tanto y que no hubiera ni una alma caritativa que estuviera junto a él. Su lamento era hondo y largo, como han de ser los lamentos de las ánimas en pena; era como una bolsa de aire que se estuviera desinflando poco a poco.

Al principio su voz era fuerte, casi se oía tanto como las de los centinelas del recinto del cuartel; se fue haciendo después más lenta como un murmullo, como el chorrito de agua de algún arroyo del monte. Se iba acabando el hombre, iba entregando su alma muy lentamente.

“Se está muriendo ese pobre compañero —pensaba yo—, sin que nadie le dé ni un trago de agua y sin una mano que se ponga en su frente o le cierre los ojos”.

Parecía que ya todo había acabado y respiraba yo satisfecho de que hubiera por fin encontrado el descanso, cuando otra vez volvía a oírse el quejido de dolor. ¡Cuánto tarda a veces en salir el alma del cuerpo! ¡Como si no quisiera abandonar el cuerpo cansado, su compañero de muchos años!

La noche fría de diciembre se estiraba como si no quisiera irse nunca y la oscuridad del cuarto se hacía más negra, como si ya estuviera vestida de luto, por el difunto aquel que no había de llegar al toque de la “diana”.

Me puse a rezar una oración por el alma de aquel compañero y a pedirle a Dios que se lo llevara pronto y que ya no lo hiciera sufrir más.

Cuando empezaron a entrar los primeros rayos de la claridad del día por las rendijas de la ventana, me quedé dormido y el compañero herido del estómago dejó también de quejarse.

Cuando desperté era ya media mañana, la Chata Micaela estaba junto a mi cama y dos camas estaban ya vacías; el herido en el estómago y el de la cabeza habían pasado a mejor vida.

No sentía yo ganas de hablar; la desvelada o mi debilidad me tenían postrado: La chata era la que hacía el gasto.

—Quedaron dos camas vacías, pero para de aquí a la tarde se van a ocupar; hace un rato que ya se estaban tiroteando las avanzadas y es seguro que no ha de tardar un agarrón en forma. ¿Tú te imaginas

si llegaran a tomar el pueblo los rebeldes? Estoy casi segura que lo primero que habían de hacer era venir a rematar a los heridos.

—¡Bonito consuelo!

—Eso es lo que yo pienso, por eso digo que estoy casi segura, pero no quiero decir que esté segura de a tiro. Pero no tengas cuidado, que mientras aquí haiga Pelones, toman una pura... Pero yo no sé en qué piensan estos jefes de nosotros que no mandan a los heridos para Torreón; aquí no hay ni medicinas, ni nada; si no se muere la gente de los balazos, se va a morir de cualquier infección. Dicen que Calixto Contreras trae mucha gente y que ha prome-

tido tomar Cuencamé, cueste lo que cueste; cada rato manda a pedir la plaza, que le hagan favor de entregársela y de aquí nomás le dicen: “¡Tenga su plaza!”, como si nomás fuera cosa de pedir. ¡Si vieras, viejo, qué escasa está aquí la yerba! ¡Cómo será la cosa que ni los de la banda han podido conseguir nada! Mezcal sí hay mucho, y también hacen aquí muy buenos chicharrones; calientitos y con unas tortillas también bien calientes y con tantito chilito picoso y una rama de perejil...

—¿Pero, no ves que estoy a dieta?

—Dispénsame, viejo, pero ahorita se me estaba antojando; lástima que no puedas comer, pero para que no te salga un grano y se te haga agua la boca, en la tarde te voy a dar una mordida de un taco; una mordida nomás y un traguito de mezcal para que te mojes la lengua.

—¿De veras?

—Ya lo verás.

—Pues ándale, vete para que no te dilates.

—Hasta que no den el toque, espérate un ratón. Mientras te contaré algo de mis andanzas: ¿conoces Guadalajara? Yo estuve allí en el cuartel colorado...

Pasados algunos días se condolieron de nosotros y nos mandaron a Torreón.

Una mañana temprano salimos de Cuencamé los quince o veinte heridos que nos habíamos ido juntando del Noveno Batallón o del Segundo Cuadro de Regimiento y que la malpasábamos amontonados en un cuarto destartado que habían improvisado de enfermería, al cuidado del mayor médico del batallón, que casi ni nos tomaba en cuenta. Su receta era el yodo para las heridas y la dieta para el estómago.

Nos llevaban a Torreón en donde decían que había buen hospital, medicinas y médicos más considerados. En unos guayines con capacetes de lona nos apilaron a los enfermos; un oficial con una escuadra de soldados nos daba escolta y las viejas, como era la costumbre, iban por tierra, junto con la tropa.

El camino era malo para los carros; estaba en trechos cubierto de piedras y en partes habían hecho zanjas en la tierra las rodadas de otros carros, que pasaban de seguro cuando la tierra estuvo mojada por las lluvias y se formaron atascaderos.

Las mulas iban al paso de la infantería, como si ya estuvieran cansadas desde antes de salir. Sonaban las cadenas de las guarniciones, rechinaban las ruedas de los carros y gritaban a cada rato los carreros mientras adentro los enfermos se quejaban con las zangoloteadas del camino.

—Si no nos morimos en el pueblo con el médico, vamos a estacar la zalea en este camino.

—Siquiera hubieran puesto tantita paja en el piso.

—Amigos carreros, tengan cuidado con las piedras del camino. Algunos, más renegados, echaban maldiciones y otros hasta bufaban de dolor con aquel traqueteo. Un pobre, de los de caballería, que iba herido en la caja del cuerpo y que se conoce que sufría mucho, estaba como loco y gritaba con todas sus fuerzas cada vez

que sentía un tropezón.

—¡Ay!, ¡aaay! Paren; ya está bueno, ¿para qué tanto martirio?

—No hay modo de parar, hay que seguir adelante.

—Déjenme aquí tirado; tengan compasión, no sean herejes.

—Aguántate, ¿qué no eres hombre? Llegando a Velardeña se acaba esto y allí el tren es muy cómodo para seguir a Torreón.

—Yo no quiero nada; no quiero nada. ¡Ay!, ¡aaay! ¡Bájenme!, mátenme de una vez de un desgraciado balazo en la cabeza. ¡Ay!, ¡aaay!, compañeros que van ai a pie: dénme un balazo, por su madrecita; acaben de una vez conmigo. ¡Fúsílenme! ¡Ay, Dios!, ¿no me oyen?; a ustedes les hablo hijos de la tal. ¡Mochos mulas! ¡Coyones! ¡Voy a que no me dan un tiro! No son hombres ninguno de ustedes. Ninguno de los que van ai afuera tiene alma para acabar conmigo. Les faltan tompiates; ¡jotos tales! ¡Aay, ay! ¡Ay Diosito!

¿Por qué no me muero, por qué no me matan mejor? ¡Ora oficial mula, hijo...! ¡Ese cabo que va ai caminando es puro tal! ¿No están contando siempre en el cuartel que al que aquí se insubordina lo afusilan? ¿Pos qué esperan, pues, carbones? ¡Aaay! ¡Ay Dios!, ¿por qué no me muero?

Mucho ha de haber sufrido el pobre, cuando mejor quería que le dieran la muerte.

Y seguíamos traqueteando sobre las tablas duras de los carros que rebotaban cada vez que las ruedas pasaban por sobre las piedras boludas del camino aquel.

Como a la media mañana se detuvo el convoy; las mujeres nos dijeron que se veían unas polvaredas que podían ser del enemigo. Los soldados de la escolta se prepararon para resistir y nosotros, sin armas y sin poder caminar, teníamos que resignarnos a aguantar la parada, fuera como fuera. Seguro que los tiros del enemigo iban a ser para los carros, que eran los que presentaban mejor blanco. Si perdían los de nosotros, que sí habían de perder por ser tan pocos, allí nos iban a rematar a todos los heridos. Fue un rato de incertidumbre.

Nada veíamos los que íbamos adentro de los carros. Es lo peor sentir el peligro y no verlo de frente. Me parecieron siglos aquellos

momentos. ¡Cuánto mejor hubiera querido estar con los de afuera, para poder pelear!

—¡Ya están ahí!, ¡ya están ahí! —gritaban asustadas las mujeres, tirándose de barriga debajo de las ruedas de los carros.

—¡Mejor, para que de una buena vez nos lleve la tostada! —decía el herido grave, como si para él fuera aquello el único remedio de sus males.

Sonaron unos tiros cerca... y unas cuantas balas pasaron silbando por sobre nosotros, Se me oprimió el corazón y me resigné con mi suerte.

Las mulas se espantaron y los carreros, amedrentados, se bajaron del pescante abandonando las riendas y tratando de escapar.

“Eso faltaba nomás —pensé en mis adentros—, que se encabriten las mulas y que arranquen desbocadas; la muerte en cualquier parte, a tiros o aplastados”.

Me quise enderezar para brincar al suelo, pero el dolor de mi pierna me contuvo.

El oficial comandante se dio cuenta y les gritó a los paisanos:

—¡Al primero que corra, lo mato!

Se oyeron dos o tres tiros más de la pistola escuadra del oficial, que seguro les tiraba a los carreros para meterles miedo.

Se hizo la calma en un momento. El enemigo se había ido y había sido aquello nomás una escaramuza pasajera. Nos volvió el alma al cuerpo y seguimos el viaje.

—Dios quiera y lleguemos pronto a Velardeña —se oía en dondequiera.

Algunas mujeres, mientras caminaban al trote, iban rezando en voz alta.



Caminaban ahora los carros más de prisa y el movimiento de ellos era cada vez mayor; se trataba de llegar pronto al destino, por lo que pudiera acontecer.

El herido del Segundo volvió a berrear más fuerte y a echar maldiciones y quejidos con toda su alma adolorida o encorajinada. La Chata Micaela tuvo una puntada buena: se encaramó en el carro, encendió un cigarro y se lo puso en la boca al quejumbroso,

que estaba ya medio desmayado.

—¿Qué me das? —preguntó.

—Un cigarro de mariguana para que te lo chupes, a ver si así se calman tus dolores y aguantes bien el viaje —le dijo en voz baja la Chata.

—Dios te lo pague, mujer.

Le dio unas cuantas chupadas y se calmó.

Los carros arreciaron el camino y nomás se oían el ruido de las cadenas, el rechinar de las ruedas y las malas razones de los carreteros. Ya no sentíamos tanto los golpes, como si el camino se hubiera hecho mejor o como si nos hubiéramos ya curtido, a fuerza de sufrirlos tanto.

El sol tostaba las lonas de los toldos y eran hornos los carros, buenos para amasar; afuera una nube de polvo envolvió a la caravana de heridos y a la escolta que cansada cargaba el máuser y sacaba la lengua.

Los carros seguían caminando y a lo lejos brillaban ya los rieles del ferrocarril.

## XII

Otra vez en Torreón.

Es el hospital civil, cerca de La Metalúrgica, el que me cobija ahora en lugar del cuartel del barrio de la Paloma Azul. Ha pasado más de un mes, como si fuera un momento desde que llegué a Cuencamé. Aquella plaza se perdió; la tomaron los rebeldes apenas salieron las fuerzas del Noveno, que también ya estaban de nuevo en Torreón. El Once Regimiento que nos relevó, seguía peleando en el estado de Durango contra los Arrieta o Calixto Contreras, y cada vez perdía más terreno.

Decían los médicos que mi herida se había infectado algo y que se hacía necesario canalizarla bien; que iba todavía para largo y que por lo menos me soplaría un mes más, allí en el hospital. Yo estaba feliz y mi mayor gusto hubiera sido pasarme allí la vida o aunque fuera siquiera el tiempo que durara mi enganche. ¡Qué diferencia aquella vida a la del cuartel! Todo el día tirado en buena cama o tomando el sol en los arcos del corredor, con un buen camisón blanco de manta limpia. Los médicos, buenas gentes, me curaban con cuidado y a veces hasta me regalaban con cigarros; las enfermeras buenas mozas y la comida mil veces mejor que aquel rancho siempre igual de atole, frijoles y café; en el hospital había todos los días caldo, un pedazo de carnita, arroz y alguna verdura. Olor a yodoformo y a medicinas siempre, pero buenos modos y mejores palabras.

Un retén de soldados cuidaba el punto, que era un puesto avanzado de la Plaza, y a la vez nos cuidaba a los heridos, para que no fuéramos a desertarnos de allí, aprovechando alguna mejoría en nuestras heridas. Yo creo que nadie de nosotros pensaba en irse. ¿A dónde?, ¿para qué?

La Chata Micaela me veía todos los días y me llevaba las noticias de la calle. Mi comadre Juana con su chamaco, la Trompitas y la mujer del asistente del capitán Salas también me fueron a visitar un día y se estuvieron conmigo toda una tarde, contándome todas las minucias del cuartel.

Hasta la pobrecita vieja de mi madre y mi compadre Celeдонio fueron a verme. Mi compadre, el pobre, me llevó un puño de centavos amarrados en la punta de un pañuelo paliacate; mi madre me llevó unas medallitas milagrosas de la Virgen del Carmen y una oración del Santo Niño de Atocha. Viéndolos a ellos dos, me parecía que había yo vuelto al rancho, después de una muy larga ausencia. ¡Cuántas cosas nos contamos! Conocieron por mi boca toda la vida dura del soldado; les veía yo en la cara la lástima que me tenían; me figuraba yo ser uno de esos pobres perros que se huyen

de la casa en que han vivido y que a poco vuelven aporreados de la calle y con mucha hambre, flacos y enteleridos; que reconocen el lugar de la querencia en donde siempre tienen un hueso que roer y una mano cariñosa que les alise la cabeza. Me oían contar mi vida, mi vida apenas de ocho meses de ausencia, como quien oye contar los recuerdos de las gentes viejas. Estaban pendientes de mis palabras y les notaba el asombro que les causaba cuanto yo les decía; nunca se imaginaron ellos dos que pudieran estar los hombres tan sobajados en la vida, ni que pudiera malpasarse nadie tanto. Más se asombraron cuando les aseguraba yo que muchos de nosotros, los de tropa, estaban ya tan hechos a esa vida que ni fuerzas les hacían los trabajos y que seguramente ni se irían ya a hallar fuera de todo aquello, cuando cumplieran el tiempo de su enganche y pudieran libremente volverse para sus ranchos o sus pueblos. Son

hijos de la mala vida, les decía; a todo se acostumbra la gente y en todo acaba uno por encontrarle el lado mejor a las cosas y sobre llevar el trago amargo del infortunio y hasta hacer que se vuelva o parezca placentero lo que en realidad no es sino un infierno.

A mi madre se le rodaban las lágrimas oyéndome hablar y mi compadre se veía enternecido.

—Hemos tenido la suerte de vernos ahora que estoy herido; aquí no hay quien nos cuide tan de cerca y podemos hablar tranquilamente y sobre todo, me ven como a cualquier otro hombre que ande libre. ¡Cuánto hubiera yo sufrido en mi interior, si delante de ustedes dos, un cabo cualquiera, o un sargento, me pegara o me insultara! Pronto me han de dar de alta y volveré al cuartel. No vuelvan a verme hasta que yo esté libre, háganme esa caridad; cuando cumpla mi tiempo, si es que no me toca un mal trago en esta guerra, allá estaré con ustedes para seguir la vida tranquila que han de llevar aunque sea con miseria, pero con una poca más de tranquilidad que todo esto.

Aquella visita de mi compadre y de mi madre me causaba mucho gusto, pero al mismo tiempo me martirizaba el alma. No sé por qué se me puso una idea aferrada en la cabeza como con unas pinzas muy fuertes: se me figuraba que estaba yo en capilla, en vísperas de ser fusilado y que aquella visita que estaba recibiendo sería la última en mi vida; que yéndose aquellos familiares míos de mi lado, empezaba la noche de la muerte, el viaje a lo hondo.

Sentía gusto de ver y de oír a los míos, y al mismo tiempo, me daba cuenta de que su presencia me acobardaba y me quitaba todo lo de hombre que tuviera yo adentro.

Les tocó su turno de contar a ellos; fue mi compadre el que llevó la voz; mi madre nomás asentía o decía alguna que otra palabra de comentario.

Seguían viviendo en la hacienda del Horizonte; había pasado ya la pizca del algodón y toda la familia había tomado parte, como siempre, en el trabajo; hasta mi ahijado que ya tenía de edad seis años y se acomodaba también en recoger capullos para aumentar la “pesada” y ganar unos cuantos centavos más. Ahora estaban ya rompiendo las tierras para prepararlas para la siembra que había de comenzar, como siempre, el mero día de La Candelaria. Se había regado mucho terreno, pero los jornales eran los mismos de hambre de todos los años; todo para los gachupines dueños de la finca y para los pobres la tienda de raya y una deuda que no se acababa nunca y que antes bien parecía crecer semana con semana; aquella deuda que pesaba sobre mi compadre seguiría con sus hijos y con los hijos de sus hijos, hasta el fin de los siglos. Cansancio, enfermedades y miserias; jacales de jara y cobijas ralas; ni una huerta de sandías, ni unos surcos de maíz, ni unos elotes o calabacitas; nada, la ración medida en la tienda de raya y trabajo, trabajo todo el día. Mi hermano José se había huido de la casa; sabían que andaba de rebelde con la gente de don Sixto Ugalde. Mi madre pensaba con tristeza en el día en que nos fuéramos a encontrar los dos hermanos con las armas en la mano, cada uno en diferente lado. Si las miserias y los sufrimientos no acababan con la vida de nuestra pobre viejecita, aquel dolor seguro se la iba a llevar al camposanto.

La región lagunera ya andaba revuelta: Sixto Ugalde, aquel que había sido mayordomo de haciendas, levantaba a las peonadas del campo; con él decían que andaban Benjamín Argumedo, uno que había sido sastre en la hacienda de Santa Teresa; los hermanos Livas, de San Nicolás de las Habas; Luis Murillo, que fue cabo de serenos en San Pedro de las Colonias; el Chueco Margarito, del rancho de San

Salvador; Pancho Tapia, el que fue policía, y una bola de gente conocida de aquellos lugares. Todavía no presentaban combates formales porque andaban mal armados, pero no dejaban de recorrer ranchos y haciendas levantando gente y haciéndoles promesas; buscaban carabinas y se robaban caballos y monturas.

Marcos Nájera, el juez de la Acordada de San Pedro de las Colonias, que casi siempre andaba junto con el teniente Zorrilla Guerrero del Tercer Regimiento de la federación, ya se había dado algunos agarrones con los alzados y les había hecho algunos muertos. A muchos peones pacíficos, nomás por sospechas, los había matado y habían colgado sus cuerpos con reatas de las ramas de los álamos de los tajos de riego. Los españoles estaban temerosos y habían armado con carabinas a mozos de sus confianzas para resguardar sus fincas; algunos de ellos mejor se habían ido a refugiarse al mismo Torreón ante el temor de la venganza de los rebeldes que antes fueron sus peones, a quienes muchas veces cintearon. Era la idea en todas partes de que la revolución había de triunfar.

Las últimas palabras de mi compadre Celedonio, al despedirse, fueron:

—No se le olvide, compadre, que en el otro lado anda su hermano José, procure no pelear; si puede seguir haciéndose guaje aquí en el hospital, mejor; si no, vea el modo de pelarse cuando le sea fácil. Piense que cada balazo que tire le puede pegar a su hermano.

Mi madre me dio su bendición y se fueron los dos muy despacito con rumbo a la estación.

Yo me quedé pensando en los consejos de mi compadre Celedonio: que procurara no pelear, que cada balazo que yo tirara pensara que pudiera pegarle a mi hermano... Aquello también debiera

de haberlo oído mi hermano: no pelear, no disparar para donde yo estuviera; él podría escapar de la pelea, largarse para otra parte, ¿pero yo?... No matar a los de enfrente, ¿y entonces qué?, ¿dejarse matar por unos o por otros? Fácil es aconsejar desde lejos y torcer una vida que no es la de uno. No mates a tu hermano, déjate matar por él; no tires sobre los oprimidos; como si todos no fuéramos oprimidos por el mismo yugo y no sufriéramos todos de manera parecida.

¿Desertar?, ¿para que me mataran como al pobre de Otamendi o para que me fusilaran los míos? Mi compadre Celedonio no alcanzaba a comprender lo que cada uno llevábamos adentro, ni a distinguir el surco de cada sembrador.

Estábamos en guerra los pobres desamparados y hambrientos de los campos, contra otros pobres también desamparados y hambrientos, pero apergollados por una disciplina militar: la misma necesidad teníamos todos de justicia y en la desesperación de unos y de otros, peleábamos hasta matarnos, con toda nuestra alma, para acabar de una vez no con los opresores de arriba, sino con nosotros mismos; acabar una vida que nunca había de ser mejor, para ver si era cierto que en el otro mundo se podía encontrar lo que aquí escaseaba para todos. ¿A poco creían los rebeldes que ganando ellos iban acabar con los poderosos, con los patrones, con los que tuvieron la suerte de educarse bien? Podrían tirar a un mandón, pero no sería sino para poner a algún otro en su lugar. ¿La igualdad? Imposible; siempre habría de haber ricos y pobres, desmedrados y opulentos; igualdad, sólo en la muerte y aun eso mismo estaba todavía por verse ¿Quién sabe el más allá? Y si era cierto lo que decían los curas, también en la otra vida habría de haber un infierno para los desafortunados y una gloria para los

que tuvieron mejor suerte; y en vez de patrones españoles, jefes políticos, y cabos y sargentos, puede que hicieran allí sus veces los santos y los profetas y los mártires o como se llamaran, los que pudieran más en poder o en influencia. Los pobres de esta tierra puede que fueran los pecadores o los condenados en la otra vida; ¿no éramos los pobres aquí los que matábamos y robábamos y hacíamos todo el mal? ¿No eran los ricos aquí los que no derramaban la sangre de la gente y los únicos que podían rezar en una iglesia y hacer la caridad con su dinero? Forzosamente en el otro mundo tendríamos que seguir de igual manera.

¡No matar!; al contrario, matar mucho y pronto para acabar cuanto antes y ver si acaso en el otro mundo cogíamos mejor lugar; quien quita y en un descuido nos tocara ser mandones y tener el sartén por el cabo. Si Otamendi nos pudiera contar —él que tan bien decía las cosas— lo que estaba pasando en la otra vida, cuánto bueno habríamos de saber. Pero no; los que se mueren no vuelven y por algo ha de ser; bueno ha de estar aquello y algún día, tarde o temprano, lo hemos de saber.

Los días pasaban tranquilos, parejitos, siempre iguales, como si nada ocurriera fuera de aquel lugar: curación, comida, sol, dormir. De vez en cuando se moría algún herido, en otras ocasiones salían ya sanos, para volver otra vez a batallar con sus cuerpos. Yo me iba capoteando mi pierna sin ganas de aliviarme para no perder aquel bienestar; a veces me parecía que ya no era yo soldado y que cuando me hicieran, a la fuerza, salir de allí, iría a quedar ya libre. Era aquel un sueño del que no quería yo despertar.

Mi vieja me llevó unos libros para que me entretuviera, ya que sabía yo leer. Eran *Genoveva de Brabante* y *Los Doce Pares de Francia*. A mis compañeros enfermos les divertía que yo les leyera



en voz alta y que les explicara aquello que no lograban entender; la misma Micaela dejaba de pensar en la tropa y estaba muy atenta oyendo mis palabras con más atención, seguro, que cuando en su vida llegó a oír a algún predicador.

Era aquel un remanso tranquilo, una enramada fresca en medio del calorón del desierto.

Cama suave, comida la necesaria, cobija calentadora, buenas palabras, descanso, ¿para qué más?

### XIII

A principios del mes de abril me dieron de alta. No pude aguantarme más, a pesar de todas las luchas que me fue posible hacer. Una buena tarde me llevaron al cuartel a la hora justa en que estaban pasando la “lista de seis”. Había poca fuerza, casi todos andaban en partidas o en retenes en los puestos avanzados; cuando gritaron mi nombre y contesté: ¡presente!, todas las caras se voltearon a verme con curiosidad y con cariño; el mismo capitán de cuartel me dijo por lo bajo:

—Te probó la herida, vienes hasta gordo y cachetón.

Cuando rompimos filas, me abrazaron los compañeros de la misma escuadra, y en un momento me pusieron al tanto de cuanto ocurría.

La plaza de Torreón estaba amenazada y era seguro que iba a haber un gran combate en cualquier día cercano. Habían hecho ya trincheras en el cerro de la Cruz y en los de enfrente del cañón del Huarache y las bocacalles del rumbo de La Alameda, por el lado de la Metalúrgica, tenían alambradas de púas bien tupidas y

trincheras de tierra y de costales de arena; habían traído ametralladoras que las mandaba un teniente Miguel Velázquez, y también había otras fuerzas de infantería que estaban acuarteladas por el lado contrario al de nuestro cuartel de la Paloma Azul. Había unos voluntarios del estado de Nuevo León, de caballería, que les decían los Amarillos, porque así era el color del uniforme que traían; decían que éstos eran de veras bravos y que la mayor talla en todas partes la llevaban ellos; buenos tiradores, atrabancados y de a caballo, en todas partes se agarraban macizo. El jefe de la plaza era un general de brigada que había mandado desde México el mismo don Porfirio; había sido su compañero en otras épocas lejanas, y se llamaba Emiliano Lojero; era ya viejito, con el pelo ya blanco en su cabeza y en sus bigotes; chaparro, con sombrero ancho tejano; uniforme gris y botas de cuero amarillo. Usaba buen caballo y un clarín de artillería le servía de asistente.

Me contaban que casi no había día que no hubiera novedad. Recibí esa misma noche mi equipo, mi arma y la dotación de cartuchos. Me estrené en la mañana siguiente con un servicio de partida yendo a proteger a una cuadrilla de trabajadores del ferrocarril que iban a levantar un puente quemado por el rumbo de San Carlos, sobre la vía del camino a Durango; me dijeron los compañeros de la escuadra que casi diario eran esos servicios. Por delante de nosotros, por tierra, habían salido desde la medianoche los Amarillos. Íbamos los cincuenta hombres de la segunda sección, de la Segunda Compañía, al mando del teniente Gloria, que ya estaba aliviado de su herida en la mano, desde hacía más de un mes. El convoy era chico: una máquina, dos plataformas con durmientes y con los peones acomodados encima de la madera, dos góndolas de fierro para nosotros y un cabús para la tripulación del tren.

Íbamos despacio; casi a vuelta de rueda, como si no hubiera cuidado o no tuviéramos prisa por llegar.

El puente quemado, a poca distancia del caserío de la hacienda de San Carlos, todavía estaba humeando y con las brasas encendidas; lo habían quemado los rebeldes apenas la tarde anterior y había de andar por allí cerca la partida que hizo la fechoría.

Tomamos posiciones a los lados de la vía mientras la gente trabajadora hacía su obra. En los postes del telégrafo tres hombres recién muertos se campaneaban colgados del pescuezo con reatas nuevas.

Carmona, mi compañero de siempre, me dijo:

—Mira, a lo mejor esos tres infelices puede que ni siquiera fueran rebeldes.

—¿Entonces por qué los mataron?

—Son cosas de los Amarillos”; siempre lo hacen así. Cada vez que salimos con ellos van haciendo diabluras. Cuando agarran rebeldes no les perdonan y cuando no encuentran enemigo se emparejan aunque sea con los que encuentran, sean o no de la

revolución; dicen que lo hacen por aquello de las dudas y porque creen que al fin y al cabo todos son de los mismos, en cuanto ellos vuelven la espalda.

—Tendrán o no razón, pero pobre gente.

—Ya podrás figurarte lo malquistos que estamos todos los de la federación por estos terrenos. Yo estoy seguro que los que no son rebeldes, se hacen con todas estas tropelías.

—La guerra es dura.

—Y más que la hacen; yo hasta creo que es con toda intención todo eso; ha de ser para que quedemos todos tan mal parados, que no nos sea posible escapar y tengamos a fuerzas que pelear con ganas.

—Pudiera ser que eso fuera estudiado.

—¿Quién se va a desertar?, ¿para dónde?

—Imagínate que mi compadre Celedonio, el del rancho, aquel que te he contado, me aconsejaba que viera el modo de desertarme; me dijo que mi hermano José anda del otro lado.

—Ni lo pienses. Acuérdate del pobre compadre Otamendi; y eso que él era rebelde en el fondo de su alma; ¡ya viste lo que le pasó! Mocho que agarran, mocho que matan; de Amarillos ni se diga.

—¿Qué remedio nos queda, pues?

—Aguantar la parada y matar mejor, antes que nos maten. Hay que ganar, porque el que pierda se muere y de morir fusilado a morir peleando, más vale que mejor sea así.

Los peones trabajaban con temor, pero de prisa, como con ganas de acabar cuanto antes. A lo lejos, sobre la vía, se divisaba una humareda, sería un tren que caminaba para donde estábamos nosotros, o tal vez algún otro puente que estuviera ardiendo.

Entre el caserío del rancho se oyó de pronto un tiroteo; eran los Amarillos que se estaban agarrando con alguna partida del enemigo. Los peones dejaron su trabajo a toda carrera y fueron a esconderse detrás del terraplén del ferrocarril; la máquina del tren comenzó a moverse despacio, para atrás. Nuestro subteniente, Pedro Rodríguez, de un salto se encaramó en la locomotora y le apuntó con su pistola escuadra al maquinista, que lleno de espanto se detuvo. Se quedó allí un pelotón y avanzamos los demás en tiradores para el lado del tiroteo.

Pronto vimos a algunos a caballo que andaban corriendo por entre las casas.

—¡Disparen con confianza sobre los que no anden vestidos de amarillo! —mandó el teniente—. ¡Cuiden de no pegarles a los nuestros!

Empezarnos a tirar y el fuego nutrido se hizo en un momento. Llegamos a las casas y nos hacíamos de las tapias de adobe o de los bordos de la tierra. Muy claro se oían los gritos de ¡Viva Madero y mueran los mochos!

Las balas zumbaban por todas partes.

La partida rebelde era corta; no nos pararon bola mucho rato; apenas alcanzaríamos a gastar unos tres cargadores cada uno de nosotros. Empezaron a correr para el monte. Uno de ellos, ha de haber sido alguno de los más lebrones, vestido de charro y en buen caballo alazán, pasó a toda carrera, echando gritos, por la placita de la hacienda; llevaba lazado y arrastrando a uno de los Amarillos. Detrás de él, hechos unas fieras, le iban echando balazos muy tupidos todos los Amarillos. Seguramente que varios tiros le tocaron al charro al mismo tiempo; abrió los brazos y cayó de espaldas, primero en las ancas del caballo y después al suelo; el caballo salió de estampida a alcanzar a sus compañeros.

Los Amarillos, enfurecidos, llegaron hasta donde había caído el charro rebelde y le descargaron con furia sus carabinas y le dieron culatazos en la cabeza. El Amarillo que llevaba arrastrando el charro, estaba bien muerto.

En un portalito de un tendejón, estaba otro rebelde muerto y detrás del tronco de un árbol había un herido de los de Nuevo León. Nos metimos después por todas las casas del pueblo y no encontramos un solo hombre; todos habían huido, hasta las mujeres y los perros.

Volvimos al puente quemado; el Noveno sin novedad y los Amarillos con su muerto y con su herido, y también con los dos cuerpos de los rebeldes que cayeron, para colgarlos de los postes del telégrafo, a hacerles compañía a los que ya estaban allí desde en la mañana.

Se reanudó el trabajo de reparación con ganas y acabamos la fatiga a media tarde y nos volvimos a Torreón con la máquina caminando para atrás, pero ahora más de prisa.

Apenas habíamos salido de San Carlos, el puente reparado comenzó a arder otra vez, pero ya no regresamos porque se había hecho de noche y la noche es mala para las sorpresas.

Otras partidas de nuestro batallón que habían salido también desde en la mañana a proteger trabajadores en reparación de puentes quemados, llegaron al cuartel poco después que nosotros; unos habían ido por el rumbo de Jimulco y otros por el de Bermejillo; también se habían tiroteado con guerrillas del enemigo; había habido un muerto y dos heridos de los nuestros y decían que habían matado a tres o cuatro de los otros. La cosa andaba mal.

Esa noche, después de la “retreta”, llegó al cuartel el comandante de la policía de Torreón, un señor alto y fornido, de espesos bigotes negros, que se apellidaba Larriba, llevando entre varios policías a tres presos. Los entregó en la prevención y habló después, confidencialmente, con nuestro coronel.

—Ésos no amanecen —me dijo Eulalio Villegas.

—¿Tú crees?

—Como si lo estuviera viendo. Casi todos los días pasa lo mismo. Los agarran los policías por ahí, por sospechosos y los meten aquí; no tienen el valor de matarlos ellos y se lavan las manos con nosotros. Nosotros los Pelones, semos los que ejecutamos.

—¿Y serán enemigos de veras?

—¡Ve tú a saber! A lo mejor son nomás puras venganzas o denuncios de adoloridos. Creen los de arriba que metiendo miedo o apretando fuerte se va a acabar esta bola.

—Puede que sea peor.

—¡Ah!, eso tenlo por seguro.

A la madrugada hubo descargas en el patio.

Se había agarrado ya costumbre de fusilar sin el aparato de antes.

Nada de cuadro: los tiradores y nomás.

Cuando me llevó la canasta mi vieja Micaela al cerro de la Cruz, en donde estaba de servicio, me contó una porción de novedades:

—Ora sí se va poniendo esto refeo. Imagínate que ya no llegó ningún tren a la estación. Por dondequiera puentes quemados; no se dan abasto los peones de las secciones para repararlos, ni tampoco hay tropa para protegerlos bien. Dicen los ferrocarrileros que con Durango ya no se cuenta, que los rebeldes tomaron Santiago Papasquiario, y Cuencamé lo tienen sitiado y que ya quedan pocos del Once. En Chihuahua están peleando muy duro; en Ciudad Juárez y en Zacatecas han salido montones de rancheros que los manda un tal Luis Moya, que creo que es la viva fiebre.

—Cualquier día los tenemos aquí.

—No pasa la semana y van a sobrar muchos chacós. Yo, la verdad, a este viejito general lo veo ya muy caduco; ya no puede con su alma. Puede que allá en sus tiempos fuera bueno, pero, ¡qué años hace! Qué bueno que ya estés tú sano, si no allí te rematan.

—Y tú me habías de extrañar, ¿verdad?

—Hombre, ¡cómo no! Te tengo ley, ¿no crees que te haiga ya dado pruebas?

—Puede que sí.

—¡Ah!, seguro; te asisto como es debido; te he seguido por ai, y aunque no me faltaría con quién enredarme, te doy mi palabra de macha de que te soy fiel y de que no le revuelvo. Pregunta y verás.

—No; si te lo creo.

—Oye, aquí en confianza; yo antes tenía mucha seguridad en la federación, pero ya no veo muy claro. A lo mejor perdemos.

—¡Qué más da!

—Pero se trata del pellejo.

—¿Para qué sirve el pellejo?, ni pa' huaraches.

—Pos a mí el mío sí me sirve.

—También a mí, pero si lo pierdo, ¿qué le vamos a hacer?

—Si no te importa perder el pellejo, menos te importará perder a la mujer.

—Todo me viene guango.

—Y a mí trombón, pero siempre no dejes de hacer la luchita cuando llegue la hora.

—¡A poco soy maniado!

Parece como si cada día, de los malos, llevara escrita las cosas que han de suceder mientras dure. Despierta uno inquieto, temeroso, sin saber ni de qué, y comienzan las malas noticias y los sinsabores. Aquel día, 14 de mayo, vísperas de San Isidro Labrador, comenzó el rejuego duro y cantiado. Amaneció alegre, con mucho sol, pero se notaba un desaliento en todo; las caras de los jefes y de los oficiales estaban preocupadas; los sargentos y los cabos se mostraban muy amigables y decían las mujeres que la gente del pueblo andaba aprovisionándose a toda carrera de lo que habían de menester para comer en muchos días.

Desde muy temprano salimos varias partidas fuertes a expedicionar por los alrededores. Algunos salieron con dirección a Jimulco, otros a Matamoros, o al cañón del Huarache, y a mi compañía le tocó, toda entera, salir en tranvías hasta Lerdo. Íbamos municionados a doscientos cartuchos por plaza y ocupábamos una larga ringla de coches de segunda y plataformas.



Llegamos hasta la Plaza de Armas y no se veía una alma en las calles. Siempre fue triste el pueblo de Lerdo, pero entonces me pareció a mí un cementerio; nomás los chanates revoloteaban en los árboles armando ruido. Parecía como si el pueblo estuviera adolorido y en cada casa estuviera tendido un difunto.

Nos formaron para emprender la marcha a las afueras. Las caras de todos estaban serias, como si presintieran el peligro. Apenas empezábamos a caminar por una calle con rumbo a las huertas, cuando comenzaron los balazos; ya había rebeldes por allí escondidos.

No se veía enemigo, pero las balas zumbaban tupidas. Nos abrimos en dos hileras, cada una repegada a las paredes de cada lado y aguantamos el chaparrón; no había a quién tirarle.

Hubo un momento de destanteo y el mismo capitán Salas no sabía qué mandar; era lo peor aquello de no ver al enemigo. Algunos comenzaron a tirar al aire. Estoy seguro de que todos sentimos miedo y que en todos dominó el mismo sentir de ponernos a salvo, para organizar mejor el ataque.

Casi sin orden, nos desplegamos hasta los trenes eléctricos y nos trepamos volando con ganas de salir al campo raso.

Los trenes se movieron más que de prisa; en un instante dejamos atrás la Plaza de Armas, la Plaza de Toros y el Parque Victoria; por fin estábamos en el campo libre y en buenas condiciones para defendernos.

Los trenes se pararon; creímos que eso era porque así lo hubieran ordenado nuestros jefes y se supo después que fue porque se acabó le corriente. Nos tendieron en tiradores por sobre la alameda del viejo camino de los tranvías de mulitas.

A lo lejos, con dirección de los ranchos del perímetro de los Lavín, se veían polvaredas tupidas que no podían ser más que del

enemigo. Las polvaredas avanzaban como si las levantaran muchos caballos al galope tendido.

Estábamos en malas condiciones; el enemigo en las casas de Lerdo, en Gómez Palacio también, pues desde allí habían quitado ya la corriente eléctrica y en gran número avanzaban por el frente. La polvareda seguía adelante y ya se distinguían a los caballos corriendo. Hicimos unas descargas cerradas y pareció que aquello los contenía. Pensamos que irían seguramente a echar pie a tierra y a encadenar su caballada para echársenos encima, pero no fue así; cambiaron de rumbo y en lugar de seguir sobre nosotros, torcieron para Gómez Palacio.

Casi matando su caballo, llegó a todo escape un oficial de órdenes del general Lojero.

—El enemigo está entrando ya a Gómez Palacio; hay que replegarse inmediatamente.

Podíamos quedar cortados y dieron desde luego la orden de retirada.

Los que ya estaban en Lerdo, rompieron el fuego desde la arboleda del Parque Victoria; un pelotón de nosotros formó un ala defensiva para contestarles y empezamos a retroceder, no ya con el rumbo de Gómez Palacio, sino dejándolo a un lado y tomando por la hacienda de Santa Rosa y la presa de las Calabazas.

Nos dejaron ir tranquilos; los de Lerdo no se atrevieron a abandonar sus árboles y los de Gómez Palacio estaban seguro entrando, más que al pueblo, a las cantinas del mismo.

El oficial ayudante que nos había ido a retirar, parecía que tenía mucha prisa, pues a cada rato le urgía al capitán para que apretáramos el paso.

El día estaba tranquilo, con mucho sol, sin aire y veíamos polvaredas por todos lados; se estaban juntando todos los rebeldes laguneros para atacar a Torreón. Seguramente que ya antes habían tomado San Pedro de las Colonias y avanzaban en triunfo.

En medio de lo feo que estaba la cosa, me alegraba en mi interior, deseando que hubieran atrapado en aquellas andanzas a Marcos Nájera, el de la Acordada de San Pedro, y le hubieran dado su agua, a él y a toda su gente; apenas así habrían pagado todas sus fechorías.

Atravesamos el arenal del seco río Nazas; pasamos por enfrente de las tapias del camposanto y entramos a Torreón por el barrio de la Constancia.

Cuando llegamos, se oía tiroteo por el rumbo del cañón del Huarache, de seguro por allí también se acercaba el enemigo que anduviera por San Carlos.

Entramos en columna de viaje por la avenida Hidalgo; al voltear por enfrente del hotel Iberia, con rumbo al cuartel, estaba una percha de españoles parados en la banquetta, mirándonos azorados; entre ellos estaba aquel maldito don Julián, de la hacienda de Lequeitio, aquel a quien le debía yo ser soldado, el que me entregó a Marcos Nájera. ¡Con qué ganas me hubiera yo descolgado el fusil y le hubiera metido una bala en la mera cabeza de pelos colorados! Sólo por verlo así, lleno de miedo, me dio gusto que acabaran los rebeldes con todos nosotros para ver si de paso le tocaba a todos ellos también. Me acordé de mi madre cuando de rodillas le pedía que me pusiera libre y que tuviera compasión.

En el cuartel, la gente que se había quedado estaba sobre las armas. Nos dieron un bueno rancho: pan francés, galletas, carne y unas latas de sardinas. A cada uno nos dieron una buena ración para en la noche, dado el caso que bien pudiera ser

que para entonces ya estuviéramos combatiendo y no hubiera manera de repartirnos más, durante la refriega.

Allí estaban todas las viejas espantadas como si fuera aquél el día del juicio final. Puras caras largas se veían por todas partes en espera del agarrón macho que era seguro había de llegar.

Mientras comíamos el rancho sin dejar de la mano los fusiles, todos hablaban; algunos se reían y sus risas más bien parecían gestos. Todos hablaban.

—Ahora sí va lo bueno.

—Súmanse bien los chacós, no los vayan a perder.

—Apriétense las correas de los huaraches.

—No tomen mucha agua porque es mala p'al combate; si los llegan a herir se desangran luego, luego.

—Cuídate, viejo, no saques la cabeza.

—Aquí se va a decidir de qué cuero salen más correas. Todas eran habladas y risas sin ganas.

A formar y a salir a la calle a tomar posiciones.

A mi sección le tocó defender el cerro de la Cruz; otros subieron a las azoteas del cuartel; otros ganaron con rumbo a La Alameda. Los del Veintitrés estaban por La Fe y los cerros del cañón del Huarache; los Amarillos y la policía, andaban patrullando por las calles para auxiliar donde fuera necesario. Las dos ametralladoras estaban con nosotros emplazadas y apuntando para la orilla del río, por donde a fuerza tenía que pasar el enemigo que viniera de Gómez Palacio. El general y su Estado Mayor recorrían a caballo todos los puntos de defensa. Ninguna seña de preocupación se veía en el viejito aquel, que seguro recordaba sus buenos tiempos de las guerras pasadas al lado de don Porfirio Díaz.

Todos estábamos listos, bien pertrechados, esperando el agarrón.

## XIV

Como a las tres de la tarde empezamos a ver las polvaderas por el lado de Gómez Palacio. Eran siempre esas polvaderas la demostración de que el enemigo estaba encima. Venían al galope tendido en sus caballos.

La cosa no tenía remedio ya. Era un mundo de gente la que iba a atacarnos; bien podían ser como unos tres mil o más, contra los trescientos o cuatrocientos que estábamos adentro.

Apenas se acercaron a la orilla del arenal del río, rompieron el fuego los compañeros apostados en la Casa Colorada, en las azoteas del cuartel y en la línea del Tajo del Coyote. Los del enemigo no trataban de pasar del río; agarraron por la orilla del otro lado, con rumbo del rancho del Pajonal y de las hortalizas de los chinos, que estaban a las afueras de Torreón. Iban a toda carrera y bien claro se veían sus caballos tendidos y a ellos con sus carabinas en la mano y picándole espuelas a sus pencos.

Una de las ametralladoras nuestras del cerro de la Cruz comenzó a traquetear echando un chorro de balas que polveaban en las patas de los caballos del enemigo o allá a lo lejos, si es que pasaban altas por encima de sus cabezas. Algunos animales caían redondos con todo y sus jinetes, como si de pronto se hubieran tropezado con el agujero de alguna tuza o de algún tejón; otras veces parecía como si los cuscos se aplastaran a los reparos, tiraran a sus hombres y después siguieran, ya libres, en la misma carrera de sus compañeros.

Caían hombres y caballos heridos o muertos, pero no se detenía la avalancha aquella desahogada, que se iba chorreando con rumbo a las últimas casas de la población.

¡Que bonito sonaba la ametralladora! En un instante quedaban vacíos los peines de a treinta cartuchos. Ni un tiro todavía partía del lado del enemigo; era aquella primera parte, como si estuviéramos tirándole al blanco a monigotes en movimiento, que nos hubieran puesto adrede para ejercitarnos.

Nosotros desde lo alto del cerro, veíamos todo aquello con mucha claridad; pasaron a toda carrera muchos cientos de jinetes y a lo lejos, por los rumbos de Las Huertas, de Matamoros y de Lerdo, otras polvaderas nuevas se habían desprendido y se acercaban a Torreón.

Cuando acabó de pasar toda aquella caballería enemiga, hubo una calma. Iba a comenzar lo mero bueno. Hasta entonces nomás los nuestros habían disparado; les tocaba el turno a ellos, cuando hubieran dejado sus caballos escondidos y encadenados y avanzaran pie a tierra, sobre la plaza.

No tardó mucho en comenzar con fuerza aquello.

Media hora escasa desde que habían pasado y dio principio el combate. El “esquitero” estaba nutrido por el lado de La Alameda; se conoce que el enemigo se había posesionado de las casas que quedaban afuera de las bocacalles atrincheradas o de los árboles de La Alameda y desde allí habían comenzado a pelear. Oíamos, los del cerro, el ruido de la fusilería y el zumbido de las balas, pero todavía no entrábamos en juego nosotros; el combate estaba en el otro lado de la población.

“Nuestro turno va a llegar —pensaba yo— cuando lleguen esos de la polvareda del rumbo de Lerdo; éstos se vienen de seguro sobre nosotros.”

Así ha de haber pensado también nuestro capitán Salas, pues nos ordenó cambiar de frente y emplazar la ametralladora, apun-

tando al camposanto que venía a quedar allá abajo, en la falda del cerro, en lugar del frente que antes teníamos, hacia el lado del río.

Este enemigo nuestro no llegaba con tanta prisa; iba con precauciones, si acaso apenas al trote.

Hubo un momento en que se nos perdió de vista; hasta creíamos que se habría ido por algún otro lado. Era que se había ocultado entre los carrizales de los barrancos, de la orilla del río, para dejar allí su caballada.

No se dejaron venir sobre nosotros como llegamos a tener la esperanza de que así fuera, para barrerlos en un momento desde aquella posición tan formidable, como era aquel cerro de la Cruz; limpio de arboleda, casi liso y muy inclinado. No eran tan tontos; se fueron por detrás de los cerros de enfrente del barrio de La Constancia y de La Fe, para tomar también las alturas y tenernos así como quien dice: mano a mano.

Viendo aquello, volvimos a cambiar de frente, para esperar al enemigo que tenía que aparecer en los cerros de enfrente. No cabía duda que los que nos atacaban no eran tan maniados y que tomaban sus precauciones, para no meterse a lo loco.

Las trincheras nos cubrían bien y estábamos listos con nuestras armas, esperando que sacaran la cabeza los otros, para darles juego. Había temorcillo; puede que hasta miedo; así sucede siempre en todos los combates, cuando van a comenzar; las primeras balas son las que más enchinan el cuerpo; pasado un rato, se ven venir las cosas más malas como si no tuvieran importancia y fueran las más naturales del mundo. El que diga que nunca ha tenido miedo en un combate, no dice la verdad; todos hemos sentido frío en el espinazo, aunque fuera al comenzar la pelea. Cuando silban las primeras balas, no hay uno que no se encoja y que no

suma la cabeza entre los hombros. Dan ganas de orinar y algunos, impacientes, lo hacen hasta en sus mismos calzones. “El miedo es familia” y el que diga lo contrario, miente; unos lo confiesan y otros se las dan de muy machos, pero todos lo sienten, aunque no lo digan. Esas balitas que pasan en lo alto y que hacen siempre, ¡t-zín, tziín!, van ya de pasada, pero tienen el privilegio de arrugar el cuero de quien las oye. Esos fognazos que ve uno a lo lejos salir de las carabinas, y que no se sabe todavía para dónde irá a ganar la bala que soltaron, y que bien puede ir a clavarse en el cuerpo de uno, enchinan el cuero, digan lo que quieran los que se las dan de lebrones o de muy baleados.

A mí, que me ha tocado pelear mucho, unas veces ganando y otras perdiendo, me consta que el temor grande se siente al comenzar la pelea o cuando llega la derrota; el miedo se acaba en medio del combate y vuelve a salir cuando se tiene que soportar la persecución de los gananciosos, que se ensañan con los que perdieron y que, en el calor de la lucha, matan a lo frío, a los que ya vencieron. Siempre me dieron lástima a mí los perdidosos. El miedo lo tienen hasta los animales, cuantimás la gente. El hombre que está en su sano juicio, es lo más natural que sienta el miedo. Dicen que el hombre de vergüenza domina al miedo, ¡será el sereno!, pero yo he visto a gentes que los tenían por hombres de mucho amor propio, ponerse cenizos en los primeros tiros; después harían de tripas corazón y se pondrían a la altura que debían, pero al principio estoy seguro que sentían lo mismo que el más cobarde.

Comenzaron los tiros entre el cerro de enfrente de La Constancia y el cerro de la Cruz; dentro de mi temor muy natural, me dio aquello la idea como si fuéramos muchachos de escuela, que nos estuviéramos agarrando a las pedradas.



En un momento se trabó el combate con furia; de prisa, como si tuviéramos los dos bandos ganas de acabar pronto. Les tirábamos a las camisas blancas y a los sombreros de palma; nuestra ametralladora funcionaba sin cesar, mandándoles la muerte; las balas zumbaban en el aire o se estrellaban contra las piedras. Allá adelante, enfrente, los puntos blancos se movían buscando parapeto entre las peñas y disparando sus carabinas sobre nosotros; una banderita tricolor ondeaba en un picacho: bandera mexicana, como la nuestra, como la que habíamos jurado defender hasta perder la vida o alcanzar la victoria; era igual en sus colores, ¿qué diferencia había entre la una y la otra?

La visión de aquella bandera me hizo recordar que si acaso entre nosotros había algún enemigo, habría de ser otro diferente a aquel que teníamos enfrente. Volteé mi rifle y eché unos cuantos tiros para las ventanas del hotel Iberia, ¿quién quita y algún tiro se fuera a meter en la cabeza colorada del gachupín don Julián!

El tiroteo estaba nutrido por todas partes.

Recorría el viejito general Lojero todos los puntos, seguido por unos oficiales del Estado Mayor y por una escolta de caballería; iba en su caballo muy tranquilo, como si aquello no tuviera mucha importancia. Todos estábamos en nuestros puestos bien atrincherados y con bastante parque para resistir. Se peleaba al mismo tiempo en el cerro de la Cruz, en el cuartel, en toda la línea del Tajo del Coyote, en La Alameda y en el rumbo de la estación; el agarrón era parejo por todas partes, pues era mucho el enemigo que nos atacaba; los Amarillos, al galope, recorrían las calles, reforzando los lugares en que hacía más falta su ayuda.

Yo notaba a nuestro capitán Salas temeroso, como siempre, pero también como siempre, cumpliendo como bueno; era seguro

que en medio del combate pensaba en su familia. El teniente Bruno Gloria y el subteniente Pedro Rodríguez, animosos y valientes; todos los de la tropa decididos y con ganas.

Era una balacera cerrada que no paraba ni un instante; se conocía que los revolucionarios estaban decididos a entrar en la plaza en esa misma noche, según se apreciaba el empuje que traían.

Toda la tarde se peleó muy duro y se nos echó la noche encima; habían cortado la luz eléctrica y estaba todo en la más completa oscuridad. Aquello era imponente, nomás fogonazos por todas partes y un estruendo como si estuviera desatada una gran tempestad.

La noche es una oportunidad en los combates, porque se puede hacer mucho entre las tinieblas, pero también se puede perder todo; no se sabe, bien a bien, en qué terreno se pisa, se presta a las confusiones y en un momento puede uno hacer pedazos a los mismos compañeros, confundiéndolos con el enemigo. De noche también, el peligro se ve más grande y se encoge más el cuerpo, ante el temor de lo que no se ve a las claras.

Como era de esperarse, el enemigo aprovechó las sombras de la noche para metérsenos entre las casas; ésa, seguramente, era su tirada. Apenas entrada la noche, comenzamos a sentir fuego por nuestra retaguardia, los que estábamos en lo alto del cerro; los rebeldes se habían metido por el jacalerío de la falda del cerro, por el lado de la población; es decir, nos cortaban de nuestros compañeros de la plaza. Era de urgencia retirarnos de allí, porque nos iban a agarrar a todos los defensores, entre dos fuegos.

A nuestra sección le tocó echárseles encima. Nos remuniamos y bajamos del cerro haciendo fuego muy nutrido sobre los jacales de la falda, sin saber con certeza a quiénes les tirábamos, pues nada se veía. Como se les ocurriera meterse en

esos momentos por allí a los Amarillos se iban a acabar todos, muertos por nuestras manos.

Ante el temor de que pudiera haber confusión y para no perder el contacto entre nosotros, entre disparo y disparo, gritábamos vivas al Supremo Gobierno; ellos nos echaban maldiciones y vitoreaban a Madero. Pesado estuvo aquello: peleábamos entre los jacales a diez metros de distancia unos y otros y a ratos hasta más cerca. Matamos a muchos y también de nosotros nos tiraron a varios; puede ser que también haya caído mucha gente pacífica, porque las balas de los máuseres atravesaban las paredes de los jacales y de seguro les dieron a los que estaban adentro. Ni modo de saber cuál era enemigo y cuál no.

Cerca de la medianoche sería, cuando logramos desalojarlos y ponernos en comunicación con la gente de nosotros. Supimos entonces que algo por el mismo estilo, estaba ocurriendo por el rumbo de La Alameda; que ya había enemigo en muchas de las azoteas de las casas, metido adentro de nuestras líneas, y que la cosa se estaba poniendo fea para nosotros; recibimos orden de no abandonar por nada el cerro de la Cruz, que era la posición más fuerte que tenía la plaza.

Se peleó toda la noche muy duro; el fuego no paró ni un solo momento, tirando todos a la buena de Dios, pues nadie alcanzaba a ver nada en aquella espantosa oscuridad.

Todos queríamos, con toda el alma, que amaneciera para darnos cuenta cabal de nuestra situación. ¡Qué pesados son los combates entre las tinieblas, sólo quien los ha sufrido, sabe lo que es eso!

La claridad del día nos trajo una poca de tranquilidad; por lo menos podíamos ver con quién teníamos que entendernos. Habíamos perdido terreno y bastante gente entre muertos y heridos,

pero podíamos defendernos mejor. El fuego aminoró, como si unos y otros estuviéramos rendidos de cansancio.

Con la luz del día, empezamos a darnos cuenta de quiénes nos faltaban. Los comentarios se hacían de prisa, sin dejar de atender el fusil.

—Al subteniente Rodríguez se lo echaron de un tiro en la cabeza.

—Al indio Calequi también le tocó.

—El capitán segundo no aparece.

La falda del cerro estaba sembrada de muertos de unos y otros, y nomás blanqueaban los uniformes de la tropa federal o la ropa de manta de los revoltosos; parecía aquello como si fuera un tendedero de prendas de vestir, que se hubieran echado al suelo para secarlas al sol.

Todos los cerros, desde los del cañón del Huarache, hasta los de enfrente de La Metalúrgica, estaban en poder de los rebeldes; sólo teníamos nosotros el cerro de la Cruz. Por el lado de enfrente, habían agarrado los bordos del Tajo del Coyote y también, muchas de las casas del rumbo de La Alameda. Es decir, que estábamos más apretados en el cerco que nos habían puesto; la noche les había favorecido a ellos.

Los valientes Amarillos seguían recorriendo los puntos al tranco de sus caballos, cansados ya por la traqueteada que estaban soportando; faltaban ya muchos de aquellos hombres y algunos andaban heridos por rozones de balas, pero todavía muy enteros en el combate.

No paraba el fragor de la batalla. Había momentos en que disminuía el tiroteo nutrido, como si se resintiera el cansancio y en ratos se recrudecía la contienda, como si al mismo tiempo se levantara el ánimo de los dos bandos, después de un resuello, y quisiéramos todos acabar de una buena vez con todo.

Ni quien pensara en comer, ni mucho menos en levantar el campo. Montones de casquillos vacíos estaban regados por el suelo; “peines” de ametralladora y cajas de madera, abiertas a culatazos. Parecía el combate como oleada de viento, que de rato en rato alborotara la jicotera. A veces, se apaciguaba el estruendo y sólo quedaban tiritos aislados, que parecía que no habían de hacer nada, pero, ¡qué seguros eran! Ésos eran los que mataban o los que herían; eran los disparos de los cazadores de venados o de los tiradores al blanco; bien apuntados, con calma, con precisión; pausados como relojes y seguros como piquetes de avispa.

También nosotros hacíamos nuestros blancos en vías de entretenimiento: Jesús Villegas se dio cuenta de que a unos cien pasos de nosotros, cuesta abajo, con dirección al camposanto, un herido rebelde, abandonado por los suyos, se movía, con el ánimo seguro de ocultarse mejor, en espera de salvar la vida escapando de aquella lluvia de balas.

—Mira —me dijo—, cuánto vas a que le pego a aquél, en la mera cabeza.

—Tú siempre fuiste amargoso para el tiro al blanco.

—Al blanco sí, pero esto es diferente, éste está reteprieto.

—¡A ver!

—Ora lo verás.

El herido movía un brazo tratando de empujar su cuerpo. Apuntó despacio Jesús y apretó el gatillo; la bala fue a levantar polvo adelante del caído.

—¿Quiubo?

—Le jerré tantito, pero del otro no se me escapa.

Volvió a apuntar con más cuidado y en esa vez sí le atinó, pues el brazo aquel ya no se movió más.

—Ora sí le pegaste.

—Quién sabe, a la mejor se está haciendo el muerto. Le disparó todo un cargador por las dudas.

—Ora te apuesto un día de haber a que mato al primero que salga por aquella calle de allí, de La Constancia, sea quien sea.

—¿Aunque sea mujer?

—Lo que fuere. Si no mato al primer tiro, pierdo.

—¡Zas!

Estuvo tanteando con su rifle tendido hacia la calle solitaria.

Pasó un buen rato.

Por fin, salió un individuo: un hombre chaparrito o algún muchacho; no se veía bien, por la distancia.

Apuntó con tranquilidad y dobló al cristiano de un tiro. Quién sabe quién sería: rebelde o pacífico, viejo o muchacho; treinta y siete centavos de un día de haber costó aquella vida.

—Ora otro día de haber, a que no le metes un tiro al cabo Aguirre, que está allí cerquita.

—¡Ai si no!, porque me tuestan; pero si me la haces buena para la noche, juega.

—¡Juega!

Un tiro de los rebeldes pegó en el mero nueve del chacó del otro Villegas y se lo tiró al suelo; tres dedos más abajo y allí se muere.

—¡Hijos de la tiznada!, ya me agujerearon mi sombrero; ora cuando llueva me voy a mojar.

No le tocó a Eulalio Villegas en esa ocasión, pero a otro compañero de la tercera sección le atinaron un pelotazo en un ojo. Era bala expansiva y la cabeza le quedó hecha un asco: sesos revueltos con pelos de la cabeza y con dientes. Lueguito le echamos tierra a aquello para no ver más aquel horror.

Todo el día batallamos en empujes y repliegues. Las dos ametralladoras no paraban de sonar.

A las tres de la tarde, en medio de un solazo quemador, se recrudeció el combate, como si ya se fuera a acabar aquello.

Poco había de faltar.

Más polvaredas se divisaban a lo lejos, de fuerzas que habían de ser más gente del enemigo, que llegaban en auxilio de los suyos.

La tarde iba cayendo y el combate seguía con la misma fuerza con que había comenzado desde el día anterior.

El capitán nos decía:

—Muchachos, no se desanimen; de un momento a otro ha de llegar el refuerzo y entonces es la nuestra.

Refuerzo sí, pero para los otros.

Apenas oscureció, llegó, con miles de precauciones y de trabajos, un oficial de órdenes, y estuvo hablando largo rato con el capitán. Los dos vieron sus relojes y se conoce que los igualaron en la misma hora. Se volvió a ir con las mismas precauciones con que había llegado.

El capitán estaba preocupado seguro por lo que le había dicho el ayudante; algo grave íbamos a hacer. Nunca había yo visto tan triste a mi capitán como en aquel momento; yo hubiera querido darle el ánimo que teníamos los que éramos más muchachos que él y que veíamos la vida como cualquier cosa.

Cerró la noche. Iba lo bueno; aquello se tenía que terminar forzosamente, por angas o por mangas.

Fue por mangas; el capitán había recibido la orden de evacuar el punto a las diez de la noche; la misma orden tenían todos los demás comandantes de líneas y de puestos, así nos lo dijo el capitán.

—Muchachos, el parque está para agotarse ya; no habría de alcanzarnos para resistir durante el día de mañana. Vamos a evacuar la plaza; ya volveremos después, con buenos refuerzos, a recuperarla. Municiónense lo más que puedan; retaquen las cananas y las cartucheras y cíñanse en el cuerpo las de los que han muerto. Procuren que no se quede ninguna arma en buen estado que pueda utilizar el enemigo; agarren los fusiles que ya no tienen dueño y quítenles los cerrojos y entiérrenlos, después de haber embalado los cañones, disparando contra las piedras o como Dios les dé a entender. A las diez en punto dejamos el cerro y buscamos la salida; que no se vaya a quedar ninguno, porque es seguro que se va a morir.

Lo hicimos todo como se nos ordenó. Nos abastecimos bien de parque y todavía quedó mucho, que no podíamos ya cargar.

A las nueve de la noche, era un solo tronido el disparo sin parar, de nuestras armas. Se trataba de gastar, lo más que se pudiera, las municiones, para dejar lo menos posible, y también de sorprender al enemigo con un fuego muy nutrido para preparar la evacuación. Era un infierno aquello a esa hora; la noche estaba oscura y buena para la escapada.

Cuando fueron las diez, el capitán nos dijo:

—Llegó la hora muchachos; la más peligrosa. Algunos podemos caer, pero los demás se salvarán. Que Dios nos ayude, ¡vámonos! Cadena de tiradores, no se amontonen y tengan calma, la noche es nuestra compañera y nos ayudará bien. ¡Adelante!

Hicimos hilo; por delante iba la ametralladora desarmada y aparcada en una mula; después, las otras bestias con los cofres del parque; más atrás, todos los que quedábamos; el capitán en medio de la tropa y junto a él, su asistente, Gregorio Pérez.



Estoy seguro de que todos sentíamos temor.

En un momento bajamos hasta las casas y nos metimos por la calle larga y derecha que le dicen Avenida Hidalgo. Íbamos por las banquetas de la calle casi sin hacer ruido, sin disparar las armas, pero listos para repeler cualquier ataque; queríamos avanzar lo más posible sin que nos sintieran. El punto de salida era por La Metalúrgica, en donde se estaba oyendo muy fuerte el tiroteo. Era, seguramente, la que iba a ser vanguardia, que ya se estaba abriendo paso, por entre las líneas de los revolucionarios. Las casas nos protegían y sólo las bocacalles, que eran chiflones de balas, las pasábamos a todo correr.

Dicen que el miedo no anda en burros y así, pues, íbamos bastante aprisa.

En un momento llegamos a las orillas de Torreón y entramos en fuego para forzar la salida.

Nunca en mi vida he visto la muerte tan de cerca. Era aquello algo como un derrumbadero, en que caían los hombres como si de pronto se tropezaran para no levantarse. Una balacera como nunca lo hubiera podido pensar siquiera. Fuego nutridísimo por todas partes, un camino marcado por fogonazos en la oscuridad de la noche y los hombres doblándose o corriendo en ansias de salvación. Fue nomás un momento, pero, ¡qué momento!; para muchos el último de su vida y para los que quedaban, una marca de esas que no se han de borrar en toda la existencia.

Pasábamos por sobre los muertos, pisando a los heridos y atentos sólo a escapar de aquel fuego terrible.

Si alguna vez se acaba el mundo, lo que suceda ha de ser algo así como lo que pasamos entonces.

A los pocos minutos estábamos ya al otro lado del cerco, los que salimos con vida; los rebeldes, aglomerados en gran número, seguían disparando sobre los que les tocaba pasar por aquel portillo infernal y no se ocupaban por el momento de los que ya habíamos pasado.

—¡El que salió, salió; y el que venga atrás, que salga como pueda! Cada uno para su santo y Dios con todos.

No existía ya ninguna formación ni mando alguno; se trataba nomás de salir de la quema y de ganar terreno; era aquello de ¡sálvese el que pueda!, la derrota con todo su horror.

Íbamos al paso veloz; más bien a la carrera, como un rebaño de cabras correteadas por los lobos.

En un momento se quedaron atrás las casas de Torreón, y el fragor del combate se iba aminorando con la distancia. Lo que no habíamos perdido de gente en los días de combatir, con seguridad que la habíamos dejado tirada a la salida.

El temor a la persecución nos hacía caminar de prisa, pero el cansancio nos iba dominando. Cuando ya consideramos que estábamos a salvo, fuera del tiro del enemigo, seguimos caminando al paso natural.

Mi vieja herida de la pierna me empezó a doler; ¡nada más eso me faltaba para acabarla de amolar, cuando ya estaba casi a salvo de lo peor!

En medio de aquella oscuridad, parecía como si renaciera el ánimo y el gusto por la vida; nos buscábamos unos a otros dando gritos:

—¡Esos del Noveno, no se desperdigen!

—Por acá, Pelones, ¡sigan los rieles de la vía!

—¡Júntense todos, por las dudas, quién sabe lo que pueda todavía venir!

—¡Teodomiroooo!

—¡Régulo!, ¿dónde estás?

—¡Sifuentes!

—¡Aquí voy!

—¡Espérate!

—¿Quién es el que me grita?

—Carmona: ¡espérame!

Era mi compadre, que había salido con bien. Me detuve a esperarlo; me pareció que iba herido, pues renqueaba al caminar.

—¿Qué te pasó?

—Un tiro en el cuadril, pero creo que no es gran cosa.

—¿Y los demás?

—A Jesús Villegas lo vide caer en la refriega. Eulalio ai va, más adelante. ¿Sabes a quién también le tocó?

—¿A quién?

—Al cabo Aguirre; cayó redondito.

—¿Quién lo mataría?

—¡A saber quién! Ni modo que un rayo.

—No; porque yo tenía una apuesta con Jesús Villegas, a que él se lo iba a echar.

—Ni tiempo ha de haber tenido; bastante haría él para atravesar aquello.

—Mira quién va ai.

—¿Quién?

—Una vieja, ¡jálala!

—¡Oiga!

—¿Qué quiere?; no me jalonee, que voy de prisa.

—¡Quién se ocupa de usted!, ¿dónde están las demás mujeres?

—Por ai vienen atrás, todas regadas. Suélteme, que voy a buscar a mi viejo.

—¿Oíste? —me dijo Carmona— las mujeres también se salieron; ¡qué machas son! Vámonos deteniendo a esperar a las nuestras.

—¡A ver si no les tocó morirse!

—Dios haya querido que no.

Nos paramos y empezamos a gritar:

—¡Juanaaaa!, ¡Juanaa!, acá estoy.

—¡Chata Micaelaaa!, por aquí, vente.

Gritábamos mi compadre y yo, de rato en rato, y pelábamos los ojos con ganas de taladrar la oscuridad y encontrar a nuestras mujeres.

Seguían pasando soldados dispersos. Allá a lo lejos se seguía oyendo el tiroteo, pero ya muy menguado en su fuerza.

Pasó un buen rato.

A cada mujer que pasaba, tratábamos de reconocerla, para ver si era alguna de las nuestras.

Adelante de nosotros, comenzaban ya a oírse los silbatos de los oficiales que trataban de reunir a la gente.

—¿Qué hacemos, seguimos o no?

—Espérate otro rato, compadre, tengo ansia por mi chamaco. A lo lejos se iba perdiendo ya el ruido de nuestros compañeros;

íbamos quedando solos los dos. Empecé a sentir otra vez miedo de que llegara el enemigo y acabara con nosotros.

Comenzó a esclarecer.

Después de mucho batallar, ya había yo convencido a mi compadre que siguiéramos adelante, cuando apareció la comadre Juana, con la criatura a cuestras en la espalda, amarrada con su rebozo.

Carmona dio un grito de contento.

—¿Ya ves? —me dijo lleno de gozo—, ya apareció mi familia. Y corrió a abrazarlos.

Lo que siguió fue más duro que el combate y que todo. Unas cuantas palabras nomás, y un dolor de esos que acaban con un hombre.

—¿Cómo les fue?

—Bien, me pude salir con la criatura, cuando aminoró la balacera. Ni guerra me ha dado el pobrecito; míralo nomás ai en mi espalda, puede que hasta se aiga dormido.

—¡A ver!

El niño estaba con la cabeza caída y las manos sueltas.

—¿Pero qué es esto?

—¡¡Qué!!

—¡Virgen Santa!

—¿Qué?

—¡Está muerto!

—¿Cómo?

—¡Muerto! ¡Mira nomás su cabecita, llena de sangre!

—¿Muerto? Lo mataron de un tiro... como si fuera un hombre...

—¡Hijos de la tiznada!...

Carmona estaba como loco; la mujer aterrada, y yo sentía como si se me quisiera salir el corazón del pecho y como si se me nublaran los ojos.

Besaba el padre a la criatura y apretaba su rifle con las manos, como si quisiera destrozarlo.

De pronto dio un grito; un grito muy grande como de un gigante herido en lo más hondo. Metió un cargador en la recámara de su fusil y echó a correr con rumbo a Torreón.

—¿A dónde vas?

—¡Párate!, ¿a dónde vas?

—¡A matar y a que me maten!

Y se perdió entre las sombras de la madrugada.

Quise seguirlo. Titubeé; era ir a la muerte seguro; a matarse inútilmente.

A lo lejos, con dirección a Jimulco, se oían apenas los silbatos de los oficiales tocando reunión. Atrás, hacia Torreón, a la distancia en que seguramente iría mi compadre buscando la muerte, se oyó un tiroteo.

Después reinó el silencio.

Mi comadre Juana, con su hijo muerto en la espalda, y yo, empezamos a caminar despacio por el terraplén del ferrocarril, sin decirnos palabra.

Comenzaba a salir el sol alegre.

## XV

Nos detuvimos todos los fugitivos en una hacienda que se llama Nazareno. En la casa grande se hizo el cuartel.

Al pie de un montecito, cerca del caserío, con mi marrazo hice un hoyo hondo y allí enterramos a la: criatura, a aquel Juanito que habíamos bautizado en el cuartel de Monterrey. Mi comadre lo acostó en el fondo con mucho cuidado, como si estuviera dormido y no quisiera espantarle el último sueño. Lo arrojamos con la tierra, muy despacio al principio, como para no hacerle daño; después con furia, con mucha tierra apisonada, para que no pudieran escarbar los coyotes y se fueran a comer aquellos despojos. Encima de la sepultura del angelito le pusimos una cruz de ramas frescas de mezquite, unas gobernadoras y las pocas flores amarillas que allí encontramos.

Ya sin el peso en la espalda, mi comadre me abrazó y rompió a llorar con mucha amargura; yo nomás la veía y hubiera querido darle algún consuelo con palabras cariñosas, pero nada se me ocurría; un nudo se atravesaba en mi garganta, que me impedía hablar. Llegamos a un jacal; un perro alborotado no cesaba de ladrar. Le pedí un trago de agua y algo de comer por caridad, a la mujer que salió a indagar qué era lo que buscábamos.

No había tomado bocado yo desde hacía más de veinticuatro horas; tampoco sentía ya el hambre, nomás un desconsuelo que no acertaba siquiera a definir. Sentados en el suelo, nos comimos los dos aquel taco de tortillas con frijoles que nos dieron, sin decir ni una sola palabra. Cuando las penas son grandes, mejor se calla la boca.

Después nos fuimos a meter en la casa de la hacienda. Era aquel patio una revoltura de soldados y paisanos, de caballos de oficiales y mulas con parque. No existía allí ningún orden y parecía como si fuéramos ya todos libres, sin jefes y sin clases. ¡Ventajas de la derrota, que nos daba libertad!

Cada quien hacía lo que le parecía mejor: unos estaban tirados en el suelo, rendidos de fatiga; otros, sentados, acariciaban a sus viejas. En un rincón, Gregorio Pérez, el asistente del capitán Salas, atendía a un herido; nos acercamos a verlo.

Era el pobre capitán Salas el que estaba tirado, con un tiro en la mitad del pecho. Su asistente no hallaba qué hacer; no se le había ocurrido más que arrimar una montura y ponérsela de cabecera al enfermo, desabotonarle la guerrera y romperle la ropa interior para que estuviera con más comodidad. Con la presencia de nosotros dos, tomó ánimos Gregorio Pérez.

—No sé ni qué pudiera hacer con mi capitán. Tiene un tiro bien dado; la bala no le salió. Por todo el camino se me desangró

mucho; miren nomás cómo traigo la espalda. ¡Y dónde que pesa mucho!; ya sacaba yo la lengua. ¿Qué les parece?, ¡qué buena friega nos dieron!, ¿o no?

—¿Bueno, y qué le has hecho?, ¿qué le has dado?

—Pues nada; yo no entiendo de heridas. Si fuera siquiera alguna torcedura, sí podría hacerle algo. El médico quién sabe dónde jijos estará; lo he buscado por todas partes y ni sus luces. Se me está ocurriendo ir a buscar por ai tantito yodo y unas vendas. Ai se los encargo, orita vengo.

Ya se iba cuando el capitán, que estaba como adormecido, abrió los ojos y dijo:

—Gregorio, no te vayas.

—Voy a buscar tantito yodo, mi capitán.

—¿Para qué quieres el yodo?

—Para curar a usted, mi capitán.

—Déjate de todo eso. Esto no tiene remedio, me voy a ir de aquí a un ratito; yo entiendo bien de heridas y sé lo que tengo. Mejor quédate para hablar contigo mientras tenga todavía alientos. ¿No hay por allí algún oficial de la compañía o algún jefe?

—Sí ha de haber, ¡cómo no! Voy a buscarlos.

—No; no vale ya la pena, ¿para qué?

—Como usted lo ordene.

—Mira: esto ya se acabó, por lo menos para mí. Dentro de un momento se me ha de nublar la vista y se me ha de entorpecer la lengua; ha de llegar el silencio de todo. Óyeme bien y no me digas nada, porque el tiempo se viene encima. Cuando puedas, cuando ya no haya peligro, vete a Torreón, busca a mi familia y diles que aquí me quedé; que mi pensamiento estuvo con ellos siempre. Dile a mi mujer que quiero que el niño no vaya a ser



soldado de grande; que sea cualquier otra cosa, menos soldado; que a las niñas las cuide mucho, pues con ellas tendrá un refugio en su vejez. Que cuánta razón tuvo en los consejos que me daba; que ahorita me acuerdo muy bien de todo lo que hablamos. No se te olvide; recuérdalo bien. Tú has sido, Gregorio, mi último amigo, mi único amigo, yo siempre te quise en el fondo, y si alguna vez te hice algún daño, perdóname; te lo pide un hombre que está ya a las puertas de la muerte.

—Mi capitán...

—Déjame decir y no te conmuevas. Si puedes y quieres, si me has tenido tú también algún cariño, te voy a pedir un favor muy grande, ¿me lo podrás hacer?

—Mi capitán... mi capitán... Usted ordene y doy la vida.

—No llores. Te pido que cuides a mi familia; tú bien te das cuenta de lo desamparados que van a quedar. Vete con los míos cuando yo me haya muerto y cuídalas como si fueras su padre; como si fuera tu familia aquélla. Tú bien sabes que mis hijos te quieren mucho. Vive con ellos; juega con los niños como antes, como cuando yo estaba vivo. Viéndote a ti, estoy seguro de que se harán la cuenta de que no me he muerto. Cuídamelos, Gregorio, ¿me lo prometes?

—Mi capitán... ¿qué soy yo?, nadie. Mi vida es de usted y de los suyos. Le doy mi palabra.

—Con eso tengo y me voy tranquilo. Diles que si en el otro mundo algo puedo hacer por ellos, que no duden que lo haré... ¿No te lo decía?; ya se me comienza a nublar la vista. Dentro de muy poco voy a dejar de hablar, pero ya qué se le hace; ya te lo dije todo y parece mentira, me voy contento.

—Pero, qué fuerza es que se muera, mi capitán; anímese.

—¿Qué horas son?

—Cerca del mediodía.

—¿Hace sol?

—En toda su fuerza.

—Ya... no... lo veo...

—Mi capitán... mi capitán... mi capitán.

Tenía los ojos abiertos y la cara triste; respiraba ya con mucha dificultad.

—Ya entró en agonía —me dijo Juanita.

—Pobre capitán.

Al poco rato, comenzó a boquear.

El aire se iba saliendo poco a poco del cuerpo. La vida es aire que se vuelve al viento.

Juanita se hincó y se puso a rezar con mucho fervor. No duró mucho la agonía; se fue aquel hombre que había sido bueno.

En la tarde lo enterramos; quedó junto a Juanito, con una cruz más grande y mejor pulida.

A media tarde se vieron polvaredas por el lado de Torreón. Otra vez el enemigo.

Por propia conservación, casi sin mando, todos agarramos posiciones en las bardas de los corrales de adobe de la finca. Teníamos por delante un campo descubierto, muy bonito. Cuando los tuvimos a tiro, rompimos el fuego. No nos contestaron, dieron media vuelta y se fueron al galope. Todos pensamos que aquello no era sino una treta para jugarnos una mala pasada.

Convenía seguir caminando; así lo entendimos todos y emprendimos la marcha, apenas cerró la noche. Era casi el mismo desorden de por la mañana; cada quien por su cuenta, pero todos por el mismo camino, por todo el bordo del ferrocarril.

Conmigo iba Juanita; me había cogido de una mano, como para sentirse más consolada.

Íbamos al paso, sin prisa alguna; qué más daba quedarse a dormir en un lugar o en otro, si todos los sitios eran malos.

Caminamos como unas cinco leguas; era ya medianoche y nos sentíamos cansados. En un arenalito blando, nos sentamos primero y nos acostamos después. Las estrellas parpadeaban como si fueran ojos que nos estuvieran haciendo señas; los grillos cantaban por todas partes y la noche era oscura como si estuviera vestida de luto. El sueño nos venció. A la madrugada, el frío nos empujó a juntar nuestros cuerpos para buscar calor a falta de cobijas. Nuestras bocas se encontraron en un beso y quedamos unidos fuertemente.

Las estrellas guiñaban sus ojos con malicia y la noche, como si fuera una sábana pudorosa, nos tapaba.

Con la fresca de la mañana seguimos nuestro viaje. Estábamos ya, como decía la tropa, “arrejuntados”; los muertos a la tierra y los vivos a seguir la vida; así es el mundo.

—¿Por qué no te desertas ora que hay modo? Ya basta de esta perra vida.

—¿Para qué?, ¿para que me maten unos u otros?

—Nos vamos a mi tierra, a México o a Pachuca. Mira: ni siquiera te han de echar de menos; pueden creer que te mataron, ¿quién lo va a saber? ¿No te gustaría mejor trabajar por ai en cualquier cosa? A mí nunca me ha gustado esto y menos ahora con lo que he pasado.

—Bueno, sí; a mí tampoco me gusta; pero, ¿cómo le hacemos?

—Pues, mira; para que no le arriesgues, nos vamos caminando por aquí, por el mismo rumbo, despacio; como si fuéramos reza-gados. Si no hay modo de escapar, qué se le va a hacer; pero si se

puede, cuando pase ya el peligro, largas las armas y lo que te queda de uniforme y seguimos a pie hasta México; algún día hemos de llegar. ¡Ándale!, ¡ánimate! Los dos solitos y tranquilos, ¿no quieres?, o a poco suspiras por tu Chata Micaela.

—¿Yo?, cómo te vaya comparar a ti con ella. No sabes tú las ganas que yo te tenía.

—¿Entonces?...

—Arreglado. Que Dios nos ayude.

Íbamos caminando despacio, agarrados de la mano, sin ganas de llegar hasta los compañeros, pero tratando de huirle al enemigo que pudiera alcanzarnos. A veces, nos parábamos a descansar un poco o simplemente a platicar; ¡teníamos tanto que contarnos!

Caminábamos distraídos, casi pensando sólo en nosotros; una mujer nos alcanzó.

—¡Ábranse, que vengo herida! Volteamos sorprendidos.

—Mira quién viene aquí, Chonita.

—¿Quién?

—Chonita, la mujer de Gregorio Pérez, el asistente del capitán Salas; nuestra compañera, ¿no te acuerdas de ella?

Era ella que llegaba echando el alma de cansancio.

—¡Chonita!, ¿eres tú? —le dijo Juanita.

—¡Ábranse, que vengo herida! Me apresuré yo a agarrarla.

—¡Párese!, a ver, ¿en dónde la hirieron?, ¿le tocó algún trancazo en la refriega?

—No —me contestó—, no fue en la refriega; fue entre la refriega y el ombligo; aquí, en el mero cuadril. Creo que nomás es un rozón; pero no pude seguirlos la misma noche y me tuve que quedar allá todo el día. ¡De buena se escaparon, cómo está aquello!

—Siéntese, a ver; cuéntenos.

—¿Dónde está mi viejo, mi Gregorio?

—Está bueno; ahí va adelante.

—¿Entonces, todavía no soy viuda?

—Todavía no, quién sabe más adelante.

—A lo mejor el muy desgraciado ya se estará creyendo libre.

—Ni lo creas, con lo apesadumbrado que está.

—¿Por qué, pues?

—Mataron al capitán; se murió en sus brazos.

—¡Virgen Santísima!, mira nomás; hijos de... ¿Dónde mero le dieron?, a ver, cuéntenme. ¿Y tú, por qué estás sola?, ¿qué pasó con Carmona?, ¿el chamaco?

Tuvimos que contarle todo. Ella después nos dijo lo que sabía.

—No cuente usted ya con la Chata Micaela; allí andaba: celebrando el triunfo montada en la cabeza de la silla de un rebelde.

¡Pobre caballo con tanto peso encima! Porque la Chata está gordita, ¿o no? Usted lo ha de saber bien. Cambió chaqueta la muy jija. No era de ley. Vieran nomás cuántas atrocidades han hecho aquellas gentes, allá en Torreón. Hay un saqueo allí, que da gusto: pianos en las calles, camas de latón, piezas de manta, pares de zapatos, chalinas. Yo creo que por eso se quedó la Chata; ora es cuando se va a hacer de rebozo nuevo. No ha quedado una tienda en buenas condiciones, y ¡tan buen comercio que había! Ya no queda nada; bueno sí, quedan los almacenes. ¡Buenos para la rateada!, quién lo iba a pensar.

“Y no nomás es eso; han hecho una matazón que da horror. Los pobres chinos son los que han pagado el pato. Tienen la creencia que todos ellos, los que tenían hortalizas en las afueras, estaban armados para defender el pueblo, y con ese cuento se pusieron a matar a los pobres chales. Los sacaban, arrastrando de las trenzas, de sus hortalizas o de sus lavanderías y en la mitad de la calle los mataban a tiros

y a puñaladas. ¿Se acuerdan del Banco Chino? Tiene tres pisos; pues cuando los pobres que estaban allí dentro se dieron cuenta de la furia de los maderistas, se escondieron a toda prisa en el último piso, y hasta allá subió a buscarlos una turba de desalmados; los agarraron de los cabellos y los aventaron por las ventanas hasta el suelo de la calle. Hay ahorita en Torreón más chinos muertos que soldados federales. En mi vida hubiera yo podido pensar en tanto horror. Algunos corrían desesperados por las calles, tratando de escapar y gritando en su idioma quién sabe qué cosas raras; detrás de ellos, todo el peladaje, eso sí, muy llenos de escapularios y de santos, los doblaban a tiros. Dicen que los españoles están muy temerosos, con miedo de que les pueda pasar una cosa igual. Ora es cuando todo el pueblo echa de menos a los federales con aquel desorden. Los burdeles están llenos de latro-facciosos y las güilas no se dan abasto; por cierto que toda esa bola de gorriones ni traen nada de dinero, andan viendo nomás a ver qué agarran. Hay una borrachera que para qué les cuento; por eso a ustedes no les hicieron nada ayer los que salieron a perseguirlos, porque todos los que venían no estaban en su juicio y pensaron seguro que estaban mejor allí en Torreón, que andando por acá, con el riesgo de doblar el pico. Y es un hervidero; yo no sé de dónde salió tanto desgraciado; con razón entraron, si son un diablal de gente”.

—¿Y qué cuentan ellos?

—Dicen que no van a dejar a un solo pelón ni para remedio. Bueno, pero vámonos, que yo tengo ganas de alcanzar a mi viejo.

Continuamos la marcha; yo comencé a renguear como si me doliera la pierna herida, lo que hizo que Chonita se aburriera de ir tan despacio y se adelantara a nosotros.

Iba yo pensando en otra vida nueva, en pueblos diferentes, en Pachuca, en México...

## Segunda parte

### I

Dicen que todo cuanto le pasa a uno se encuentra escrito; será cierto o no, pero el caso es que mi sino era seguir siendo soldado y seguir marcando el paso. Ya parecía que me iba escapando, que iba a poder ser posible dejar el chacó y el fusil, pero las cosas se pusieron de modo que no hubo más remedio que seguir la carrera.

Desde aquella triste jornada de Torreón, ha pasado ya cerca de un año y medio. Con ser tan largo ese tiempo, para el que tiene que soportar las malas pasadas de la vida militar, para mí ha sido la mejor época que he podido tener.

En nada se parece esta vida a aquella de al principio, en que me engancharon de leva en el Noveno Batallón; no quiere decir esto que el Veinticuatro Batallón, al que ahora pertenezco, sea mejor que el otro, ni que el trato que recibe la tropa sea diferente al que les den en los demás cuerpos del ejército; en todas partes ha de ser igual, porque ésa es la costumbre y hasta llego a creer que si no fuera así, puede que no hubiera ejército. No; no han de ser diferentes los cabos, sargentos y oficiales de este batallón a los del Noveno, lo que pasa es que yo he tenido la suerte de no tener que soportarlos. Soy asistente de un jefe y me la paso muy regaladamente.

El tiempo que ha transcurrido me parece un soplo y mi deseo más grande sería el poder seguir tal y como me encuentro, hasta llegar al final de los cinco irremediables años del “tiempo de mi empeño”.

La suerte me socorrió cuando tuve el pensamiento de desertarme —después de la toma de Torreón por los revolucionarios maderistas—, entusiasmado por mi nuevo amor y por la esperanza

de poder aprovechar la oportunidad de la guerra y largarme a otra tierra lejana, a trabajar en lo que me saliera al paso:

Todo aquello lo tengo muy presente.

Ya habían pasado varios días de lo de Torreón, y mi nueva vieja y yo seguíamos caminando por toda la vía del ferrocarril, con dirección a México; nos habíamos rezagado intencionalmente del grueso de los compañeros, que iban muy adelante, o que tal vez ya hasta habrían torcido por algún otro camino, o se habrían embarcado en algún tren que hubieran encontrado o que les hubieran mandado para levantarlos.

Me consideraba ya casi a salvo y estaba con ganas de tirar en cualquier chaparral las prendas militares, cuando una madrugada se detuvo un tren militar en la estacioncita en que nos habíamos quedado a dormir aquella noche. Se habían parado para que la máquina tomara agua; iba el tren atestado de tropa.

Por mi desgracia, dio conmigo un oficial que se había bajado a recorrer el convoy; yo estaba todavía dormido y me despertó a patadas y echando ajos y cebollas.

Salí del sueño real y de aquel otro que me había ya formado en la imaginación de dejar de ser soldado.

—Soy del Noveno Batallón, mi teniente; me pude escapar de la quema de Torreón y aquí voy chorreando, siguiendo a los míos, que han de ir por delante.

—¡Del Noveno! Estás muy tarugo tú para que me engañes.

—Es la mera verdad, mi teniente; vea usted los números de mi chacó y en la cartuchera.

—¡Del Noveno!; no cabe duda que eres un águila, pero yo ya tengo el colmillo grande. ¿Qué dijiste; nomás volteo el seis para abajo y ya es nueve? ¿No?



Imposible hacerle creer la verdad; para él y para los demás jefes y oficiales, era yo del Sexto y quería pelarme. Aquel tren, precisamente, llevaba al Sexto de infantería con destino a México; volvían de Chihuahua y a su paso por Torreón, después de ya firmada la paz en Ciudad Juárez, se habían amotinado aprovechando una fiesta en que se juntaron todos los oficiales federales y los maderistas, y en la ocasión en que Benjamín Argumedo, con su gente borracha, trató de atacar el cuartel en que estaban alojados. La juanada, casi todos reclutas, se habían aprovechado de aquella para querer pelarse en bola y muchos lograr escapar. Los maderistas tuvieron que auxiliar a los oficiales para meter el orden y desarmar a todo el batallón. Habían quemado todos los papeles del detall y era aquella una bola de todos los diablos; allí no obedecían a nadie y a la fuerza, con auxilio de los maderistas, los habían embarcado en aquel tren y los llevaban a México a reorganizarlos o a refundirlos en otros cuerpos. Como todos los soldados son iguales y no había modo de probar lo que yo decía, entré a formar parte de la bola aquella. ¡Qué iba yo a hacer sino conformarme con mi suerte! Siquiera me iría a tocar cambiar de aires y de paso, conocer a la mentada capital de la República.

Aquello era un desbarajuste enorme; toda la tropa desarmada; ni quién le hiciera caso a cabos ni a sargentos, ni a oficiales; la mariguana y el mezcal rolaban por todas partes; la oficialidad y los jefes estaban temerosos y no hacían más que consecuentar a la tropa, en espera de llegar a alguna población en que tuvieran algún respaldo para poder obrar.

Sería porque iba armado y bien municionado o porque tenía cara de más obediente, tuve la suerte de caerle bien a un mayor y me ordenó que me quedara como su asistente. Más que de ordenanza le serví yo, en aquel entonces, para cuidarle las espaldas.

Temía y con razón, que le fueran a dar un golpe, alguno de los de la tropa alebrestada.

Me cayó aquello como anillo al dedo, pero tenía siempre el temorcillo de que se aclararan las cosas y me mandaran a mi cuerpo. Cuando tuve una poca de confianza con mi jefe, le insistía yo en mi dicho:

—Mi mayor, yo pertenezco al Noveno, que antes estaba en Monterrey y que nos pegaron en Torreón, el mero día de San Isidro.

—Tú eres del Sexto.

—Soy del Noveno, mi mayor.

—Tú eres del Sexto; te conviene a ti más y a mí también. ¿De dónde eres, dónde naciste?

—Soy de La Laguna.

—Magnífico; me gusta más la gente del norte que toda esta bola de indios. ¿No te gusta ser mi asistente?

—¡Cómo no, mi mayor!

—Entonces cállate ya y deja venir las cosas. Así fue como mejoré mi condición.

Mientras el tren en que viajábamos hacía el recorrido hasta México, pude enterarme de muchas cosas: que aquel Sexto Batallón que antes de la revolución estuvo de guarnición en Querétaro, lo habían hecho casi pedazos los rebeldes de Chihuahua, en el cañón de Malpaso; allí habían matado a su coronel Guzmán y herido al teniente coronel Vallejo y al mayor Alessio Robles, y había habido muchísimas bajas. Que con la toma de Ciudad Juárez por los revolucionarios, se había firmado la paz y don Porfirio Díaz había dejado el poder y se había embarcado para Europa. Que había un nuevo presidente, que se llamaba León de la Barra, pero que el mero bueno era el chaparrito don Francisco I. Madero, ¡quién se lo iba a decir!

A mí me dieron mucho gusto aquellas noticias porque les veía el lado bueno para mí.

“Si ya ganaron los revolucionarios —pensaba yo—, son ellos los que van a formar ahora el ejército y a nosotros, los Pelones, nos van a echar a patadas para la calle. No nos han de tragar y apenas tienen razón, nosotros haríamos lo mismo. De suerte que apenas lleguemos a México, nos dan nuestro pasaporte y se acabó cargar el máuser y la mochila.”

Eso pensaba yo al principio, pero pronto me convencí de que todo era al revés: a nosotros no nos licenciaron, al contrario, nos apergollaron más; y a los que mandaron a sus casas fue a los que se creían vencedores, a los maderistas. Les dieron cuarenta pesos a cada uno de los que no cayeron en los combates, les quitaron sus carabinas y sus caballos y creo que ni las gracias les dieron. Todos los licenciados iban echando lumbre, pues creíanse ya con derecho a todo. A los que les fue mejor los metieron a formar cuerpos rurales, pero sin darles uniformes ni armas nuevas y poniéndolos en los lugares en que no hubiera guarniciones federales.

Nuestros jefes y oficiales no tragaban a aquellas gentes; no les cabía en la cabeza que cualquier pelado sin escuela, de pronto, anduviera presumiendo por ahí, de capitán y hasta de coronel. Todas eran habladas y cuchufletas y en no pocas ocasiones se agarraban a los golpes y hasta llegaba a haber muertos y heridos, como en la misma campaña que acababa de pasar.

En Puebla, les dio una llegada muy buena el famoso Veintinueve Batallón del coronel Blanquet, a una bola de maderistas que estaban en la plaza de toros; se dieron gusto matando allí. En Cuernavaca, Morelos, también se agarraron otros compañeros con la gente de un cabecilla Zapata. En las calles, ni se diga; siempre

había diferencias entre los oficiales de un lado y otro. Y nosotros, la juanada, veíamos venir los golpes duros de un día u otro; todo era cuestión de que así lo determinaran los de arriba.

Cuando llegamos a México, al Sexto lo reorganizaron y a toda la tropa insubordinada la refundieron en otros cuerpos, y a mí y a mi jefe, el mayor Fernando Acuña, nos destinaron al Veinticuatro Batallón, que estaba de guarnición allí, en la capital.

Mi vida era otra muy diferente de la anterior; no tenía obligación de ir al cuartel de San Pedro y San Pablo, en donde se alojaba el batallón, más que a hacerme presente en las listas de las seis de la tarde o en la mañana a recibir el haber, y en los días de las revistas de equipo y armamento o en las de comisario de cada mes; de ahí en más, me la pasaba yo en la casa de la familia de mi jefe, que vivía en la colonia de Santa María la Ribera, haciendo los mandados que se les ofrecían a las señoras, o cuidando y entreteniendo a los dos niños que me habían tomado cariño, porque jugaba con ellos, haciéndolos pasar el tiempo muy a su gusto.

Tuve la oportunidad de conocer a México y sentía el gusto de andar libre por las calles. Ni ganas sentía ya de dejar de ser soldado. Buena comida, un cuarto para dormir con mi vieja y uno que otro tostoncillo, de vez en cuando, además del haber, que también ya nos lo habían aumentado. Me ingeniaba yo siempre por acomodarme en todo, para no ir a perder aquel hueso tan sabroso, que me había dado la suerte.

Así que pasó algún tiempo y me acomodé ya bien en mi nueva vida, le escribí a mi compadre Celedonio dándole noticias mías y pidiéndole también que me dijera algo de por allá, especialmente de mis gentes.

La contestación la recibí ya pasados muchos meses; cuando ya estaba perdiendo la esperanza de recibir noticias. Era una carta larga y con letra muy tupida. La leí despacio una vez, dos veces, muchas veces; me dio en el corazón que aquella carta era la última que iba a recibir; que era algo así como una despedida para siempre de una vida a la que ya nunca habría de volver. Aquella carta, con sus noticias, era para mí la última que había de recibir; yo mismo no quería saber ya más de mi tierra.

Decía mi compadre que no contara ya con mi madre, porque estaba muy enferma y que era lo seguro que fuera a entregar su alma al Creador; tanto por su edad avanzada, como por la vida de amarguras y por los golpes últimos, se había enfermado y no le encontraban remedio por más luchas que habían hecho. Que la pobre viejita seguro se iba a morir con el dolor de haber perdido a sus dos hijos, pues de José, que se había metido de maderista, no sabían nada, por más luchas que le hacían. Había desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra; estaban seguros que lo habrían matado y que su cuerpo, abandonado en el campo, se lo habrían comido los coyotes, o lo habrían enterrado en alguna zanja, junto con otros muchos más. De mí, tuvieron la certeza de que también había muerto en la toma de Torreón, pues que hasta la misma Chata Micaela, a quien lograron ver después de la refriega, les contó que ella misma me había visto caer bien muerto. Para mi compadre y para mi mamá, no tenía la menor duda la muerte mía.

Decía en su carta que les causó mucho gusto saber que yo estaba bueno y sano, y que la pobre viejita se había alegrado mucho, aunque eso no le acarreaba bienestar alguno a sus dolencias. Que daba ella gracias a Dios por haberme salvado la vida en aquel trance tan fuerte y que me mandaba su bendición; que ella hubie-

ra querido que tanto mi hermano José como yo hubiéramos sido siempre chiquitos y no hubiéramos crecido nunca, para habernos tenido siempre a su lado, que aquella anciana se estaba muriendo más que de la enfermedad, de la tristeza; que no había remedio y que la encomendara a Dios.

Después me contaba todo lo que allí había pasado con la revolución, todo lo que estaba pasando y lo que él creía que vendría: el saqueo que hubo en Torreón, la matanza de chinos; los desórdenes de la plebe y el licenciamiento de los maderistas. Nunca pensaron que la guerra fuera tan dura, ni que los hombres fueran tan crueles; me contaba de casos de hombres que eran bien conocidos como buenas personas, incapaces de hacerle un daño a nadie, que de pronto se habían vuelto perversos y asesinos. Que habían muerto muchos conocidos y que otros habían logrado escapar; que aquel Marcos Nájera, jefe de la Acordada de San Pedro de las Colonias, había caído prisionero de los rebeldes, en un combate que hubo en la hacienda de San Marcos, antes de que tomaran la plaza de San Pedro y que, ya a punto de que lo fueran a matar, le había salvado la vida don Emilio Madero. Que las cosas en los ranchos seguían igual: el mismo trabajo, los mismos jornales, los mismos patrones. La Revolución no había sido nada más que una matanza de gente, sin provecho alguno; una explosión de odios acumulados y vuelta otra vez a lo mismo de antes.

Los que habían andado con las armas en la mano estaban echando lumbre al ver que todo había sido inútil y que era muy fácil que fueran a reventar otra vez, pero mucho más fuerte, para pelear por una mejoría que no lograron alcanzar la vez primera; que muchos alebrestados ya andaban por el monte y que a algunos españoles los habían matado.

Mi compadre veía las cosas peores que la primera ocasión y pensaba que en la bola que se aproximaba se iban a meter todos los que antes no lo hicieron. Ya no era el odio nomás para nosotros los Pelones, ora abarcaba también al mismo Madero que se había confiado en los federales y había hecho menos a los suyos, a los que le ayudaron a tirar a don Porfirio y a subirlo a él a la silla. Se despedía de mí, mandándome un abrazo.

Aquella carta tenía que ser la última, ¿para qué más noticias malas? A mi madre la di por muerta, a mi hermano por perdido y de mi compadre, ¿para qué quería ver sus letras plañideras y llenas de dolor? Un chorro de lágrimas, el papel escrito roto en mil pedazos como había de estar mi corazón, un puño de tierra tirado al aire con dirección a La Laguna y... a seguir viviendo como se pudiera.

Mi compadre tenía razón. Comenzaba la bola de nuevo, mejor dicho, no había parado de rodar.

Emiliano Zapata, general maderista, no se dejó que le licenciaran a su gente en el estado de Morelos y se fue al monte, pronunciado, levantando la bandera de “Tierra y Libertad”. Sobre aquellos nuevos rebeldes cargaron muchas fuerzas federales a batirlos. Primero fue el general Victoriano Huerta y después Juvencio Robles, los que tuvieron el mando de aquella campaña.

Platicaban los compañeros que las órdenes eran muy duras; primero, concentrar en los pueblos a la gente campesina y después, matar a cuanto calzonudo anduviera fuera de garita. Cuanta gente anduviera desperdigada de los caseríos, era considerada nada más por eso, como enemigo del gobierno. Los jacales del campo, los bosques y los cañaverales eran incendiados y la tropa federal andaba en campaña, como si anduviera en una cacería acosando

alimañas salvajes. Por su parte, los rebeldes no se quedaban atrás; estaban encorajinados, conocían bien su terreno lleno de cerros y de tupidos bosques, y tenían más mala sangre que los del norte; peleaban a la mala, daban golpes seguros y cuando menos se esperaban; se fingían gente pacífica cuando les convenía y sacaban los rifles apenas pasaban las columnas federales, para darles por la espalda. Prisionero que lograban agarrar, lo martirizaban con saña y lo mataban ya de mucho que lo habían hecho sufrir. Era una campaña dura y difícil porque nunca presentaban combate bien a bien, y el enemigo estaba en todas partes y en ninguna. Era allí enemiga toda la gente, enemigo el clima abrasador, el terreno montuoso y hasta el animalero chico y grande que abundaba en todas partes.

Muchos creían que cuando subiera Madero a la Presidencia se compondría aquello. Subió y las cosas en vez de arreglarse se pusieron peores, pues su mismo consentido de antes, aquel mentado general Pascual Orozco, que tanto lo ayudó en Chihuahua, se le volteó con toda la gente que tenía a sus órdenes y en La Laguna, como un solo hombre, se levantó toda la peonada de los ranchos, encabezada por los que antes también habían sido maderistas, como Luis Murillo, los Livas, Benjamín Argumedo u otros nuevos cabecillas como Cheché Campos y Emilio Campa.

La nueva revolución tomó en un instante más fuerza que la de 1910; todo el estado de Chihuahua estaba en poder de los orozquistas y también toda la región de La Laguna, en tanto que el estado de Morelos casi lo dominaba Zapata con su gente y hasta se habían metido ya en parte de Puebla y en Guerrero.

Una poderosa columna militar, al mando del mismo secretario de Guerra, general González Salas, fue mandada a dominar a los



rebeldes del norte. Iban allí las mejores fuerzas de la federación y todo el mundo que vio aquella columna tan potente pensó que el triunfo habría de ser del gobierno. La columna salió de México, fuerte; se reforzó más todavía en Torreón con gente de los maderistas y avanzó, decidida, sobre Chihuahua.

En los cerritos de Rellano los hicieron pedazos los orozquistas; en un momento quedó hecha garras aquella tropa flamante y el mismo general en jefe, González Salas, de pura vergüenza, se dio un tiro en la cabeza. Aquello fue un desastre espantoso; el gobierno de Madero estaba en un hilo a punto de romperse.

Otra nueva columna militar, más fuerte que la primera, formada con todo lo más que pudieron, fue mandada al norte. Iba como general en jefe el general Victoriano Huerta, a jugar la última carta en favor del gobierno; lo mejor del ejército federal iba allí: los generales Rábago, Blanquet, Trucy Aubert, Téllez; el famoso coronel Rubio Navarrete con la artillería y los generales maderistas Emilio Madero, hermano del presidente, y un Pancho Villa, que decían que era la fiera para los balazos.

Tuve yo la suerte de que no me tocaran esos golpes; los que nos quedamos en México nomás estábamos pendientes, leyendo los periódicos, para ver cómo se ponían las cosas en el norte.

El general Huerta iba despacio, con calma, para que no le fuera a pasar lo que a su compañero González Salas; parecía a primera vista como si tuviera recelo de entrar en combate; pero era que tenía su plan y que no le corría prisa llegar, a donde quería, un mes o dos más tarde.

Llegó a Torreón con sus fuerzas, descansó; tomó datos, reorganizó su gente y hasta que no estuvo seguro de todo, hizo el avance. Conejos, Rellano, Bachimba; tres batallas de las buenas y acabó

con el asunto que le habían encomendado; le dio el triunfo al gobierno y lo hizo de veras fuerte.

Yo casi ya ni me sentía soldado; iba al cuartel como si fuera a una visita y mi vida toda la hacía en la casa de mi jefe o en la calle. Apenas si conocía a mis nuevos compañeros. Veía los combates de lejos; oía hablar de ellos como quien oye llover y no se moja, como quien ve los toros desde la barrera. Ya podrían pelear cuanto quisieran y ganar unos u otros con tal que nos dejaran, a mí y mi mayor, tranquilos, gozando de nuestro apartamento.

Para mí, la vida pasaba tranquila como el remanso de un arroyo en la falda de un monte solitario. El cuartel con su juanada, con la mariguana, con las viejas mitoterías, con los sargentos insultativos y golpadores, estaba allí cerca, a unas cuantas cuadras, pero yo lo sentía muy lejos, muy lejos de mí.

## II

Todo es pasajero en el mundo y la buena vida dura poco.

El mundo corre muy de prisa cuando se está a gusto y los malos ratos se alargan y parecen años o siglos. Eso de que el tiempo corre igual para todos es un cuento.

También dicen que las noticias malas nunca van solas; una mala noticia va aparejada por lo menos con otra.

En un momento pasaron volando los meses como si fueran un soplo del viento y llegó la de malas. Mi mayor recibió orden de cambiar de Cuerpo y ni modo de que me llevara con él; era cosa muy difícil conseguir el cambio de un soldado de un batallón a otro; en todas partes puede haber asistentes y nadie es indispensable en la vida.

—Ya lo ves —me dijo mi mayor— me tengo que ir al Once. Te voy a extrañar, pero no tiene remedio. Ahora me arrepiento de no haberte hecho siquiera cabo, podrías volver a tu compañía siquiera con una cinta colorada y ya en mejores condiciones.

—Yo no hubiera aceptado, mi mayor; mil veces hubiera preferido estar como su asistente que ser clase.

—Me voy al Once, que manda Jiménez Castro y me va a tocar entrar, desde luego, en campaña.

—¿Se va usted a Morelos?

—No; vamos a Veracruz, a batir a Félix Díaz, que se acaba de pronunciar con el Diecinueve y con el Veintiún Batallón en el puerto.

—Arregle usted que me dejen ir a acompañarlo; ahora le puedo ser más necesario. Yo le cuidaré la espalda.

—Bien lo quisiera, pero no es fácil conseguirlo.

—Arréglole, mi mayor. No me deje.

—Voy a intentarlo, pero no me parece nada fácil.

Habló con el coronel del Veinticuatro, habló con el teniente coronel, y después de miles de trámites apenas consiguió que me dejaran comisionado con él, mientras pasaba la campaña aquella que apenas iba a comenzar. Cuando lo supe, tuve la esperanza de que había de conseguirse más tarde que me dejaran de una buena vez al lado de aquel buen jefe, a quien le debía una tranquilidad y un bienestar que nunca se me habían de olvidar.

Todos los preparativos del viaje se hicieron de prisa, como en los buenos tiempos de campaña; las maletas de lona, la caja de madera, con equipaje de mi jefe, el albardón, el caballo, las armas; todo listo en la estación del Ferrocarril Mexicano, en Buenavista, para esperar el convoy del Once que tenía que llegar a México, de Morelos.

A media tarde del día 16 de octubre del año de 1912, salimos de México. En un tren muy largo iba amontonada la tropa del Once Batallón del coronel Jiménez Castro y también la del Segundo del teniente coronel Ocaranza; todos iban bien municionados; llevábamos ametralladoras y decían que atrás de nosotros iba a salir también artillería.

Los del Once llevaban uniformes de caqui de color verde y en lugar del chacó de cuero enfundado en blanco, los kepí de paño negro. Menos blanco para las balas; ¡cómo no se les ocurrió todo eso en la bola de 1910!

Salimos por la Villa de Guadalupe. Los trenes iban de prisa con órdenes de vía libre; ese día no había llegado ya a México el tren de Veracruz, pues los pronunciados no lo habían dejado salir de allá.

Sabía yo, por referencias, que el camino de México a Veracruz era precioso y por eso iba muy aguzado, observando cuanto podía por los vidrios de las ventanillas.

—A la mitad del camino, ya para bajar a la tierra caliente, están las Cumbres de Maltrata, fíjate bien —me había dicho un compañero que ya conocía aquello.

Seguramente íbamos a pasar de noche por allí; mientras tanto, yo veía la orilla del lago de Texcoco como un espejo muy grande, en trechos plateado y en trechos dorado por los rayos del sol, que ya se acostaba allá a lo lejos. Los dos volcanes cubiertos de nieve, por el rumbo de Puebla; al otro lado de la vía, magueyeras alineadas, como si fueran cabezas con pocos pelos, pero bien peinadas para aparecer menos pelonas.

San Juan Teotihuacán con sus pirámides. Ometusco, los llanos de Apan. Magueyes y magueyes; establos de leguas y leguas de vacas verdes, que en lugar de leche, dan pulque.

Cerró la noche antes de llegar a Apizaco. Mi jefe platicaba con el coronel y yo iba cerca de él, bien acomodado en un asiento de primera, cuidándole sus chivas y las mías. Por fuera en el campo, estaba todo oscuro; nada se veía ya, como no fueran los bultos de los árboles más negros que la noche sin luna. Hablaban ellos de la campaña de Morelos de donde venían los del Once y del agarrón que nos íbamos a dar al día siguiente, con seguridad, con los compañeros sublevados del Veintiuno y del Diecinueve Batallones que estaban en Veracruz, a favor de Félix Díaz. Eso sí que iba a estar bueno: Pelones contra Pelones, con iguales armas y con la misma disciplina. ¡Quién lo había de decir!

Como a la medianoche, paramos en la estación de Esperanza; allí comenzaba la sierra de Acultzingo, que había que bajar para llegar al plan.

Los jefes bajaron y fueron a ponerse a las órdenes del general Joaquín Beltrán, que era el que mandaba a las fuerzas del estado de Veracruz y que andaba haciendo la campaña contra otro general, que antes había sido de la federación, pero que andaba sublevado desde días antes por aquellas sierras de Maltrata y Acultzingo, que se llamaba don Higinio Aguilar.

El general Beltrán era un hombre flaco y de escaso bigote; le caímos como anillo al dedo, pues estaba ya saliendo, con la poca gente que tenía a sus órdenes, para avanzar a Orizaba a ver si podía tomar la plaza que estaba guarnecida con gente de uno de los batallones de Veracruz.

Con la llegada de las fuerzas del Once y del Segundo, tuvo ya seguridad y seguimos la marcha apenas cambiaron los ferrocarrileros máquinas a los trenes, para poder bajar las cumbres.

El primer combate lo íbamos a tener aquella misma noche entre aquellas montañas que rodeaban a Orizaba. Combatir entre las sombras y con gente de la misma; duro iba a ser aquello. A lo mejor nos íbamos a matar unos con otros, creyéndonos enemigos sin serlo. Los trenes militares iban pujando, cuesta abajo de las montañas; vueltas por la vía, que se retorció por entre cañadas, túneles y precipicios.

Hasta cerca de la medianoche, bajamos la montaña; estábamos en el plano y se veían brillar muy cerca los focos eléctricos de la mentada Orizaba.

Toda la fuerza bajó de los trenes y la distribuyeron en columnas para avanzar al ataque; a unos, les tocó ir por el cerro del Borrego; a otros, por el que le dicen Escamela, y a nosotros por el centro, es decir, por el mismo camino del ferrocarril, para tomar la cervecería Moctezuma.

A las dos de la mañana debíamos comenzar el asalto; yo esperaba a cada momento oír el tiroteo, y nada. El enemigo se había ido a concentrar a Veracruz.

Entramos en la plaza, que estaba desierta; ni un alma por las calles.

Al poco rato se incorporó una fuerza de caballería; eran maderistas de aquellos rumbos, que estaban a las órdenes de Rafael Tapia y que ya para entonces estaban como rurales de la federación. Primera vez que me iba a tocar a mí pelear junto con los que antes habían sido enemigos y, cosa rara, contra compañeros de cuerpos de línea iguales en todo a nosotros.

También se incorporó el general Rafael Dávila.

Esa noche dormimos en las calles de Orizaba para seguir al día siguiente, a Veracruz.

Todo el día siguiente lo pasamos allí, en espera de la artillería, que llegó en la tarde. Se dio un descanso a la mulada que

venía en malas condiciones y en la noche emprendimos el viaje por tren.

Estaba visto que no me tocaba conocer aquellas montañas con la luz del día. Más túneles y más barrancas profundas en la oscuridad de la noche.

Fortín: una oleada de aroma de gardenias. Córdoba: un enjambre de focos de luz eléctrica, sembrado entre una arboleda tupida, como si fueran luciérnagas.

Atoyac: ruido de agua cayendo por entre las piedras y los cerros. La noche negra y los trenes a toda máquina con rumbo al mar.

A la madrugada llegamos a Tejería; un tiro de cañón y estábamos ya en Veracruz.

Allí dejamos los trenes.

El general dispuso que de Soledad llevaran bastantes provisiones.

Avanzaron todas las fuerzas a posesionarse de los médanos de arena que rodean Veracruz. Los artilleros allí sudaron la gota gorda para subir sus piezas; aquella arena movediza apenas los dejaba avanzar.

Allí me di cuenta de lo duro que es ser de artillería: cuando los caminos son malos, lo que no pueden hacer las bestias de tiro, le toca hacerlo a los hombres.

Pujidos y maldiciones, bañarse en sudor y hacer caminar las ruedas por un suelo que se mueve y que se hunde.

El camino era duro y nuestro avance lento; mientras la artillería no estuviera posesionada, teníamos que esperar. Hubo necesidad de dar un descanso largo.

Los de adentro de la plaza parecía que estaban muy confiados. Félix Díaz, el sublevado, sobrino de don Porfirio, tenía la seguridad de que no habría fuerzas federales que fueran a atacarlo y que

antes bien se le unirían a él cuantas mandarán. Creo que estuvo mandando emisarios a nuestro general convidándolo a que se fuera con él. Vi, por primera vez en mi vida, el mar. Desde lo alto de aquellos médanos se dominaba la inmensidad azul; allá a lo lejos, una raya derechita en donde se juntaban cielo y agua; dos azules diferentes, pero parecidos.

Abajo de los médanos el mentado puerto de la Santa Veracruz: un caserío grande por el que sobresalían las torres de la parroquia, el faro nuevo, el faro viejo y el fuertecito del Baluarte, el mar tranquilo de la bahía llegando hasta los pies del faro; metido entre las olas el famoso castillo de San Juan de Ulúa, aquella prisión en donde caían los hombres muy temidos y los pollos muy gordos; aquella prisión de donde decían que no salía nadie.

En medio de la bahía, los barcos de guerra, que según decían estaban de nuestra parte, pues no habían querido seguir a Félix Díaz. Ellos nos iban a ayudar en el ataque. Por la distancia, parecían unas mosquitas, que no harían ningún daño.

Después de todo aquello, el mar. México llegaba nomás que hasta el castillo de San Juan de Ulúa; de allí, para adelante, el mar inmenso, que no es de nadie. La riqueza de la tierra, el poderío, las ambiciones, llegaban hasta allí; para adelante, mar y cielo; el poder de los hombres: cáscaras de nuez, juguetes de las olas y del viento. Me parecía que el mar era una enorme fuerza dormida, un gigante acostado que respirara apenas; el día que despertara, el día

que lo quisiera, se tragaría a la tierra con todo y sus montañas y volcanes, y sería todo de él. Un gigante que respiraba con sus olas y que roncaba con sus tempestades. Cielo y mar, hembra y macho dueños de todo el mundo...



Estábamos listos para el ataque. La caballería maderista se había ido para entrar por la playa norte; la artillería en los médanos y todos los infantes para entrar de frente.

El día 23 de octubre, a las seis de la mañana, se oyó el primer cañonazo de nosotros y comenzó el combate.

A la fuerza que llevaba mi mayor, le tocó entrar por los Cocos. Unas avanzadas del enemigo quisieron detenernos; rompimos el fuego y nos les echamos encima. Éramos muchos y no tuvieron más remedio que correr.

Estaban ellos parapetados en las casas más altas, en las torres de la iglesia y en el faro Benito Juárez.

¡Qué bonito sonaban los cañonazos!, ¡qué confianza nos daban! Las granadas reventaban siempre adelante de nosotros y nos protegían el avance. Aquello era pan comido. Yo había creído antes que el agarrón iba a ser duro, por tratarse de la misma gente nuestra, pero no fue así.

He conocido a muchos hombres valientes, pero ninguno como el jefe del Once, el coronel Jiménez Castro. ¡Qué hombre! Adelante, en su caballo, pistola en mano, echando tiros como cualquier soldado y con mucho más riesgo, por el blanco que presentaba siempre.

En la calle principal, que le dicen de la Independencia, se agarró él solo a tiros con uno de los jefes enemigos y le tocó recibir un balazo que por poco lo mata; tuvo la suerte de que la bala le pegara en su reloj y que por eso no le hiciera tanto daño.

Los cañonazos y el tiroteo nutrido de al principio, comenzaron a disminuir, y a las dos de la tarde la victoria ya era nuestra. Félix Díaz se había rendido y estaba prisionero, lo mismo que todos los jefes, oficiales y tropa de los batallones sublevados: Veintiuno y Diecinueve.

Apenas unos cuantos días pude disfrutar de Veracruz, de todo aquello que era tan nuevo para mí y que tanto me llamaba la atención: el mar inmenso, las palmeras, los platanares, la gente alegre y hablando de una manera tan diferente a la nuestra; se me figuraba como que aquello fuera otro país muy distinto a nuestro México, como si allí ya no fuera patria nuestra. Se me iban los ojos viendo el mar; allá adelante, muy lejos, hasta donde se acabara toda aquella agua azul y siempre alborotada, estaban otras tierras; las de los españoles, las de los alemanes, las de los ingleses. ¡Quién pudiera meterse en un buque y conocer el mundo!

Un calor endemoniado; toda la gente vestida de blanco, los hombres en camisa y las mujeres en bata, chancleteando por las calles; morenas requemadas, algunas negras de a tiro, ojos grandes maliciosos, bocas gruesas que daban ganas de morderlas y las batas delgaditas, puestas a raíz del cuerpo, como con la intención de señalar bien las piernas gruesas y provocadoras. Calor por fuera y calor por dentro, en el aire y en el cuerpo; ganas de dormir, de meterse entre las olas del mar y de estrujar a una mulata de aquellas.

Pocos días me duró aquello; a mi mayor lo mandaron para México con una fuerte escolta, llevando a los prisioneros para que los encausaran. ¡Ni remedio!, había que dejar aquello que tanto me estaba ya gustando.

Una mañana temprano dejamos el puerto. En un tren especial salimos dos compañías del Once y todos los presos. Siquiera me tocó conocer de día aquel camino tan famoso.

Atoyac, con su río y con sus cascadas; Córdoba, entre platanares y cafetales; el Fortín, gardenias y magnolias; olor a flores de jardín, a tierra mojada, a rica piña, a azahar de los naranjales, a café y a plátano.

Agua por todas partes, cañaverales, barrancas y túneles y montañas. Metlac, con su Infiernillo; Orizaba, con sus fábricas. Río Blanco, Nogales, Santa Rosa; las Cumbres de Maltrata, el Pico de Orizaba, como si fuera un faro en el camino, y por fin, la tierra conocida de la Mesa Central.

En la noche llegamos a México. El rebelde Félix Díaz quedó encerrado en la penitenciaría y los militares traidores en la prisión de Santiago Tlatelolco.

Unos dos días de descanso y una mala nueva para mí: orden de incorporarme a mi compañía del Veinticuatro Batallón. Se acababa allí la buena vida y otra vez a sufrir .

Nada pudo hacer ya mi mayor y no tuve más remedio que agarrar mis pocas chivas y presentarme al servicio, pronto para hacer lo que me mandaran y dispuesto otra vez a recibir los golpes o soportar las maldiciones de todos los que fueran mis superiores. Otra vez a darle a la instrucción y al servicio y a las malas pasadas, o marcar el paso o a caminar siempre al son del tambor y al compás de la voz de los sargentos:

—Uno, dos; uno, dos; uno, dos...

### III

Cuartel de San Pedro y San Pablo; vieja iglesia o convento de tiempos antiguos en la esquina de una calle; encrucijadas y galerones que antes han de haber sido celdas de frailes; paredes viejas mal encaladas, amontonamiento de indios, soldados y oficiales presumidos. Los mismos modos, los mismos toques de las cornetas y de los tambores a las mismas horas; entrada y salida de viejas,

contrabandos de chinguere y de mariguana, guantadas y maldiciones; revistas, instrucción, arrestos y plantones. Rancho malo, servicio duro y costumbres las mismas de todos los cuarteles.

Me parecía como si hubiera andado yo libre en una temporada y de pronto me hubieran aprehendido y me hubieran vuelto a meter, otra vez consignado, al servicio de las armas; como si hubiera vuelto a causar alta y comenzara la vida aquella desde su principio. Todo lo pasado, un sueño; la realidad iba a comenzar apenas, después de despertar de un reposo tranquilo y agradable.

Dos años muy largos todavía por delante, de cargar el máuser y de marcar el paso. Dura vida del cuartel me esperaba. Si siquiera hubiera bola y continuara la campaña, menos mal que aquel encierro agobiador de preso.

Me entró un desaliento grande; ni siquiera tenía ya la curiosidad de allá al principio, de conocer a fondo a mis nuevos compañeros o mis jefes; ¿para qué, si todos habían de ser lo mismo? Seguir la vida y cumplir de la mejor manera para esquivar los malos ratos.

A aquel Veinticuatro le había pasado lo que al Noveno, lo que al Sexto, y lo que a casi todos los cuerpos federales que habían andado en las campañas del norte, que en fuerza de perder gente por muerte o por desertión, los habían completado de nueva cuenta con reclutas agarrados de leva. En el Veinticuatro había mucha gente nueva, la mayoría eran surianos del estado de Morelos o de Guerrero; muchos de ellos habían sido zapatistas, o por lo menos les agradaban los planes de aquel jefe.

En ratos perdidos, me ponía yo a platicar con algunos de ellos, siquiera para enterarme de su vida de antes. Uno había que se llamaba Simón López, que me parecía a mí el más aguzado de entre todos.

—¿Tú de dónde eres nativo?

—De un pueblo que se llama San Miguel Anenecuilco, cerca de Villa Ayala.

—¿Del estado de Morelos?

—Sí, ¡cómo no!, soy paisano del mentado don Emiliano Zapata; es de mi mero pueblo. Puede que por eso nomás me haigan metido aquí, de pelón. Yo qué culpa tengo de haber nacido allí. Y mira nomás lo que son las cosas, yo tenía que haber sido poblano porque para Puebla iba a ir mi madre a tenerme a mí, pero me cuentan que por aquellos días se vinieron unos aguaceros de esos que por allá se acostumbran y los caminos se pusieron que ni modo de andar por ellos. No hubo más remedio que nací yo en San Miguel Anenecuilco, pero a mí, por derecho, me tocaba ser de la mera Puebla.

—¿Y tú conoces a Zapata?

—Sí, ¡cómo no!; conozco a los dos: a don Emiliano y a don Eufemio. ¿No te digo que son de mi pueblo?

—¿Has andado con ellos?

—Les ayudé tantito, allá por el año de 1910, después ya no. Y eso que nos convidaban a todos a que siguiéramos en la bola, pero no, yo ya no quise seguir en la compañía. A mí me agarraron, la verdad de Dios, inocentemente.

—Eso dices tú.

—Palabra que yo no andaba de zapatista ni de revoltoso. Yo lo que hacía era nomás sacarles la vuelta a los Pelones cuando iban por allí, pero eso lo hacía nomás por las desgraciadas dudas; no fuera a ser que me fueran a fregar como a muchos otros. Vieras cuánto estropicio han hecho todas las tropas federales; así nunca van a acabar aquello. A mis pobres viejos los dejaron sin jacal, se

los quemaron estos tales; a un hermano mío se lo echaron. A muchos del pueblo los colgaron.

—¿Y a ti, cómo te agarraron?

—Pos así, como dicen que le cayeron al Tigre de Santa Julia; alguien me echó de cabeza y yo ya me supongo quién ha de ser, y algún día me la ha de pagar. Y lo que más coraje me da es que me haigan metido a este batallón que tantos males ha hecho en mi

tierra. Para que más me arda, me meten de compañero entre los mismos que menos puedo ver. No le hace; también don Emiliano fue soldado federal.

—¿También?

—¡Cómo no! ; soldado de caballería del Noveno Regimiento; ha cargado el máuser y sabe lo que es todo esto.

—¿Y qué tal es él?

—Buena gente: con unos bigotes así de grandes; siempre bien vestido de charro y montado en buenos caballos. Dice que a todos nos tiene que dar nuestra tierra, que ya basta de que nomás los ricos sean los gananciosos.

—¿Y tú lo crees?

—Yo no creo nada, pero la verdad es que Madero nos tantió diatiro. Nomás lo subimos y si te he visto, no me acuerdo. No hay derecho. Por eso don Emiliano anda en el monte; le cayó muy mal la tanteada y ai anda viendo el modo de defenderse como puede: a veces pelea, a veces corre. ¿Qué va a hacer si no tiene armas?; ni modo que se ponga frente a frente con los federales; no es tan tarugo y más que ya los conoce y les sabe sus mañas. Por ai anda entre los cerros y entre los matorrales criando sangrito y cuando puede dar un golpe lo da. Yo lo único que siento es que a lo mejor cualquier día me va a tocar a mí echarles tiros a los que son mis paisanos y compañeros.

—Qué remedio, aquí caminas o cabrestear.

—Ni sé qué hacer.

—Aguantar, vale, aguantar nomás; ¡qué remedio!

Aquel Simón López parecía ser el más “leído” de entre todos los reclutas sureños; a lo mejor fue antes cabecilla de ellos, allí en el monte. Todos le decían “don Simón”, así como él, a su vez, les decía a los cabecillas de la revuelta: don Emiliano, don Eufemio, don Genovevo.

Entre los soldados más viejos, estaba uno que le decían el Barrerero, con todas las mañas de los que ya tienen tiempo en el servicio; no había pasado de soldado raso a pesar de tener ya dos renganches; decía que en sus buenos tiempos había sido minero, como aquel mi difunto compadre Carmona, pero ¡qué diferencia! Aquél era hombre cabal y este otro era mañoso, ratero y mariguanero empedernido. A otro soldado de la misma escuadra le decían el Tlacuache, seguro sería porque tenía el hocico muy parado y era prieto como él

solo. Uno rechoncho, entendía por el apodo de Melencué y nadie sabía qué quería decir aquello y a qué venía aquel sobrenombre.

El sargento Prudencio López y el cabo Doroteo Mendoza eran como todos los cabos y todos los sargentos: golpeadores, mal hablados y abusadores con los de abajo.

Muy parecido aquel Veinticuatro al Noveno; todos los cuerpos de seguro estaban cortados con la misma tijera.

Aquél era mi cuerpo y allí tenía que estar hasta cumplir la condena. Decían que era un batallón ameritado que había hecho muchas campañas y que en tiempos lejanos había sido su jefe el general Lauro Villar, cuando le decían de apodo el capitán Rémington.

Era el mismo que había ido a los campos de Morelos a quemarles los jacales a los zapatistas.

Aquel era mi cuerpo y dentro de él tenía yo que seguir marcando el paso, hasta que Dios fuera servido.

#### IV

Cuando llegó la compañía a la prisión de Santiago Tlatelolco, ya habían salido de la aduana casi todos los carros de pulque y sólo uno que otro rezagado salía por el portón de rejas, cargado de barricas repletas de licor, hasta los topes.

El sol brillaba ya alto y calentaba amoroso a los centinelas encapotados del presidio, como para resarcirlos de la desvelada fría de la noche anterior.

Ya nos esperaban los compañeros del Catorce, formados en línea desplegada, a la derecha de la puerta principal. Los cornetas, entrante y saliente, tocaron el acostumbrado “paso redoblado”; se saludaron con las espadas de los oficiales de las dos fuerzas y fuimos a colocarnos también en igual forma que la tropa saliente, a la izquierda del Cuerpo de Guardia.

El relevo se hacía allí, más minucioso que en cualquiera otra guardia de las de la plaza. Era un largo cordón de centinelas y vigilantes apostados, que teníamos que relevar. Adentro, en la prisión, decían los veteranos que había no menos de trescientos encausados, algunos de ellos peligrosos y de cuidado.

La consigna era dura: nada de contemplaciones, a la menor tentativa de huida de cualquier preso: ¡fuego!

Las diez primeras hileras, con dos sargentos y cuatro cabos,



entraron desde luego de servicio. Se fueron los compañeros del Catorce a su cuartel, y los que quedamos sin servicio inmediato, entramos a la prevención a colocar nuestras armas en el banco aplomado, de vieja madera.

Los oficiales se fueron al apoyo de afuera, a platicar o a leer los periódicos de la mañana, que acababan de salir y que voceaban escandalosamente varios chiquillos desarrapados. Los de tropa quedamos adentro apiñados en los camastros de la prevención, que todavía conservaban el calor, el humor y la peste de los soldados que acabábamos de relevar.

Apenas entramos allí, Godínez frunció las narices y dijo:

—Yo creo que estos del Catorce apestan más que nosotros. ¿Qué comerán que dejan tan malos aires?

—Es que tú no te has olido.

—Será eso, o será que ya me acostumbré.

—Bueno, y aquí en este carbón cuarto, ¿nos van a tener encerrados todo el día? —pregunté, pues hasta entonces nunca me había tocado hacer aquel servicio y sólo lo conocía por vagas referencias.

—Espérate nomás —me dijo riendo el Melencué—. Ya verás lo que es canela y lo redobladito que se viene el golpe. Nomás te digo que, dentro de un rato, vas a ver con gusto que te dejen estar aquí un momento para descansar. Y lo duro no es el servicio, es que hay que estar muy aguzado porque por nadita así, de centinela vas a parar en preso. Aquí está uno siempre en un hilo.

—¡Y qué conque estar preso!, poca diferencia habrá de ellos a nosotros.

—Poca, sí; pero a estos presos los tienen a medio chivo y el rancho que les dan es peor que el de nosotros.

—¿Pior?, ¿pos qué es posible que pueda haber algo pior?

—¡Újule!, ya lo verás al mediodía: atole, frijoles, dos tortillas y se acabó. El atole está acedo, los frijoles con gorgojos y las tortillas nejas, y todo o lo comen o lo dejan. Estos pobres hombres ya no tienen ni vieja que los remedie en algo; se les han ido porque... ¿pos qué van a hacer con un real diario?

—¡Me lleva!... Siempre hay alguien pior que uno.

En el cuarto estábamos apretados. ¿Cómo iría a estar aquello en la noche, a la hora de dormir?

Unas ventanitas muy altas y bien enrejadas apenas dejaban entrar una poca de la luz del sol mañanero; apenas la suficiente para mirar revolotear el polvito tupido del cuarto y para mirar los letresos y los monos pintados en las paredes.

Como siempre, ¿dónde había de faltar?, allí estaban las mentadas de madre y las malas razones de los compañeros de otros cuerpos.

Todo eso es lo que dice mi teniente Ruiz López que es el “espíritu de cuerpo”: ponderar que nuestro batallón es el mejor, que todos los demás les vienen flojos; insultar a los otros, y después, cuando ya no haya más que decirles, entonces entra el “espíritu de compañía”; las peleas y los insultos entre los de la Primera y los de la Segunda, o entre los de la Tercera y los retaguardiados de la cuarta. Por si fuere poco, siguen todavía las diferencias entre las secciones de cada compañía, y entre los pelotones, y entre las escuadras, y por último, hombre a hombre de uno por uno, en cuanto se pasan unos tragos de más o se les dan dos o tres chupadas a la mariguana. Parece mentira y creo que es la condición de todos nosotros: todos estamos amolados igualmente y en vez de avenirnos unos con otros de buena manera, nos insultamos y nos peleamos en cuanto podemos hacerlo.

El Tlacuache, que también veía como yo los monos y los letreros del cuarto, pidió presuroso:

—¡A ver!, ¿quién tiene un lápiz pa contestarles aquí mismo a estos hijos de la tal del Catorce?

No faltó quien le prestara el lápiz y se dio vuelo pintando cochinas y palabras de las fuertes. Era el Tlacuache el que mejor escribía de entre nosotros, haciendo a un lado al sargento Rodríguez; pero le faltaba inspiración.

Mientras él dibujaba los monos y las letras nuevas, todos le aconsejábamos; ponles esto, ponles l'otro; refréscales lo más podrido; diles que a nuestro Veinticuatro le sirven los del Catorce para lo de más allá; ponle algo que les arda.

Después de mucho dibujar en la pared, el Tlacuache dejó perpetuada la expresión de nosotros los del Veinticuatro, respecto a los compañeros a quienes acabábamos de relevar. Decía así el letrero: “Tizne a su madre el Catorce y el que se pique, son quince”. Después de las letras seguían una bola de monigotes encuerados y miembros viriles arrogantes, todo ello como obsequio a aquellos que nuevamente irían a aquel mismo cuarto en que estábamos, al día siguiente. Ya se encargarían ellos de leer a temprana hora nuestro mensaje y era seguro que no andarían tardos en dejarnos a su vez escrito algo, allí mismo.

Afuera del cuarto de la prevención, era un trajín agitado. Los centinelas de la puerta grande no se daban abasto gritando a cada momento: ¡Cabo de cuarto!, ¡cabo de cuarto!, cada vez que alguien deseaba entrar a la prisión. Por la puerta entraban y salían ordenanzas con oficios de los juzgados, escoltas custodiando presos o viejas con canastas para sus hombres detenidos. El sargento y los cabos de servicio se daban vuelo esculcando a las mujeres para impedir que introdujeran mariaguana o chinguere.

Nosotros curioseábamos desde la puerta de la prevención aquel batiboleo tan tupido.

—Mira al sargento López; nomás le brillan los ojitos cada vez que le mete mano a una vieja.

—¡Claro!, las compara con el redrojo que él tiene.

—Pero, míralo cómo se esmera en esculcar a las más buenas mozas.

—Pos a la güena si va a perder el tiempo con las veteranas.

—No; ésas se las deja a los cabos, por algo tiene en las mangas una cinta colocada más.

A las dos horas, me tocó entrar de centinela, junto con otros compañeros más. Me tocó en turno un puesto más o menos tranquilo, en la reja que da al interior del patio de la tropa encausada. El centinela saliente me entregó el puesto al rezarme al oído toda la letanía de consignas y me dijo disimuladamente:

—Ponte chango con aquel ensarapado que está allí; siempre anda queriendo conchabarse a los centinelas para que le dejen entrar yerba; no te dejes enredar, que es muy labioso.

Efectivamente, apenas se fue el cabo con el saliente, se me acercó el ensarapado a la reja y empezó a platicarme como si me conociera desde mucho tiempo atrás. Estaba todo greñudo y bigotón; andaba descalzo, deshilachado y lleno de mugre.

—¡Quiúbole, mano!; aquí siquiera estás más descansadito y entretenido que en la puerta de afuera o en la azotea. Ora te tocó buen día; ya sabes por qué, ¿verdá?

Me le quedé viendo sin contestarle, temeroso de que llegara el cabo.

—Se conoce que eres nuevo, mano. No hace falta que me digas nada; ya conozco yo el roll. ¡Imagínate, quince años de sardo, y

cinco entradas en esta prisión! ¡Qué no sabré! Me llamo Santiago Quiñones y me dicen por mal nombre Tiagonones. Yo era del Once, de los “Tiznones del Once”. Aquí tengo para un rato largo; se me fue la mano con un cabo de mi compañía y lo desgracié y me desgracié también yo. Me quieren ajusilar, ¿qué te parece nomás? La verdá es que yo no estaba en mi juicio; había chupado un cigarro con la yerba y en mala hora me dieron después un trago de mezcal. Me puse hecho un veneno y de buena suerte que nomás me eché a uno, porque como estaba, era pa haber acabado con todo el rondín que me echaron a meterme al orden. ¿Ves a aquel que está allí agarrando sol?, ¿aquel del capotito rabón?, también hirió a un sargento, pero es que el otro también lo traiba de encargo y lo tenía agorzomado a golpes. A ése no lo ajusilan; a mí puede que sí.

El hombre hablaba y hablaba tratando de ganarse mi confianza o por lo menos mi simpatía. Para mí era interesante su conversación. Por lo menos, por su boca me enteraba de todo lo de la prisión.

—Hay otros diez o doce que también están aquí por insubordinados, pero sin llegar a las vías de hecho, como le dicen cuando llega a haber sangre. Y en cambio, mira allá arriba, todos aquellos que están allí, asomándose a las ventanas, son jefes y oficiales; éstos están al revés de nosotros: éstos están casi todos por abuso de autoridad. Lo mismo la yerra uno de abajo pa arriba, que de arriba pa abajo. Allá en aquel otro lado, en aquellas ventanas altas, es el departamento de los generales. Ora no hay más que uno preso, pero es de los buenos; es el general Bernardo Reyes. A juerza lo has de haber oído mentar; fue ministro de la Guerra y fue aquel que hizo a los reservistas. Le tienen su recelo; es chaparrito, pero creo que muy tompiatudo.

“Yo, aquí abajo, entre la tropa, soy el amo. A mí no hay quien me grite aquí. A todos los tengo debajo a puros carambazos. Aquí, de la reja pa dentro, mando yo nomás. Mi trabajo me ha costado dominar a los que estaban presos cuando yo llegué y a todos los que van entrando después.

“Aquí no se está mal. La verdá es que estoy mejor que en el cuartel. No hago servicio ni tengo encima a los cabos; me convidan todos de las canastas que entran y no me falta un trago, ni una chupada de yerba de vez en cuando; ni tampoco una refocilada con mi vieja o con las que vienen aquí a hacer el comercio, los días miércoles.

“Por eso te decía yo que éste era buen día, porque es miércoles hoy, y en la tarde tienen entrada libre todas las pizcapochas que vienen con nosotros, cada ocho días”.

No pude menos de asombrarme de lo que oía en la charla del hombre aquel y aprovechando que el cabo estaba platicando con uno de los ordenanzas, le pregunté a Tiagonones:

—¿De modo que ora en la tarde van a dejar entrar mujeres de la calle, allá dentro, con ustedes?

—¡Claro que sí!, ésa es la costumbre desde hace tiempo. Dentro de un rato, ya cerca del mediodía, cada quien comienza a arreglar su camita, allá en las cuadras, o a poner paredes con periódicos o con cobijas para reposar con las visitas. También a los jefes y a los oficiales los vienen a ver, ya verás; ésas son más elegantiosas: traen medias caladas y zapatos con tacón y hay unas que ... que les rezumba. Ésas les han de cobrar no menos que unos dos o tres pesos.

“Dicen que más antes no entraban las mujeres aquí y que en el rancho echaban alcanfor y quién sabe qué otras tarugadas, para que a la gente no le dieran ganas de mujer. Creo que se estaba vol-

viendo esto una bola de maricones y cuarenta y unos y pensaron con acierto, que el ejército siempre es el ejército, esté como esté; y que era mejor que tuvieran entrada libre las pizcapochas que no se fuera a volver esto un baile de la Coyuya o algo así. Así está muy bien, para nosotros y para las mujeres; para ellas mejor. Hay viejas que en la pura tarde se llevan hasta sus cinco pesos. ¿Qué te parece? Estoy seguro que a lo mejor sacan más de aquí de entre la tropa, que de los oficiales.

“Tú ya sabes que esos ‘arregladitos’, sobre todo los tenientes, muchachitos perfumados, siempre han sido mantenidos de las ‘pizcas’ de los burdeles buenos. Estoy seguro que no les cobran, antes creo que más bien les han de dar algo. Yo conocía a un teniente güerito de mi batallón que andaba mejor vestido que el coronel. Se traía de la cola a dos o tres viejas; una de ellas creo que era dueña de una casa, le daba cuanto quería, y le adivinaba el pensamiento. ¡Qué buenas canastas de comida le mandaba cuando estaba de guardia! Buenas hartadas me daba yo con las sobras, cuando era su asistente. “Voy por allí adentro; orita vuelvo. ¡Ah!, oye, dentro de un rato va a venir mi vieja con tantita yerba muy bien escondida; hazte tarugo para que me la meta, que me está haciendo muncha falta. No me digas nada; si quieres me la dejas pasar y si te pones gordo, pues ya vendrá otro más riata. A mí, de cualquier modo no me ha de faltar qué chupar y menos ora que’s miércoles”.

Tiagonones se fue a seguir conversando, seguramente con los otros reclusos.

En el centro del patio, sobre el borde circular de cemento de lo que posiblemente había sido una pila para agua, varios presos, de los de tropa, sentados, tomaban el sol. Arriba, en el segundo piso, tras de las rejas de las ventanas que daban al patio, pasaban pausadamente los

oficiales procesados que seguramente distraían el tiempo caminando incesantemente, de un lado al otro del corredor de sus celdas.

A poco rato, el corneta de guardia tocó “rancho” y desde luego, la tropa presa se alineó en el patio, provista de sus escudillas de hojalata. Seis rancheros salieron de la cocina llevando el alimento. Un cabo de presos, chirrión en mano, hacía la distribución de la “de adentro”. La tropa desfilaba, igual que nosotros en el cuartel, aprontando sus trastos delante de los peroles, que humeaban sabroso. Escaso “forraje” para los detenidos: un cucharón de atole, uno de café aguado y dos tortillas nejas. Cada uno de los presos fue a sentarse en cuclillas a comerse despacio la escasa ración. Apenas lo necesario para no morir de hambre.

Todos ellos estaban sucios, greñudos, y muchos andaban casi en cueros, cubriéndose el cuerpo con una rala cobija de las del desecho del equipo.

Las canastas que mandaban algunas viejas de los más afortunados comenzaron a llegar. Los canasteros, presos escogidos de buena conducta, llevan tres o cuatro canastas en cada viaje, ya bien revisadas, desde la puerta principal, por el sargento y el cabo del primer turno. El cabo Mendoza, de mi puesto, todavía le daba otra revisada más a los jarros y a las cazuelas, picando los trastos con su marrazo, por si algo se le hubiera escapado a los de la puerta.

Comenzó el griterío de los canasteros:

—¡Ese Pedro López, a la reja, por su canasta!

—¡Ese Lorenzo Retes, a la reja!

—¡Ese Liborio Juárez!

Cada uno de los que llamaban, ocurría a recoger su canasta y se iba a consumir su contenido a algún rincón del patio. Con aquello que les llevaban de fuera, completaban su sustento, los que podían



hacerlo; los que tenían vieja que pudiera conseguirse la vida por allá afuera, haciendo su lucha para vivir y para llevarle alguna cosa de comida a su hombre.

Cuando llegó la canasta del Tiagonones, llamé al cabo de cuarto.

—¿Qué ocurre?

—Tenga usted cuidado, mi cabo; en esa canasta puede ir algo de yerba; me dieron de consigna que vigilara bien todo lo de ese amigo. Dicen que es mariguano, de los meros.

—Yo lo conozco. A mí no se me pasa nada.

El cabo revisó con escrúpulo y dejó pasar la canasta. El Tiagonones, que ya la estaba esperando, me cerró un ojo y le dijo descaradamente al cabo:

—¿Está seguro, mi cabo, de que no trai nada?

—Seguro. Pasa.

—Bueno, pues que conste, ¿eh?

Se metió con su canasta para adentro de la cuadra de la tropa y se entretuvo allí mucho rato; ya cuando me estaban relevando de mi cuarto, se acercó a la reja a devolverla con los trastos vacíos. Tenía los ojos colorados y parece que ya no tenía ganas de hablar, como antes.

Me tocó después un turno de vigilante, junto del banco de armas. Después, algo de descanso en la prevención. Dos o tres escoltas conduciendo presos a los juzgados y en el turno de la tarde, entre cuatro y seis, volvía otra vez de centinela a la reja interior; el cabo Mendoza también estaba en mi turno.

Casualmente me tocaba la hora animada de aquel día miércoles; la llegada de las mujeres que iban a hacer visitas carnales a sus hombres o simplemente iban a hacer su lucha entre los presos, a ver quién había juntado algo de centavos y quería gastarlos a cambio de un rato de gozo.

Nomás le brillaban los ojos al cabo Mendoza y se relamía los bigotillos al pensar que iba a pasarse un buen rato manoseando a las pizcapochas que iban a llegar. Ya tenía instrucciones del sargento de esculcarlas bien, para que no fueran a meter mariguana entre las ropas. Yo me puse chango aunque fuera para ver desde lejos las vaciladas del cabo con las mujeres en el cuartillo cercano, en que las iba metiendo para el esculque.

La primera en llegar fue una gordita pantorrilluda, con medias color de rosa y zapatos bayos; cachetoncita y con un diente de oro. Llevaba en la mano la boleta del pase de la dirección.

—Pásale aquí, al cuarto, para ver qué llevas —le dijo el cabo.

—¿Yo?, ¿qué quiere que lleve?, nomás lo que tengo.

—¡A ver!, a ver; veremos.

Al poco rato salieron; ella componiéndose la ropa y él muy colorado.

—¡Pasa!

La reja se abrió y entró la mujer rezongando:

—¡Diablo de cabo, tan sobón!, me registró todita.

Después llegaron dos juntas: una descalza y otra retinta, cabos prietos, toda desgrenaada. Entraron al cuarto con el cabo. Se oyeron risas y maldiciones.

—¡Pasan las dos!

—Ai donde ves —me dijo el cabo al oído— la prietota no está mala; tiene unas piernas que parecen troncos de árbol.

—¡Ay, mi cabo!, ¡qué vacilada está usted dando!

—Pos, si no es ora, ¿cuándo?

—¿Y no llevan nada?

—Nada... bueno; la descalza puede que lleve hartos piojos. Llegó una rezongona, mascando chicle.

—Pásale pa dentro, mi alma, pa darte una registradita.

—A poco es usted el consejo, ¿o qué?

—Anda, anda.

—A mí no me registra nadie de balde.

—Entonces, no entras.

—¿Por qué?, ¡adiós!, ¡vaya! No es la primera vez que vengo a hacer mi lucha.

—Si no te dejas registrar, no hay paso.

—¡Me lleva la tristeza! ¿De cuándo acá tanto aspaviento?

—¿Entras o no entras?

—Me canso de entrar con los presos.

—Primero tengo que registrarte, allí adentro.

—Y pa qué tanto misterio. Mire, no llevo nada.

Se levantó las enaguas allí mismo y nos enseñó a todos los presentes cuanto tenía.

—¡Pasa, pasa!

Lueguito la arrebató uno de los presos y cargó con ella para la cuadra.

Llegaron tres juntas, muy emperifolladas y elegantes; iban a visitar a los oficiales del segundo piso. El pase que llevaban las ponía a salvo del registro.

—Mira lo que son las cosas: a estas curras sí me gustaría registrarlas bien. ¿Te fijaste qué bien huelen y qué bien vestidas van?

—Sí, mi cabo, pero esas pulgas no brincan en el petate de la tropa.

Estuvieron llegando más y más. Se completaron como unas veinticinco cuzcas de todos pelos; unas regularcitas y otras deatiro redrojos.

El cabo ya no se aguantaba de tanto manoseo. Yo estoy seguro de que con una de aquéllas se entretuvo más de la cuenta y desahogó sus deseos mal contenidos.

Allá en el interior de la prisión, todo era tranquilidad aparente; el patio estaba casi vacío de presos, pues la mayoría estaba en las cuadras refocilándose con las mujeres o echando verso y vacilando. De pronto, cuando menos lo esperábamos, se formó un escándalo en la cuadra de la tropa. Se oyeron gritos y salieron corriendo por el patio muchos presos y mujeres.

—¿Qué pasa? —gritó el cabo, desde la reja.

—¡Ai viene!, ¡ai viene! —gritaban azorados los presos, corriendo por todo el patio.

—¡Auxilio!, ¡guardias!; ¡auxilio!

Las mujeres chillaban y querían salir atropelladamente por la reja; los presos corrían desaforados.

—¿Qué pasa, con un demonio?

—Un mariguano, que ya mató a uno y anda con un cuchillo, queriendo echarse a otros más.

—¡Auxilio!, déjenos salir.

—¡Cabo de cuarto!

Acudió el capitán en persona; la guardia se puso sobre las armas; rápidamente se reforzaron las azoteas; el corneta de guardia tocó “general” y se presentó al poco rato el coronel, jefe de la prisión. Se oyeron los ruidos de cerrojos de los máuseres y las caras de todos estaban pálidas.

A todas las mujeres se les dio salida pronta, mientras que en el patio, el mariguano, que no era otro que el Tiagonones, cuchillo en mano, correteaba a los presos, que asustados corrían en todas direcciones. Parecía un toro furioso; saltaba, corría y bufaba con los ojos colorados y con la boca llena de espuma.

A un pobre, que al correr se resbaló, le dio una puñalada en la barriga y lo dejó allí muerto.

Entraba por la cuadra, salía al patio, se encaramaba por las rejas de las ventanas, y volvía a entrar de nuevo a la cuadra y a salir otra vez, corriendo siempre, cuchillo en mano, detrás de sus compañeros que le huían muertos de miedo.

A uno que no podía correr ligero porque le estorbaba la cobija o porque tendría los fríos, lo tiró al suelo de un golpe en el pecho; cayó en el mero borde de la pila seca. El mariguano, encorajinado, se le echó encima y lo cosió a puñaladas. Nomás veíamos entrar y salir el cuchillo en el cuerpo de aquel infeliz.

Todo pasó en un momento.

El coronel me gritó, casi en las mismas orejas:

—¡Hágale fuego y mátelo!

Apenas me daba cuenta de lo que hacía; tan asombrado así estaba.

Metí el fusil por entre los cuadros de la reja; volteé la aleta; apunté apenas y jalé el gatillo.

El Tiagonones, herido, cayó sentado en el interior de la pila seca. Volví a cargar.

Otros compañeros, desde la azotea, ya estaban también apuntando. Casi al mismo tiempo, disparamos diez o doce balazos.

El mariguano se quedó acostado, muerto, junto con el pobre encobijado.

Salió un suspiro muy grande de alivio de toda la prisión.

Fue renaciendo la calma poco a poco. Una escolta entró a la prisión a meter orden entre los presos y a hacer un esculque de armas; salieron muchas chavetas y “puntas”.

Los ambulantes que habían llegado a toda prisa en un carro, recogieron a los muertos y a dos heridos que encontraron en la cuadra de la tropa. El capitán, comandante de la guardia, ayudado

por los tenientes, se puso a levantar el acta de los hechos en el cuarto de la prevención.

Me relevaron de mi puesto, para que fuera a declarar. Una bola de preguntas y un relato muy grande de lo que pasó, apenas en un instante.

Después, las conversaciones con los compañeros francos.

—¿Dónde mero le metiste la bala?

—¿No te tembló la mano?

—¡Lo que es la yerba, revuelta con margallate! ¡Quién le iba a decir al Tiagonones que había de acabar ajusilado, como un perro del mal!

—Nadien sabe en dónde estaca la zalea.

—Ya tienes qué contar, mano, porque esa muerte la debes tú.

Yo la verdad, no sabía ni qué contestar a tanta cosa. Pasó todo tan de prisa que casi ni me acordaba de cómo fue el suceso.

La tarde se hizo larga. Apenas probé la comida que me llevó la vieja; tenía un nudo en el estómago y una inapetencia como si estuviera enfermo. Por todos lados se oía el cuchicheo de los que hablaban nomás de los muertos.

En los árboles de la plaza de enfrente todavía se veía el sol y adentro de los paredones, ya casi estaba oscureciendo.

—Si vieras, mano —me dijo el Tlacuache— qué grandes son las tardes aquí, en la prisión. Parece que nunca se va a meter el sol; como si tuviera una pachorra de esas que ya ni se usan. Pa los pobres presos y pa sus custodios, cada día es como si fuera una semana entera. De aquí a que se mete el sol y llega la noche, pasa una eternidad.

Allá en el cuartel de artillería de la esquina, tocaron “llamada de banda” y a poco rato “lista de seis”.

Nuestro corneta de guardia también tocó “lista”, primero afuera y después en el interior de la prisión. Hasta donde yo estaba se oían los gritos de los presos que respondían a sus nombres:

—Preesente ... preesente... sente ... esente... ¡Sentee! Parte:  
“Guardia, sin novedad. Prisión: cuatro muerto y dos heridos”.

Otro jalón de tiempo largo y pasmoso, desde las seis de la tarde hasta el toque de “retreta”. La prisión ya oscura, lóbrega y sólo los foquitos de luz como luciérnagas sembradas en la noche. Los soldados, envueltos en las sombras, parecían negros africanos y el centinela de la puerta paseándose siempre, siempre, como un perrito amarrado, en todo lo largo de su cadena.

¡Cómo duraba el tiempo entre la “retreta” y el “silencio”!

Cuando tocó la corneta el último mandato del día, parecía como si estuviera llorando su “silencio”, largo, largo, larguísimo, por los muertos y por los pobres prisioneros. Como si bostezara, como si tuviera mucho sueño y unas ganas muy grandes de dormir; pero de dormir mucho, mucho; para toda la vida.

En el primer cuarto de la noche fui destinado para un rondín. Al recorrer los puestos de los centinelas, me pareció la cárcel más grande de lo que seguramente era. ¡Qué muros tan pesados; qué barrotes de hierro tan gruesos; qué triste caserón, lleno de penas!

Parecíamos los rondines almas en pena recorriendo el penal, mientras allá abajo, en las cuadras, dormían los presos amontonados, con las luces encendidas como era de rigor.

Comenzó la letanía de siempre, de correr la palabra:

—¡Uno, alerta!

—¡Dos, alerta!

—¡Tres, aaalerta!

Y así, hasta el número catorce, y después los rondines y los vigilantes. Y apenas acababa de cantar el último número, daba comienzo el primero.

Toda la santa noche fue gritar y vigilar, a veces de centinela, a veces de rondín, a ratos de vigilante. Y en el curso de la noche, el jefe de día, los capitanes de vigilancia, el capitán de guardia, el comandante de la compañía destacada, el coronel jefe de la prisión, los oficiales, los sargentos, los cabos; una plaga enorme de gente dispuesta a no dejar cabecear al pobre soldado de guardia en la prisión.

Al amanecer, el frillito de la madrugada, entumecedor y endemoniado. Las orejas y las narices como si fueran de hielo; los dedos engarabitados en el guardamonte del máuser y los capotes azules delgaditos, que no cobijaban nada. Calienta más —como decía el sargento— una mentada de madre.

El griterío de los alertas, el frío, un malestar de crudez en el estómago y las estrellas brillando y parpadeando muy hondas adentro de la noche negra, negra.

Todavía con las estrellas muy altas, pasó por la calle solitaria, rechinando en el empedrado, el primer carro de pulque con dirección a la aduana. Se oían los chicotazos y las malas razones de los carreros, revueltos con el rechinar de los ejes y con el rodar de las ruedas sobre las piedras boludas de la calle. Las mulas tiraban cansadas del armatoste lleno de barricas, como los pobres soldados tirábamos también del fusil y del equipo, y del frío y de la desgracia, que nos encadenaban de igual manera que a los animales.

Pasaron otros carros; se fueron las estrellas a dormir y llegó la vieja del puesto de hojas.



¡Qué bien sabe un jarro de hojas calientes con refino, después de una desvelada!, se siente como un consuelo; el alma que llega al cuerpo; un calorcito suave que baña por dentro y que nos da ánimo y vida, mientras que aparece el sol.

La “diana” alegre; el día que llega.

Y al poco rato, el relevo; otros que van a comenzar la misma jornada que acaba de pasar.

Cuando, ya de regreso al cuartel, dejamos las armas y fuimos a descansar a la cuadra, se me acercó el Barretero y me dijo:

—Ya me contaron que te tocó matar a un mariguano, allá en Santiago.

—Sí, hombre, vieras nomás qué pena tengo.

—¿Por qué?

—Por eso, porque debo yo esa muerte.

—¡Qué lástima y que no me hubiera tocado a mí!

—¿Te hubiera gustado?

—¡Claro, hombre!, ¡claro! Se ha de sentir bonito matar a alguno y que no le pase a uno nada.

## V

Estaba saliendo el mes de enero de 1913 y casi todo nuestro 24º Batallón salió a destacamentos, fuera de la capital. Se fueron todos aquellos indios y el zapatista Simón entre ellos. Al capitán Bruno Gloria, que había ascendido y estaba recién llegado a nuestro batallón, también le tocó salir. Por cierto que con su buen carácter se había granjeado ya la buena voluntad de toda aquella gente con quienes ahora iba.

Nada más nos quedamos unos sesenta hombres con la matriz del cuerpo en nuestro cuartel de San Pedro y San Pablo, a las órdenes del jefe del detall, mayor Casto Argüelles y del capitán segundo Pompilio Aldana. Nos quedábamos nosotros para recibir reemplazos y completar la fuerza de las otras compañías.

Escaseaba el servicio y apenas cubríamos el de la guardia de prevención, dedicándose toda la tropa sobrante a hacer ejercicio a tardes y a mañanas, para entrenar a los reclutas recién ingresados.

La vida estaba llena de aburrimiento, se notaba una calma grande en todas partes, pero, al mismo tiempo, se tenía el presentimiento de que aquello no podía durar. Dicen que la gente de mar presiente el huracán aunque las aguas estén en calma, y así ha de ser. Los pensamientos de la gente alebrestada bullen en el viento y llevan indicios hasta a aquellos que nada saben; barruntos, sospechas de algo que puede suceder y que ya se está tramando.

Fuera de aquel malestar que se adivinaba, yo vivía feliz, en lo que puede ser, con mi Juana.

¡Qué diferencia de esta a aquella Chata Micaela! En nada la extrañaba yo. Ésta no tendría la experiencia de la otra, pero era más mujer; le rendían más los centavos y me daba más gusto; hubiera yo querido ser libre y vivir con ella como viven los matrimonios, como Dios manda; aunque fuera en un jacal de los más pobres, en lo alto de algún cerro, o en lo espeso de un monte. Con qué gusto la hubiera visto hincada enfrente de un metate echando tortillas o atizando las brazas del fogón. Ella no era para la vida del cuartel, ni yo tampoco; nos hicieron torcer nuestro camino y así nos encontramos; algún día habrán de cambiar las cosas; no hay mal que dure cien años y todo tiene su fin. Algún día dejaríamos de oír el toque alegre de la “diana”,

que para nosotros era triste, porque indicaba que nos habíamos de separar, después de pasar la noche acurrucados, muy juntos debajo de la misma cobija. Ya no tendría ella que estar pendiente del toque de “media vuelta” del mediodía, ni la manosearían los cabos y los sargentos en cada entrada al cuartel. Algún día dejaríamos de ser como animales para convertirnos en gentes. No más mariguana para olvidar las penas, no más mezcal para entonar el cuerpo, no más cargar la mochila y el fusil.

Qué bien ha de ser aquello de poder decir: “Hoy no tengo ganas de trabajar y no trabajo”; “mañana me quedo acostado hasta el mero mediodía, porque así se me antoja”; “Juana, vamos para otra tierra, porque ésta ya me aburrió”. ¡Qué bien disponer cada quien de su persona y sentir la libertad! Con razón las gentes y los pueblos pelean por su libertad, por conseguirla y para no perderla. Y después de todo, con ser tan grande la libertad, se puede convertir en cualquier cosa: un techo, para no mojarse con las lluvias y para cubrirse el sol, una mujer que se quiera, cualquier cosa que comer, y una lumbre que arda y que caliente; con eso es suficiente y nada más.

Dos años me faltaban de servicio; dos años y a vivir. Tantita paciencia y aguantar con resignación los malos ratos, eso era todo; era medio camino recorrido ya, y se podía pensar que lo más malo había pasado.

Cuando menos lo esperábamos, una mañana tronó el cohete.

Era el día 9 de febrero, domingo por cierto.

Apenas acabábamos de comer el rancho, después de la primera lista del día, cuando se presentó en persona y sin anuncio alguno, el comandante militar de la plaza de México, general de división don Lauro Villar. Piocha larga, fornido; cara de hombre resuelto y acostumbrado a mandar siempre; aunque

anduviera vestido de paisano, cualquiera que lo viera había de pensar que aquel hombre no podía ser sino un general.

Habló con el mayor unas cuantas palabras de prisa y a toda carrera nos hicieron armar y nos municionaron a doscientos cartuchos. En menos que el aire, estábamos ya en la calle marchando camino a los trancazos.

En un momento corrió la voz. Se habían sublevado varios cuerpos de la plaza; había habido un cuartelazo y teníamos que pelear, a los pocos minutos, con los mismos de nosotros.

Íbamos al Palacio Nacional, que decían que estaba ya en manos de los muchachos de la Escuela de Aspirantes, que desde Tlalpan habían llegado sublevados y se habían apoderado de él, desarmando a los del Veinte Batallón que daban guardia en las tres puertas principales. Teníamos que recuperarlo nosotros, aquellos sesenta hombres no muy buenos que éramos nosotros, supuesto que llevábamos muchos reclutas faltos todavía de experiencia.

En columna de viaje salimos a la calle y en vez de agarrar por todas las calles del Reloj, para llegar más pronto al Palacio, tomamos por la calle del Carmen, y la del Correo Mayor después, para caer en el cuartel de zapadores de la calle de la Acequia. Aquel cuartel daba al Palacio Nacional por la parte de atrás y estaba entonces como quien dice desocupado, pues los zapadores estaban fuera de la capital y allí sólo se alojaba por aquellos días un escuadrón del Primer Regimiento de Caballería, a las órdenes del teniente coronel Juan Manuel Torrea, que estaba de parte del gobierno.

Apenas comenzaba a ser de día. A la cabeza de nuestra columna iban el general Villar, nuestro mayor Argüelles, el capitán segundo y unos dos civiles, acompañantes del general.

Entramos sin ninguna dificultad al interior del cuartel: en el patio estaban los del Primer Regimiento al pie de sus caballos, con su teniente coronel Torrea, al frente de ellos.

Conferenciaron de prisa los jefes con el general y de seguro acordaron el plan que teníamos que seguir y que lo hicimos desde luego. Casi no tuvimos tiempo ni de pensar en nada y todo pasó en un instante. Comenzábamos desde ese momento a vivir de prisa; había que obrar y ya después, los que quedaran con vida, pensarían en todo aquello y platicarían muy largo sobre lo que había pasado.

Nos ordenó el mayor forzar una puerta que daba del cuartel de zapadores al jardín interior del Palacio. La puerta estaba bien cerrada y fue menester casi romperla con unas barretas que por allí encontramos. Algunos compañeros subieron a la azotea a tomar posiciones y a cuidarnos de cualquier ataque que pudieran hacernos los sublevados. La tropa de caballería montó en sus caballos y fue a formarse “en batalla” en el Zócalo, enfrente de la tienda conocida por el nombre de La Colmena.

Franca la puerta, nos metimos con las armas embrazadas y listas para disparar; los jefes llevaban las pistolas en la mano. Iba a comenzar lo bueno.

Nos habíamos metido en la boca del lobo, pero llevábamos la ventaja de la sorpresa que les íbamos a dar, ya que les llegábamos por la retaguardia, por donde de seguro no esperaban enemigo.

En un momento llegamos al patio de honor y mientras un pelotón nuestro, al paso veloz, se echaba sobre la guardia de la puerta, compuesta todavía por gente del Veinte, y los desarmaba, los demás seguimos al patio central y nos hicimos de los pilares de la arquería. Había allí más de cien cadetes de infantería de los aspi-

rantes; muchachos todos ellos fuertes, resueltos y bien instruidos. Los teníamos a boca de jarro; no iba a haber tiros perdidos allí y de seguro todos iban a dar en el blanco.

Sin embargo, no pasó nada.

El general Villar, ¡qué hombre!, se adelantó él solo y les habló a los muchachos rebeldes. No recuerdo cuántas cosas les dijo, que logró lo que de seguro se había propuesto. Les habló del honor militar, de la carrera, de la patria y los muchachos aquellos nomás le oían asombrados. Cuando habla un general, el que es soldado obedece; no importa que se le tenga por enemigo, siempre es un jefe y la disciplina no se pierde en un mal rato, y si ese general es del pelo y la presencia de don Lauro Villar, el triunfo está seguro de su parte.

Primero les habló por la buena, los convenció, y después, ya seguro de su dominio, les mandó como sabía hacerlo.

—¡A formar!; ¡empabellonen, armas!

Los hizo desfilar, ya desarmados, hasta las caballerizas de palacio y allí los encerró. El Palacio Nacional era ya nuestro, pues los del Veinte, ya con su jefe, el coronel Morelos, que había llegado allí, volvieron sobre sus pasos y se aprestaron a defender al gobierno, junto con nosotros.

Otro general, Francisco de P. Méndez, según supe después que se llamaba, también se hizo presente al general Villar en aquellos momentos.

El primer golpe estaba bien dado y no se había disparado un solo tiro, gracias a la audacia y el valor del general Villar.

Dicen que las malas noticias vuelan y aquéllas corrieron como pólvora encendida; los muchachos aspirantes presos, los del Veinte, o algunos curiosos, nos pusieron al tanto de todo.

Se había pronunciado en la madrugada casi toda la guarnición de México; los aspirantes de infantería, desde Tlalpan, habían ocupado a la fuerza los trenes eléctricos y se habían venido a México, ocupando el Palacio Nacional por sorpresa y sin resistencia alguna. Los de caballería se habían juntado con las fuerzas con que estaban ya de acuerdo sus jefes para dar el golpe y que eran la artillería de Tacubaya, todo el Primer Regimiento de Caballería, menos el escuadrón que habíamos encontrado de zapadores a las órdenes del teniente coronel Torrea, y también el Primer Regimiento de Artillería del cuartel de la calle de la Libertad.

Toda aquella fuerza, mandada por el general Gregorio Ruiz, se había ido directamente a la prisión militar de Santiago Tlatelolco, pues la tropa que estaba allí de guardia, que era también del Primero de Caballería, desde luego había hecho causa con los suyos. Pusieron en libertad al general Bernardo Reyes y toda aquella columna, ya mandada entonces por este prestigiado general, se fue derecha hasta la penitenciaría y allí obligaron al director que pusiera también libre a Félix Díaz. No había habido tampoco ningún tiro. Estábamos hasta aquellos momentos ya en guerra, pero sin tiros y sólo a golpes de audacia; la bola aquella tenía que reventar muy pronto.

En la calle andaban los de la rebelión y era seguro que iban al Palacio Nacional; nosotros estábamos listos: en la puerta central, dos ametralladoras emplazadas, al mando de un teniente güero y gordo de apellido Carazo, rodeadas de costales de tierra como trincheras, con sus cabos sentados en los banquillos, listos para romper el fuego y con todos sus sirvientes en sus puestos. En las banquetas del frente del Palacio, los del Veinte y nosotros los del Veinticuatro, pecho a tierra y todos dispuestos para la pelea; en

el costado sur, enfrente de La Colmena, el escuadrón del Primer Regimiento, pie a tierra y con sus caballos en mano, también dispuestos a lo que viniera. Enfrente, entre la arboleda del Zócalo y hasta arriba del kiosco de la música, cientos de curiosos apiñados como si fueran a ver una formación en día de fiesta patria.

Eran como las siete de la mañana.

El enemigo apareció por donde menos lo esperábamos y en una forma que más bien parecían compañeros nuestros que gente que estuviera en nuestra contra. A lo mejor aquella juanada ni sabía que andaba ya en contra del gobierno.

Fueron los del Primer Regimiento de Caballería los que iban saliendo en columna de a cuatro por las calles que están a un costado del Palacio Nacional que se llaman de la Moneda; llevaban los sables envainados Y las carabinas en guardia. Avanzaban al paso tardo de sus caballos; al frente de aquella fuerza iba su coronel Luis G. Anaya y otro que después supe que era el general Gregorio Ruiz; iba vestido de gris y con sombrero ancho. Aquella fuerza no parecía que llevara la intención de pelear con nosotros; ni siquiera nos daba el frente; salieron por las calles de la Moneda como si fueran a atravesar el Zócalo y de pronto se detuvieron; la cabeza de aquella columna estaba casi enfrente del kiosco.

El general Ruiz se separó de la columna y avanzó al tranco de su caballo con dirección a la Puerta de Honor. Nosotros, los del Veinticuatro estábamos precisamente allí, pecho a tierra y listos para romper el fuego. Avanzó lleno de confianza como si fuera a pedir la venia para entrar.

El general Lauro Villar, acompañado por el otro general, Méndez; por su ayudante, el mayor Malagamba; por nuestro mayor Argüelles y por los dos civiles que le acompañaban desde antes, avanzó a recibirlo.



Se encontraron como a una distancia de unos tres metros enfrente de nuestra cadena de tiradores. Clarito pude oír lo que dijeron.

—Vamos a derrocar al gobierno —dijo el general Ruiz—. Usted debe unirse con nosotros. Contamos con toda la artillería y las fuerzas de la plaza; vienen detrás de nosotros los generales Bernardo Reyes, Félix Díaz y Mondragón.

El general Villar le contestó:

—Por ningún motivo defeccionaría .

—¡Ríndase! —gritó Ruiz, queriendo echar mano de una de las pistolas que llevaba en la cabeza de su montura.

—¡Quien debe rendirse es usted! Yo por ningún motivo faltaré a mis deberes, ni traicionaré al gobierno del señor Madero. Un militar no traiciona ni se debe meter en asuntos políticos; yo me sostendré hasta perder la vida.

—¡Ríndase! —volvió a gritar el general Ruiz, agarrando una de sus pistolas.

—¡Ríndase usted! —gritó más fuerte el general Villar, sacando de su bolsa una pistola chica y le apuntaba con su mano derecha al mismo tiempo que le agarraba el caballo por las bridas.

—¡Dése preso! —volvió a gritar el general Villar.

Y entonces todos sus acompañantes obligaron a la fuerza a bajarse del caballo al general Ruiz y bien sujeto le metieron arrestado por la puerta central.

La fuerza sublevada del Primero de Caballería estaba sin hacer la menor demostración de amago para nosotros. Han de haber estado sorprendidos por lo que acababan de ver; de seguro que nunca pensaron perder a su jefe tan fácilmente o creían que el general Villar había de secundarlos a la primera invitación que le hicieran.

Otra vez volvió a salir a la calle el general Villar acompañado de su gente. Apenas habían pasado unos cuantos minutos.

Una nueva columna de rebeldes apareció de pronto. Salía también de la calle de la Moneda, pero ésta no siguió para el Zócalo, sino que avanzó por la acera de Palacio pasando por enfrente mismo de las bocas de nuestros fusiles. Iba al frente el general Bernardo Reyes, vestido de paisano y montado en un brioso caballo retinto que manejaba muy bien; detrás de él iba un grupo de gente sin formación militar: paisanos y oficiales revueltos y siguiéndolo, como si fueran en una manifestación o en un convite.

El general Villar, que estaba en la puerta central, se adelantó a recibirlo.

Aquello fue rapidísimo.

—¡Ríndase usted! —le gritó el general Bernardo Reyes, tratando de rodear con su caballo al general Villar para aislarlo de su gente.

—¡Quien debe rendirse es usted! —le contestó nuestro general y al verse amenazado con el caballo encima, nos ordenó a nosotros.

—¡Fuego!

Se desató la balacera de nuestros fusiles y traquetearon las ametralladoras.

El caballo retinto del general Reyes se encabritó y lo sacó de la montura a tiempo que el fuego de una de las ametralladoras le clareó el pecho. Cayó al suelo, bien muerto, y el caballo salió disparado por entre los árboles del Zócalo.

En un momentito se llenó de muertos aquello. Nuestros tiros eran seguros. De los que iban con el general Reyes no quedó ninguno; los que no quedaron allí sin vida, corrieron. Los rebeldes

del Primer Regimiento se desparramaron por todas partes y en el Zócalo quedaron montones de cuerpos de paisanos curiosos.

Muchos caballos sin jinete salieron corriendo por la calle del 16 de Septiembre, con rumbo a su cuartel de Tacubaya, a donde tenían su querencia. No menos de quinientos muertos, entre rebeldes y gente curiosa, hicimos en aquellos cuantos minutos de fuego intenso.

Cuando tocaron “alto el fuego”, era aquello un tendedero de muertos como nunca los había visto en tanto número y en tanta revoltura. Militares, gente del pueblo, catrines, papelerillos, caballos y hasta perros, cayeron en aquel momento, para no levantarse más.

Una tormenta se había desatado con toda su furia y había pasado en un momento dejando un tendedero de difuntos.

Entre la arboleda del Zócalo y de la Catedral se oían lamentos de gente herida y a lo lejos se perdía el tropel de los caballos sueltos que iban sin jinetes con rumbo a su cuartel. Allí, enfrente de nosotros, a unos cuantos pasos, estaba el cuerpo del que fuera el arrogante general Bernardo Reyes: un cuerpo chaparro, encogido y un copete y una barba canosos, teñidos de sangre.

A nuestro general Villar le manaba sangre de un hombro, que en vano trataba de contener con un pañuelo. Casi no había habido novedad de nuestra parte.

A poco rato, por la calle de Plateros, se oyó un fuerte rumor de gente que se acercaba. Creímos que sería de otra nueva columna de rebeldes que iría a atacarnos y nos dispusimos a pelear de nuevo. Pero no, era el propio presidente Madero el que llegaba montado en un caballo tordillo rodeado y con una bandera nacional empuñada; a sus lados una turba de gente que lo vitoreaba y, como guardia para su

persona, todos los cadetes del Colegio Militar. Me cayó muy bien entonces aquel chaparrito sin sombrero, sonriente, y con la bandera de la patria en la mano; lo rodeaba pura gente del pueblo y unos cientos de muchachos que pronto irían a ser oficiales del ejército.

Apenas llegó enfrente de nosotros, se adelantó a saludarlo y a darle las novedades el general Villar.

—¡Qué hombrote es usted, general! —le dijo Madero.

—No, señor —le contestó Villar—; los hombrotos son éstos que están aquí, en la cadena de tiradores —y nos señaló a nosotros.

Entraron todos a Palacio y a poco rato supimos que herido como estaba el general Villar, no podía seguir en su cargo y que en su lugar había puesto al general Victoriano Huerta, aquel que tanto se había distinguido en la campaña de Chihuahua contra Pascual Orozco.

Se tomaron algunas otras providencias contando ya con el refuerzo del Colegio Militar y de la gente voluntaria, tomando las alturas de las torres de la Catedral y las azoteas del Palacio. A mí me tocó quedar en la puerta central, allí en donde habían metido preso al general Gregorio Ruiz; me tocó custodiarlo a las órdenes de otro general que se había presentado unos momentos antes como leal; un viejito de barba blanca, que se llamaba Eduardo Cauz.

Ayudantes del Estado Mayor presidencial subían y bajaban, dando órdenes, y muchos de los oficiales del general Huerta también eran todo actividad.

El general Ruiz parecía estar tranquilo y si algún temor sentía, su cara no lo demostraba; le había fallado su golpe y tenía que esperar las consecuencias que, por cierto, no se hicieron esperar; una orden transmitida desde mero arriba, llegó hasta abajo, hasta nosotros y nos puso en movimiento.

Nuestro capitán, Pompilio Aldana, le mandó al general Ruiz que se dispusiera a salir con una escolta que formábamos cinco soldados y el sargento Juvencio López, todos del Veinticuatro Batallón.

Esperábamos con las armas terciadas que se levantara el reo de su asiento.

—¿A dónde me van a llevar? —preguntó inquieto el general Ruiz.

—Tengo orden de pasarlo a usted por las armas.

—Eso no puede ser, ¿quién dio esa orden?

—Es una orden superior y mi deber es cumplirla.

—Díganle al presidente de la República que soy diputado y que tengo fuero.

—Tengo orden de ejecutarlo a usted inmediatamente.

—Tengo fuero; soy diputado del Congreso de la Unión; quiero que lo sepa el presidente. Además, tengo algunos bienes de fortuna y necesito a un notario para arreglar mis cosas. Más todavía, soy católico y necesito a un sacerdote para bien morir.

—Nada puedo hacer yo; hágame favor de acompañarme desde luego.

Se conoce que aquel hombre viejo, veterano de quién sabe cuántas guerras extranjeras y contra hermanos, se resignó con su suerte; sacudió su temor y su esperanza y se levantó tranquilo, sereno, dispuesto a ir a la muerte. Se puso en su lugar, en el que ya conocía que se destinaba a los presos, quién sabe desde cuánto tiempo atrás, desde que él también haría fusilar a sus prisioneros de guerra.

Voces breves del capitán:

—¡De frente... hileras a la derecha!, ¡marchen! ¡Derecha!...

¡Oblicuo a la izquierda!...

Salimos del cuerpo de guardia, atravesamos el patio central,

y seguimos el mismo camino que habíamos recorrido hacía un rato apenas; fuimos a dar al jardín trasero de Palacio. Frente al paredón del fondo hicimos alto. El general Gregorio Ruiz, sin que nadie se lo indicara, avanzó y se puso de espaldas a él, dándonos frente a nosotros. Nos formamos en fila; el capitán Aldana desenvainó su espada. El asunto realmente iba de prisa, como si no tuviera la menor importancia. Entregó el general Ruiz al capitán unos papeles que llevaba en su bolsa y unas alhajas.

Pidió como última gracia, que le permitieran mandar su ejecución. No hubo ningún inconveniente, ¿por qué había de haberlo? El caso era que se muriera y lo mismo daba que mandara el capitán o que mandara él.

Tomó la postura militar sacando bien el pecho y antes de dar las voces de mando nos dijo:

—Muchachos, les pido que no me tiren a la cara; apunten bien al corazón.

Después, despacio, fue dando las voces con toda entereza, como si en vez de mandar su ejecución, estuviera mejor instruyendo a una escuadra de reclutas.

—¡Preparen!, ¡apunten!... ¡fuego! Una descarga cerrada y cayó redondo.

López, el sargento, le dio el tiro de gracia a aquel viejo general. Aquello se había acabado.

A otra cosa.

## VI

Al mediodía llegaron las viejas con las canastas de la comida y con muchas noticias. Sabían más que nosotros, con todo y que nos había tocado andar en medio de toda aquella bola desde en la mañana. Nos lo contaron todo en un momento. Aquello apenas iba comenzando con todo y lo duro que había estado; faltaba lo mejor. Otra columna de rebeldes encabezada por Félix Díaz y por Manuel Mondragón, que iba detrás de la gente que seguía al general Bernardo Reyes, al ver que éste no pudo entrar al Palacio Nacional, torció por otras calles y fue a dar hasta la Ciudadela en donde estaban metidos y hechos fuertes; allí había habido también su matazón; a un general Villarreal que la defendía por cuenta del gobierno, lo habían matado los mismos por detrás y también habían matado con ametralladoras a muchos policías que estaban allí habilitados como soldados, defendiendo aquella vieja fortaleza. Félix Díaz estaba allí con mucha artillería, con las fuerzas sublevadas y con mucha

gente simpatizadora que lo seguía.

Juana me daba detalles:

—Si vieras cuánto gachupín hay allí metido adentro. ¿Por qué les gustará tanto meterse en nuestras cosas a esa gente? ¿Te acuerdas de los Ratones?

—¿Cuáles Ratones?

—Esos soldados voluntarios del batallón de Seguridad que les dicen los Ratones por los uniformes grises que traen; esos que están destinados nomás para cuidar a los presos de Belén.

—¡Ah, sí!

—Pues iban dizque a defender la Ciudadela y nomás llegaron y voltearon chaqueta. La policía montada también está allí y hasta

el mismo inspector general de policía, que por cierto que dicen que es del Estado Mayor de Madero y que es mayor y se apellida López Figueroa.

—¡No me digas!, ¿también ése?

—Y un chorro de catrines y hasta la misma guardia presidencial.

—¿La de Madero?

—La misma que antes también fue de don Porfirio.

—¡Me lleva!...

—Y como dicen que allí en la Ciudadela hay tantísima arma y tantas municiones, se va a poner esto terrible. De seguro que van a sobrar muchos sombreros.

—¡Tú dirás nomás!

Todo el resto del día se pasó sin novedad y si hubiéramos atacado desde luego la Ciudadela de seguro la habríamos tomado, pues según decían las viejas era aquello un desorden y una borrachera en grande, pero el general Huerta no era de los arranques del general Villar, que en mala hora fue herido. Esperaba el general Huerta más fuerzas y el mismo presidente Madero fue a traerle, hasta Morelos, a las tropas del general Felipe Ángeles.

Las ambulancias recogieron a los heridos y a los muertos del Zócalo y a nosotros nos mandaron avanzar bastante calles adelante del Palacio para darle mayor seguridad.

Pasamos la noche en vela; al otro día iba a ser el combate duro. Se organizaron al día siguiente muy temprano las columnas de ataque y a nosotros nos tocó ir a las órdenes del general Sanginés.

Avanzamos por la calle de Nuevo México, abiertos en dos hileras.

A las diez de la mañana se rompió el fuego.

Nos tiraban con ametralladoras y con fusiles desde las azoteas de las casas y desde las bocacalles; nosotros nos protegía-



mos en los quicios de las puertas y tratábamos de avanzar. La cosa estaba dura. En un momento se desató la tormenta de fuego; cañonazos, traqueteo de muchas ametralladoras y fusilería herían el aire. Les habíamos dado tiempo a los rebeldes y se habían hecho ya fuertes; iba a costar mucha sangre aquello.

El asunto se presentaba difícil, porque todas las calles que iban a dar a la Ciudadela y por las que teníamos que avanzar, estaban barridas por las balas. En el primer empuje que duró toda la mañana nada hicimos y sí perdimos bastante gente.

Después pensaron nuestros jefes, con acierto, que más nos valía seguir otro camino y dispusieron que nos metiéramos en las casas que fuéramos avanzando unos por las azoteas y otros por el interior haciendo agujeros en las paredes.

La gente pacífica que vivía en las casas en que teníamos que entrar nos recibían espantadas o de plano no nos habrían las puertas y teníamos que echarlas abajo. No era para menos su temor, pues íbamos a hacerles agujeros y a estropearles sus muebles, aparte del peligro que les representaba nuestra vecindad, porque los de la Ciudadela tiraban cañonazos para todas partes, pero con más seguridad para las casas que íbamos tomando. Sus tiros eran siempre seguros y si no mataban gente, a las casas no les erraban. Muchas veces los mismos agujeros que abrían sus granadas nos servían a nosotros para avanzar por ellos.

Pasábamos por patios de vecindad, por casas humildes y por residencias lujosas. ¡Qué diferencia de maneras de vivir de una gente a otra! Una pared de por medio, y dos familias enteramente diferentes una de otra, tanto en la puidencia como hasta en el mismo modo de ser y de sentir.

El trabajo era duro y el avance lento; cada dos o tres horas nos turnábamos, los tiradores de las azoteas con los trabajadores, los picos y barretas con que agujerábamos las paredes. No sabía uno qué cosa preferir, si exponerse a recibir un balazo o sudar la gota gorda con el pico y la barreta.

El fragor del combate no paraba un instante. Empezamos a tener bajas, muertos y heridos, todos con tiros en la cabeza, lo cual era lo natural porque estando como estaban parapetados en los pretilos de las azoteas de las casas, las balas sólo podían pegarle en lo único que sacaban, que era la cabeza. Con toda seguridad que muchos de los del otro bando deberían de caer con heridas semejantes.

Me di cuenta allí de cómo se desperdicia el parque en los combates; la mayoría de la gente dispara sin apuntar y muchos reclutas ni siquiera sacaban la cabeza, sino que disparaban para el cielo. Gasto de municiones sin objeto y sólo con el afán no más de meter ruido.

Llegó la noche y el combate siguió con la misma fuerza sin que se viera por ningún lado de parte de quiénes se ponía la victoria. Nunca pensé yo que pudieran resistir tanto los de la Ciudadela; pensamos nosotros que aquello sería cosa de un combate de unas tres o cuatro horas y nada más; cómo podía creerse que gente, parapetada en una casa de un solo piso, como lo es la Ciudadela, pudieran resistir el fuego de alturas mayores y el empuje de fuerzas más grandes que las que había allí adentro.

Lo más duro de todo aquello era que no sabía uno ni contra quién peleaba; el enemigo podía ser cualquier paisano o cualquier soldado de los mismos; había en los dos bandos de la misma gente, de los mismos números de cuerpos y hasta con los mismos

uniformes. A lo mejor le pegaba uno a un compañero creyéndolo enemigo o dejaba ir tranquilamente a uno que verdaderamente lo era, pensando que era de los mismos de uno.

La mera verdad era que a nosotros los de la tropa, nos daba igual un lado que otro; en una y otra parte había jefes, oficiales, sargentos y cabos; en las dos partes habíamos forzados, que por nuestra propia voluntad jamás hubiéramos peleado contra nadie. ¿Qué culpa teníamos nosotros de las diferencias o dificultades de los de arriba?, ¿por qué no se agarraban ellos, unos con otros y nos dejaban a nosotros en entera libertad? Pero, no; Madero, por un lado, mandando desde el Palacio Nacional, y Félix Díaz, por el otro, escondido en la Ciudadela, mandando desde allí también a su gente. Los generales y los jefes, también dizque dirigiendo, pero bien protegidos por las paredes y nosotros, la juanada, a exponer la barriga, a tirar casas, a echar balazos, a dar o recibir la muerte de manos de otros juanes iguales a uno, a quien no odiábamos y de quien sabíamos que tampoco nos habían de querer mal. Semos los soldados como esos aros con que juegan los chiquillos, que se van por donde los avientan: a veces ruedan por las banquetas, por los caminos, por los jardines y otras veces van a dar contra los carros que pasan por la calle o contra los otros aros que manejan enfrente otros muchachos. Por donde les dé la gana echarnos, por allí nos vamos los de tropa como borregos, a matar a quien nos dicen. Semos carne de cañón de todos los tiempos; de los presentes, de los que han pasado y de los que vengan también; matando o muriendo, sólo servimos para ser escalón de los que nos echaron por delante. ¿Hasta cuándo dejaremos de ser bueyes y embestiremos a los que nos arrearán?

A la madrugada amainó un poco el fuego y a media mañana del martes se soltó otra vez con la misma fuerza de antes. Todo el santo día peleamos y apenas logramos avanzar unas cuantas casas. Nos municionaban mal y la comida escaseaba; las pobres viejas nuestras lograron dar con nosotros hasta ya bien entrada la noche; nos llevaban, como siempre, lo que buenamente habían podido conseguir, que era mucho menos de lo acostumbrado, ya que todo el comercio estaba cerrado y escaseaba todo. Más que comida nos llevaron noticias malas:

Que las fuerzas del gobierno iban muy despacio y que no se notaba ningún empuje; que el Séptimo Batallón que mandaba un coronel Castillo que había llegado del estado de Morelos, lo habían metido por una de las calles cercanas a la Ciudadela y que lo habían hecho pedazos las ametralladoras enemigas; que el mismo coronel había encontrado allí la muerte, el teniente coronel y más de ciento cincuenta hombres; que a un regimiento de rurales maderistas lo habían hecho cargar a caballo por las calles de Balderas y que también los habían barrido; que la cosa estaba de toditos los diablos.

El Tlacuache hacía sus comentarios conmigo:

—Yo estoy viendo esto muy raro —me decía—, ¿cómo es posible que las fuerzas del gobierno no puedan tomar esa casa? Aquí hay gato encerrado y algo han de estar tramando los de arriba, no te quepa la menor duda.

—¿Pero qué puede ser?

—Sabrá Dios, pero esto no me cuadra. Dicen por ai que allá en tiempos viejos aquel mentado general Sóstenes Rocha tomó esa misma fortaleza en sólo dos horas y eso que entonces estaba la cosa peor, porque no había tantas casas y la Ciudadela estaba

en un llano y hasta rodeada por un foso muy grande, y con todo y eso en un momento logró meter a sus fuerzas hasta adentro y acabar con todos los rebeldes que estaban allí parapetados, igual que éstos.

—Pero entonces no había ametralladoras.

—Tampoco pienso que tiraban con migajón; lo mismo se moría la gente y se hacía buen uso de la bayoneta, no como ora que para todo sirven, menos para dar cuchilladas a la gente.

—Oye nomás cómo gastan parque.

—Claro, lo que les sobra son balas; tienen en su poder todos los almacenes.

—Bueno, pero ¿por qué si se sienten tan fuertes no salen ellos y se echan sobre nosotros?

—Pues ai está lo que te digo, que veo muy raro esto.

—¿En qué irá a parar este rejuego?

—A mí se me ocurre que últimamente nos vamos a juntar todos y vamos a hacernos todos unos.

—¿Y en favor de quién?

—Pues ni modo que de Madero.

—¿Entonces?

—De Félix Díaz o de algún otro. Acuérdate de lo que te digo y verás si tengo narices y las huelo bien. Fíjate: esta mañana oí, ai en la azotea, a uno de los oficiales que decía que había orden de no avanzar, ¿qué sacas tú de eso?

—¡Ah, canijo!

—Para lo que va a resultar de esto, no vale la pena matar compañeros y exponerse uno a que le den un trancazo.

No se me olvidaron las palabras del Tlacuache y pude comprobar que era cierto lo que decía: nuestros altos jefes no tenían nin-

gún empeño en tomar la Ciudadela, ni los otros tampoco de salir de allí; sin embargo, no por eso dejábamos de echar balas y de matar cristianos. Era una pelotera aquella que parecía como si fuera un solo trueno que no se acababa nunca; un trueno compuesto de tiros de fusilería, de ametralladoras y de cañón que repercutía en los aires y que agujereaba casas y segaba vidas.

Aquello de haber metido a los maderistas a caballo por una calle para que los mataran como a borregos estaba bien claro, pues sólo siendo muy animal se podía creer que pudiera tomarse una fortaleza montados a caballo y caminando por un lugar barrido por el fuego de las ametralladoras. ¿Querían acabar con Madero porque no era de los suyos? Bueno; para luego era tarde, ¿qué esperaban?, ¿para qué hacían matar tanta gente inocente?

Yo no entendía aquellas cosas ni me parecía fácil que habiéndose derramado ya tanta sangre fueran a ponerse de acuerdo unos jefes con otros. No; aquéllas no eran sino suposiciones del Tlacuache que siempre fue malicioso y amante del chisme; tenía fama en el batallón de enredador y me vino a la memoria que en una ocasión me contó a mí y a otros varios que el sargento Paulino Arredondo dejaba que su mujer lo engañara con uno de los tenientes, nomás para que éste se contagiara de los males que llevaba ella y para que así pagara el oficial su propia falta.

Allí lo que había de suceder sería de seguro que el general Huerta era más precavido y menos audaz que el general Villar y por eso íbamos poco a poco para dar un golpe a lo seguro.

Al tercer día todo seguía igual: fuego por las dos partes, muy duro, muertos y heridos a montones y la situación en el mismo estado que al comenzar la pelea. Aquello lleva trazas de eternizarse; ya hasta me estaba yo acostumbrando a aquel traqueteo y pensaba

que había de salir con bien de todo, cuando me tocó la de malas. Fue en la mañana del miércoles cuando me pegaron.

Estaba yo apuntándole, desde la azotea de una casa de la calle Ancha a unos que estaban como a una cuadra de distancia, cuando me sentí herido; sentí como si me hubieran dado un golpe en el brazo y a poco me vi correr la sangre. Fue en el brazo izquierdo, abajo del hombro; quise mover la mano y me di cuenta de que no podía hacer movimiento; me había quebrado el hueso la bala.

Ni modo de seguir peleando; estaba yo inútil por el momento y quién sabe si por toda la vida. Me enviaron al hospital.

Estaba el hospital militar testudo de heridos y los médicos no se daban abasto para atender a todos. No alcanzaban las camas para los que iban llegando a cada rato y nos dejaban los ambulantes en donde había sitio en el suelo.

Apenas llegué a aquel lugar, sentí un dolor muy fuerte; se me había enfriado la herida y apenas podía yo soportar el sufrimiento que me causaba.

Recuerdo como en sueños, que un mayor médico me examinó el brazo y me hizo sufrir más todavía con sus manipulaciones.

—No hay más remedio que operar —dijo.

Me montaron en una carretilla y me metieron a un cuarto blanco. Alguien me dio a oler no sé qué cosa muy fuerte, sentí que me iba de este mundo. No supe ya de mí.

Como en un sueño recuerdo que batallaba yo con toda mi alma para sacudir la modorra que se aferraba en mi cuerpo y que oía muy apenas los lamentos de los otros heridos y allá, más lejos, el estruendo del combate, igual que el primer día. Seguía la danza de la muerte y yo era de los pisoteados. A ratos, los lamentos se hacían muy débiles, como si les faltara el aliento a los quejumbrosos

y el cañoneo y el ruido de la fusilería se perdía en la distancia.; me zumbaban los oídos y en medio de aquel barullo oía claramente el redoble de los tambores al “paso de camino” que pasaban por dentro de mi cabeza y se perdían a lo lejos. Después, una corneta que me tocaba en las orejas, hasta ensordecirme, “atención, fajina y marcha”; luego, la cabeza que me daba vueltas, como si fuera un trompo y visiones como relámpagos de combates, de fusilamientos, de victorias y de derrotas. ¡Tatará, tatará, tatará!; ¡fuego!, fuego por descargas, muy nutrido; cargas de caballería, fuego de ráfagas de los cañones. Granadas de tiempo explotando, ametralladoras tartamudeando sonos de muerte, marchas al paso veloz, gente que cae y que ya no se levanta; sudor, sangre, maldiciones y lamentos largos, largos, que no se acababan nunca. Mi cabeza volvía a detenerse después de aquel baile de perinola y los lamentos seguían, pero no eran ya los lamentos de los sueños, eran los que daban los compañeros heridos del hospital.

Cuando pude darme cuenta bien de todo, se había acabado ya el combate. A un lado de mi cama estaba mi vieja fiel, mi Juana sufrida. Pensé en aquella otra vez que me hirieron, allá en Cuencamé, y que también estuvo a mi lado la Chata Micaela. ¡Qué diferencia de mujeres y también qué diferencia de heridas! En aquel entonces fue un rozón nomás en una pierna y ahora despertaba con un brazo menos. Estaba inválido y ya no volvería más a cargar el fusil. ¡Qué gusto, dejar esa vida y qué desgracia no servir ya para nada!

—¡Vieja, viejita querida!, ¿ai estás?

—Aquí estoy, mi viejo, ¿crees que te pudiera abandonar?

—Mírame nomás, ora sí soy “mocho” de veras.

—¡Pobre “Juan”!...

—Se acabó todo.



—Todo no, te quedo yo.

—¡Pobre Juana!... ¿Qué vas a hacer con un hombre inválido?

—Ya no cargarás el máuser, se te acabará el servicio y ya no te harán que pelees más contra nadie.

—Ya no cargaré el fusil, ni podré manejar la pala, ni el azadón, ni el arado...

—Me tienes a mí, viejito querido.

—Acércate junto a mí, junto a mi brazo mocho, para no echarlo tanto de menos.

Me cogió la cara, me besó y me hizo caricias como si fuera un niño; mis ojos se llenaron de lágrimas y me sentí como si fuera una criatura débil, incapaz de nada.

A lo lejos sonaban campanas alegres y redobles de tambores que tocaban “diana”.

—¿Ganaron los nuestros?

—Ganaron unos y otros. Tenía razón el Tlacuache.

—Entonces...

—Lo que tenía que suceder, mataron a Madero y ya hay nuevo presidente.

—¿Félix Díaz o Huerta?

—Huerta.

—Lo mismo da uno que otro. Pobre chaparro Madero, tenía que suceder. ¿Qué más novedades hay?

—Ahorita están quemando montones enormes de muertos, aquí, en los llanos de Zoquiapa, ¿no te llega hasta aquí el olor a chicharrón?

—Muchos deben de ser.

—Miles; se retuercen los brazos y las piernas de los difuntos al achicharrarse; da horror ver aquello. ¿Te acuerdas del capitán Gloria?

—¿Qué le pasó?

—A él nada. Toda la guarnición del Veinticuatro que estaba en Amecameca, aprovechando estos días de combates aquí en la capital, como casi todos habían sido antes zapatistas, encabezados por aquel don Simón, se sublevaron y mataron a todos los oficiales menos al capitán Gloria, a quien querían, y se fueron al monte.

—¿De modo que el capitán Gloria anda ahora de zapatista?

—Por la buena o por la mala, pero allí anda. Se fueron al monte porque no querían a Madero y la erraron, aquí acabaron con él. Todo está tranquilo, ya se acabaron los combates.

—¿Se acabaron?, ¿quién sabe si sea ahora cuando van a comenzar de veras!

—Todo el ejército está con Huerta.

—El ejército, los agarrados de leva, pero quedan los libres, los que pelean por su gusto, ¿tú crees que la gente se va a conformar? Otro Madero saldrá y entonces... entonces, ¿quién sabe!

Por la calle pasaba una tropa de infantería al paso acompasado de sus tambores; el sonido parejo de los parches lo sentí muy triste, como si fuera a un entierro, como si aquellos golpes iguales fueran los latidos de mi propio corazón.

*Tropa vieja*

se terminó de imprimir en Infocolor Impresores  
Se utilizó la tipografía Adobe Caslon Pro.  
El tiraje fue de 500 ejemplares

